

Jorge Alonso Prado

Zumo de Purga

Copyright © Vigo, septiembre de 2005, Jorge Alonso Prado.

Este libro está bajo una licencia Creative Commons *Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada* (<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/es/>):

Usted es libre de

- copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra

bajo las condiciones siguientes:

Reconocimiento: Debe reconocer los créditos de la obra de la manera especificada por el autor o el licenciador (pero no de una manera que sugiera que tiene su apoyo o apoyan el uso que hace de su obra).

No comercial: No puede utilizar esta obra para fines comerciales.

Sin obras derivadas: No se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de esta obra.

- Al reutilizar o distribuir la obra, tiene que dejar bien claro los términos de la licencia de esta obra.
- alguna de estas condiciones puede no aplicarse si se obtiene el permiso del titular de los derechos de autor.
- Nada en esta licencia menoscaba o restringe los derechos morales del autor.

Los derechos derivados de usos legítimos u otras limitaciones reconocidas por ley no se ven afectados por lo anterior.

Hecho en L^AT_EX, con un número de páginas múltiplo de 4, y al menos una página final en blanco. Puedes descargarlo gratuitamente como PDF en <http://es.geocities.com/soidsenatas/> y escribirme a soidsenatas@yahoo.es.

Índice general

Puertas en un pasillo	7
A un dios olvidado de nombre impronunciable	7
Agentes estacionales	9
Aquello bajo los escombros	11
Cabeza viva	12
Cercenador 11-706: El regreso del destructor	13
Conocerla a ella	15
Corazón solitario	17
Criar	19
Cuando pasó	20
Cuatro demonios	21
Cuentas con advertencias	22
Degeneración espontánea	23
Deshacer la proyección	25
Desvaríos	27
Diálogo policíaco	32
Directos al paraíso	33
Duende	33
El atlante	36
El bosque del fraile	39
El cuchillo volador	50
El estrangulamiento de Anita	54
El fin de la época de los ángeles	58
El guardián de los ideogramas	64
El hombre que hablaría consigo mismo	66
El mal está entre vosotros	68
El nuevo fundador	71
El señor don Iván	72
El tercer umbral	78
El último día	85
El último viaje de R-Toma	88
En el silencio y el frío	92
Entre el sueño y la realidad	94
Escaleras abajo	95

Favor fácil	96
Finales no bíblicos	98
Ideas numeradas	100
Inocente	101
Joaquín Montado Balsa	102
Kradio en la luna de Jenem-5	102
La aventura del semilobo	103
La cabaña del bosque prohibido	106
La escena del crimen	108
La inspiración es un gusano	113
La luz prometida	113
La obra de toda una vida	114
Laguna en la memoria	114
Las cosas del amo	115
Llamar al destructor	118
Mayormano, y Menormano	119
Mi problema	123
Palabras de Srom, el enano	125
Pi igual a tres	126
Piedras entrechocantes	127
Piedras y peces	127
Plumas de tinta invisible	129
Poco después	129
¿¡Quieres callarte!?	130
Ritual	131
Romper la paradoja	133
Seis años	135
Servicio rápido	136
Sólo existes mientras escribo	138
Soy nada	138
Sufriendo	139
Tres serpientes	141
Una vez me sentí así	144
¡Vámonos a la playa!	146
Venganza vudú	155
Víctor Tasede	156
Yo mismo	157
Cristales en la arena	195
Fragmentos de un cuaderno	195
Pautas en un papel plegado	210

Lluvia sobre tierra quemada	217
Acaso perdí	217
Afuera llueve	218
¿Aún piensas en mí?	218
Caminar	219
Cazadores de plantas	220
Cielo y tierra	220
Como un viento salvaje	221
Con una extraña fuerza	222
Criaturas de la noche	222
Cuando tú ya no sirves	223
Dragón solitario	224
El día que mataron a mi hijo	225
El fin de las estelas	226
El germen	227
El nombre de mi amada	227
¿Ella me quiso?	228
En las mandíbulas de la jauría	228
Es bonito no ser feliz	231
Es mejor estar muerto	232
Es nada de nada	232
Esfera, fuego rojo	233
Esperando la lluvia	234
Expulsados	234
Hablaba de ti	235
Interferencias	237
Lamias	237
Los dedos de la noche	239
Luces y sombras	239
Maldito espejo	240
Mátame de nuevo	241
Matemáticamente muerto	244
Me rompieron	244
Pagar la deuda	245
Palabras en una piedra	246
Pequeñas alimañas	247
Perseguido	248
Profeta entre árboles muertos	249
¿Puedes recordar?	249
¿Qué ocurre?	250
Que rujan los volcanes	251
Quebraron mis alas	251
¡Quién pudiera ser pájaro!	252
Quiero	252
Rodando montaña abajo	253

Somos títeres	254
Tormentas de arena	254
Tristes ojos	255
Vete, perdedor	256
Yo siempre perderé	256

Puertas en un pasillo

A un dios olvidado de nombre impronunciable

Estaba realmente agotado. Escalar aquellas piedras no fue muy fácil, pero con determinación lo había logrado. Se sentía eufórico. Desde la cima, podía contemplar su inmenso dominio terrenal. Le entraron deseos sexuales que no fue capaz de calmar. Sacrificio. Se irguió lo máximo que pudo y se arrancó un brazo. Mientras saboreaba la sangre que manaba de su miembro amputado, sintió el poder que se le era conferido en aquel lugar y en aquella fecha. Lo devoró con ganas, y su deseo aumentó aún más. Venid a mí.

A veces, las cosas son lo que aparentan. A veces, no; como el caso de Eduardo. Cuando se le ve por primera vez uno está convencido de hallarse ante un viejo cualquiera. Entonces, llega la sorpresa, pues su forma de moverse, con agilidad y flexibilidad no coinciden con la edad que aparenta. Finalmente, se llega a la conclusión de que debe ser uno de esos enfermos que envejecen con rapidez. Os asombraríais de la edad real que tiene. Y os alejaríais convencidos de haber resuelto el misterio.

Lo que realmente le pasa a Eduardo es que su piel es especial. Es joven, pero es arrugada, como si perteneciese a un viejo chocheante. No es agradable tener tal estigma, sobre todo si se tienen 20 años y las hormonas no paran de dar guerra en el interior.

A él le gustaría ser agente secreto. Un espía como los del cine. ¿Quién sospecharía de un inocente viejecito? Dejaría a todos apabullados con sus movimientos felinos y su experiencia en artes marciales. Eso sí que sería vida.

Su pie sobresalió de entre las mantas. *Mira que era feo.* Ya era estúpido el diseño humano, que él además tenía que acarrear otra imperfección más. Tenía dos teorías para intentar explicar por qué los dedos índices de sus pies se habían quedado atrofiados.

La primera era que los dedos gordos habían crecido a un ritmo espectacular, y habían frenado el desarrollo de los índices. Esa teoría explicaba además por qué tenía los gordos tan aplastados. Su fallo era que realmente nada impedía a los índices crecer igual, saliéndose del plano del pie, abultando.

La otra teoría... Ya no se acordaba de la otra teoría. No tiene la menor importancia, pues recordaba que sólo pensó en ella una vez.

Mira que eres feo, se decía cuando se afeitaba.

Nunca tomó en serio el ir a un psicólogo, y eso que el suicidio estaba entre sus planes a medio plazo, aunque siempre lograba encontrar una excusa para aplazarlo. El método para no fallar en ese tema era hacer algo de lo que arrepentirse eternamente, o que acarree muchos problemas; de esa forma tendría que suicidarse obligatoriamente. Por ejemplo, cometería algunas violaciones, mataría a algunos enemigos, robaría un coche y se lanzaría a todo gas por ahí... etcétera. Las posibilidades eran tantas que no sabía cuál escoger.

Aquellas vacaciones se fue solo. No solía decir dónde iba, porque ni él mismo lo sabía. Cuando llegaba a algún sitio llamaba, se decía *no hay de qué preocuparse, ya soy mayorcito*, y se las apañaba para ir tirando, aprendiendo cosas aquí y allá, sacándose algunas *pelas*, e ir pasando los días sin más preocupación que la de no tener demasiadas preocupaciones realmente trascendentales.

Dicen que los polos del mismo signo se repelen, aunque todos veamos que la gente con afinidades parecidas tiende a juntarse. Eduardo se marchó a atravesar el pantano de noche sólo por añadir esa experiencia a su vida, que suponía sería corta. Cuando se vio con el agua al cuello no perdió los nervios; lo que perdió fue un poco de sangre. Y se ganó despertar en una cama caliente, dura y desconocida.

El hombre que estaba ante él tenía un aire juvenil y una cara bajo aquellos pelos rubios que cualquier muchachita besaría apasionadamente. Tenía brazos fuertes y musculosos, no como los de Eduardo que, también fuertes, pero de antiestética fibra. Le sirvió un tazón lleno de líquido caliente, y le habló en voz alta, tratándole de abuelo, y comentando la suerte que había tenido que haber sido encontrado a tiempo.

Simuló no poder responder, pues no tenía ganas de hacerlo, y después tener que explicar qué hacía un *viejo* como él perdido en un peligroso pantano en medio de la noche más nublada que se había visto en el transcurso del mes. Mira que estaba rica la leche caliente. Mira qué hermoso era aquel atlético hombre. Lo examinó detenidamente mientras se movía de un lado a otro de la cabaña, y él yacía tendido en cama con el cuerpo dolorido.

Llegó el día, aunque no lo parece cuando se está en cama. El otro hombre, apuesto y viril, seguía durmiendo en las primeras horas de la mañana. Eduardo se levantó en silencio, admirando las líneas de aquel macizo cuerpo. Era lo que siempre había deseado.

A un lado de la minúscula cocina, si a aquello se le podía aplicar tal nombre, había una estatua llena de polvo. Merece una descripción más detallada:

A la primera ojeada le pareció que representada a un montón de piedras con un gordo gusano encima, que se estaba comiendo a una araña, que se estaba comiendo a un gusano delgadito. Estaba el gusano grande apoyado en un extremo, con el otro elevándose, devorando a la araña, que mas bien parecía un escarabajo.

Más atentamente, se apreciaba que el tal escarabajo sólo tenía 5 patas, y que la que le faltaba era la que se estaba comiendo; y que el gran gusano no era otra cosa que la prolongación de su abdomen, varias veces más largo que su propio cuerpo.

Menudo engendro. Las piedras eran reales, y estaba todo el conjunto pintado de negro. Aquel armatoste era metálico, y pesaba lo suyo. Agarrándolo bien le podía servir para su propósito secreto.

Cómo pesaba. A un lado alguien había escrito rústicamente una frase en una lengua extraña que no conocía. Se acercó junto al bello durmiente. Suspiró. Deseaba poseer aquel cuerpo. Lo deseaba realmente. Pero era imposible.

Descargó el primer golpe, el mortal, directamente en la cabeza, y todos los demás en el resto del cuerpo, repitiendo varias veces el recorrido. Hacer pulpa a otra persona es una tarea fatigosa y laboriosa, y se conformó con haberla iniciado.

Eduardo se apartó del lecho, y contempló su obra, roja y chorreante. Estupendamente asquerosa.

Robó lo que creyó que valía la pena y, cuando se dispuso a irse, vio un destello del sol reflejarse en aquella extraña estatua. Comprendió y comprobó que lo negro era una tapadera, que aquello sí era muy valioso. Y también se lo llevó.

Despertó de su sueño de siglos atraído por los olores que emanaban más allá de su cubil. Salió de entre las rocas doradas, de su escondite sagrado. Tendría que crecer mucho para alcanzar el tamaño que había tenido en otro tiempo, cuando era joven y poderoso, y su cuerpo se renovaba con cada herida.

Caminó lentamente, estirando sus músculos, sintiendo el hambre y su deseo crecer en él, como una semilla imparables. Atravesó la extraña estancia, adornada con montones de estatuillas y cuadros. El resquicio de la puerta era paso suficiente para él. El olor le condujo hacia su fuente.

En el dormitorio, bajo las mantas, había un hombre de mediana edad, barrigudo, y una mujer más joven. Ambos dormidos. No reconoció el lugar, pero sí la escena.

Había calor entre las mantas. Había rastros del acto sexual, sutiles en la oscuridad. Entre las piernas de ella estaba la puerta. Inyectó el afrodisíaco adormilante en ambas personas, y se dirigió anhelante hacia la puerta. Venció los obstáculos, y entró allí dentro, en el lugar húmedo y cálido, de espaldas.

Pronto, sus hijos-dioses podrían nacer y reclamar su reino.

Escrito durante F.P.

Agentes estacionales

Corrían rumores de que nos iban a sustituir. Llevábamos ya muchos años con nuestro trabajo, desde su fundación. Éramos ya unos clásicos. Los rumores también decían que quizás no nos sustituyesen a todos. El cambio no se hizo efectivo hasta el final del turno del agente Invierno.

Invierno es el clásico hombretón grande y fuerte, muy sentimental y un poco falto de malicia en los asuntos de la vida. Por eso no es de extrañar que cuando supo que la dulce y agradable agente Primavera había sido reemplazada por un hombrecillo mayor y medio calvo actuase de una manera afectada, pero no contábamos con que le diese tan fuerte como le dio. También a la extravertida y pícara agente Verano la habían reemplazado, aunque no sabíamos por quién.

El agente Invierno, cuando ante él se presentó el nuevo, encogido y callado agente Primavera, le robó su activador, dejándolo en un estado de coma indefinido; huyó entonces a territorio boscoso neutral, donde se le perdió la pista.

Con él en paradero desconocido la agencia no podía cambiar fácilmente de estación, y con problemas tuvo que hacerlo. Yo, el agente Otoño, me sentía en parte responsable. En el cambio de turno entre yo y él podía haber intentado hacerle comprender que la renovación es algo que también afecta a los renovadores, pero ¡quién iba a saber que el cambio iba a hacerse de forma tan brusca!

Se convocó una asamblea extraordinaria, y allá fui convocado. En el trayecto conocí al que creí que era el nuevo agente Verano, pero al final resultó que el tipo bigotudo era el ayudante del agente Primavera para hacer con él la función de Verano. Quedé anonadado con la nueva información. No me imaginaba haciendo mi trabajo el doble de tiempo y con otro tipo rondándome.

En la reunión todos tenían pinta de funcionarios aburridos, y yo destacada desfavorablemente con mi aspecto juvenil y desgredado. La situación requería un cambio de normativa, dijeron allí. Otra vez a cambiar de normativa, pensé yo; tener que volver a memorizar las nuevas claves, las nuevas formas de actuar, las nuevas directrices y los nuevos parámetros. Una pesadez. Se añadía que a partir de la entrada en vigor de las nuevas normas los nuevos agentes no se conociesen entre ellos. Vaya, entonces tanto yo como los nuevos podíamos considerarnos como provisionales.

También se decretó una caza del agente Invierno. No me gustó como lo dijeron. Buscar y anular. Recuperar toda la información. Cuando terminó, decidí que debía ir en su busca por mi cuenta. Eso podía considerarse una violación de la normativa, la antigua y vigente, pero ¡qué!, iban a sacarme del medio y ya era tarde para dedicarme a otro Departamento. Dejé todo lo que pudiese comprometer mi captura en el despacho compartido de mi departamento, en la caja de seguridad interna que me correspondía, y me fui de incógnito y secretamente. No creí que fuesen a necesitarme muy pronto.

Dicen que en el Otro Bando sólo tienen dos agentes estacionales, los agentes Seco y Húmedo, pero no creo que Invierno haya sido capturado por ellos. Seguirá en territorio neutral. Allí iba, donde se decía que había un grupo revolucionario que pretendía evitar la invasión de su territorio por mi Bando o por el Otro. Me fue difícil obtener información sobre ellos antes de la partida, pues los asuntos políticos exteriores no entraban en nuestro Departamento. Entré en ese territorio, y rápidamente me capturaron en una emboscada rebelde capitaneada por el agente Invierno. Menuda sorpresa llevé. Mi colega me abrazó, alegre y feliz de volver a verme. Me preguntó qué hacía allí, y si tenía intención de anularlo. Cuando se enteró del porqué, me pidió que me uniera a ellos, que muchos otros agentes disidentes de ambos bandos se unían a ellos porque sus bandos estaban corrompiéndose. Sabía de lo que estaba hablando y, como no tenía nada que perder y sí mucho que ganar, acepté. Iba a ser pesado al principio amoldarse al nuevo lugar, pero ellos estaban empezando y necesitaban de toda la experiencia que pudiesen conseguir.

Sé que hice bien, y aún no me he arrepentido. Aquí estamos, construyendo un nuevo mundo, y, ya superada la barbarie inicial y evitando los viejos roces, mantendremos la tensión hasta que podamos hacerles frente.

Aquello bajo los escombros

El tiempo pasa y se agota, se agota a cada instante.

No tengo mucho tiempo, tendré que ser breve.

La noticia salió en todos los periódicos: Encontraron *aquello* bajo los escombros, cuando buscaban supervivientes al terremoto. No actuaron con discreción, y pronto, oleadas de periodistas se agolparon alrededor del hallazgo. Yo lo vi por televisión. Todavía estaba semienterrado, pero se le veía uno de sus extremos, arrugado. Era claro, como verde diluido. Parecían trozos de cristales, viejos y desgastados, amontonados alrededor de un cilindro de extremos redondeados.

Sí, era cilíndrico, pude verlo en la televisión, mientras lo izaban con una grúa, y se lo llevaban de allí. Había soldados, y no querían cámaras cerca.

Pero pudimos verlo y notar, con escalofrío, que aquello era una especie de depósito, con algo viscoso agitándose allí dentro.

Creo que fue entonces cuando pensé que podía ser una especie de capullo, o de huevo.

No soy un experto en esos temas, pero en la prensa corroboraron mis suposiciones, aunque añadieron otras aún más fabulosas, afirmando incluso algunos la posibilidad de un origen extraterrestre. Para mí, ese hecho no era más que una anécdota curiosa.

Pude leer, días después, que, pese a peticiones y peticiones, no se daban más informaciones sobre el tema, y casi terminé olvidándolo.

Un día apareció un comentario de un periodista que investigaba aquel fenómeno diciendo que los científicos se habían deshecho de *aquello*. ¿Por qué? Ellos argumentaban que se había podrido y olía mal. El periodista no les creía, y decía que lo tenían escondido.

Pero yo creo que *realmente* se deshicieron de *aquello*, porque lo que tenía dentro era demasiado monstruoso como para que naciese; porque *sé* que *aquello* era un capullo con una larva en su interior.

Y lo sé porque, cuando mucho tiempo después, regresé a mi casa, encontré *eso*, semiescondido en una esquina de mi desván, con *algo* claramente visible agitándose en su interior...

Quise salir corriendo, escapar... pero resbalé en la escalera, caí dando vueltas, y algo crujió dentro de mí. Ahora soy incapaz de moverme.

Sé que está vivo, que está madurando y que, de un momento a otro, empezará a agrietarse y se romperá, y será tarde para reaccionar.

Y tendrá hambre.

El tiempo pasa y se agota, se agota a cada instante.

Posterior a *El estrangulamiento de Anita*, pero anterior a *Laguna en la memoria*.

Cabeza viva

Me han cortado la cabeza, pero no saben que sigo vivo. Dibujo una sonrisa en mi cara, pero sin los pulmones no puedo soltar una carcajada. Mi cabeza es una más entre las demás de la masacre, pero creo ser la única que está viva. Todas miran al vacío con sus pupilas dilatadas, mostrando la oscuridad de su visión. Están manchadas de sangre, y diría que deformadas por la máscara de la muerte. Duele, pero yo sigo vivo.

Me pongo a pensar en ello, y aunque no salgo de mi asombro estoy lleno de satisfacción y orgullo, pues sigo vivo. No es una ilusión: Soy sólo una cabeza cortada, pero estoy vivo. Mi sangre se vacía, pero vivo. Vivo, a pesar de lo que siempre se ha creído. Pero... ¿qué me pasará ahora? No tengo piernas para salir corriendo... ¿me enterrarán así, vivo? ¿Me pasará toda la eternidad descomponiéndome bajo la tierra, vivo?

Mis temores cambian: ¡Voy a ser comida para perros! ¡Comido vivo por perros pulgosos y hambrientos!

Grito, o al menos lo intento. Ahora sí que deseo estar muerto.

Los perros me enfocan con sus orejas, como si de verdad estuviese chillando. Me miran, y uno se atreve a acercarse para olerme. Vuelvo a chillar, y parece asustarse. No escucho mis gritos, pero siento que grito.

Un hombre con cuerpo se acerca a espantar a los perros, y se asusta cuando le miro directamente. Murmura algo, y se santigua. ¡Tonto supersticioso!

La gente se reúne a mi alrededor, mirándome. Oigo voces de piden que me quemen. ¡No, por Dios! Cada vez veo y escucho peor. Se acerca alguien con algo en las manos.

Noto un golpe terrible. Quieren aplastarme; quieren matarme.

Mis sesos se desparraman por el suelo. Oigo las voces de asombro y desconcierto. Un bicho, creo oírles murmurar, hay un bicho asqueroso dentro de la cabeza. ¿Un bicho? ¿Soy un parásito que había tomado posesión de este cuerpo humano, alojándose dentro de su cabeza, sustituyendo su cerebro?

¡Recuerdo!; y con mis patitas salgo de allí a toda velocidad, colándome entre las piernas de la gente, desapareciendo en el primer agujero oscuro que encuentro.

Los gritos histéricos, mi persecución, son ya vagos recuerdos. A pesar de lo que soy, del largo olvido, encuentro que mi cuerpo es fuerte y poderoso. ¿Tendrán mis hijos humanos también un parásito en su cabeza? Ojalá.

Mis años y años de vida humana empiezan a resbalarme; sus normas, su moral, su *humanidad*, se van de mí. Soy lo que soy. Ahora, mi cerebro reducido ya no cuenta con el resto del cerebro humano que tenía a mi servicio. Mi pensamiento se va haciendo más simple, olvido... intento recordar cosas concretas, recuerdos de mi vida anterior... ¿recordar?... no estoy capacitado para ello... razonar... ¿razonar?... Buscar presa. Introducirme en su interior. Vivir. Reproducirme.

Cercenador 11-706: El regreso del destructor

Para los Sirvientes-Niñeras nací muy pronto, pero mi gestación fue muy larga. Los Sirvientes son estúpidos. Mi celda era la penúltima de la última fila del último grupo de un panel de producción de Cercenadores, en el límite entre los paneles de Cercenadores y Vomitones. Por ello mi grupo, y concretamente mi fila, estaba bastante desatendido por los Sirvientes-Niñeras. Los Sirvientes son estúpidos. Estando en las últimas fases de mi gestación, cuando las unidades de los grupos precedentes ya habían nacido, la Torre entró en peligro de invasión. Los grupos precedentes fueron llenados por nuevas unidades y, como había necesidad de Vomitones, se les alimentó para que se convirtiesen en Vomitones. Las unidades de las primeras filas de mi grupo ya habían nacido, y a las nuevas unidades que allí se colocaron se les alimentó para ser Vomitones. Así, nuestro grupo fue mixto. Cuando sólo mi fila faltaba para nacer y ser ocupada por futuros Vomitones, se nos ignoró y se nos alimentó como si fuésemos gestantes de Vomitones. Los Sirvientes-Niñeras han sido y son estúpidos. Mi estructura retrocedió varias fases para poder reiniciarse como Vomitón, y logré no fallar y quedar anulado como es de suponer que pasó a otros de mi fila. Cuando volví a aproximarme a las últimas fases de mi desarrollo el peligro de invasión desapareció de repente. Sólo los primeros grupos de mi panel habían producido Vomitones, entonces a los grupos intermedios se les continuó con el suministro de alimento para Vomitones y a los últimos grupos se les cambió a alimento para Cercenadores, pues los Sirvientes-Niñeras consideraban que el cambio no les dañaría, lo cual es cierto descontando mi fila, incluido yo. Fui la única unidad mixta que mi fila produjo. Las unidades mixtas, si aparecen en algún raro caso, suelen fallar en su gestación y quedar anuladas por lo que no llegan a nacer. No sé de ninguna unidad mixta más entre los Guerreros de mi Torre. A los demás de mi grupo el cambio de alimentación les hizo reiniciar en una fase temprana, por lo que no son verdaderos mixtos. Fui el primero de mi grupo en salir y como recientemente mi grupo volvía a ser productor de Cercenadores fui considerado como tal y me correspondieron los números 11-706. A los Sirvientes debió extrañarles que naciese tan rápido cuando a los demás de mi grupo les faltaban muchas fases de crecimiento y estructuración, pero son estúpidos. Ésa fue mi gestación y posterior nacimiento.

Me enviaron a la cúpula de entrenamiento de Cercenadores, donde desarrollé mis habilidades como Cercenador. Contaba con la resistencia propia de un Cercenador y con la velocidad propia de un Vomitón, pero no aprendí a usar mis habilidades de Vomitón. Allí aprendí que nuestra Torre había corrido peligro de ser invadida por la Torre-Lejana, pero que una Torre lejana para la Torre-Lejana los había invadido antes de que ellos nos invadieran. La guerra entre las Torres lejanas había durado lo suficiente para que nuestra Torre se recuperase y con la reciente invasión de la Torre-Lejana nuestra Torre se proponía invadirlos antes de que los invasores pudiesen instalarse completamente. En el exterior de la Torre nos reunimos para la batalla. Entonces pude ver a los Soldados, y a los Vomitones los vi realizar simulacros de su misión en la batalla, de la misma forma que ellos pudieron vernos a los Cercenadores hacer simulacros de nuestra misión, de la misma forma que los Soldados se preparaban

para realizar la invasión de la recién invadida Torre-Lejana. Ése fue mi período de aprendizaje, antes de la batalla por el dominio de la Torre-Lejana.

Nos dirigimos todos volando sobre el agua hacia la Torre Lejana. Tanta agua daba miedo. Ya próximos a llegar a la tierra de la Torre-Lejana los veloces Observadores nos informaron de que nuestros enemigos estaban preparados para defenderse, y que eran menos que nosotros. Nuestra superioridad numérica nos dio ánimos. Los Vomitones volaban a más altura que nosotros, y nosotros a más que los Soldados, los Vomitones iban también más adelantados que nosotros y nosotros más que los Soldados. Cuando los enemigos estaban a la vista empezó la tensa espera sobre quién daba el primer paso, cosa que indudablemente solía recaer en el invasor, que en este caso éramos nosotros, pues los Soldados se cansarían de permanecer en espera en el aire y posados en el suelo serían un blanco fácil para los Vomitones enemigos. Cuando lo creyeron oportuno nuestros Vomitones se remontaron aún más, dirigiéndose hacia los Vomitones enemigos, que también se elevaron y avanzaron hacia nosotros. Cuando ambos grupos de Vomitones estuvieron próximos entre sí empezaron a combatir. Las primeras filas escupían los ácidos y retrocedían hasta la retaguardia. Entre nosotros y los Cercenadores enemigos empezó a caer un lluvia de peligroso ácido y cuerpos dañados por el ácido. Nuestros Vomitones pretendían, al igual que los Vomitones enemigos, traspasar las filas de los Vomitones enemigos, reservando la mitad de su carga de ácido, y descargarla sobre los Cercenadores enemigos. Cuando algunos Vomitones enemigos lograban traspasar la última fila eran perseguidos por nuestros Vomitones que casi habían vaciado su carga, para impedirles que nos escupiesen ácido de sus depósitos, nos destruyesen las alas y cayésemos al suelo sin esperanza de recuperación. Cuando los Vomitones y los Vomitones enemigos acabaron vaciados se retiraron, y ahora era nuestro turno. En el suelo había Cercenadores y Cercenadores enemigos abatidos. Cuando atacé estaba confuso pues como era mixto, y aunque estaba entrenado como Cercenador, al ver a los Vomitones supe también cómo comportarme de otra forma distinta. Sin tiempo opté por ser las dos cosas a la vez, y atacé alternativamente como Vomitón y como Cercenador. No tenía mucho ácido, y lo usé contra los Cercenadores enemigos cuando éstos lograban aventajarme en el combate. Maté a muchos de esa forma, y la victoria fue rápida y aplastante. Nos acercamos a la Torre-Lejana y los Soldados se lanzaron a invadirla. Los soldados enemigos que allí había como defensores confiaban en resistir hasta que les llegasen refuerzos de la Torre más lejana. Cuando nuestros Observadores nos advirtieron de que los refuerzos enemigos estaban en camino ya nuestros Soldados habían terminado la invasión y estaba saqueando la Torre-Lejana. Los Vomitones llenaron sus depósitos con comida robada y nosotros los Cercenadores y también los Soldados cargamos con más alimentos. Como los Sirvientes invadidos no vuelan los Soldados los mataron para que no pudiesen colaborar con el enemigo. Después regresamos a nuestra Torre sobrevolando el agua. Tanta agua me daba mucho miedo. Así transcurrió mi primera batalla y posterior victoria.

Los refuerzos enemigos podían atacarnos en nuestra Torre y en previsión de eso estábamos preparados, pero al final no fue necesario y nuestros Observadores nos dijeron que el enemigo había robado los restos que nosotros no nos habíamos llevado y que se habían ido para su Torre lejana. Entonces nuestra Torre volvió a estar en paz, hasta que los Observadores nos trajesen más noticias. Yo sabía que mi contribución a

la batalla había sido decisiva y me preguntaba por qué no se producían más mixtos como yo y así poder ganar todas las batallas. Los Sirvientes-Niñeras son reacios a producir mixtos porque suelen morir. Los Sirvientes son estúpidos. Consulté a una vieja Memoria si en el pasado existieron mixtos como yo y me dijo que en el pasado los Guerreros eran de un único tipo y se llamaban Destruidores. Me dijo que eso fue antes de existir la Torre-Primera y que cuando los Padres-Fundadores erigieron la Torre-Primera y ésta comenzó a explorar y se construyeron más Torres amigas de la Torre-Primera los Destruidores tenían que hacer muchas cosas diferentes y que por eso se empezaron a producir nuevos Destruidores especializados de los cuales surgieron los Cercenadores, los Vomitones y los Soldados, y entonces no hubo más Destruidores. La Memoria podía estar mintiendo pero aprendí de lo que me dijo. Entonces me preocupé por el futuro.

Mientras los demás entrenan en las cúpulas yo domino el último grupo de un apartado panel de producción. Controlo a los Sirvientes-Niñeras y les obligo a alimentar a mis filas de la forma que yo quiero. Los Sirvientes son estúpidos y manejables. Cada fila de mi grupo sigue una alimentación distinta, parecida a la que accidentalmente tomé yo. El crecimiento es lento y tengo la esperanza de que al menos media fila de ellos en total sobreviva. Tengo la esperanza de que mi obra continúe tras mi anulación. Mis producciones, y no producciones de los estúpidos Sirvientes-Niñeras, harán de mi Torre invencible y será la Torre-Capital. Y tengo la esperanza de que si también hago las funciones de una Memoria, y mis producciones también, nunca se olvidarán de lo que hice y nunca volverán a desaparecer los Destruidores. Pero ahora he de seguir cuidando a mi grupo.

Escrito una madrugada a finales de agosto de 1995.

El número viene de considerar a 666 como una hora, las 6.66, es decir, las 7.06; al que le añadí el 11 para que el total fuese múltiplo de 6.

Conocerla a ella

Debería hablar de mi familia antes de hablar de mí mismo, pues soy carne gracias a ellos, mas prefiero dejar pasar sobre ellos el velo del olvido, para no salpicarlos con mi culpa.

De niño... también a mí me hicieron esa estúpida pregunta de *¿qué quieres ser de mayor?*, a la que los demás niños respondían con estúpida inocencia: albañil para hacer casas; fontanero; carpintero; obrero de fábrica, al igual que mi papá...

—Yo de mayor quiero ser millonario, para poder tener todo lo que quiera —para poder tener todo lo que los demás tienen y yo no tengo.

—¡Pero esa no es ninguna profesión!

—Pues entonces quiero ser inventor, para inventar todo lo que quiera.

Al llegar a ese punto me sonreían, y la conversación pasaba a otro asunto banal. Ahora sé que me movía la codicia, y que estaba manipulado por lo que veía en la televisión. Gracias a ella conocí lo que de verdad quería ser, pero no me atrevía a serlo o decirlo: asesino en serie.

No hay una asignatura que enseñase a ser millonario, inventor o asesino en serie, así que terminé por crecer y convertirme en uno más, uno de tantos, con su vida monótona y aburrida. Hasta que la conocí a ella.

Recuerdo ese episodio de mi vida como si no fuese yo, como si fuese otra persona, como si lo viese desde fuera. Fue tan impactante para mí, a pesar de su simpleza, que lo anoté en un papel:

«Nuestro protagonista caminaba por la calle, viendo a las mujeres andar con ropa ligera, con sus cuerpos libres y elásticos. De pronto, su vista se queda clavada en un engendro humano, una mujer más, pero fea. Enfadado por esa visión, cuando sus caminos se cruzan, le dice:

—¡Fea!

—¡Fóllame! —le espeta ella.

Y él pierde su virginidad a sus manos.

Antes de correrse, porque ella lo pide, acerca su pene tieso a la cara de ella; y ella levanta el parche de su ojo derecho, apareciendo una cuenca vacía; y él al ver aquel agujero se corre allí, como en un vaso.»

No tuve secretos para ella. Y ella me dominó. Hicimos de todo y rompimos tabús.

Un día la sodomice mientras orinaba, y al acabar me dijo que se había vuelto a sentir virgen otra vez.

A veces, cuando veo carne o pescado, ya sea en el plato, en una carnicería, en la televisión o donde sea, imagino que es carne humana; a veces, cuando vea a mujeres en posturas provocadoras, ya sea en revistas, en películas o donde sea, imagino que son hombres. Después estoy ansioso por encontrarme con ella.

A ella le apasionaba perforarse la piel con alambres, y yo se lo hacía una y otra vez. A mí me apasionaba tanto torturar que ella me proporcionaba ideas cada vez más terribles. Primero fueron las plantas, luego los animales, y por fin otras personas.

¡Qué gracioso era coser la oreja de un tipo con la oreja de otro tipo, de forma que tuviesen que adoptar posturas forzadas! ¡Coser ojos, bocas, brazos, piernas!

Todo fue tan divertido, que nos descuidamos y me atraparon. Pudieron condenarme fácilmente gracias a los escritos que había hecho en la máquina de escribir que ella me regaló: Una máquina en que las teclas habían sido sustituidas por dedos arrancados vivos, con las letras perforadas en las uñas antes de arrancarlos.

Sé que mi amor es puro. No sé dónde ella se encuentra, pero sé que piensa en mí. Está cerca, puedo olerlo, pero a la vez muy lejos. La deseo, y pienso cada noche en las ideas que me sugeriría mientras le rasgo la piel y la beso.

Escrito el 10/10/1998, en base a ideas anteriores (texto entrecomillado de la primavera de 1997), y a una idea nueva reciente.

¿Quién orinaba? Ella; pero queda mejor así, sin explicitarlo.

Corazón solitario

Siempre he sabido que era diferente, diferente a los demás, alguien mejor que ellos. Soy más grande y más fuerte que los hombres normales, y no suelo aparentarlo. También soy muy tranquilo, muy tranquilo y muy pacífico. En el colegio los niños no se metían conmigo porque de un golpe los tiraba al suelo, y así tampoco querían jugar mucho conmigo. Yo me iba con las niñas, los juegos de las niñas son más tranquilos y agradables, y me reía mucho con ellas. Me gustaba acercarme a ellas y colocar mi cabeza en su regazo y oír latir sus corazones: toc-toc-toc. Es muy agradable. El de mi madre también hace así, toc-toc-toc, y pasaba tiempo en su regazo oyéndolo latir. Suena como a alguien llamando a la puerta.

Las profesoras debían sentir celos o envidia, porque no querían que yo escuchase los corazones de las niñas, pero a mí me gusta mucho. Quisieron hablar con mi papá, pero está muerto, nunca le he conocido, y por eso la gente nos mira mal a mí y a mi mamá. Y mi mamá estaba muy ocupada y pensé que era mejor no molestarla y a mí me encantaba hacer aviones con los papeles que me mandaban darle a ella.

Un día vino una profesora que no daba clase. Me dijeron que era psicóloga, pero entonces yo no sabía qué quería decir eso. Era rubia, y como yo nunca había visto una persona tan rubia cerca, sólo en la televisión, donde todos son tan guapos, pensé que debía de ser muy guapa por ser rubia. Cuando me mandaron a su despacho a hablar con ella vi que no parecía tan guapa, y eso me extrañó mucho. Ahora pienso que debía ser teñida. Era muy preguntona, y quería saber lo que hacía y por qué lo hacía. Tuve que contarle mi secreto, que mi corazón no latía, y que me gustaba oír los latidos de los demás por eso.

Entonces dijo algo que no me gustó, que mi corazón sí latía, que si no es que estaba muerto. Yo no estoy muerto y nunca he oído latir mi corazón. Me dijo que me tomara el pulso y, como no sabía qué era eso, me lo explicó. Me dijo que eso era mi corazón, y yo le respondí que era una mentirosa, que el corazón está en el pecho y no en el brazo. Creo que terminé llorando.

Dos días después, o así, quiso volver a verme, y además trajo a un hombre que estaba vestido de blanco. Era un médico, que me dijo que me iba a convencer. Yo no sabía si confiar o no, y él cogió un aparato gris claro que eran tres tubitos unidos, no recuerdo cómo me dijo que se llamaba el *coso* aquél, y me dijo que servía para oír el corazón. Primero me hizo una demostración, y con dos de los tubitos en mis orejas y el otro más largo en su pecho, pude oír lo que parecía un corazón. Le dije que no me lo creía, que quería oírlo yo, y me dejó poner mi oreja en su pecho, y sonaba parecido y con el mismo ritmo. Después convenció a la psicóloga para hacer lo mismo, y me gustó mucho hacerlo. Entonces me tocó a mí, pero yo dije que el mío no latía. Me hizo oírlo, y sonaba toc—toc—toc, y cuando él lo oyó me dijo algo que al principio no me gustó pero que ahora recuerdo con orgullo: me dijo que tenía el corazón muy grande. Después intentó explicarme que al tenerlo muy grande no necesitaba latir tantas veces como los de los demás, y con el pecho tan fuerte que tenía no era fácil oírlo. Y dijo una cosa que no entendí entonces y ahora sigo sin comprender: me dijo que tener un corazón grande no es lo mismo que tener un gran corazón.

Desde entonces procuré que no se enteraran de que seguía con mi costumbre de oír los latidos de los corazones de la gente. Mi mamá se dejaba sin problemas, y ambos dormíamos la siesta juntos. Cuando fui mayor, un malvado conductor de autobús atropelló a mi santa mamá, y yo me quedé totalmente huérfano. En el pequeño pueblecito en el que vivía tenía un trabajito de albañil, y con el dinero que me daban por la muerte de mamá me iba arreglando. Estaba muy solo en casa. Y muy aburrido. Un día no aguanté más y me marché con mi bicicleta hasta un pueblo cercano, y allí entré en una casa. A esa hora los maridos no estaban en casa, sino trabajando, y tampoco estarían los niños. Así que entré por una ventana. La mujer de la casa, al verme, empezó a gritar, y yo tuve que agarrarla y taponarle la boca para que no gritase y para que no escapase. Fue fácil, ella era incapaz de resistirse a mí. Pero yo no me comporté violentamente, todo lo contrario, la mantenía agarrada y con mi cabeza en su pecho, escuchado el toctoc rápido de su corazón.

Fue siempre así, cada vez que cogía a una mujer sola, su corazón latía muy rápido, como si se alegrara de verme, pero después iba más lentamente, como resignado. Eso me daba mucho que pensar. Y tuve mucho tiempo de pensar cuando la policía me cogió y me llevaron a la cárcel. Quisieron que hablase con un psicólogo pero no dije ni palabra. Prefiero no hablar de esa época ni de los sitios donde me llevaron.

La cuestión es que si los corazones latían rápido al verme es como si estuviesen encerrados como yo, y quisiesen salir. Me debían estar pidiendo que los sacase. Me llamaban para salir. El mío nunca lo había hecho, debía ser que estaba a gusto, que me quería. Y es que yo tengo un gran corazón.

Al salir del sitio parecido a una cárcel, y prometerles que no volvería a hacerlo, como si yo hubiese hecho algo malo, el mundo se me pareció diferente. Cuando alguien pasaba a mi lado, yo podía oír su corazón sin tener que apoyar mi oreja en su pecho. Era algo muy inquietante:

Toc-toc-toc.

Toc-toc-toc.

Toc-toc-toc.

Eso era lo único que oía. Era el ambiente de todos los sitios por donde pasaba. Ellos, los corazones, sabían que estaba allí, y me llamaban. Ellos me estaban llamando. Ellos me llamaban.

¡Ellos estaban llamándome!

Me encerré en mi casa, incapaz de reaccionar ante tantas súplicas. Y esa noche salí... y estuve dando vueltas. Ya casi no se oían, y estaba todo muy tranquilo. Me sentí feliz. Por la mañana, sabiendo que en una casa sólo estaba una viejecita vecina, entré por una ventana y su corazón, al verme, se alegró muchísimo. Fui hacia ella, la agarré suavemente y con delicadeza, y su corazón estaba muy contento, dando saltos de alegría con mi presencia. La vieja intentó gritar porque no le había tapado bien la boca por miedo a hacerle daño, y tuve que agarrarla con fuerza. Quizás apreté mucho. Lo que pasó entonces es que su corazón empezó a calmarse y entonces paró... La vieja estaba como dormida, y yo me sentía muy raro. Sus piernas y sus brazos colgaban blandos, y yo me sentía muy excitado y muy extraño. Era como una muñeca de trapo. Y su corazón ya no me llamaba.

Esta mañana cogí a otra mujer, y la agarré bien para que no gritase y entonces su corazón se alegró y después se fue. Y así dejó de llamarme. Su corazón dejó de llamarme cuando no dejé hablar a la mujer, y me sentí muy excitado y muy extraño. Las mujeres siempre hablan mucho y por eso tienen tan mal corazón... quiero decir que tienen un corazón muy infeliz. Y yo les ayudo y entonces ya no me llaman. Mi corazón nunca me llama porque es muy feliz, como yo.

Tengo que ayudar a los demás pobres corazones. Ellos saben que yo lo sé, y por eso me llaman. Me siento muy feliz, muy feliz y muy excitado.

Primavera de 1996; llevaba tiempo deseando librarme de él, pero no sabía cómo, hasta que lo soñé.

Criar

Crié a Amparo, la gallina, desde que era un huevo. La incubadora era nueva, pero la vigilaba igual, por si se estropeaba de improviso. Mientras rompía la cáscara, no me perdí ni uno solo de sus movimientos. Estaba húmeda y desorientada. Rápidamente, espabiló y yo la cogí, atendiendo su piar. Le di de comer y de beber. La sacaba a pasear por el campo a ella sola. Crecía, y le levantaba las piedras para que comiese los bichos que allí se escondían. Después dejaba las piedras en su sitio, para que viniesen más bichos. Se hizo grande, y llegó un día en que el gallo se le echó encima. Yo fui la primera en probar el sabor de sus huevos. Aún seguía sacándola del gallinero y llevándola conmigo al campo. Tenía el plumaje suave, y siempre respondía a mi llamada. Nos la comimos asada con patatas y una fuente de lechuga, tomate y cebolla.

Crié a Gengis, el perro, desde que lo trajeron siendo un cachorro. Tenía garrapatas y olía mal. Lo bañaba a menudo, y lo sacaba a pasear por el monte. Jugábamos entre los pinos y los helechos. Me escondía y le llamaba, y él venía corriendo alegre. Creció, y cuando me escondía en silencio, me buscaba olfateando mi rastro. Pasaba algunas tardes peinandolo, y él se dejaba. Su ladrido era fuerte, y sus grandes dientes daban miedo. Me quería mucho, y siempre me obedecía. Con arroz, zanahorias y champiñones nos lo comimos.

Crié a Pedro, mi hijo, durante nueve meses en mi vientre. Fue una experiencia extraña sentirle crecer dentro de mí, sentir cómo se movía. Nació, y fue doloroso, pero mereció la pena. Su sonrisa me hacía olvidar los cambios de pañal. Era un chico alegre y curioso. Parecía muy inteligente. Lo amamanté hasta que mis pechos dejaron de dar leche. Tal vez con puerros, guisantes y pimientos me cocinen y coman este fin de semana.

Ideado el 30/04/2001, en base al principio de un sueño; escrito el 8/05/2001.

Cuando pasó

El sendero atravesaba el monte, entre las filas de árboles que permanecían inmutables mientras ella pasaba de ser una niña temerosa a una jovencita llena de deseo. Había una única carretera que cruzaba el bosque, que en una curva partía el sendero. Sara no tomó precauciones para cruzarla, pues no recordaba haber visto jamás un coche atravesarla; de pequeña sí las tomaba, pero esa época de ignorancia, afortunadamente, ya pasó. Estadísticamente era posible que algún día pasase alguien, pues para eso se había construido, aunque era improbable que fuese a ocurrir precisamente ahora que la estaba atravesando. Estaba tan despreocupada que ni se molestaba en pensar en ello. Y, entonces, esta vez, no pasó nada. Como siempre.

Sobre un trimestre después, volviendo a cruzar tan delicado paso, a mediodía, cuando se supone que la gente no anda en coche conduciendo por un lugar que no conoce (a menos que tenga prisa por llegar a algún lado e intente coger un atajo), la despreocupada Sara, en medio del carril, no supo reaccionar cuando de repente apareció un coche saliendo de la curva, yendo directamente hacia ella.

Parecía que el tiempo se ralentizaba: Ella girando lentamente la cabeza; el conductor solitario poniendo cara de sorpresa y susto, estirándose para pisar el freno hasta hundirlo en el piso; el coche que no frenaba y seguía hacia ella; el coche que alcanzaba sus piernas, la golpeaba y haciendo palanca la lanzaba contra el parabrisas; la cara rígida del conductor; la cara acercándose a su cara; la cara más cerca de su cara; la cara tan cerca de la suya, como si quisiesen besarse, y el choque y los cristales que se agrietan y la sangre que salpica y las caras no logran tocarse; los ojos con el rumbo perdido; el coche que por fin para y su cuerpo cae en la carretera; pero lo pierde de vista, pues ahora estaba dentro del coche, mirando cómo su cuerpo cae al suelo, viéndolo a través del cristal roto y manchado de sangre, pues ahora ella estaba agarrando el volante y con los pies hundidos en el piso del coche, en el freno.

Con el vehículo totalmente inmóvil, con las manos crispadas, relajó lentamente los músculos. Estaba en el coche. Dentro del coche. Dentro del conductor del coche. Y su cuerpo tirado afuera en el suelo, inmóvil. Abrió la puerta y, sin salir, asomó la cabeza y vomitó. Se había producido una abominación. Sus pensamientos empezaron a desfigurarse, e intentó reorganizarlos.

Hola mamá. Aunque parezca increíble soy yo, y vengo de morirme y reencarnarme en mi asesino. Sin darse cuenta estaba conduciendo el coche, siguiendo la ruta que el hombre cuyo cuerpo poseía debía querer realizar. Pero ella no sabía conducir; por lo menos no hasta ahora. No recordaba hacer cerrado la puerta. Tampoco recordaba haber conectado los limpiaparabrisas para limpiar la sangre, pero lo había hecho. Y había abandonado su cuerpo tirado en medio de la carretera, en un charco de sangre. Ni se había molestado en comprobar si vivía. Sería monstruoso si vivía. ¿Con qué personalidad lo haría? ¿Con la del conductor?

No debo pensar en esto, o me volveré loca... O loco. Sus manos ahora eran cuadradas, bastas y feas. Las manos de un hombre desconocido. No podía aceptar esta nueva realidad.

Cuando miró al reloj vio que habían pasado muchas horas, que el paisaje había cambiado, que se sentía perdida y sin saber qué hacer y a dónde ir, que estaba empe-

zando a perder todas sus ganas de vivir, que no merecía que le pasase esto, que ella nunca había hecho mal a nadie, que era injusto, que...

Y tras un largo tramo recto, aproximándose a una curva, pensó que era mejor no girar el volante sino que debía apretar el acelerador y dejarse llevar por los acontecimientos y poner fin a aquella burla infernal.

Con el coche saliendo de la curva, lanzándose a toda velocidad contra un árbol, pensó que alcanzaría el descanso. El coche parecía flotar, deslizarse por el aire. O era el mundo el que se movía y ella permanecía fija. Le pareció que una eternidad había pasado cuando finalmente el coche chocó con el árbol. Y también le pareció otra eternidad el tiempo que transcurrió hasta que su pecho masculino alcanzó el volante y se hundió en él, comprimiéndole las costillas hasta romperlas. Y vino una última eternidad cuando su cerebro, sus tripas y demás, tropezaron con la envoltura corporal que los mantenía calientes y protegidos... Y entonces pensó en un relámpago mental que la abominación podría volver a repetirse, que podría volver a salir fuera de sí, que... Y entonces ya no fueron pensamientos, sino sólo el estar dentro, sintiéndose crecer, mecida por el viento.

Escrita en el invierno de 1996. Originalmente titulada *Yendo de intercambio*.

Cuatro demonios

La tierra era una desolación. Los mares estaban inundados de ponzoña. El aire era espeso. Sólo vivían algunos invertebrados.

El demonio ascendió lentamente desde los precipicios en los que moraba. Vagó solitario por la superficie llena de costras. A veces, se sentía tan desesperado que gritaba hasta perder la voz.

Mucho tiempo pasó y apareció otro demonio. Se soportaban, y viajaban buscando.

Una eternidad después encontraron la *máquina*. Estaban fatigados pero tenían Deseos. Descifraron los símbolos de la *máquina*, y ambos sonrieron.

Más tarde, el primero, de nombre FranGüérner, arañó hasta arrancar parte de la cabeza al otro, llamado IdiChárcar, y se la comió, ojo incluido. Viendo que lo que había hecho estaba incompleto, le arrancó otra parte y también se la comió.

IdiChárcar se sintió un poco extraño, y comió uno de los brazos de FranGüérner, que ni se molestó. Pusieron una gran señal, y pasaban el tiempo jugando.

Cuando, un día o una noche, apareció CercoVezno, FranGüérner e IdiChárcar ya eran muy amigos. CercoVezno los ignoraba, y estaba siempre apartado, dormitando. Se dejó arrancar y devorar su pierna y pechos.

De repente, llegaron a ser cuatro: TúnsLijen. Ni a FranGüérner ni a IdiChárcar les cayó bien. CercoVezno lo ignoraba. TúnsLijen estaba siempre enfadado, y tenían que perseguirlo para arrancarle la piel y comérsela.

Cuando CercoVezno se cansó de no hacer nada, quiso abrir la *máquina*, pero los otros tres le atacaron. La vida a veces era un aburrimiento.

Siguieron mutilándose y comiéndose mutuamente, descoyuntando huesos, cortando cabezas... era la mejor forma de satisfacer la Lujuria y el Odio que a veces les inundaba. Se comieron unos a otros tentáculos, colas, bulbosidades...

En los últimos días ya se parecían más entre ellos. Cada uno sólo tenía una cabeza, dos brazos, dos piernas, y nada más. Con harapos se vistieron. A alguno empezaban a crecerle otra vez miembros al azar, y se los extirpaban y comían.

Entonces, por fin, entre chasquidos e interferencias, la *máquina* habló. Decía que resistiesen; que ya iban a rescatarlos.

Más tarde, una nave descendió desde cielo. Dentro de ese caparazón venían los hombres a rescatar a *otros hombres*.

Cuando se fueron, rumbo al nuevo hogar en el espacio, continuó sin haber hombres en el planeta.

Párrafo inicial de noviembre de 1998. Esbozos del argumento en la madrugada del 29/06/1999, y el 13/07/1999. Escrito el 18/07/1999. Los nombres provienen de los protagonistas de cuatro de mis primeros cuentos *importantes*, antes de darles unos más comunes.

Cuentas con advertencias

Advertencia 1:

Este pequeño cuento no debe ser leído por menores de edad.

Advertencia 2:

Este cuento utiliza un lenguaje que puede lastimar seriamente la sensibilidad del lector.

Advertencia 3:

Por su contenido poco moral y poco ético, se sugiere no leer este pequeño cuento.

Advertencia 4:

Apelando a su sentido de la responsabilidad, se recomienda que no lean el cuento que sigue a continuación.

Advertencia 5:

Por favor, no sigan adelante, pueden terminar defraudados, o formarse una opinión errónea del escritor.

Advertencia 6:

Ésta es su última advertencia, actúen bajo su propia responsabilidad.

Principio del cuento:

Tetas, culos, caca, pis, mierda, coño, polla, follar, cagar, comer y mear, rutina de todos los días, comer, cagar, follar y dormir, jodida rutina, se acabó, por fin voy a morirme.

Fin del cuento:

Me morí y soy feliz.

Nota final:

No digan que no les hemos avisado.

La noche siguiente a escribir *El fin de la época de los ángeles*, en la que no fui capaz de dejar de escribir y ponerme a dormir.

Degeneración espontánea

Él estaba en paro, pero ella no. Tenían repartido el trabajo doméstico al contrario de lo que se solía hacer.

Ese día era diferente. Él no se encontraba muy bien, incluso había vomitado durante la tarde. Mejoró algo por la noche, aunque se mareaba cuando intentaba levantarse de la cama.

—¿Quieres que pida el día libre y me quede contigo?

—No, no. Vete a trabajar que yo ya me las apañaré —*por favor, vete.*

—¿Seguro?

—Claro que sí —*vete, ¡márchate!*—. Cuando regreses ya estaré mejor. ¡Incluso puede que te haya preparado la comida! —*¡lárgate inmediatamente! ¡Ahora mismo!*

—No hace falta que te molestes; cuando llegue, la haré yo. Entonces, ¿seguro que quieres que me marche?

—Sí; vamos, no te preocupes por mí que no me va a pasar nada —*¡lárgate de una vez, pesada! ¿Es que no te das cuenta de que aquí molestas? ¡Vete!*

—Bueno; en ese caso me marcharé —le dio un beso y se levantó de la cama, donde había estado sentada al lado de él. Va a marcharse (*¡vete, vete!*), da un paso, pero se para—. ¿Quieres que te traiga algo?

—No, no; no me hace falta nada. Puedes irte tranquila —*¡lárgate de una vez, pesada!*—. Como no te des prisa, vas a llegar tarde al trabajo...

—Tranquilo —se le acerca, repiten beso, y se marcha. *Así, así, ¡vete!* Antes de cerrar la puerta se despide con unas palabras de cariño, a las que él corresponde.

Y se marchó.

Él permaneció atento, escuchando. *¡Sí, sí!* Puertas que se abren y se cierran. ¡Por fin se había ido!

Contuvo el grito de júbilo. De un manotazo, apartó las sábanas que lo cubrían. Las piernas le picaban horriblemente. Algunos..., todos los pelos de las piernas se le

cayeron cuando las movió. Las tenía rojas, empezando a amoratarse. Los dedos de los pies estaban pegajosos, con las uñas amenazando desprenderse.

Cuando apoyó los ahora pies planos contra el suelo, todavía sentado en la cama, casi no sintió lo frío que estaba. Empezaron a dolerle las rodillas y también la ingle. Sentía los hombros pesados. Intentó ponerse de pie. La piel, por gravedad, le dio un tirón. La notó desparramarse en los pies. Durante un momento, creyó que se iba a caer, pero finalmente logró permanecer en equilibrio. La vista le temblaba.

Dio un paso. Sintió una gran opresión en la barriga. Casi se meó encima. Perdió las uñas del pie que había movido. Las piernas estaban muy hinchadas, y las nalgas le colgaban, fofas.

Dio otro paso. Se quedó sin uñas en los pies; pero ya no eran pies, sino grandes bolsas de carne deshecha. Los pelos de la cabeza aterrizaron en el suelo. Labios y orejas colgaban, balanceándose cada vez que se movía. El corazón latía demasiado rápido, y, aún así, el aire no le llegaba en suficiente cantidad al cerebro.

Los sobacos ya no existían, y los brazos se le estaban pegando al cuerpo, ya casi por los codos. Tampoco había diferencias entre los dedos de las manos, que se unían.

Su estatura había disminuido considerablemente. Para compensar, tanto piernas como pies se habían inflado. Las tenía cubiertas de ampollas. Incluso el ombligo le sobresalía de su ahora abultada barriga. La sentía llena de putrefactos gases. No se preocupó por ese detalle. Volvió a dar un par de pasos más.

Ahora era difícil que perdiera el equilibrio, pues su centro de gravedad estaba considerablemente bajo. Las manos casi rozaban el suelo, en parte debido a que se le habían descoyuntado los hombros. La lengua le colgaba fuera, seca; y la nariz se le había alargado.

Un ojo estaba cubierto por la piel, y el otro casi ya no funcionaba. Pero, aún así, de poco le servían, pues el cuello se le había doblado, y su alargada cabeza colgaba flácida a su espalda.

Otro paso, y alcanzó la puerta del cuarto de baño. Ella la había dejado entreabierta, y la empujó mientras entraba. Apenas era más alto que el pomo de la puerta. Se dirigió a tuestas hacia la bañera.

El bordillo parecía insalvable. Logró meterse dentro, ayudándose con movimientos ondulantes. Cayó dentro todo retorcido, pero no le importó. Hacía rato que no podía respirar, ni por la nariz ni por la boca. Se agitó interiormente, logrando colocarse en otra posición más cómoda.

Notaba como se iba licuando por dentro. La piel dejó de contenerlo y se desparramó por toda la bañera. No tenía el tapón puesto, pero enseguida quedó obturada por restos de piel, huesos y carne. Aún estaba demasiado viscoso y burbujeante.

Horas después, la superficie libre del líquido estaba completamente plana, uniforme. Tras la licuación parcial, había vuelto a solidificarse, formando una masa sonrosada que cubría el fondo de la bañera.

Horas después, llegó ella. Lo llamó. No obtuvo respuesta.

—¿Dónde te has escondido? —silencio.

No tardaría en fijarse en el rastro que había en el suelo, formado en su principio por pelos y uñas.

En fin, otro día será.

Uno de mis primeros cuentos, al que muy posteriormente he tenido que adjudicar un título.

Deshacer la proyección

Mirando aquella fotografía (en concreto se trataba de una escultura religiosa barrocammente decorada), pensé en lo curioso que es el acto de ver. Cada ojo manda a mi cabecita una proyección bidimensional de la misma escena tridimensional, vista desde dos puntos próximos; con ambas imágenes, soy capaz de reconstruir la escena tridimensional original. Me he pasado toda mi vida ignorando que veo imágenes planas de un mundo en relieve, y en ese momento estaba viendo una fotografía de una escultura; es decir, reconstruía una estatua a partir de dos imágenes planas de una misma imagen plana de un objeto sólido. Curioso. Aún ahora pienso que es curioso.

Lo que estos pensamientos me inspiraron me condujo a coger dos bolígrafos y un lápiz. De mis lecturas escolares sabía que una línea define una dimensión; con dos líneas perpendiculares definía un plano, una entidad puramente bidimensional; tomé ambos bolígrafos y los crucé, formando así una representación del objeto ideal plano. Colocando el lápiz de forma que estuviese simultáneamente perpendicular a ambos bolígrafos, pasando por el punto de cruce, logré unos ejes de coordenadas para el espacio tridimensional en que vivo; o en el que creo vivir, si mis sentidos no me engañan. Fue entonces, esa duda, lo que me llevó a plantearme espacios de mayores dimensiones. Sabía, sé, que si colocaba otra recta perpendicularmente a las tres que ya tenía, pasando por el origen de coordenadas, tendría mis ejes cartesianos cuatridimensionales. En aquellos momentos no disponía ni de otro bolígrafo ni de otro lápiz; los busqué, con la certeza de que no tenía ninguno más. Tras la búsqueda infructuosa, y corta, entré en la cocina y abrí el paquete de espaguetis. Eran mejores y más ideales que los bolígrafos, pero más frágiles. Inmovilicé tres de ellos, y me dispuse a colocar el cuarto de la forma, imposible, que quería hacer. Forcé mi cerebro a imaginar la escena, pero fui incapaz; hasta que se me ocurrió construir la proyección tridimensional de los cuatro ejes cuatridimensionales.

Así, una representación tridimensional de una entidad cuatridimensional, transmitida a mi cerebro mediante dos imágenes bidimensionales ligeramente distintas, para reconstruir la representación tridimensional de los ejes cuatridimensionales, y así imaginar la figura cuatridimensional... Vi la luz, pues en un instante comprendí las cuatro dimensiones y sentí que estaba viendo una escena cuatridimensional; esa sensación perduró durante largos minutos de inmovilidad, mientras veía la habitación como la verías tú en una fotografía plana.

Debió ser en ese momento cuando algo se estropeó en mi cabeza; y nunca más se volvió a arreglar. Desperté de la ensoñación dimensional sintiéndome pequeño y plano, sin espesor; está claro que con el lenguaje que tenemos no se puede describir con sencillez y claridad lo que yo sentía en aquellos confusos momentos. Poco después vino a mi memoria la idea de que el tiempo funciona como una cuarta dimensión, pero sólo como una dirección de sentido único. Los recuerdos son todo lo que queda... Ya

sé que todo esto suena muy tonto, pero darme cuenta de su incrustada realidad fue una impresión muy fuerte para mí.

Y también debió ser entonces cuando nació en mí la idea de escapar de estas tres dimensiones espaciales y descubrir lo que hay por ahí fuera. Razoné que a escala de las partículas atómicas las dimensiones serían despreciables, pues las partículas son como puntos, y los puntos tienen dimensión cero. Una explosión atómica debe ser como romper las dimensiones; obtener el espacio a partir de la nada. Soñé despierto con la idea, jugando con ella.

Más tarde me pregunté: ¿Cuántas dimensiones tiene la energía? Y después: ¿Cuántas dimensiones tiene el pensamiento? Llegué a la conclusión de que una experiencia cercana a la muerte podría ser una buena manera de romper el hilo de mis pensamientos de una forma brutal, como una explosión subatómica. Consideré diversas formas, hasta que determiné que, con una buena fuerza de voluntad, podría morirme si así lo quería. Así pues, me tumbé en la cama y me dije que me quería morir; tal y como esperaba, no era fácil, por lo que acudí al plan *b*: Dejé de respirar. Tras varios intentos, lo logré.

No sé cómo, ni cuánto tiempo después, llegué allí. Había un espejo frente a mí. Me vi en él: Me veía desnudo. Bajando la cabeza vi que efectivamente estaba desnudo. Entonces, al volver a mirar al espejo, éste reflejaba mi espalda. Era como aquel cuadro; el espejo reflejaba lo que veía alguien que estuviese detrás mía. Me di la vuelta, rechazando el pensamiento de que era contemplado. No vi a nadie más. Estaba de espaldas al espejo, y por lo tanto no podía verlo; pero la imagen del espejo sí podía verme a mí. Sentí sus ojos perforando mi cogote; y un escalofrío recorrió mis vértebras.

Un par, o más, de manos me cogieron por detrás y me arrastraron. Lo que hacía un momento era hacia atrás se convirtió repentinamente en hacia abajo. Caí, y me levanté confuso.

—Hola, hijo mío —dijo una voz.

—Hola —respondí con educación—. ¿Quién eres? —pregunté a continuación.

—Soy Dios. El único. El verdadero —y la voz se acercó a mí, y pude verle: Tenía a mi difunto padre ante mí. Pensé en seguida en alguna interpretación psicoanalista para explicar aquello. Ni por asomo se me ocurrió pensar que aquello podía significar que yo era el Hijo de Dios.

—Debo estar soñando...

—No, hijo mío. Has querido venir a verme, y yo te recibo. ¿Qué tal van las cosas allá afuera?

En ese instante me di cuenta de que mi cuerpo era el de un niño. Traspasar las dimensiones no debería tener estas consecuencias, ¿o sí? En todo caso, junto con la presencia de mi difunto padre diciendo ser Dios, todo indicaba que debía estar soñando o siendo víctima de una alucinación. No se me ocurrió mejor forma de comprobarlo que golpear a mi antagonista en los huevos.

Le dolió, y me di cuenta de que conservaba mi fuerza a pesar de mi apariencia. Entonces, volví a ser yo. Yo mismo; y yo solo. Como no tenía nada que hacer, examiné el lugar donde me encontraba. Era un espacio ideal. El suelo era firme, plano, y oscuro. La visibilidad del lugar era muy reducida. No se veía nada en la lejanía, sólo oscuridad; pero me veía a mí mismo totalmente, como a la luz del día. Aquello no podía ser ni la cuarta dimensión ni un mundo paralelo; debía tratarse de algo generado por mi mente.

Grité, pero en el silencio no hay eco. Aunque lo intenté de diversas formas, no logré despertar ni abandonar el lugar, ni golpeándome ni corriendo ni intentando rasgar esa realidad.

Desperté, o aparecí, en el mundo real horas después. Reconsiderando en esta habitación cerrada estas experiencias, he extraído la moraleja de que para alcanzar y moverme en una dimensión espacial suplementaria necesitaría ser dios; o convertirme en él. He terminado por pensar que soy una proyección tridimensional de Dios, pero actualmente me siento demasiado atontado como para poder desligarme de la realidad, deshacer la proyección, y salir de aquí.

Primeros días de agosto de 1998. Su título inicial era *Traspasar las dimensiones (deshacer la proyección)*.

Desvaríos

Como en un dibujo de Escher, la realidad sube y baja, entra y sale de sí misma, y yo con ella. Si voy hacia la derecha, aparezco a la izquierda. Si me quedo en el centro, retrocedo. Si avanzo... si avanzo no sé dónde iré; no sé dónde apareceré. Si me golpeo con el martillo en la cabeza, la burbuja se vuelve acero, y todo se calma un tiempo. Durante este ojo artificial de la tempestad, me doy cuenta de que algo no marcha bien dentro de mí, dentro de *yo*, dentro de esta cárcel cuyo carcelero es... no hay carcelero porque no hace falta. La cárcel perfecta. No dejo que se note que estoy loco. El médico habla conmigo, y yo aparento normalidad. Le pido amablemente que me devuelvan mi martillo, y con mucha cortesía me lo deniega. Sabe que no soy de esos que se golpean contra las paredes. Me pide que le hable de mis visiones, y le cuento como escucho los olores, como toco ilusiones, las agarro y las reviento, y como estoy sano y cuerdo, aunque creo que él no me cree.

Un día les convenceré de que me dejen salir, y saldré afuera. Buscaré mi martillo. O tal vez no. Debería zambullirme en el agua salada del mar y buscar aquel barco hundido. A pleno pulmón, muriendo por una causa. También desearía viajar a la luna. Saltar en esa pequeña gravedad. Correr y saltar, y comprobar que, a pesar de todo, sigo siendo yo. Pero mientras como, me digo que qué quedará de mí cuando yo a mi vez sea comida. Un día vendrán las devoradoras desde el espacio profundo, y perderemos. Hay cosas terribles allá fuera. Dicen que entre las estrellas teje un tela una criatura inconcebible, el *espanto*, para capturar a cosas que vislumbro a veces, en las noches estrelladas. Son como dioses o como demonios, o bien nosotros somos como termitas o como ladillas. Dejaré la almohada debajo de la cama para que el huesudo la roa cuando vaya a la sala a jugar al ajedrez, dicen que conmigo mismo. Dibujé un teselado hexagonal, y recorté fichas hexagonales para este tablero. Después dividí las casillas en seis triángulos equiláteros, de forma que los movimientos de las piezas no estuviesen tan restringidos, y pudiesen desplazarse estratégicamente. Necesito un destornillador.

Dejé mi región natal, y pasé una temporada viajando por mar. Llegué a la isla de los tontos, donde conocí las carreras de caracoles. Eran caracoles muy rápidos para ser caracoles. Corrían mucho, y las apuestas eran fuertes. Cuando me habían

hablado de ello, con su lenguaje tan divertido, no les creí. Cuando me hablaron de que no fuese por el *bosque sin gente*, porque los perros de los árboles me harían mucho daño, también me reí mucho. Hasta que paseando me acerqué hasta allí, y escuché los ladridos desde las ramas de los árboles. No era gente imitando los sonidos, tampoco grabaciones; había algún tipo de animal allí que ladraba como cualquier perro vulgar. No me acerqué para ver concretamente qué era, porque daba miedo.

Tomé una manzana del cuenco de frutas, y me la comí entera. Después pensé que aquella mosca, con su vida insignificante, era un producto elaborado de la evolución, y quise matarla. La sombra que se movía sobre el techo pasó rauda de una pared a otra, y se metió debajo de la mesa. Intenta colarse en mi habitación, y terminará por lograrlo. Creo que tiene algún tipo de relación con los cuervos cuyas alas fueron cortadas por espadas ensangrentadas tras una batalla, o quizás solo sea algún tipo de parásito que me mordisqueará la piel mientras estoy en las nubes.

Hecho de menos jugar con mi ordenador. En el jardín, arranco sin que me vean una flor, y juego que es una nave espacial de algún diseño desconocido. Vendrá una libélula, descenderá desde los cielos, para así conquistar los puertos de este riachuelo. Viene otro paciente, y veo a su través, excepto por su ropa. Tiene un bulto en su interior, un grano lleno de pus o agua, y cuando reviente será feliz hasta que se le infecte.

Me río del triángulo aquél: yo estuve en un círculo. Las corrientes del mar se confabularon para crear una prisión sin muros, sólo de agua que giraba y de la que no se podía escapar. Nuestro barco quedó atrapado, y no había forma de salir. Era enorme. Se nos acabó la comida, y teníamos que pescar. Había más barcos allí. Nadie logró escapar, excepto yo, claro. A veces me despierto y creo que todavía estoy allí. Aborrezco comer pescado. Una vez fui un gato, y me encantaba el pescado. Sólo fui gato porque necesitaba ese tamaño para bajar la escalera de caracol que conducía al centro de la tierra, o sea, al infierno mismo. Bajé y bajé montones de escalones, temiendo tropezar y rodar y rodar. A veces deseaba tropezar y rodar y llegar al final de mi viaje. Terminé por aburrirme, pero no quería rehacer el camino hecho, además cuesta arriba.

Recuerdo que una vez soñé que era una bola de acero. Trabajábamos en una inmensa maquinaria, incluso a veces hundidos en aceite. Como no necesitaba respirar, el único problema era que costaba más esfuerzo desplazarse cuando ibas a tu puesto. La jornada laboral era de 128 horas seguidas y después 40 de descanso. Nos esclavizaban unas bolas de madera, de mayor tamaño que nosotros. Nos llevaban a los rodamientos, y allí girábamos y girábamos bajo presión. Girar y girar es divertido, pero no estar bajo presión. Los esclavistas tenían forma de huevo, y no giraban nada bien. No llegué a fijarme, pero se decía que giraban siempre igual, dejando el extremo saliente a la derecha o a la izquierda, pero siempre al mismo lado. También oí que había otras bolas mayores que eran aún más deformes, e incluso algunas eran incapaces de rodar. Para ellos, nosotros éramos todos iguales, sólo apreciaban cambios elevados de diámetros. Los de mi grupo éramos todos de diámetro... no recuerdo, con una medida de alta precisión. Yo deseaba revelarme y lanzarme contra esos huevos de madera y reventarlos. A veces pienso que no fue un sueño.

Hay quien dice, entre los locos de aquí, que yo no estoy loco. ¿Soy un loco? ¿Estoy cuerdo? ¿Son un cuerdo que finge estar loco? Lo más real es que soy un loco que finge ser un cuerdo que finge estar loco.

Entrando y saliendo, fui un centauro, y tenía a las muchachas loquitas; y a algún muchacho también. El resto de los muchachos estaban locos por pegarme un tiro. Yo no tenía vergüenza de pasearme desnudo, con mis atributos luciendo. Sé que muchos muchachos no querían pegarme un tiro, sino que deseaban castrarme. Que se jodan. Despanzurré a unos cuantos y me escapé. Como una pelota que cae desde el último piso en un día soleado, libre, reboté en el suelo. ¿Por qué no hay música? Sí, tú que escribes, pon música.

Se acabó la bebida, y tampoco hay comida. Las letras se agolpan unas detrás de otras, emborronando el papel. Dejaré de escribir y dejaré de existir. Risas. Me da igual. La claridad meridiana. Camino y camino. Dejo que las cosas sigan su ritmo; eso incluye mi lenta muerte, el lento y deliberado paso del tiempo hasta el fin de mi tiempo. Leí en algún lado, quizás en algún otro escrito mío, que cuanto más camines, más probabilidades tendrás de tropezar. Soñé muchas veces con esa piedra fundamental. La piedra que da sentido al camino de la vida. Indudablemente, terminarás por encontrar una piedra que te impida continuar. Una tras la cual no puedas levantarte, una ante la que nada sirve poner las manos delante para evitar aterrizar con el rostro. ¿No tengo nariz? Pues la última vez que me vi al espejo no la tenía. Quizás fuese un efecto óptico, o quizás es que me estoy transformando de nuevo. Veo una catarata. Allá veo un templo en el que entre las columnas cae una fina lámina de agua. Es hermoso. Y la luz del sol ilumina todo con intensidad, formándose multitud de arcos iris. Y yo estoy esperando sobre la seda. Observando y esperando. No tengo patas, sólo dedos. Corrijo: mis patas son sensibles como dedos, fuertes y largos. Sonrío, o eso creo, y espero.

Suena una espada cortando carne, y veo un ejército contra otro. Mi casa está arrasada, volveré a construir otra. Soy insignificante ante la confusión. Ataco, y estoy terriblemente cansado. Se acerca el momento de mi fin, y el cáncer me consume. Glóbulos blancos y glóbulos rojos. Plaquetas. Y un sin fin más. Dejo de respirar y soy etéreo. Volveré para saciarme. Me veo al espejo, y no tengo nariz. Ése fue el precio por escapar de la prisión de muros de agua. Las nubes en el cielo están poco iluminadas. Es la hora de dormir. De dejar que el polvo de debajo de mi cama se arremoline y expanda sus tentáculos y se vengue por los crímenes que cometí. Dicen que no soy peligroso; otro llevó las culpas. Todas. En la Biblia está la verdad, por eso allí está escrita la ley del Talión. Perdí algo más que la nariz, en aquellos templos submarinos. Por supuesto que no era la Atlántida. Era algo mucho peor. No eran construcciones ciclópeas, eran miserablemente pequeñas, casi de juguete. Jugaron conmigo, y yo intenté hacer lo mismo con ellos. Con *Ello*. Escapé no sé cómo ni porqué, o tal vez nunca escapé o tal vez estoy escapando. ¿Importa? Juro que moriré antes de que me coja. Prefiero vaciarme antes de que me vacíe. Me sorba.

Pero los árboles se balancean con el viento para no romperse, y la hierba parece buena para comer. Hay flores en algún lado, no puedo verlas pero sí olerlas. Tomaré el camino más largo. En bici, sudando bajo el sol, dejo que la música suene dentro de mi cabeza. Estoy agotado, y estoy en un lugar desconocido. Me detengo en un lugar, donde no hay gente por las calles, y entro en un bar. Atravieso la puerta, es

de esas de tiras, y el lugar se llama *El busto azul*, en pequeñas letras de neón rojo. Pido agua mineral para beber, y me sirven una botella rellena con agua del grifo. El reloj de cuco hace tic-tac pero es la hora y la puerta no se abrió. No hay un cuco tras la puerta, sino *Aquello*. Agazapado. Con todo su poder concentrado, listo para salir. Bebo, ofreciendo mi nuca. Los vellos se me erizan, el agua está fría, y chorros de sudor resbalan por mi frente. Escapo.

Está. Dejaré de estar loco un día de estos. Dejaré de fingir una parte. Es más fácil fingir locura que cordura. Me costará, y tal vez lo lograré. La otra opción es beber la sangre del enfermero voluminoso. Problema con enfermedades. Si pudiese volar... Practico todos los días y también durante los sueños, pero apenas me levanto unos centímetros, y eso concentrándome. Rezo a los tres dioses enemigos de mi enemigo, y enemigos de cosas por las que debería luchar e incluso dar mi vida, y sé que mis oraciones son escuchadas. Sacrifico, escucho a veces en mi cabeza. Pero un sacrificio de verdad: las moscas no valen apenas nada. Déjalas que coman los cadáveres que siembres.

Espero, inmóvil. Espero, a que la comida me llegue, a que se sirva sola. Espero, inmóvil, y tengo el convencimiento de que llegará el que se alimentará de mí. Espero, dejando que sea el camino el que trascurra a través de mí. Allá a lo lejos aprecio el bulto oscuro de la piedra final. Todo son escollos. En aquél acantilado debí haberme arrojado, pero prefiero no morir ahogado. Por lo tanto, sé que moriré ahogado. Temo ese momento. Pasé mucho pánico temiendo que el techo se derrumbase y quedase sepultado por toneladas de tierra. Asfixiándome. Mi corazón latiendo bajo tierra. ¡Despierta! Recuerda que ya escapaste de la tumba una vez, y que volverás a hacerlo, aunque eso cueste un precio increíble. Prefiero que el resto de la humanidad arda lentamente en un infierno de ácido y azufre, a que se me caiga una gota de dolor. Rezo mucho.

Pronuncio el verdadero nombre de la silla, Josefina, y la silla existe como tal. Mataré su nombre, lo relegaré al olvido, y dejará de ser. Se diluirá en la realidad. O bien yo trascenderé a una realidad en la que la silla jamás existió. Quizás estoy fuera de mi realidad y por eso me consideran loco. Vine de un universo donde todo lo que digo es cierto, donde estoy completamente cuerdo, pero aquí en este mundo lo cierto es que para ellos mi realidad es locura. Es como si una criatura de los sueños apareciese en la realidad, donde la lógica es otra, donde las leyes son distintas, donde todo es *real*. Enterrado bajo el polvo está mi martillo. Lo desenterraré, está bajo el rosal, y ya verán, ya. El segundo dios me ha dicho que tenga confianza, que el gordo se ha dormido en su silla. Diré *Josefina, desaparece de mi vista*, y con Raúl, el jodido martillo, abro la cabeza del enfermero. Me parece estar viviéndolo ahora. Me lo imaginaba todo con más sangre. No debe ser real. No está inconsciente. ¿Qué pasa ahora? Me agacho, con los ojos apretados, encogido. Tal vez estoy en el water. No quiero mirar, pero el sonido del agua anuncia una sola cosa: *Mierda, mierda...*

El primero y el tercero se ríen. Ese dolor son las alas que te están creciendo, creo que me dicen. Les creo. En algún lado un bebé nace, pero como es una película porno-pederasta, lo violan hasta que lo destrozan. Tal vez yo soy la madre. Quizás ésa es la forma de escapar. Despliego mis pequeñas alas, y todavía no vuelo. Necesito ayuda: ¿dónde hay una mano adorable? Un empujoncito, es lo que necesito; ¡pero no

tan fuerte! Perdí también el pelo de mi cabeza, y las cejas también las pierdo varias veces por semana.

¿Estoy loco porque me comporto como un loco? ¿Estás loco porque lees lo que un loco escribe? ¿Estás loco si has leído hasta aquí, tragándote estos desvaríos sin sentido? Leí en algún lado, quizá en algún escrito mío, que una forma de volverse loco es hablar con uno mismo, usando sólo la mitad del cuerpo, y tapando el otro ojo y oreja. Debe hacerse mirando hacia el mismo objeto, para apreciar los cambios de perspectiva, y con música de fondo que no distraiga. Hay que discutir, y mucho.

Por supuesto, Lo que me persigue puede ser algún otro yo, otra cabeza más de la hidra, puede ser mi cordura. Tengo miedo... ¡pánico! a enfrentarme a *Ello*, porque, como la hidra, al cortarle la cabeza surgen dos de su cuello cercenado. Como el pulpo, que convierte uno de sus tentáculos en un pene, así convertiré una de mis cabezas en un martillo y saldré de aquí al exterior, afuera, hacia la libertad. ¿Qué demonios es la libertad, cuando estoy prisionero en mi carne? ¿Qué demonios es *Lo* que me persigue? ¿Importa acaso, sabiendo que me cogerá y me aplastará? Quisiera ser el más fuerte para ir a su encuentro y dar caza al cazador, para destriparlo y después matarlo. ¡Socorro! Se me desangran los pensamientos. Me he golpeado tan fuerte que las ideas se me escurren, y las pierdo, y las veo en el suelo. Allí se escapa una gota que es un recuerdo de la infancia que viviré mañana. Deja que muera la onda expansiva. Salta sobre los bidones abiertos, para hacer canasta. Siempre subo para abajo cuando estoy patas arriba y miro hacia atrás cuando estoy girado. Blasfemar es divertido cuando se ofenden por ello, tontos.

Escararé las cimas, bajaré a los abismos, o bien me quedaré esperando aquí, a que el tiempo termine de pasar. Y cuando todo el tiempo haya pasado, y quede yo solo, *Eso* me encontrará porque todos los sitios para buscar serán uno solo, y allí sin opción estaremos ambos. Si es un espejo, lo romperé, y me cortará profundamente.

Uno, dos y tres. Cuatro, cinco, siete. Ocho, nueve, diez. Y vuelvo a contar mis dedos, una y otra vez, gastando el tiempo. Hay un prado que tiene un árbol en el centro, un manzano dicen que es; y dicen que su fruta es mágica, que alcanzarás la sabiduría, etcétera, etcétera; y voy yo y hago una hoguera con él para iluminar la noche y así no poder ver las estrellas.

Si rezo a mis otras cabezas, que son dioses, verdaderamente los convierto en dioses. Están al volver la esquina de la calle que es la realidad. Necesito beber grandes cantidades de agua, pero ahora odio el mar, ese agua contaminada con sal. Estuve en un planeta cuyas aguas eran azucaradas. Era un planeta terraformado. ¿Cuántos actores porno serán necesarios para llenar con su semilla líquida una piscina entera, y bañarse en ella? Muchos, una gran cantidad. Sólo para conseguir llenar una copa para beberla... O bien lástima que la hidra sólo tenga multiplicidad de cabezas, o bien tal vez no. Soplaré sobre la hierba, mientras corro locamente por las praderas hacia la raíz de la cordillera, allá, donde está la gran grieta inexplicable. Y kilómetros de tierra lejos, el cráter del impacto del meteorito, con sus plantas carnívoras. La lluvia intentó convertirlo en una laguna, sin éxito. La lluvia es muy bella, y las tormentas son sublimes.

Cuando me emborracho, trasciendo a mí mismo. Hojeo una revista de moda, y me asqueo con las fotos de mujeres delgadas como los judíos en los campos de

concentración. Cuando queden embarazadas, serán como arañas. ¡Arrancadles las patas! Mejor no; yo también pasé por eso, y sé lo que es un embarazo y que te arranquen una pata. Pata-palo, me dicen algunos, ya todos muertos.

Y como si todo no fuese otra cosa que un mal sueño, tomo conciencia de que estoy despertando. Muy, muy lentamente. Regreso de mi locura a la realidad. Una tenue claridad se va apoderando de todo. ¿O tal vez sea sólo otra fantasía? Un murmullo crece desde el silencio. Sus voces son familiares, aunque nada entiendo. Intento ubicarme. Televisión. ¿Dónde he estado, de dónde vengo? Dijeron que no habría efectos secundarios, ¿los habrá? Poco a poco, me recupero de la anestesia, y aquí estoy. De nuevo. Hecho de menos la estabilidad mental. ¿Quién sabe qué me traigo de *souvenir*?

Del 30/06/2002 al 7/07/2002. Tomé de muchos sitios, incluyendo sueños e ideas latentes.

Diálogo policíaco

—El asunto está muy enredado.

—Va a ser difícil interpretar todas las pistas e identificar al culpable.

—¿Sabes? Esto me recuerda a un libro que leí una vez.

—¿De qué se trataba?

—Era un cuento policíaco, un diálogo, en que también tenían que vérselas con un caso parecido al nuestro.

—¿Y recuerdas cómo lo descifraban? ¡Podría ser muy útil para nuestra investigación!

—Era muy curioso... Para resolverlo, los protagonistas leían un cuentecillo que trataba un caso parecido. Y en ese cuentecillo, un diálogo, había que leer un caso policíaco parecido al anterior, en que la solución se encontraba leyendo otro cuentecillo. Y en ese nuevo cuentecillo, la solución al enigma estaba en otro cuentecillo...

—Para, para..., que ya veo por dónde va. Y al final, ¿qué? No me digas que el último caso se parecía muy poco al primero, y que para descifrar el primero antes tenías que resolver el segundo, pero antes del segundo el tercero, y antes del tercero el cuarto...

—Eso es lo que me estaba temiendo, así que...

—¡...te saltaste las páginas y fuiste al final para enterarte de la solución!

—¡Justamente eso!

—¡Bien! ¿Y qué decía allí?

—¡Que me saltase todas las páginas y me leyese el final!

Ideado el 24/10/1999 y escrito dos días después.

Directos al paraíso

Para alegría de los nativos, me presenté en pantalón corto, el suficiente para tapar mis vergüenzas. Me unté cuidadosamente el resto del cuerpo, tal como hacían ellos, para protegerme de los mosquitos. Me iban a dejar presenciar el sacrificio. El día anterior había sido una anciana, hoy iba su nieto, y mañana su nieta. El niño estaba adornado con plumas, cortezas, hojas y flores. Le pregunté si sabía a dónde le llevaban, y me respondió (en ese portugués vacilante que habían aprendido) que al paraíso, para que su abuela no estuviese sola y se entretuviese criándolos. Uno de los nativos me dijo, sin que el chico nos escuchase, que en esta época las cosechas del paraíso estaban rebosantes y el niño ayudaría a su abuela a recoger la fruta y a almacenarla, para que cuando el resto de la familia fuese tuviesen abundante comida. Por lo que sé, no transcurren las estaciones igual en el paraíso que aquí: allá van mucho más despacio y duran más.

Los hombres llevaron al niño al lugar del sacrificio. En el poblado, las mujeres y unos sacerdotes preparaban a su hermana para el día siguiente. Los sacrificios (bueno, ellos no los llaman así) siempre requieren una preparación especial. Por lo general, cuando alguien muere, el poblado entero decide si ha sido un buen compañero (o compañera), y si sí lo envían al paraíso; a veces, como ahora, con compañía. Envían vivos también en ocasiones de enfermedad, mutilaciones, debilidad, etc., para que el sacrificio les purifique y lleguen renacidos al paraíso. Los que no merecen ir al paraíso, o que son castigados sin ir, son abandonados para que las bestias coman sus cuerpos, o enterrados para que los coman los gusanos.

Llegamos al lugar del sacrificio. Es un gran agujero, muy redondo, y muy profundo. Las aguas de su fondo son termales: calientes, muy calientes. Ésa es la entrada al paraíso. Tienen al niño de espaldas, para que no vea el agujero y sí a ellos, y que cuando caiga todos pueden despedirse de él mirándole a la cara. Siempre me he preguntado qué pasa cuando el cuerpo llega al fondo: ¿Gritará durante mucho tiempo, o se le quemará pronto la garganta? ¿Morirá finalmente achicharrado o ahogado? ¿Tardará mucho en cocinarse?

Ahora voy a saberlo..

Escrito el 31/10/1999, en base a un sueño.

Duende

Mientras Mariano y Elisa se hacían el amor, el duende salió de debajo de la cama. Viejo, cansado, pero feliz; y sediento. Sed, mucha sed. Guiado por su olfato, encontró el cuarto de baño. Tal como había advertido, en el agua de la taza había orina diluida. Saltó al borde y, bien sujeto, metió la mano, intentando apresar el agua. Amebas líquidas resbalaron por su garra: La fina capa de grasa que le cubría le hacía impermeable.

La sensación de estar siendo observado empezó a abrirse paso por la mollera, como un molesto topo. Dejó de estar dormido, y entreabrió los ojos. No interpretaba nada de lo que veía, somnoliento como estaba.

Se movió, procurando por costumbre no molestar a Elisa, que dormía plácidamente. Quizás dentro de ella su semilla estuviese germinando... por fin. Boca arriba, mirando el techo, Mariano recordó repentinamente que algo le había despertado. Temió saberlo, mientras movía su cabeza de un tirón, dirigiendo su mirada a los pies de la cama, y su brazo mecánicamente buscaba y pulsaba el interruptor de la luz.

Duende estaba allí.

Otra vez.

Había regresado.

Tras tantos años.

Otra vez.

¡No!

Con sus fauces sin labios, parecía sonreírle malignamente, mostrando sus colmillos. Estaba más viejo que la última vez. Y ojalá se muriese de una vez por todas.

Mariano se dijo que no quería volver a pasar por ello. Huir y huir. Dudó de nuevo sobre su cordura, sabiendo que estaba ahí. Deseó que fuese una pesadilla, y empezó a eruirse. El duende ni se inmutó. Sentado en la cama, alargó un brazo hacia el bicho cubierto de harapos. Quería sentir que estaba ahí realmente, agarrarlo y estamparlo contra la pared, dejando una mancha de sangre allí donde chocase.

El duende le siguió con su mirada sin párpados. Cuando la mano se acercó demasiado a él como para poder prevenir cualquier movimiento brusco, saltó hacia ella, la arañó, y desapareció debajo de la cama arrastrando la cadena que lo sujetaba y aprisionaba.

Mariano gritó de dolor.

Elisa se despertó y lo miró, confusa.

La sensación de las uñas en su carne perduraba, como si todavía estuviesen rasgándose.

—¿Qué...?

—Nada...

Deseaba que el agua lavase la herida, corriendo sobre ella.

En el hospital, un niño miraba asombrado a su alrededor. Su corazón latía. Tenía miedo, pues estaba sin sus padres en una habitación desconocida, con un desconocido durmiendo en la otra cama.

No podía dormirse. Estaba demasiado inquieto y nervioso. Tarde, en la madrugada, pudo dormir.

Despertó al amanecer sin saber por qué. Permanecer en aquella sala extraña y monótonamente blanca pronto le sacó de quicio. Su mente divagó un tiempo indefinido. Varios miles de segundos. Después, la visión de algo completamente irreal le sacó de su ensimismamiento.

El duende surgió de debajo de su cama, aburrido. Saltó sobre la reja del fondo, y le miró. Ambos se sorprendieron: Mariano de verlo y el duende de que lo vieran.

Ya no pudo dormir más aquel día.

Ni tampoco el siguiente.

Nadie veía al duende, excepto él.

Por supuesto, no le creían.

Por supuesto, lo pasó muy mal aquella temporada.

Una vez en casa, no supo más de él. No volvió a verlo. Y terminó por dormir feliz, con pesadillas. En una de ellas, en un mar de arena, el duende le acechaba agazapado entre las dunas. ¿¡Dónde estás, hijo de puta!?! ¿¡Dónde!?! ¿¡Dónde!

La mente procesa e intenta protegerse a sí misma de sí misma. La de Mariano guardó el suceso en una caja fuerte mental, cerrándola con llave, y esa llave la guardó en otra caja fuerte en un lugar distinto y camuflado. Olvido, dulce olvido.

En su adolescencia, el duende le encontró. Ahora era viejo, y había perdido todo su orgullo y lustre. Podía vérselo tal como era: Un esqueleto de macaco al que habían pegado pedazos de carne para componer un monstruillo de unos 15 centímetros, de hocico puntiagudo, vértebras salientes y una cadena en vez de cola, fija en algún lugar bajo la cama.

Claro que, cuando Mariano miraba bajo ella, allí no había nada anormal, ningún sitio donde esconderse. El duende aparecía, le molestaba y volvía a molestarle. Él no podía aguantarlo.

Aprendió las reglas del juego rápidamente: Sólo él podía verlo, y sólo él sufría las consecuencias; por todos los medios, Duende pretendía que le siguiese bajo la cama. Mariano enseguida razonó que, si estaba encadenado, por una buena razón sería, y él no sería el tonto que liberara a la bestia hambrienta.

Una vez logró ver cómo Duende desaparecía bajo la cama, en una columna de arena que no debía estar allí, y que dejó de estar allí.

Cuando la rutina de dormir lejos de su cama, allí donde la cadena le impedía alcanzarle, le hartó, decidió pasar a la ofensiva. E intentó, pero no logró, capturar al bichejo.

Entonces, una noche, la cadena que lo sujetaba se hizo de pronto mucho más larga. Parecía nueva. Mariano supo que a aquella cosa no se la debería liberar. La situación se volvió insostenible, y se negó dormir en su habitación. Problemas familiares.

En la mili no tuvo esos problemas. Pudo dormir como un tronco.

Al regresar a casa, Duende ya no estaba allí.

Y durmió y durmió.

Un día supo que Elisa lo quería.

Al otro, Elisa supo que él la quería.

Matrimonio.

La siguiente noche sabía que le esperaba, allí, en la penumbra. Pero no apareció. No fue capaz de dormir, y no durmió.

Por la mañana, con insomnio leve, dejaba llegar el día. Podía haber dormido en otra habitación. Debía haber dormido en otra habitación, aunque Elisa no lo entendiese. Elisa.

Se durmió.

Y, al despertar, volvió a dormirse.

Cuando ya era día completo, despertó, ignorante. Al incorporarse, despistado, echó una ojeada a Elisa. Tenía la boca semiabierta, de la que salía una pasta púrpura mezclada con sangre. Estaba muerta. Tiesa. Frita. Envenenada.

Duende le miraba desde el fondo de la cama, con su sonrisa fija en su cuerpo sin piel. Mariano sintió que la gota rebosaba el vaso (o que el vaso estallaba en pedazos), y saltó hacia él con las manos como garras.

Duende se deslizó bajo la cama, arrastrando su cadena. Intentó agarrarla, y se le escurrió entre los dedos. Lo persiguió debajo de la cama, ignorando el cambio de paisaje y de escala.

Duende tenía ahora el tamaño de un niño, corriendo sobre la arena. Mariano pronto lo alcanzó, lo agarró, y le asestó varios puñetazos. Continuó con patadas e insultos, lo que provocó nubes de arena.

Sintió bruscamente un profundo dolor en la base de su espalda. Un dolor que se ramificaba y subía por su columna vertebral, se extendía por los huesos de piernas y brazos, y le envolvía el cráneo. Cayó, paralizado. No lo veía, pero sospechaba que la cadena que ahora le rodeaba estaba incrustada en su cuerpo.

La arena era una falsificación.

Lo que le tenía sujeto, le sorbía su fuerza vital, su alma, su tiempo, o lo que fuese.

El cuerpo de Duende se convertía lentamente en polvo, mientras el suyo se encogía y deformaba.

Duende sí buscaba su liberación, aunque el precio no era romper la cadena, sino encontrar un sustituto, alguien que le relevase y cumpliera la condena.

Él.

Abril de 1998; inspirado por un sueño de meses antes.

El atlante

Esa tarde la finca empezó a desenfocarse. La realidad empezó a temblar. El atlante sintió un escalofrío en su columna vertebral, porque volvió a recordar qué significaba aquello. *Escapar*, ese fue su pensamiento. *¿A dónde?*, pensó a continuación. Otro escalofrío, y notó la mirada de desconcierto de su esposa sobre él. Ella no estaba desenfocada. Entonces, aquella hipótesis antigua era cierta. ¡Su hijo! Ella estaba cada vez más aterrorizada, mientras la realidad pulsaba. Las columnas se disolvían en el aire, y al momento volvían a estar allí, sólidas de nuevo por un instante, para luego volver a desvanecerse. Corrió a la habitación donde estaba su hijo. La matrona aparecía y desaparecía, mirando horrorizada a su hijo. El atlante cogió a su hijo en brazos, ignorando la cara de miedo supersticioso con la que le miraba. Para ella, debían de ser ellos los que pulsaban en la realidad. Salió corriendo de la habitación, volviendo junto a su mujer. La cogió de la mano, y casi tuvo que arrastrarla para sacarla de allí. Estaba medio paralizada. La finca no era un lugar seguro, o por lo menos eso pensaba. Dudaba si abrir las puertas o atravesarlas directamente. Aquello era de locos. Otra vez, no. Otra vez, ¡no! Fue un infierno lograr escapar. Optó por no atravesar las paredes pulsantes,

yendo a lo seguro de salir por las puertas, abriéndolas, o intentándolo, cuando se materializaban. Hasta el suelo se volvió fangoso, atrapado en dos estados a la vez. Al final, se puso a correr, sin importarle lo que había delante. Su mujer le seguía, pues tiraba de ella. En algún momento, le había dado a su hijo, para interactuar con las puertas. Él gritaba, ella temblaba, su hijo lloraba. Salieron fuera. Allí, el efecto de la realidad latente no era tan acusado. Unos cuantos segundos a la carrera, y la realidad pareció calmarse. Pero el atlante sabía que estaba perdido, que no podía escapar. Aquello vino a por él. La finca pulsó cada vez menos, y el terreno circundante a ellos empezó a latir. Cayó de rodillas. El efecto se hizo más fuerte, acelerándose más y más. Se abrazó a las piernas de ella, con su cara en su vientre, mientras el bebé lloraba. Él también lloró. *Perdóname*, susurraba entre sollozos, *perdóname*.

Hubo una vez un chico, un joven, que un día desapareció. Desde su punto de vista, fue el resto del mundo el que desapareció.

Estaba en plena calle. Con sus compañeros, disfrutando de una tarde de permiso. Con su cabeza rapada, no engañaban a nadie respecto a su condición de militares por obligación institucional.

De repente, sus amigos desaparecieron. La calle desapareció, las casas desaparecieron. Luego todo volvió a reaparecer. Luego todo volvió a desaparecer. Y volvió a aparecer, pero cambiado. Y a la vez siguiente lo que apareció no era lo que debía haber aparecido. El terror se leía en los ojos del joven. Notó que allá, donde debería estar el final de la calle, sí estaba el final de la calle. Corrió hacia allí, mientras el lugar que dejaba dejaba de ser el lugar en el que había entrado.

Corrió con lágrimas en los ojos. Los árboles iban y venían. El suelo era un fango, sobre el que resultaba difícil moverse. Tan pronto pisaba en el lugar donde debía pisar, como un poco más abajo o un poco más arriba.

Llegó jadeando al final de la calle. La gente le miraba con cara rara. Miró hacia atrás. Allí atrás era un caos. Era un espejo de agua agitada. Era un antes y un después y un ahora latiendo. Respiraba tragando aire. Y aquello empezó a acercársele. Tan pronto como se dio cuenta de ese detalle, salió corriendo en sentido contrario. Tuvo que tomar por una calle transversal, pero siempre alejándose todo lo que podía de aquello que le seguía. Cuando creyó estar lo suficientemente lejos, paró.

Estaba físicamente hecho polvo. Reventado por el cansancio. Tenía agujetas asesinas en las piernas. Tomó conciencia de la gente, del ruido de los coches, del murmullo que se oía, del aire parcialmente contaminado que respiraba. De la realidad fija e inmutable que había a su alrededor.

Una ráfaga de realidad pasó. El efecto parecía calmarse, y se dio un respiro de su desconsuelo. A su alrededor, vio en una exhalación a una multitud. Caras borrosas que se desvanecieron otra vez en la nada, y que después volvieron a formarse, pero ya no eran las mismas. Y se repitió el proceso varias veces más.

Otra ráfaga, y todo volvió a latir con mucha más fuerza tras el período de relativa calma. El mundo parpadeaba, parecía que para siempre.

Estaba claro: Estaba loco.

O por lo menos hacía un momento estuvo loco. Medio tirado en la calle, intentaba recuperarse del esfuerzo realizado. Se miró fijamente las manos. Sólidas. Tocó el suelo. Frío, sólido, y sucio. Pero real como la vida misma.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que debía haber hecho el ridículo delante de sus amigos y delante del resto de la gente que pasaba por la calle. Estaba demasiado cansado para ponerse en pie, y no quiso intentarlo para no caerse.

Un parpadeo, una exhalación, y todo tembló sin moverse. Aquello lo había atrapado. Estaba irremediablemente perdido. No era religioso, pero siglos de peso cultural le hicieron murmurar, primero frases de desconcierto, después blasfemias de ira, mientras la desesperación se apoderaba él.

El atlante, con los ojos apretados y todavía sollozando, sintió que aquello había parado. Un vientecillo fresco le acarició. Allí estaban los tres, en el mismo lugar en el que se quedaron, pero en otro tiempo. Temió que hubiesen acabado en alguna época incivilizada. Temió haber vuelto a la época de la que le habían arrebatado. Temió.

Notó entonces que el viento se había colado por una puerta o una ventana abierta, pues estaban en un lugar cerrado. Al abrir los ojos, y mirar, supo cosas. Y al seguir mirando, supo más. Aunque siguió sin saber a qué atenerse.

Ser transportado al pasado es una experiencia distinta. Pero intensa.

La diferencia de culturas es entonces notable. Una persona con una ligera cultura puede convertirse en un sabio al aparecer en una civilización atrasada. O en un brujo.

El conocimiento es poder, y su correcto uso también. Incluso su uso indebido es poder. Con suerte, con astucia, un joven puede catapultarse desde la nada hasta la riqueza. La ciencia es un arma poderosa.

El idioma es una dificultad que hay que subsanar obligatoriamente. Después ya se puede empezar a asombrar.

Atrapado en la época de los césares, sus simples conocimientos matemáticos anonadaron a los más sabios. ¿Coordenadas cartesianas?, ¿derivadas?, ¿integrales? ¿Máquina de vapor?, y eso ¿cómo se construye? Pues... Se improvisa. Una máquina de vapor no es un motor de cuatro tiempos, pero es una base para empezar. ¿Newton? ¿Einstein? ¿Freud? ¿Pasteur? Y más nombres. E historias y cuentos de libros y películas. Una pena no saber judo. Recordáis lo de aquél que dijo algo sobre los átomos, pues bien, tenía razón, sólo que sí son divisibles. Nos tomas el pelo.

Pero, ¿y las paradojas que esto acarrea? Ir al pasado, antes de que muchos de los grandes sabios que la educación enseña naciesen, y contar sus ideas a un auditorio incapaz de creerlo, hasta que le demuestras algunas cosas, y otras no porque no sabes cómo, ni tampoco eres capaz de hacerlo. Acumular riqueza y fama. No hay paro, hay esclavos trabajando para ti. ¡A la porra las paradojas! A vivir que el tiempo es caprichoso e insondable. Y peligroso.

Por qué, se preguntó una vez, y otra, había viajado al pasado. Por qué él, y cómo es posible que también su ropa viajase con él. Había viajado con lo puesto. ¿Cómo? ¿Cómo discriminó el efecto de tiempo lo que debía llevarse con él al pasado? ¿Por qué no él simplemente, completamente desnudo? ¿Y por qué no sólo sus huesos, dejando

la carne atrás? Menuda broma del tiempo. Quizás aquello fue un experimento. ¿De quién? Aterroriza pensarlo.

El atlante vio las lámparas eléctricas, vio los bancos de la iglesia, y vio el altar, con una gran figura: La virgen, de pie, con un niño en brazos, y un ángel que la sujetaba y la elevaba.

Sonrió. Esperaba toparse de bruces con un efecto devastador de alguna paradoja temporal, y se encontraba con la imagen de su expulsión.

Su mujer, por fin, tembló y se sentó. Tomó al bebé de sus brazos, y la ayudó a tumbarse en uno de los bancos. Estaba totalmente confusa. Él también se sentó. Intentó calmar al bebé. Suspiró. Volvía a tener el problema del idioma, pues años de olvido eran definitivos. Menos mal que, aunque los trajes que llevaban puestos no eran de los mejores, al menos llevaban consigo valiosos objetos con los que conseguir dinero.

Una vez había llegado a la conclusión de que el viaje temporal lo habían hecho él y todos los objetos que le estaban cercanos, aire incluido. Por eso conservó su ropa. Ahora... Su hijo, era una parte de él; su mujer... bueno, habían tenido muchos contactos íntimos.

La miró allí, tumbada; ¡era tan bella! En las películas el canon de belleza que aplican es el actual, no el antiguo. Él estaba medio atrapado en un canon, y le costó adaptarse y encontrar una mujer que le gustase y gustase.

Oyó pasos que se acercaban. Sin duda, el llanto del bebé había atraído la atención de alguien. ¿Qué justificación dar? ¿De dónde diría esta vez que venía? Pero, antes, el idioma. Ciclos que se repiten. ¿Terminarían alguna vez? Esta vez no parecía tener mucho que ofrecer. Sólo acontecimientos históricos de primera mano.

Una puerta empezó a abrirse. Se preparó. Tampoco se olvidaba de que debería rendir cuentas con las paradojas que había creado.

Escrito el 2/03/1998, en base a un sueño.

El bosque del fraile

1.1:

Francisco tiene alucinaciones.

Él no las llama así, sino espejismos, visiones, o cualquier otra cosa diferente con tal de restarle importancia al asunto. No, no se considera un loco. Y se ha cuidado de que nadie pueda sospechar semejante infamia.

Es más, le conviene que nadie lo sepa, pues ha logrado sacarle provecho. Aunque a veces ha tenido algún problemilla, los considera triviales, despreciables en comparación con los beneficios. Muchas veces, se ha convencido de que son fruto de su inteligencia superior, de su capacidad innata para crear a su alrededor una realidad virtual, que bebe de su portentosa imaginación.

Pero siempre surge algún detallito que corrompe sus convencimientos.

Y entonces, recuerda cómo logró llegar a su posición actual, que casi se podría considerar como haber hecho trampa, engañar, estafar... El riesgo, lo prohibido siempre es atrayente. Un incentivo a su vida.

Y pensar que pasó la selectividad, delante de las fosas nasales del profesor, copiando directamente de una visión de sus apuntes, abiertos justamente en las páginas precisas... Al principio lo achacó a haberse pasado tanto tiempo estudiando.

Pero la alegría que le embargó pronto se vio ensombrecida por el hecho acaecido cuando intentaba sacar el carnet de conducir: Durante el examen de prácticas, conduciendo por la ciudad, creyó que un camión se abalanzaba contra él, viéndose obligado a apartarse de la fatídica trayectoria. Del volantazo que dio fue a parar al otro carril, donde sí había un camión, dando como resultado un accidente real.

Evidentemente, sobrevivió al accidente, con heridas leves, marcas que él denomina *cicatrices de la batalla*. Lo más gracioso fue que el tipo de la autoescuela recibió la culpa del incidente, por motivos que no mencionaré aquí. Francisco evita hablar de ello, alegando amnesia.

Esos son recuerdos de juventud. Ahora las cosas son más serias. Las visiones colaboran cuando son invocadas, aunque es difícil dominarlas. Excitante riesgo.

Por ello, Francisco les tiene cariño. Incluso disfruta con las ocasionales pequeñas malas pasadas que le juegan cuando está solo. Como aquella vez que quiso escribir una carta con un bolígrafo inexistente, o cuando fue a salir de casa sin haberse puesto los pantalones.

Esas gracias ya hace tiempo que las tiene controladas. Dispone de una lista de esas visiones repetitivas e incordiantes en la que ya no volverá a caer. Hace demasiado tiempo que no tiene problemas con ellas. La última que tiene anotada es la de asegurarse de que realmente ha encendido el televisor.

¡Vaya! Ese espejismo es especial. Es increíble la de cosas que vio en la pantalla apagada, mensajes imposibles, documentales abstractos, películas oníricas... sin mencionar los programas culinarios y otras muchas cosas demasiado íntimas como para siquiera mencionarlas aquí.

Lo peor de las alucinaciones, aparte del olvido de la percepción del tiempo, es cuando descubre que lo son. La mayoría, como un mal sueño, aprovechan para desvanecerse bruscamente. Por ello, cuando le es conveniente, debe disimular, hacer como si no se ha enterado. Por ese motivo, ha logrado poseer esenciales dotes de actor. De mentiroso.

¿Qué ha pasado?

Francisco se siente aturdido.

Unas sombras fantasmales dudan de si desvanecerse delante de sus ojos.

¿Qué ha ocurrido?

Logra sentarse en el suelo. Ha estado de pie. Le duelen las piernas. Se las frota. Está empapado en sudor, con el cuerpo pegajoso, maloliente. Muy cansado se encuentra, respirando sonoramente. Mira a su alrededor. No distingue las siluetas. ¿Dónde está? Sus zapatos están sucios, desgastados, envejecidos prematuramente.

Intenta recordar qué ha hecho para haber llegado hasta aquí. Recuerda el pitido del despertador, levantarse de la cama, el martes... ¿Qué día es hoy? Miércoles, muy temprano, dice el reloj. Hambre, mucha hambre, informan las tripas.

¿Pero qué hizo ayer?

El equipaje. Sí, hizo el equipaje. Y después tomó su acostumbrado largo y relajante baño... ¡Y se durmió!

Pero ahora no está en la bañera. Ya recuerda, tuvo que marchar a toda prisa. Cargó el equipaje, entró en el coche, y marchó a todo gas.

Marchó hacia la autopista. No, no fue hacia la autopista. ¿Por qué? Seguramente el trayecto no se amoldaba a ella. Carreteras secundarias. ¿A dónde iba?

¿A dónde llegó?

Mira de nuevo a su alrededor. Amanece descaradamente. Está al lado de una gasolinera. En este momento no hay ningún cliente, excepto ¿él?...

¡No! No puede ser. Cuando cogió el coche para irse...

¡El coche era un espejismo!

1.2:

Un día de sol, un tipo al que llamaré Francisco, salió de su casa. Su propósito aparente era correr, hacer deporte, sudar la camiseta, mejorar físicamente. Su propósito secreto seguirá siendo secreto durante unos cuantos párrafos más.

Especificar que se trataba de una preciosa mañana, que muchos aprovechaban para seguir durmiendo, pues el fin de semana siempre se agradecía.

Bueno, pues el solitario Francisco se dedicó a patear la carretera, hasta llegar a la curva desde la que se podía tomar una desviación, y coger un camino de tierra, penetrando en el llamado *bosque del fraile*. Tomó esa ruta, perdiéndose entre el follaje.

Todavía siguió trotando más rato, tomando sucesivamente diferentes atajos para llegar a un sitio muy especial. Muy especial.

Estamos a punto de saber qué se propone. Pero hagamos una digresión preparatoria.

Francisco llevaba realizando esto durante ya dos semanas. La primera para disimular; la segunda para prepararse; y ahora, al principio de la tercera, comenzaba lo difícil.

Veréis. El tal Francisco era un tipo raro. Se mudó al campo hace ya un par de meses, para estar cerca del bosque. Para satisfacer su propósito oculto.

Bien, Francisco estaba en ese momento desnudo, completamente desnudo. En el suelo, pulcramente doblada, su ropa deportiva. Ahora pueden pasar muchas cosas: Algún cazador furtivo despistado y ansioso podía pegarle un tiro, o más, y ahí quedaría la cosa. Pero no, la cosa aún va a durar un poco más.

El propósito secreto que lo guía no es imposible, pero sí casi sobrenatural: Expulsar fuera de sí todo espejismo, toda alucinación, toda esa corrupción interna para evitar su exteriorización indebida. Casi ridículo, ¿verdad? Pues no; ya que su decisión está tomada basándose en una satisfactoria experiencia anterior.

Os contaré: Encontrándose en la cama del hospital, en plena noche, recordando el terrible accidente que constituyó su iniciación en los peligros automovilísticos; recordando cuánto le costó recuperarse del susto y poder volver a entrar sin miedo en un coche conducido por otra persona, en un autobús; siempre negándose a volver a intentar agarrar un volante entre sus manos; y cómo, tras varios años sin incidentes alucinatorios, se atrevió a montar en bicicleta, a probar con motos, a, finalmente,

mentalizarse para lograr terminar de sacar el carnet de conducir; y en cómo logró sacarlo a la primera, un triunfo ansiado y pronto olvidado, junto con todo el sacrificio precedente...; y cómo, despiadadamente, volvió a hacer el ridículo, corriendo durante toda la noche en un coche inexistente, por el centro de la carretera a veces, por la acera a veces, resoplando estúpidamente, acelerando estúpidamente, parando estúpidamente en los semáforos, embragando estúpidamente antes de cambiar de marcha con la estúpida palanca forrada en estúpido cuero, observando las estúpidas evoluciones del velocímetro, accionando el estúpido intermitente, ¡parando estúpidamente en una estúpida gasolinera para llenar el estúpido depósito con estúpida gasolina y sus estúpidos aditivos antidetonantes...!

...su grito desgarró la apacible tranquilidad nocturna del hospital, y mientras sus ecos se perdían en el absurdo, los ecos de pisadas iban acercándose a su habitación, mientras las blanquecinamente uniformadas enfermeras trataban de calmarlo, de sujetarlo mientras se agitaba compulsivamente, mientras echaba espumarrajos por la boca, y mientras intentaban inyectarle algo...

Cuando ya estuvo más calmado, pudo recordar cómo durante su infernal grito todas sus alucinaciones, todos sus espejismos y visiones acerca de los habitantes del humeante asfalto, salían retorciéndose de su cuerpo en una espiral multicolor e informe de chispeantes y ronroneantes vehículos malditos, visiones pasadas y visiones ya no recordadas, visiones triviales y visiones mortales, visiones próximas y visiones futuras; un amasijo de putrefacción metálica que era extirpado y arrojado con asco, perdiéndose en el aire, arremolinándose a su alrededor, y alejándose de él definitivamente, como una contribución de perversidad, como un remolino de desprecio, de odio y de represión, de un olvido por fin justificado.

Sí, fue un gran alivio espiritual, una catarsis necesaria, una felicidad embriagadora.

Y ahora, se encuentra dispuesto a repetirlo de nuevo. Esta vez, ha pensado deshacerse de una tanda de fantasmas caseros, de esos espejismos que le ocurren cuando está tan tranquilo en una habitación.

Lo primero, es centrarse en el asunto, recordar cómo esos detallitos le han amargado la vida, mientras él se reía, para no llorar, de su desdicha. Esas alucinaciones repulsivas, como cuando creyó ver una araña con sus cientos de crías entrar en su dormitorio por debajo de la puerta, esparciéndose luego en todas direcciones, paredes y techo, incluyendo el interior de su cama; o cuando se vio al espejo y se vio horriblemente deformado, con su apacible rostro arrugado y granulado; o cuando se sentó en el bidé creyendo que era el retrete; o como cuando estuvo a punto de freírse la mano, ya rebozada, en aceite hirviendo; o la vez que intentó comerse la servilleta, empapada en jugosa salsa; o las alucinaciones televisivas a la hora del telediario; o la máquina de afeitar que era cepillo de dientes, o ducharse sin agua, o cortarse con un bolígrafo, o leer páginas en blanco, o ver caerse las lámparas del techo, estallar los cuadros de las paredes, salir casi desnudo a la calle para mofa general de la gente, con sus risas vacías, carcajadas sonoras y semblantes prestos a la humillación de un hombre que ¡ya no aguanta más y quiere ser libre...!

...sintió un fuerte tirón en el vientre, seguido de una brusca contracción generalizada, y un escalofrío que le recorre, muy lentamente, su espalda, toda su espalda,

desde abajo, vértebra a vértebra, abrazando sus costillas, apretando sus pulmones, robándole el aliento para incrustarse en su nuca y reventar en su cabeza, chisporroteando centellas de luz y frío, un frío abismal que se incrusta en los huesos, lo golpea en las articulaciones, martilleándole en el cráneo y haciéndole las mismas cosquillas que cientos de alfileres oxidados penetrando sin compasión en su carne...

Con el cuerpo semicongelado, se vistió lo más aprisa que pudo; es decir, lo hizo muy despacio, y sintiéndose interiormente descompuesto. Pero también sentía que ya no volverían a regresar esas odiosas visiones, que se han ido para siempre, perdiéndose entre los troncos de los árboles, dando giros entre sus ramas, queriendo agitar sus hojas, mientras fragmentos de su derrota caían esparcidos entre los verdes helechos.

Aquella vez regresó a casa en no muy buenas condiciones físicas, y el día siguiente lo pasó en cama con un poco de fiebre. Temía que hacerlo muy a menudo sería nocivo para su salud, por lo que decidió espaciar más sus purgas espirituales.

Hasta entonces.

Bueno, puede que me haya pasado, pero de lo contrario el cuento este sería muy monótono y aburrido. Por eso decidí saltarme unas cuantas purgas espirituales, y pasar a un hecho que va a transtornar al sufrido protagonista.

Estando, ya en el bosque, dirigiéndose al lugar donde procedería nuevamente a autoconfesarse, notó algo por el rabillo del ojo. Giró la cabeza en esa dirección, y vio no muy lejos de donde estaba él una interesante escena. Movidito por la curiosidad, detuvo su carrera e intentó comprender qué hacían aquellos dos individuos allí, uno de ellos en ridícula postura.

Se acercó unos pasos, quedando aún más confuso, ya que no era para menos. El tipo más cercano estaba enterrado hasta las rodillas, todo tieso, con los brazos separados y levantados. Parecería que le estuviesen apuntando con una pistola si no fuera porque tenía los ojos cerrados, expresión entre seria y serena, dedos extendidos, y nadie amenazándolo.

En cuanto al otro, con una notoria cara de bobo, se dedicaba a contemplar al tipo semienterrado. Dio unas vueltas a su alrededor, como tanteando, y entonces empezó la función.

Tenía un hacha en las manos. Debía ser un leñador. El filo brillaba recién afilado. De repente, Francisco comprendió la escena: Clarísimo, un leñador y un árbol a derribar.

Y sin compasión, el leñador comenzó su tarea, levantando el hacha con ambas manos, y dejándola caer contra el muslo del árbol. La sangre salpicó, pero no pareció darse cuenta. El árbol seguía con la boca cerrada, sin expresión externa de dolor.

Francisco no gritó, aunque sí se le revolvió un poco el estómago. No había duda de que había vuelto a las andadas, y ahora tenía un nuevo tipo de alucinación bosquímana.

Sin verse interrumpido, el leñador prosiguió su rutinaria tarea, imprimiéndole a su arma un ritmo frenético. Levantándola con fuerza para luego descargar todo su potencial contra las piernas del árbol, arrancándole trozos entre salpicaduras de sangre. Pero algo raro había en esa visión de denuncia ecológica. Algo raro. La sangre salpicaba con demasiado realismo, cada golpe de hacha provocaba un chorro sangriento demasiado real, demasiado verdadero. Y las gotas de sangre en los pantalones del

verdugo, resbalando con ganas, eran demasiado normales como para que aquello fuese un vulgar espejismo. Un vulgar crimen.

Francisco se encontraba como paralizado, indeciso ante la real irrealdad del acontecimiento que ante él se producía. Contemplar al árbol humano quebrarse y caer tieso al suelo, al leñador cortándole con desgana los brazos para después fácilmente transportarlo, y ver la sangre manar a chorros, empapando las hojas muertas del suelo, empapando los tiernos helechos; y el arbolillo abatido impasible, sin cambiar de expresión, como si no pasase nada...

—¡Qué árbol más raro! —se oyó decir al criminal, mientras pasaba el brazo por su frente para limpiarse el sudor; ¡...y ver con qué pasividad se pasa de la vida a la muerte, de la cordura a la locura...!

¿Qué más os diré?

Francisco tuvo una recaída, y lo metieron en el *Rebullón*.

Para los del Tanatorio supuso un trabajo extraño recomponer al arbolillo de savia roja, que se había quedado todo tieso.

En cuanto al leñador asesino, los trámites burocráticos lo enviaron a una cama cerca de donde está Francisco. Todavía no se cree lo que dicen que hizo. Dice que es una persona normal. Bueno, dentro de los parámetros que por la zona pueden esperarse.

Por último, decir únicamente que el bosque donde ocurrió lo que acabo de contar ya no es tan concurrido. La gente dice que hay fantasmas.

Yo no sé si creérmelo; ¿y tú?

1.3:

Lo único que se puede oír del caso Francisco en los bares es una serie incongruente de murmuraciones absurdas. He visitado por mí mismo el bosque donde ocurrió tan terrible acto; dicen que hay fantasmas. Dicen que hay fantasmas y fuegos fatuos, que hay espectros vigilando en las copas de los árboles, y vientos que transportan risas sarcásticas alrededor de los senderos. Sinceramente, lo único anormal que noté es que el aire parece estar un poco más espeso; supongo que eso es sólo un efecto secundario de los rumores en mi subconsciente.

También visité al *leñador de hombres* en mi calidad de periodista, el cual sigue sin comprender el revuelo que causó en su día. Lamenta mucho que su amigo haya muerto, pero dice que es imposible que él hiciese algo así. Le fastidió bastante que no le permitiesen asistir al entierro; pero después de llegar a casa con el tronco, cabeza incluida, de su compañero, se comprende por qué no le dejaron ir.

Una mención a la extraña autopsia de Francisco: La han clasificado y hasta el dos mil y pico seguiremos sin poder tener acceso a ella. Por lo que he logrado sonsacar a un enfermero, en el cuerpo chamuscado se encontró con que la totalidad de sus órganos internos estaban incomprensiblemente calcinados. En la versión oficial omiten ese detalle. Además, tampoco dicen nada sobre las anormales cantidades de fósforo en el cadáver. Creo que Francisco ardió como una cerilla, dejando un humo espeso en el cuarto que le asignaron.

Todavía desconozco cómo, encontrándose atado con una camisa de fuerza, pudo prenderse fuego. Sólo sé que esa noche empezó a gritar como un condenado, diciendo

algo así como *¡Fuera!*, con una voz distorsionada. Cuando los enfermeros entraron en su cuarto, estaba de pie, en llamas, con el rostro deformado en una mueca irreconocible. El aire era irrespirable. Uno de los enfermeros controló hábilmente el fuego, evitando que el paciente ardiese. Por lo menos, exteriormente.

Si algo más pasó, se ha silenciado.

Intentaré resolver este misterio, puesto que un familiar del muerto me lo ha pedido. Y, además, paga bien.

1.4:

Sigue sin encontrarse al periodista I., que investigaba el caso Francisco. Como sabemos, desapareció el pasado día tres cuando daba un paseo por el bosque donde ocurrieron los terribles hechos.

Uno de los perros que participaba en la búsqueda ha muerto en extrañas circunstancias. La policía no se ha pronunciado todavía al respecto.

Nada más por el momento. Les seguiremos informando en nuestros boletines horarios.

2.1:

Lo que sigue a continuación son fragmentos de un largo sueño que el testigo tuvo cuando se encontraba cerca del *bosque del fraile*, encerrado en su coche.

Respetaremos su decisión de permanecer en el anonimato.

Me encontraba con otros dos tipos con pinta de indios, sentados con las piernas cruzadas, alrededor de una triste fogata. El humo era gris.

—Toma esto, te va a hacer falta —dijo uno de ellos, el que hablaba. El otro nunca despegaba los labios, y tenía su mirada perdida en el infinito. Creo que se drogaba.

Cogí el cuchillo que se me ofrecía. Ligerísimo, teniendo en cuenta su doble filo de medio metro. Sin exagerar.

—Estás en el *laberinto del reino de Lamal*, el que mata a sus habitantes porque no pueden escapar, por mucho que corran.

—Vaya —dije yo—, un nombre palindrómico.

—Un nombre simétrico para un semidiós asimétrico. Ni los espejos le reflejan correctamente. El agua siempre se enturbia ante cualquiera de sus rostros.

Salió de algún lugar alrededor de nosotros, de improviso, de repente.

Quedé paralizado, viendo su alargado brazo y sus incongruentes dedos, y las fantasmagóricas luces y sombras que producía la fogata.

Había estirado uno de sus brazos, cualquiera de ellos, y había abarcado con su mano el rostro del charlatán, golpeándolo contra la pared que éste tenía detrás.

Repentinamente, en un instante fatal, comprimí aquella cabeza que ahora tenía en su poder, bruscamente, hasta que su impúdica mano pudo tocar la pared.

Los sesos se desparramaron por doquier, y la sangre salpicó todo a su alrededor.

El fuego chisporroteó.

Lamal descuartizó al mudo mientras yo huía.

Llegué hasta un gran portón, entrada a una fortaleza.

—¡Dejadme entrar! ¡Quiero entrar! —gritaba mientras golpeaba la puerta, desesperado. Lamal me seguía, arropado por la oscuridad.

—¿¡Y a ti qué te falta!?

Sólo podían entrar allí los mutilados. Lamal casi estaba sobre mí. Tenía que decidirme: O sacrificar una parte de mí, o sacrificarla toda.

Me amputé el meñique izquierdo.

Me cauterizaron la herida con una antorcha.

Allí dentro eran todos mutilados: Una aberrante colección de personas incompletas. Faltaba de todo: brazos, piernas... Entonces vi un cuerpo sentado en una silla; correctamente sentado. Y digo cuerpo porque lo único que le faltaba era gran parte de la cabeza, desde la boca hacia arriba.

En ese momento vino una mujer. Aparentemente, no le faltaba nada, pero no podía asegurarse. Metió un embudo en un hueco de la cabeza ausente, y echó por allí agua. Se notaba que el decapitado lo agradecía.

—¿Y a ella qué le falta, qué parte ha perdido? —pregunté desconcertado.

—¡Oh!, al ver a Lamal abortó del susto. Perdió a su bebé, que se lo comió Lamal.

—¡Pues vaya!

Volvía a estar en el laberinto, fuera de la fortaleza.

Me habían ofrecido como sacrificio a Lamal, para que me masticase a mí, y dejase a los otros vivos por un poco más de tiempo. Locos fanáticos. Constituyen una secta muy peligrosa, a pesar de la lástima que dan. Por eso.

No me preocupo en escapar. Sé que sería en vano.

Lamal aparece de repente, como siempre.

No acierto a verlo por completo, pues antes de poder pensar con claridad, uno de sus tentáculos penetra en mi boca, lastimando mi paladar, e introduciéndose por mi esófago hasta alcanzar mi estómago, para luego sacarlo bruscamente y destriparme bucalmente...

Nota: El testigo hubo de ser atendido en urgencias, pues durante la pesadilla se había arrancado de un mordisco el meñique izquierdo, y se le había quedado atascado en la epiglotis.

2.2:

En Valladares hay un lugar llamado *el bosque del fraile*. Dicho bosque tiene muy mala fama. La gente procura no acercarse mucho. Le tienen miedo. La verdad es que el sitio se las trae. Incluso de día tiene aspecto siniestro. La luz encuentra gran dificultad en traspasar las anormalmente frondosas copas, con sus ramas retorcidas, por lo que los helechos crecen únicamente en sus límites. Y abundantemente. El camino que

antes era usado para atravesar estos parajes está olvidado. Lo que se hace es rodear el bosque, aunque así el trayecto es mucho más largo.

De noche es mucho más tenebroso. Parece que el bosque espía al mundo, y que cuando se mecen los árboles no es porque haya viento, sino porque cuchichea. Hay ruidos extraños. La razón puede ser que muchos perros y gatos asilvestrados y otras alimañas se refugian allí, a salvo de los seres humanos. Se cuenta que ahora tampoco los animales domésticos quieren entrar. Se dice que los que entraron no regresaron jamás.

En cuanto a los habitantes de la casa más cercana al bosque, se quejan de que a veces no son capaces de dormir. Dicen que han dejado de tener animales en casa, en concreto gallinas, porque algún bichejo se colaba en el gallinero y las aves disminuían drásticamente en número noche tras noche. Hasta que un día encontraron muchas plumas alegremente esparcidas por el suelo, y nada más. Preguntando sobre si oyeron algún ruido, afirman que esa noche durmieron despreocupadamente. Reiterando sobre los trastornos durante el sueño, no definen una causa concreta, aunque dicen que se sienten inquietos, espíados.

Actualmente se han mudado. En la entrada de su antigua casa aún permanece el letrero de SE VENDE.

2.3:

Transcripción de una confesión de un adulto sobre un suceso acaecido durante su niñez:

[...] Tenía que regresar a casa cuanto antes. Monté en mi bicicleta, me despedí de E., y salí a toda velocidad.

Llegando instantáneamente a casa recibiría una buena bronca, y quizás algunos golpes. Pero el trayecto era largo, y me iba a ganar una buena paliza.

Rodear el *bosque del fraile*, a toda velocidad, me llevaría casi media hora. Y sabía que era incapaz de aguantar ese ritmo.

Por ello, pensando solamente en la paliza que me esperaba, me metí en el bosque, para atajar.

En esos momentos yo no pensaba en todo lo que me habían contado acerca de ese lugar, e hice caso omiso de todas las advertencias que me habían hecho. Sólo quería evitar la paliza. Ni siquiera pensé en que podía perderme.

Realmente, ahora que lo pienso, mis padres eran demasiado severos conmigo. Muy malos. Les tenía mucho miedo. Más que a todas las cosas que contaban acerca del bosque.

No tardé ni cinco minutos en atravesarlo, pero fueron unos larguísima minutos, con cada segundo pesando en mi cabeza.

Entré a toda velocidad, sólo pensando en que cuanto antes llegase a casa, menos me pegarían.

Las ruedas giraban alocadamente. No me preocupé en admirar el paisaje. Recuerdo que perdí la luna de vista al entrar allí. Estaba oscuro, pero podía ver el camino gracias al faro delantero, alimentado por mis pedaladas.

Entonces, empezó lo agobiante.

Oí ruidos tras de mí. Primero no les hice caso, pero después mi subconsciente comenzó a transmitirme sus temores, acompañándolos de las voces inquietas de la gente, contando rumores sobre este lugar maldito.

No quise mirar atrás. El ruido no era monótono. Se volvía más lento cuando mi velocidad disminuía, y más rápido cuando aceleraba.

Mi mente racional intentó buscar explicaciones racionales.

Alguna ramita, hojas, o algo así se habrá enganchado en la rueda de atrás, me decía. Sólo tienes que parar, bajarte, quitarla, y continuar.

No me paré.

Continué con el movimiento de mis piernas.

Y el ruido continuaba, cambiando ligeramente de tono.

Mira atrás, me decía. Verás que no es mas que una incordiante ramita.

Mira atrás.

No sabía qué hacer. Y el sonido volvió a variar sin motivo aparente.

Mira atrás. Verás qué alivio cuando compruebes que sólo es una estúpida ramita.

Mira atrás.

Pero no iba a mirar atrás.

Ponía como excusa que si era una simple ramita, tendría que parar y bajar a quitarla, perdiendo así el ritmo de la marcha. Perdiendo así demasiado tiempo.

Pero la verdad era que si no era una simple ramita, sino algo muchísimo peor..., me quedaría paralizado de miedo, me estrellaría, y, entonces...

Mi corazón latía frenéticamente. Mis piernas pedaleaban, subiendo y bajando alocadamente. Y el sonido tras de mí pareció emitir una leve risita...

Aceleré con la cabeza fija en el camino. No debía mirar atrás. No mires atrás. No mires atrás. Puede que lo que veas no sea muy agradable.

Las ruedas rodaban velozmente. Sudaba a chorros. Mis cálculos me decían que ya debía haber recorrido la mitad del camino. Ya faltaba menos para salir de allí. Ya falta menos. Menos.

Eso si no me perdía.

Y si me perdía, si me perdía terminaría cansándome, sin poder escapar de allí. Acabaría parándome. Acabaría mirando atrás.

Mirando atrás.

No quiero mirar atrás.

Mi pecho se hinchaba, temblando. Y yo resoplaba y resoplaba. Mi sudor sabía a sal. Y la luna sin aparecer.

El ruido se incrementó. Sentí, o creí sentir, una respiración jadeante tras de mí. Un aire frío que me erizaba la piel de la espalda.

Pedaleaba y pedaleaba.

Me estaba cansando, y lo que tenía detrás iba a saltar sobre mí, derribándome, destrozándome de un brutal mordisco mi garganta.

Aceleré mi aceleración, al límite de mis capacidades.

Creí que mi cuerpo iba a reventar, desparramando mis tripas por doquier.

Unas piedrecillas sueltas saltaron impulsadas por las ruedas.

Si alguna de ellas me rompía el faro, imaginé yo, quedaría completamente a ciegas.

Perdido en este bosque maldito.
En esta jungla maldita.
Y la luna sin aparecer.
Y todo por culpa de mis padres. Mis padres tenían la culpa. Los odio.
Los odio.
La rueda trasera patinó.
Estuve a punto de perder el control. En la breve deceleración algo rozó mi pierna.
Aceleré aún más, si ello era posible.
Oí crujidos tras de mí.
Volaba yo en aquella bicicleta.
Pero aún así podía pincharse.
Y pincharse a tanta velocidad sería peligrosísimo.
Entonces, entre tanta oscuridad, un rayo de esperanza. Allá, al fondo, vi la luz de las farolas. Estaba llegando a la carretera.
Estaba llegando a la salvación.
Tenía que llegar, antes de que me cogiesen.
Inesperadamente, las piernas empezaron a fallarme.
Y el ruido seguía persiguiéndome, moviéndose a mis espaldas.
¡No debo mirar atrás!
El último tramo fue el peor.
Creía oír, oía una respiración jadeante tras de mí. Una respiración casi irónica.
Y mis piernas que flaqueaban.
Menos de cien metros.
Menos de cien metros para escapar.
¡Menos de cien metros para reventar!
El ruido se incrementó. Unos aullidos resonaron dentro de mi cabeza.
Saqué fuerzas de la flaqueza, y aceleré.
Mis piernas estaban resquebrajándose, ardiendo. Ardían. Ardía por completo.
Jadeaba desesperadamente. A menos de nada para escapar.
¡A menos de nada para salvarme!
No me daba cuenta, pero gritaba como un poseso.
¡A menos de nada para morir destrozado!
Entonces oí mis gritos de terror.
Sentí rasguños a mi espalda.
¡Grité, destrozándome la garganta!

Salí de allí a toda velocidad, con los tímpanos bloqueados. Y la luna brillaba en el cielo.
Ya no movía las piernas. La inercia me arrastraba.
No sentía las piernas. Y el viento me acariciaba la cara.
El ruido se había quedado atrás, cuando crucé la frontera entre la vida y la muerte.
Estaba mareado, incapaz de reaccionar.
Me sentía mal.
Y cuando la bicicleta cesó de moverse, caí con ella.
No sentí el dolor del impacto.

Quedé inconsciente, empapado en sangre y sudor.
 En mi sangre y mi sudor.
 Y sin mirar atrás.

[...] Me dijeron que no había atravesado el *bosque del fraile*. Me dijeron que había vuelto a salir por el mismo sitio por el que había entrado. Me dijeron que a la bicicleta no le pasaba nada, que no tenía ninguna rama metida entre los radios. Me dijeron muchas cosas. Me dijeron...

Actualmente el sujeto vive con normalidad, alejado del lugar de los hechos. Piensa que todo eso fue un sueño que tuvo en el hospital, cuando estuvo enfermo, casi en coma, por algo que había comido.

Contrastando informaciones con otros testigos, podemos afirmar que hay grandes posibilidades de que el testigo esté equivocado.

No fue un sueño.

Parte 1.1 ideada y escrita durante una clase en la universidad, como un cuento independiente. Primera parte compilada en julio de 1994. Parte 2.1 extraída de un sueño. Segunda parte compilada en septiembre de 1994.

El cuchillo volador

Tal vez era mejor congelarlo e irse deshaciendo de sus pedazos poco a poco, cada día uno, hasta deshacerse del cuerpo completamente.

El asunto se complicó al día siguiente cuando, tras un fallido intento, pensó que si tuviese un perro se lo podría dar de comer, aunque todos los metros de tripas no los tragaría, y de eso sí que tendría que deshacerse. Entonces se le volvió a escapar el cuchillo, y mató a aquel tipo que pasaba por allí. Nervioso, miró hacia los alrededores. Escondió el cuerpo, sabiendo que más tarde tendría que volver a recogerlo, antes de que nadie lo encontrase.

De vuelta a casa, atropelló a un niño. Pero, ¿qué hacía un niño a esas horas? Luego, al guardar el cadáver, comprobó que se trataba de un hombre bajito y delgado. Al volver a entrar en el coche, atisbó a una mujer gorda que caminaba a paso ligero, y también la atropelló. Pesaba demasiado para él, y atarla al coche y remolcarla no era su estilo.

Por fin llegó a casa, y descubrió que la puerta estaba forzada. Anonadado, entró, y se encontró de frente a un tipo encapuchado. Y antes de que se diese cuenta, el cuchillo había vuelto a escapársele. Mientras arrastraba el cadáver, pensó en lo afortunado que era al tener ese talento natural. Su cuchillo volaba a su mano y hacía cosas a gran velocidad, independientemente de él. Una vez estaba conversando con una vendedora que le daba la paliza en su salón, y mientras él bostezaba, el cuchillo despedazaba. Aquello sí que fue una pasada, pues había quedado todo el salón lleno de sangre, y no veas el trabajo que dio limpiarlo todo y dejarlo fuera de sospecha.

Descansó en el sofá, diciéndose que necesitaba cambiar, que tener que cenar ahora comida rápida es malo para la salud. Decidió ir a comer fuera, algo caliente, un buen plato de algo que le llenase el estómago.

Mientras conducía, no dejaba de pensar en el ladrón. No se había molestado en quitarle la máscara, pero ahora que lo pensaba aquel tipo le sonaba. Le conocía de algo. Tal vez lo habría visto merodeando, o simplemente se había cruzado con él en la calle. ¿Quién sabe? Desde luego, aquél tipo de tres brazos le resultaba familiar.

En el restaurante, todos los precios de la carta eran elevados. Muy elevados. Hasta la bebida era tan cara como la comida. Debía haber registrado los cuerpos muertos, por si conseguía algo de dinero extra. El camarero era un poco feo, con aquellos dos bigotes torcidos. En cambio, la comida estaba caliente.

Al salir, el aire estaba fresco, y le apeteció pasear un poco antes de regresar a casa. En una calle divisó a una mujer, una prostituta, seguro, pero de las caras, se dijo. Era llamativa, con aquel pie derecho colgándole de la nalga izquierda. Se vio reflejado en un escaparate, y, como siempre, sus entradas iban comiendo su pelo.

Notó entonces algo caliente y pegajoso en su mano derecha, junto a algo frío. Se miró en el escaparate mientras fruncía el ceño con confusión, y percibió otro rostro reflejado allí. Miró a su lado, y el atracador callejero calló al suelo, desangrándose. Otra vez, su mano había sido más rápida que su pensamiento. Pero se había puesto perdido de sangre el costado.

No valía la pena meterse en el coche, pues lo mancharía todo. Le dio una patada de furia de hombre tranquilo a una de las narices del atracador, y se fue gruñendo por lo bajo.

El nuevo día era laborable, y a su jefe no le gustó nada que le pidiese un aumento. Casi le escupió en la cara por su atrevimiento, y sintió un hormigueo de satisfacción cuando su cuchillo voló y se la rajó, segándole el ojo compuesto y la nariz peluda. Ante eso, su jefe sólo pudo caer arrodillado. No gritó, pues acababa de cortarle la garganta.

Ya que estaba en ello, fue a pedirle un aumento al director. En ese momento estaba reunido, y él se quedó esperando frente a la puerta. Su secretaria no le dejaba pasar, y permanecía tras su mesa, ordenando papeles y escribiendo otros en la pantalla del ordenador. Papeles virtuales, pensó mientras la miraba. Sí que estaba buena. Ella se daba cuenta de que él la miraba, y eso la molestaba. Y él se impacientaba de tanto esperar, por lo que abrió la puerta y atravesó el umbral. Por el rabillo del ojo pudo ver desplomarse el cuerpo de la secretaria, con una expresión que le afeaba el rostro.

El director y otros tipejos le miraron contrariados. El ejecutivo que estaba más próximo a la puerta de entrada le hizo un gesto con sus manitas de cuatro dedos, y él cerró la puerta. Allí todo se llevaba con discreción. El director se había puesto de pie mientras él cerraba la puerta, sosteniendo una motosierra en su brazo más largo. Otro ejecutivo empezó a sonreír, y mostraba dientes de acero inoxidable bien pulidos. Debía tenerlos bien incrustados, pues aunque separó mucho los labios, no pudo distinguir la carne roja de las encías.

La motosierra rugió cuando el director la encendió, y el sonido hizo un efecto curioso, cosa que le hizo darse cuenta de que la sala estaba insonorizada. A través de las amplias ventanas vio el cielo azul, a la vez que el ejecutivo que tenía a su lado caía a sus pies y le manchaba los zapatos de sangre. Hasta ahora nadie había dicho nada.

Al acercársele el director, manteniendo la motosierra elevada, le pidió el aumento, y casi le resbala el aparato del ataque de risa. Lo depositó, encendido, sobre la mesa, mientras se desternillaba de risa en el suelo, pataleando. Temió que se atragantase, pero luego se dio cuenta de que hacía rato desde el desayuno. Los otros ejecutivos no reían, sólo sonreían. ¡Qué feo era el que se sentaba ocupando dos puestos a la diestra del director!

Recuperando su compostura, el director volvió a coger la motosierra, y se lanzó sobre su cuerpo. Si hubiese sido como su vecino, no le hubiese importado perder dos o tres brazos, pero él no era como su vecino. Forzó con su pensamiento el vuelo del cuchillo, pero ya era tarde, pues ya le había abierto la gran barriga al director, y sus tripas cayeron ante él, sobre el cuerpo caído del ejecutivo. El director, fijo en sus ideas, intentó aún alcanzarle con la motosierra, provocando esto que cayera sobre ella en marcha, y le trabajase su interior, salpicando hasta que se atascó.

Los ejecutivos empezaron a pelearse entre ellos, disputándose el puesto vacante. Al más débil le tocó estrellarse contra los cristales irrompibles de la ventana. No estaba fuera de combate, pero tampoco estaba para seguir peleando. Se conformó con arrastrarse hacia un cadáver y lamerle la sangre de la piel, para luego hundir sus colmillos en la carne y arrancar un buen pedazo.

Nuestro protagonista esperó, siempre condenado a esperar en estos lances burocráticos, a que se decidiera quién era el nuevo jefe para pedirle entonces el aumento.

Alguien le tiró un brazo, y eso le hizo sentirse ofendido. Escaló puestos en la escala jerárquica mientras su cuchillo hacía horas extras. Se estaba poniendo perdido de sangre. Un gota se le metió en el ojo, haciéndole perder la dirección. Con el otro ojo bien abierto, y frotándose el ojo derecho manchado con el brazo izquierdo, se mantuvo avanzando. Le estorbaba el paso el tipo de los dientes metálicos y cara alargada hasta la exageración, que los hacía castañear tras haber truncado varios huesos ajenos. Vaciló en un fugaz momento, y aquellos dientes se colocaron ante su nariz, mordiendo con furia el aire. Apartó al tipo de delante de él, a la vez que desincrustaba el cuchillo de su caja torácica, a la altura del corazón. Menos mal que no tenía el corazón en el otro lado, pues sino se podría haber complicado su ascenso. Cortó un brazo que se cruzó en su camino, y luego casi falla un pecho con corbata.

Ante él, un tipo doblemente ancho. Deseó un gran hacha para poder partirlo por la mitad. Sintió la fuerza de su cuchillo, como una prolongación de su cuerpo, mortal y vital al mismo tiempo.

—¡Se le ha concedido su aumento! —atronó la voz de aquella pared humana—. ¡Retírese a su obligaciones!

Ante aquello se sintió algo desanimado, pues había sido tan fácil como ya no recordaba. Como nunca recordaba. Se retiró entonces, caminado despacio. Necesitaba una buena ducha.

Mientras esperaba ante el ascensor, éste se abrió, y los tipos de seguridad salieron en tropel. Hizo solo el viaje, plantas abajo.

A la hora de la comida, que sólo eran tres cuartos de hora, partió un diente al morder la pierna de cordero en pleno hueso. Eso no lo pagaría el seguro. Consideró que tal vez una dentadura totalmente metálica le sentaría como una patada en el culo todas las noches antes de acostarse. Se frotó la mejilla izquierda, viendo como dos

agentes de seguridad venían hacia él, permaneciendo el tercero en la entrada. Repasó mentalmente las obligaciones que debía cumplir. El agente que permaneció callado parecía crónicamente aburrido, y el otro estaba furioso con él. El supervisor le había echado la bronca, y ahora él le vomitaba la bronca a nuestro protagonista, porque no había regado la flor de su mesa de trabajo. El insulto del guarda de seguridad murió justo al nacer, mientras el cuchillo le trabajaba la entrepierna. El otro guarda seguía aburrido, y esa depresión le sacaba de quicio, tanto, que le dibujó una sonrisa de su propia sangre.

El cuerpo calló sobre su plato de comida, por lo que ya no valía la pena seguir comiendo. Se abrieron las puertas de la cocina, y un fibroso cocinero armado con sendos machetes hizo acto de presencia. No admitía que le dejasen sobras, y eso le enfurecía. Saltó con voltereta hacia él, brillando los machetes al girar en el aire. Con tres piernas, aquel salto estaba chupado. Se le ocurrió probar algo nuevo, y tomó la pistola del guarda y le vació el cargador en el cocinero. Menos mal que el arma no tenía el seguro puesto. Al tercer guarda no lo veía. Debía haber ido a por refuerzos. No, ahora aparecía, con un lanzallamas encendido. Era de los baratos, de aquellos que con el uso terminaban goteando. No le quedaban balas en la pistola, y coger la del otro guarda sería complicado debido a su postura retorcida. Optó por permanecer desafiante, aguardando a que el otro hiciese el primer movimiento.

El cuchillo quería volar, podía sentirlo, pero su contrincante no estaba lo suficientemente cerca de él. Por otra parte, él sí estaba lo suficientemente cerca del guarda como para que éste le rociase con el lanzallamas.

Sabía que correr avivaría el fuego, por lo que se tiró al suelo y se revolcó, intentando apagarse. El guarda continuó vaciando su depósito sobre él, así que no le quedó más remedio que morirse quemado.

Resucitó a la tarde siguiente, en la cámara frigorífica del depósito de cadáveres. Qué ironía, se dijo. Conservaba el cuchillo, bien sujeto a su mano descarnada. La puerta metálica estaba cerrada, y no podía salir de allí hasta que alguien no viniese y la abriese desde fuera. Por lo tanto, se sentó y se puso a meditar sobre qué significaba su renacimiento. Su cuerpo estaba calcinado. Si supiese cómo, lo recompondría con los otros restos humanos que permanecían en aquella nevera. Se dijo que bueno, que por lo menos no se estaba muriendo de frío.

Unas horas después afuera era noche, aunque él no podía saberlo. Permanecía tumbado, soportando su insomnio.

Entonces, una luz se materializó ante él, y un tipo guapo con alas saliendo de su espalda apareció sin más. Desconcertado, no pudo evitar que su mano volase. Otro cadáver más. Mientras respiraba, exhalando nubecillas, volvió la luz a materializarse ante él. Era un umbral, y lo cruzó. Se encontró cayendo en un túnel sin fondo. Tropezaba en su caída con las paredes, machacándolo y trabajándolo como un esmeril. En su cabeza entró el miedo: Aquello podía dañar su cuchillo, su preciado cuchillo.

Se estrelló contra una superficie líquida y sucia. En el techo de la gruta, débiles lucecillas iluminaban la escena. No sabía nadar, nunca había nadado. Agitó sus miembros quemados, y se dio cuenta de que eso favorecía la labor del ácido en que estaba, renovándolo al agitarlo mientras que lo descomponía en volutas de humo.

Por suerte para él, aquello no era muy profundo, tenía movimiento, y la orilla pudo alcanzar antes de que sus huesos se blanqueasen del todo. Se metió un dedo en el ojo izquierdo, para asegurarse de que esa cuenca estaba vacía. El otro ojo estaba lloroso, y no lograba discernir si el ambiente borroso estaba dentro o fuera de su cabeza.

Hacia él pudo ver acercarse otro tipo deforme, de cuatro piernas y sin brazos. A su lado se acercaba otro, patiocorto pero con un pene enorme que le colgaba como un rabo, que arrastraba por el suelo polvoriento.

Sintió su cuchillo, vivo, latente, ansioso. Se dijo que la vida no acababa más que comenzar otra vez, y que por cada cadáver que firmase, viviría de nuevo.

Engordó, recuperó su piel y su pelo, recuperó su vida en la superficie terrestre, pero lo acorralaron con una jauría de perros, que le atenazaron brazos y piernas. Le amputaron su cuchillo y lo fundieron para hacer botones. Le metieron en un psiquiátrico y le decían que todo eran fantasías.

Pero él sabía que sin su cuchillo una parte de él se había podrido, no muerto, y algún día volvería a volar con él y a cortar brazos, piernas, y tentáculos, cabezas de rana y ubres abdominales, segando vidas para ser más fuerte que el tiempo y la carne, más fuerte que el propio universo.

Escrito el 2/02/1998.

El estrangulamiento de Anita

Recuerdo aquellos días con especial melancolía, estando yo plácidamente inmerso delineando las láminas del colegio, con la música de fondo sonando alrededor de mi cabeza, mientras por los amplios ventanales se colaba la grata luz del día. Amadeo andaba de un lado para otro en su labor propia de mayordomo, respetando a su pesar el cartel de NO MOLESTAR: ESTOY CONCENTRADO que yo había puesto en la puerta de la habitación; lo coloqué en los primeros días en que empecé a trabajar, pues aunque le había dicho repetidas veces a mi tío que no me molestasen, él siempre encontraba una excusa para llamar a la puerta y traerme algo:

—¡No molesten! —decía yo cada vez que la puerta se abría.

—No ha comido usted nada —Amadeo siempre trataba de usted a todo el mundo, seguramente para no perder la costumbre—, y el desayuno es la comida más importante del día.

Amadeo trabajaba de mayordomo en la mansión de los señores Carballo, ricos terratenientes. Mi familia había estado a su servicio varias generaciones, y los Carballo habían hecho a través de los años una curiosa selección antinatural sobre sus sirvientes. Como ellos no eran demasiado guapos, no querían que sus criados lo fuesen más, por lo que de esta forma mis bisabuelos entraron a trabajar aquí. Ciertamente, mi bisabuelo era un *cara-de-rata*, aunque según cuentan era de lo más simpático y trabajador. Se instalaron en una de las alas de Mansión, y allí siguen viviendo sus descendientes. Lógicamente, no todos ellos. De entre los hijos que tuvieron esos pioneros sólo siguieron a su servicio los más... digamos *menos agradados* (no es que sea cosa de enorgullecerse).

En mi caso particular, hay una diferencia clave. Entre los hermanos de mi padre él eran el más guapo; incluso podía decirse que era *normal*. Siéndolo así, no tardó en ser sutilmente rechazado por los Carballo, que le ayudaron a encontrar empleo en otro lugar. Otro tanto sucedió con los restantes, pues no era cosa de tener muchos sirvientes. De esa forma, mi tío Amadeo pasó a ser lo que ahora es. Añadiré como anécdota que Amadeo no es el más feo de mis tíos paternos, hay otro que no ocupa el lugar del actual mayordomo porque es *demasiado feo* para serlo, así que imagínense cómo debe ser.

Y tengo que añadir a mi favor (pues mi ego está que estalla) que soy un joven agraciado. Mi cuerpo está atlético debido al deporte, si bien fue aquí en Mansión donde aprendí a jugar al tenis.

Para los Carballo el tenis es más que una diversión. Ellos lo practican algunas veces (desastrosamente, por cierto), pero lo que más les gusta es verlo practicar. Éste es otro de los aspectos que se han encargado de seleccionar en mi familia: Son ellos los que se dedican a jugar cuando sus amos lo desean. Mientras la pelotita va de un lado para otro los Carballo, divididos en dos bandos, uno por cada jugador, se dedican a animar, aconsejar, cruzar apuestas y desahogarse. Para tal fin hay toda una pista de tenis entre las alas izquierdas de la Mansión.

El siempre parco en palabras (otro de los aspectos seleccionados) Amadeo es un buen jugador, sólo que no juega delante de los Carballo. Antes lo hacía, pero dejó de hacerlo por vergüenza. Ahora se dedica a jugar cuando los amos no están, lo que lo desinhibe aún más: Grita, chilla, berrea, gesticula, se enfurece, insulta, maldice, hace comentarios obscenos y hace también todo aquello que, por norma, no hace. Es todo un espectáculo verlo, sobre todo porque rompe la imagen preconcebida y cotidiana que se tiene de él.

El porqué yo estoy aquí es cosa suya: Fue él quién le habló de mí al señor de la casa, Manuel Carballo, que aceptó que yo también viviese allí provisionalmente mientras estudiaba mi carrera en la cercana Universidad de la región, tan famosa porque algunos de sus alumnos habían alcanzado gran renombre (ya saben sobre quienes estoy hablando).

El que Amadeo me fuese a recoger a la estación me dio una sensación muy extraña, que aumentó con el trato que recibí: Me sentía un par de escalones por encima de mis familiares y varios pares de escalones por debajo de los Carballo; aunque con el tiempo empecé a perderles el respeto a ambos grupos.

Cuando entré por primera vez en Mansión esperaba sentir una bocanada de aire viciado, pero no fue así. Manuel Carballo había insistido en verme, y Amadeo me llevó a su habitación. Me había contado que *El Señor* se había caído por las escaleras y se había quedado inválido; apenas usaba la silla de ruedas porque, quizás, no le gustase desplazarse en esa postura de inferioridad. Prefería pasarse todo el día en la cama, pues se sentía mejor, como si realmente no estuviese incapacitado sino que podía levantarse de un momento a otro y sin ayuda; además, podía ver el rostro de quien le cuidase mientras conversaba y juzgar así si estaba con él por buenos motivos o por otros intereses menos honrosos.

Amadeo me hizo esperar fuera de la habitación mientras me anunciaba; cuando salió me dijo que no me pusiese nervioso (pues yo ya estaba intuyendo lo crucial

que era aquella entrevista) y que lo tratase correctamente. Poco después salió Anita Carballo de la habitación, respiré profundamente, y entré.

La habitación olía bien, pero podía ser una trampa. Al ver al viejo sentado en la cama con aquella expresión tan jovial y alegre varias retorcidas hipótesis cruzaron mi mente; puede que no sean muy caballerosas, pero la situación me pareció muy sospechosa: o bien Manuel ya está curado pero no quiere levantarse, o bien fingió la caída y desde entonces está disimulando, para así pasarse todo el día en cama porque es un vago. Como siempre, no fue tan malo como esperaba ni tan bueno como sería deseable. Lo importante fue que me permitió quedarme; temporalmente.

Los días pasaron, novedosos al principio, monótonos el resto del tiempo, aunque al final todo diese aquel tremendo vuelco.

Creo conveniente esbozar una descripción de dos de los habitantes de Mansión. Empezaré por Anita, pues volverá a ser mencionada cuando los hechos así lo necesiten. Intentaré aclarar en lo posible, ahora, muchos años tras aquello, la razón que provocó su asesinato.

Anita Carballo es una mujer, era una mujer, en edad casadera, sin novio conocido, y la persona *más guapa* de la familia. Entrada en carnes, simpática, charlatana y extrovertida. A los pocos días era la única de esa extraña familia con la que podía mantener una conversación sobre cualquier tema cotidiano. Sin embargo, no por ello dejaba de considerarme un sirviente más, y como a mí así trataba a los demás.

Caso aparte es su hermano José Carballo. De aspecto enfermizo y poco hablador, sólo saludaba cuando de pasada coincidía con alguien de su familia (normalmente cuando comían), y a los de mi familia ni siquiera eso. Tenía mejores estudios que sus hermanas y hermano. Al mes de ignorarme se interesó en mí debido a mis libros técnicos, a mi colección de libros policíacos y de ciencia-ficción, y a mi forma de ser. La primera conversación larga que mantuve con él le hizo interesarse más por mí pues ambos éramos bastante imaginativos y fantasiosos.

Hablamos sobre la posibilidad de realizar un viaje en el tiempo. Yo le dije que, de hecho, estábamos siempre viajando hacia el futuro y regresando del pasado. Él me dijo que la cuestión era ir al futuro y regresar para contarlo. Yo le dije que se podía viajar más rápidamente al futuro.

—¿Cómo?

—Durmiendo.

Tras las risas seguimos considerando la cuestión, y el día se acabó antes de darnos cuenta. Ambos sosteníamos que no se podía ir al pasado y cambiarlo, pues el pasado se destruye a cada instante. ¿Cómo sabría la materia qué posición ocupaba en cada uno de los instantes anteriores? ¿Dónde se almacenaría tal cantidad de información? Otra cuestión diferente era que al retroceder (si fuese posible), ¿sólo retrocedería el viajero y su máquina, o en realidad retrocedería todo el universo excepto el viajero y su máquina?; de esa forma, se destruiría el presente y no habría posibilidad de paradojas.

Una vez le pregunté, medio en broma, si estaba intentando construir una máquina del tiempo capaz de viajar al pasado. Le dije que eso era imposible pues, de lo contrario, según la afirmación clásica, tendríamos a los turistas del futuro pululando por todos lados. Me respondió que quizás esos turistas fuesen imperceptibles, incapaces de

actuar física o químicamente en nuestro espacio-tiempo; inocuos, por tanto, para la continuidad espacio-temporal, pues sólo serían meros espectadores.

No supe qué responder. De todos modos me dijo que, si él lograra construir tal máquina, retrocedería en el tiempo, y se molestaría en dejar una copia de tal artefacto a su yo del pasado, para que no tuviese que sufrir demasiado para lograr construirla.

Una noche estuvimos hablando del cielo estrellado, de que lo que en realidad estábamos viendo no eran las constelaciones, sino la imagen que esas constelaciones tenían hace muchos años, pues la luz tardaba mucho en recorrer las distancias que nos separan. No sólo eso, sino que era un puzzle de diferentes pasados, pues cada estrella estaba a una distancia diferente de nosotros y su luz tardaba tiempos diferentes en llegar a nosotros. Además, esa imagen podía estar desvirtuada debido a diversos fenómenos, gravitatorios por ejemplo, que desviaban o absorbían la luz.

Nuestra amistad se vio fragmentada por mis exámenes. Apenas teníamos tiempo de charlar. Pero nunca pensé que estuviese tan loco como para creer lo que cree y para hacer lo que hizo.

El día maldito yo me había levantado a propósito de la cama a una hora intempestiva y me había dirigido premeditadamente a la cocina. Lo que me encontré no me lo esperaba. José Carballo no hacía más que llorar, y me lo confesó todo. Bueno, no todo; pero logré reconstruir los hechos con lo que más tarde leí en sus cuadernos.

Yo creía que él intentaba viajar al pasado, pero él había logrado viajar al futuro... y regresar para escribirlo en sus cuadernos; o eso afirmaba. Por supuesto, no me creí nada de ello, pero argumentó que realmente no había viajado físicamente, sino que había hecho varios viajes astrales, no al futuro, sino a un mundo paralelo al nuestro. Tal mundo paralelo estaba adelantado temporalmente al nuestro, que parecía copiar lo que en aquél sucedía. Intentaré explicarlo mejor.

Ese mundo estaba adelantado aproximadamente 11 días del nuestro, que en su conjunto intentaba, y lograba, parecerse a ese otro *mundo equivalente futuro*. Los acontecimientos se producían inicialmente en tal mundo, y volvían a repetirse en el nuestro con un desfase de ± 82 horas sobre la fecha prevista. Más aún, la distancia temporal entre ambos mundos no era constante; es decir, las líneas temporales no eran ni paralelas ni líneas: Eran curvas que se aproximaban y se alejaban, pero siempre sin tocarse ni separarse demasiado.

—*E'Of* es el guardián de la puerta, el que me permitió acceder a un *Futuro Previo*. Imagínense a alguien intentando justificar su crimen de esa forma; daba pena.

Me siguió contando que en el *equivalente* alguien había estrangulado a Anita, pero no se había logrado averiguar quién lo había hecho. Él sabía que tal acontecimiento iba a repetirse aquí, pero no podía, ni debía, impedirlo. Para su desesperación, no se daba producido. Esperó, confiando en que había un amplio margen de tiempo para que se produjese, pero cuando tal margen acabó y no se produjo, no supo qué pensar.

—El futuro está condicionado por nuestros actos del presente, que son función del pasado. Podemos anticipar acontecimientos, pero es tan complejo, tan caótico, que hay una gran incertidumbre sobre lo que finalmente sucederá —le dije en una de sus pausas, mientras lloraba y se cubría la cara con sus manos—. Primero son las causas, en una determinada sucesión, y después se producen los efectos.

Él creía que su intromisión había desfigurado la realidad y que debía corregirla, pues la variación de los acontecimientos traería graves consecuencias (¿por qué?) y sólo él era el responsable. En el *equivalente* no habían logrado resolver el crimen y en el nuestro pasaban ya dos semanas y todavía no se había producido. Esa noche, pues, tras haberlo meditado largo tiempo, se dispuso a corregir obligadamente lo que estaba mal.

Anita tenía por costumbre comer mientras los demás dormían (mientras alguno se dedicaba a *viajar*); eso lo sabíamos todos y no nos sorprendía. José intentó *hacerlo* y cometió una gran chapuzada sin matices poéticos: Anita, incapaz de gritar con la boca llena, se libró de su debilucho hermano y éste, con el miedo saliendo por sus ojos, la acuchilló.

Bonita salvajada.

Finalmente, le dije que se entregara y confesara. Me suplicó que escondiese sus cuadernos de notas, y que después llamase a la policía.

Mientras eso hacía, lo perdí de vista. Mucho más tarde lo encontró la policía, muerto. Se había tragado una cantidad bestial de matarratas y se había escondido en el desván, bajo muchas cajas llenas de polvo. No llegué a verle la cara, pero por los comentarios fue una muerte larga y horrible.

No mucho después dejé Mansión, y jamás volví.

En algún lado dije que intentaría explicar el motivo del crimen, y *casi* creo haberlo hecho. ¿Los cuadernos? Tras haberlos leído los destruí. Nunca dije nada de lo que él me contó (hasta ahora), pero mi vejez me ha impulsado a hacerlo.

Queda una cosa: Suponiendo real lo del *mundo equivalente*, ¿quién estranguló allí a Anita?

Uno de los postulados de las novelas policíacas que leía es que no existen crímenes *perfectos*. Yo sigo sin estar de acuerdo con tal afirmación. En mi juventud quise demostrar lo contrario, y tenía uno planeado, que no me atrevía a llevar a cabo. Cuando una noche decidí hacerlo... ¡se me habían adelantado!

Seguro que tengo que agradecerse a mi *imaginario yo equivalente*. ¿Y no he cometido acaso así un crimen perfecto?

Verano de 1995; posterior a *Mayormano*, y *Menormano*. Me estuvo rondando largo tiempo.

El fin de la época de los ángeles

Yo viví el fin de la época de los ángeles. Fue un período extraño, lleno de rarezas y de anécdotas para el recuerdo. Procuo no olvidarme de lo que con certeza pasó, y por eso hago que escriban esto; no pretendo que sea una contribución a la Literatura pues soy un mal poeta, prefiero la prosa, conducto de la Historia. Pero basta, la introducción ya está redactada y pienso que debo proseguir con los hechos.

Mi padre, un buen hombre, honrado y trabajador, quedó viudo justo cuando nací yo. Sin embargo, a su favor diré que nunca me trató como a un culpable, sino que siempre

estaba ahí para darme su cariño y su apoyo, y yo siempre lo respeté y aprendí de sus enseñanzas. Nunca logró encontrar a otra mujer que le llenase el corazón, tal y como hizo mi querida madre, si bien tampoco se preocupó de buscarla; era feliz conmigo, y yo siempre le agradecí estar ahí para mí. Fue por eso por lo que lo eligieron a él. Trabajaba para el Imperio en una casa-estación, que servía como puesto intermedio en la extensa y compleja red de comunicaciones del Imperio. Allí llegaban mensajeros galopando a gran velocidad, cansados tanto él como el caballo, exhaustos; llegaban y el mensaje era pasado a otro mensajero que teníamos allí en la casa-estación, con su correspondiente caballo de refresco, que partirían raudos y veloces hasta la siguiente casa-estación, para así continuar la cadena hasta donde fuese necesario. En la casa-estación debíamos tener siempre preparados a los caballos y dispuestos a los jinetes, alimentándolos y cuidándolos, y también manteniéndolos entretenidos.

Fue por eso, como dije, por esa desgracia familiar, por lo que a mi padre eligieron para ir a ocuparse de una lejana casa-estación situada en un lugar tan horrible como fascinante, el hogar de los *maravillosos hombres-pájaro*, como dicen los poetas. Yo estaba ilusionado con la idea de ver, por fin y en verdad, a esas maravillosas criaturas de las que tanto hablaban los poetas y los mensajeros. Los poetas nos cantaban alabanzas a aquellos celestes seres que poseían el don de la libertad, capaces de no estar encadenados a la tierra y poder elevarse hasta los rincones más inaccesibles, cerca de donde mora el Dios-del-Firmamento. Como era de esperar, los mensajeros nos contaban cosas más soeces y vulgares de aquellos *animales*.

Y para allá fuimos. Ni padre no esperaba grandes lujos ni comodidades, sólo confiaba en que su situación mejoraría, y la mía también. Atravesamos el valle y llegamos a las Montañas-Impenetrables, altas, majestuosas, siempre cubiertas de nieve, siempre desafiantes con los viajeros. Atravesarlas era algo que se había vuelto indispensable para el Imperio y su poderosa red de comunicaciones, para mantenerlo todo unido y fructificante, en suma, para el progreso. Era de todo punto absurdo intentar rodear las Montañas-Impenetrables, y era casi imposible cruzarlas. Y nosotros, mi padre, yo, y algunos sirvientes más, íbamos a convertirnos en parte de los eslabones que hacían posible esa cadena que atravesaba las montañas. Sólo de pensar en el lugar al que íbamos a vivir se me inflamaba la imaginación, pero no lograba comprender la magnitud del escenario al cual nos dirigíamos.

Y cuando lo vi, cuando tras el largo y algo duro viaje me asomé al borde del abismo, sufrí un éxtasis que me hizo volverme ligero; y si no fuese por mi padre, al que tengo tanto que agradecer, que estaba allí para protegerme, hubiese caído al fondo de la grieta, al Río-Amargo, donde moriría si no con el impacto, sí ahogado. La Gran-Grieta era un abismo que cortaba a las montañas como una gran cicatriz abierta. Era el único camino que existía para poder cruzar al otro lado y atravesar las Montañas-Impenetrables con rapidez y seguridad, a salvo de las frías, falsas y peligrosas nieves. Claro está, era de todo punto imposible cruzar la Gran-Grieta, y sin embargo se cruzaba. Ahí es donde intervenían los ángeles.

El primero que vi, volando majestuosamente, con sus gigantescas alas extendidas, blanco como las perlas más puras, me hizo extasiarme y curarme del vértigo. Oí otra vez las canciones de los poetas dentro de mi cabeza, y estaba completamente maravillado. Entonces, sin previo aviso, inesperadamente, el ángel cagó... y su mierda

fue cayendo, cayendo, cayendo fluidamente hasta perderse en el Río-Amargo. Me sonrojé por ese desliz del hombre-pájaro, considerándolo como algo entre yo y él, como un secreto entre amigos, cuando el intérprete, el tipo que hacía de intermediario entre los hombres y los ángeles, se me acercó por detrás y dijo:

—Esos guarros no paran de cagar.

Y todo lo que cantaban los poetas se rompió en mi mente, sintiéndome estafado.

Son totalmente blancos, sí, altos y blancos, con unas alas enormes. Están cubiertos de un pelo corto y tupido, algo así como los caballos, y sus alas no son de plumas como siempre creí, sino membranosas como las de los murciélagos que salen por las noches, pero blancas, blancas como la nieve; y limpias, un blanco limpio. Sólo sus ojos son oscuros, grandes y oscuros, llenos de misterio. No tienen una protuberancia en la cara como nosotros, algo a lo que llamar propiamente nariz, si no que la tienen fundida con la boca, con el labio partido, formando una combinación fea y monstruosa que da grima tener cerca. Pese a ello, son imponentes; son jorobados, ligeramente jorobados, justo en la altura de los hombros, que tienen por duplicado; de los hombros superiores, más fuertes y robustos, les sale el otro par de brazos que son los que se convierten en alas y les permiten volar. Van totalmente desnudos, y tienen un bulto entre las piernas, con una raja vertical, que es donde guardan su pene. Nunca se han visto las hembras de los ángeles. Dicen que de noche salen y yo las he distinguido en la oscuridad, asomándose a las aberturas de sus cuevas, al borde del precipicio, y cagando entonces directamente al Río-Amargo o quizás fallando y cayendo su mierda en alguna piedra que se asome en las paredes del abismo. Como decía, los machos tienen además una pequeña y delgada cola al final de la espalda, a la que se le pegan las membranas de vuelo. Sus pies son prensiles y, al igual que las manos, llenas de uñas que atemorizan.

Lo de los cuatro hombros me hizo recordar las viejas crónicas que cuentan que en el pasado hubo una raza de hombres-araña, que tenían cuatro brazos, y que eran grandes, pesados y torpes, y también fuertes, malvados y crueles. Secuestraban a las mujeres humanas para sus harenes y eran peligrosos. El Imperio, entonces pequeño y aparentemente insignificante, se organizó para combatirlos. Cuerpo a cuerpo los hombres no tenían nada que hacer contra su fiereza y brutalidad, pero la estrategia humana fue siempre superior y tras unos pocos fracasos iniciales desalentadores, se ideó un sistema de ataque que los aplastó. No servían como esclavos pues eran muy rebeldes, y hubo que exterminarlos. Cuentan esas crónicas que se sospechaba quedase alguno vivo en algún lugar remoto, pero jamás hasta la fecha en que cuento esto se han vuelto a tener noticias de esos hombres-araña.

Creo que me he desviado, y si os he aburrido me disculpo, pero a mi edad mi cabeza se pierde y... Decía que eran grandes, blancos y feos. Pero eran lo único que teníamos para mantener la comunicación con el otro lado del Imperio detrás de la Montañas-Impenetrables. El comercio quedaba pues reducido a pequeños paquetes que los ángeles transportaban de un lado a otro de la Gran-Grieta, pero fundamentalmente su misión era de servir de enlace comunicativo entre ambos lados. Y los encargados de pagarles por ello estaban en las casas-estación de ambos lados. Dejadme que beba un momento que se me está reseca la garganta y no es bueno que ocurra, teniendo además este buen vino.

A los ángeles se les pagaba en el puesto de llegada, tras entregar lo que debían transportar. Si era algo importante, entonces debían de volver al punto de emisión con un acuse de recibo que le entregaban por la mercancía. Según lo que tenían que llevar, así se tocaban los cuernos para llamar a los ángeles, y así decirles si necesitábamos a varios o nos bastaba con uno, si precisábamos velocidad o preferíamos fuerza. Además, izábamos banderas como complemento. Los del otro lado no tenían forma de saber qué es lo que estábamos haciendo, pues la Gran-Grieta es algo amorfo, y desde donde estábamos mi padre y yo, río abajo, y tras un zig-zag de las paredes, estaba la casa-estación del otro lado, oculta a nuestra vista. Cuando se tocaban los cuernos, los ecos lo distorsionaban todo, y a pesar de ello los ángeles no aparentaban confundirse.

Supongo que habréis notado que todavía no he querido explayarme en lo del pago por los servicios prestados, pues se me revuelven las tripas cada vez que pienso en aquellos pobres animalitos... Normalmente, los ángeles se conformaban con chucherías, baratijas, o algo de comida. Nunca robaban lo que tenían que transportar y eran siempre honrados. Distinguíamos claramente a nuestros ángeles mensajeros respecto a los demás, e incluso respondían a algunos nombres que les habían puesto. Eran nuestros ángeles de confianza, pues los demás ángeles nos ignoraban, mirándonos apenas con curiosidad, y evitando acercarse demasiado.

Otra vez he vuelto a evitarlo. Tengo que contároslo aunque me pese. Aquellos ángeles, con una frecuencia acompasada a los ciclos de la luna, y alguna que otra ocasión especial, requerían como pago a sus servicios sexo.

Querían sexo con nuestras mujeres. Si veían alguna mujer que no habían visto antes, se volvían pesados e intentaban fornicar con ella. Les gustaban exóticas y entradas en carnes, pero sin llegar a una gordura desmesurada. Se fijaban más en el color de la piel y del pelo, y en el volumen, que en la belleza que nosotros atribuimos a una cara bien formada; así que, las más feas para ellos; no les importaba y, además, de la misma forma que con los hombres se comportaban con distinción y cortesía, procurando no portarse indebidamente, con las mujeres cerca se exaltaban y se volvían frenéticos, y querían follárselas a toda costa. Por ello, en las casas-estación de la Gran-Grieta se tenían a unas cuantas esclavas para esos menesteres. Ellos se las follaban con brutalidad, con ellas a cuatro patas, y también sodomizándolas y arañándolas. Dicen que sus penes son largos y delgados, en punta, y algo transparentes, pero siempre blancos.

No sólo fornicaban con nuestras mujeres, su brutalidad y perversión iba más allá y algunas veces querían follar a alguna de las yeguas que teníamos, sin olvidar de darles por el culo. También gustaban de hacer lo mismo con las ovejas y con las perras, y teníamos que tener cuidado pues podían maltratar gravemente a aquellos animalitos. No sólo eso, sino que durante una temporada, que a mí se me hizo larga e insoportable, les pagábamos con gallinas, gatas y conejas, convenientemente atadas y vivas, para que se las pudiesen llevar y fornicar cuanto quisiesen, no en la casa-estación, sino en sus madrigueras de las paredes de la grieta. Al final tiraban a los pobres animalitos al fondo del Río-Amargo, totalmente inservibles para sus placeres obsesivos, pero vivos todavía.

Lo que vengo de contar no es algo agradable, y ello supongo es la causa de que en aquella época sólo los de aquella zona lo supiésemos. Los poetas nunca oí que lo cantasen. Eran cosas que había que hacer por el bien del Imperio, nos gustase o no.

En nuestro lado de la Gran-Grieta estaba la casa-estación en la que trabajábamos mi padre, yo y los demás criados, el intérprete y soplador de cuernos, además de las putas, los animales y los mensajeros, y algún que otro comerciante con su consorte. El motivo por el que nos habían destinado allí, escogidos por la viudez de mi padre, era que se había terminado de construir otra casa-estación en este lado, mucho más accesible que la nuestra. Se había logrado tras arduos trabajos para construir la carretera, fabricando algunos puentes y trasladando la tierra que estorbaba a otro lugar. Al encargado original de nuestra casa-estación se le había ordenado mudarse a la nueva, quedando tal y como he dicho a nuestro cargo, como casa-estación secundaria, como apoyo a la nueva y principal. Por eso no teníamos demasiado trabajo. Cuando en la otra estaban algo saturados colocaban una bandera determinada y los ángeles iban directamente a la nuestra a hacer la entrega. En el otro lado también se pensaba hacer otra casa-estación mejorada y ampliada, pero las condiciones eran mucho más desfavorables y tuvieron que conformarse con mejorar la que ya tenían.

Nuestra estancia en aquella casa-estación secundaria, *la Vieja*, fue apacible y provechosa. No teníamos problemas graves, excepto cuando los ángeles, con una indiferencia que no hacía sospecharlo, indicaban al intérprete que querían determinados favores sexuales como pago por haber realizado la misión encomendada. Entonces, si no había mucha prisa, que normalmente no la había, se intentaba negociar con él para evitar disgustos.

Le agradezco mucho a mi padre la oportunidad que me dio un día, y que concluyó en un paseo de mí por el aire en brazos de un robusto ángel. Fue maravilloso, increíble; una sensación de libertad y de poder inmensa, indefinible y gozosa. El ángel me llevó al otro lado, a la casa-estación del otro lado, donde tenía que resolver determinado asunto, que prefiero omitir pues no aporta nada nuevo a lo dicho hasta ahora. Ese viaje que hice no era tan inusual como pudiera pensarse. Ricos comerciantes lo empleaban, pagando bastante a los encargados de la casa-estación para que éstos se ocupasen de pagar al ángel. En mi caso yo entonces era bajito y ligero, algo que me venía de familia, pero despierto y sagaz.

Esa época duró lo suyo, y su fin vino marcado por la tragedia. Los presagios eran las cada vez más absurdas y frecuentes peticiones de los ángeles, y la chispa que encendió la hoguera fue algo que, cuando llegó, nos maravilló a todos. Vino desde el otro lado. La vez que estuve allí aproveché para viajar un poco y descubrí un mundo exótico y fascinante. Y aquel mediodía, con gran revuelo, a nuestra casa-estación llegó el primer dirigible de la Historia; una plataforma voladora que un genio del otro lado había ideado en una comunión con el Dios-de-la-Sabiduría. Por entonces era algo totalmente desconocido e increíble, imposible de creer si te lo cuentan, y feo de ver si lo tienes delante. Ninguno de los que aquel mediodía vimos a aquello flotar por el aire y volar hasta nosotros pudimos comprenderlo. Lo pilotaba un hombre valiente y algo loco, amigo del genio que lo había diseñado, y que traían para probar. El dirigible aterrizó en la zona donde normalmente lo hacían los ángeles, imponente y misterioso. El piloto bajó, muy orgulloso y hablador. Nosotros estábamos boquiabiertos, contemplando al

piloto y a la máquina. Él, como si fuese lo más normal del mundo de aquel entonces, ancló su máquina al suelo y vino hasta nosotros sin parar de hablar, contándonos cosas de aquel maravilloso invento, mientras sentado en nuestra casa-estación comía y bebía. Por cierto, eso me recuerda que tengo la garganta seca.

El tipo comía y bebía y estaba completamente loco para viajar en un aparato así. Él reía y se mostraba alegre y ufano, sintiéndose parte de la Historia, e imaginándose lleno de riquezas y gloria por su proeza inimaginable. Terminó diciendo que los del otro lado estarían preocupados por él y que tenía que regresar con la cabeza bien alta al lugar desde el que había partido. Montó pues en su artefacto, pidió que se lo desatáramos del suelo, y marchó flotando entre nuestra admiración. Sólo entonces nos percatamos de lo que estaba sucediendo.

Los ángeles habían estado posados, observando a aquella cosa voladora, y cuando el piloto la remontó de nuevo rumbo de regreso, algunos de ellos levantaron el vuelo y se aproximaron a observar de cerca cómo era posible que aquello flotase en el aire sin aparente esfuerzo. Desde el principio, desde que se conoció la existencia de aquellos *maravillosos hombres-alados*, siempre se comportaron con cierta timidez y recelo hacia nosotros, procurando evitar enfadarnos; o eso cantan los poetas, que por entonces no se había escrito la crónica de ello. Los ángeles decían que el Dios-del-Firmamento había lanzado rayos del cielo que hicieron abrir la tierra de las montañas creándoles aquel hogar que conocían, su único hogar. También decían que, lo que el Dios-del-Firmamento separó, no se podía volver a unir, y que quizás también lo había hecho para castigar a los hombres. Eso lo sabíamos todos pues lo cantaban los poetas y, aquel extraño día, lo que no nos esperábamos pasó, y los ángeles empezaron a chillar, a chillar y sus ecos se oían ampliados, y más de ellos empezaron a salir de sus cuevas de las paredes, chillando y armando un barullo ensordecedor que tuvimos que taparnos los oídos para resistirlo. Entre la nube de cuerpos blancos que volaban todavía se divisaba el dirigible, con su piloto seguramente preocupado por aquella algarabía, con razón, y pasó lo inevitable. No se pudo ver nada bien cómo pasó, si fue un accidente o fue provocado, pero el dirigible reventó, y cayó al Río-Amargo, allá abajo, a plomo, cada vez más rápido, llevándose en su caída a algunos ángeles con sus alas enredadas en él, para perderse en las frías y crueles aguas del Río-Amargo.

Así fue como empezó, el fin de la época de los ángeles, con ellos chillando alocadamente en el aire, con sus ecos resonando en nuestras cabezas. Fue una guerra brutal y despiadada. Sin prisioneros; pues era inútiles como esclavos. Los exterminamos a todos. A todos; arrojábamos piedras por las paredes verticales para destruir sus entradas, les lanzábamos flechas y redes. Fue una guerra muy dura, y todos los rencores que guardábamos de ellos salieron al exterior y se inflamaron. Nos costó, pero nos aprovechamos del bosque que utilizaban de despensa emboscándonos. No hubo cuartel. Ellos volaban desesperados y los matábamos. Sus cuerpos plagaban las orillas del Río-Amargo. Al final sus hembras se asomaban a las entradas de sus cuevas, chillando, hambrientas; estaban gordas, y cuando el hambre las apretaba terminaban por saltar al vacío e intentaban volar, y al igual que piedras con alas caían, despeñándose. Si algún hombre-pájaro escapó, seguro que murió con el frío de las nieves, blanco sobre blanco. No dejamos ni uno.

En aquella guerra yo me hice un hombre; y baste decir una sola cosa más a modo de moraleja: Desconfiad de los poetas, aprenderéis más de la vida si escucháis a un viejo soldado.

Escrito una madrugada de febrero 1997; proviene de un sueño de uno o dos meses antes que tenía casi olvidado, pero que permanecía archivado en algún recóndito lugar de mi memoria.

El guardián de los ideogramas

Huía a través del edificio subterráneo en ruinas. Necesitaba tiempo. Oía al guardián perseguirlo, acercándosele. En sus manos llevaba el manojó de símbolos encajados. Aferró uno con fuerza, y pensó *sabiduría, inteligencia*. Sintió un cosquilleo en su mano, y un escalofrío de calor le recorrió. En su mente se iluminó una idea.

Estaba cansado. Se dio la vuelta, y apareció el guardián. Arrancó varios de los símbolos, y los arrojó a un lado. El guardián pareció dudar, y disminuyó su carrera. Se acercó a donde estaban tirados los símbolos, y estos se le quedaron pegados al pie; algunos rodaron más y se incrustaron en su pierna.

¡No tiene que agacharse para cogerlos!, pensó Ricardo. Arrancó otros símbolos, y los tiró contra otro lado. Volvió a correr por el túnel, y vio una sala lateral llena de escombros. Lanzó allí más símbolos. Siguió corriendo. Por el rabillo del ojo vio al guardián metiéndose en la sala, dirigiéndole un gesto con su mano llena de uñas, como una garras.

Corriendo por el túnel, entró en una sala con un orificio de ventilación que la atravesaba, comunicando también con pasajes inferiores. Por allí dejó caer más símbolos. De esta forma, desperdigó por el laberinto casi todos los símbolos, para que el guardián le dejase en paz durante el tiempo suficiente; se quedó con uno solo.

¿Cómo había llegado él a esta situación? Estaba trabajando como ayudante en el descifrado de la escritura de aquella civilización antiquísima recién descubierta. En el museo habían traído tablillas llenas de símbolos ideográficos, imágenes, esculturas, herramientas, y algunas momias. Las excavaciones continuaban, desenterrando nuevos misterios.

Aquella gente vivía dentro de montañas, bajo tierra, en túneles artificiales. Y Ricardo, en una confortable sala del museo, intentaba descifrar su escritura. Sus símbolos no se parecían a nada antes visto, no estaban relacionados con ninguna otra forma de escritura. Pero él estaba allí para solucionarlo.

Fue en una de esas noches, cuando uno cree que está empezando a verlo claro, cuando uno no quiere irse porque casi ya lo tiene, cuando tuvo una chispa de genialidad. Se levantó de golpe de su silla, y se quedó mirando el símbolo. Primero lo imaginó, paso a paso, y luego lo hizo: Tomó un papel, copió en él el símbolo ideográfico en grande, lo recortó... y luego lo dobló. El símbolo plano se convirtió en un símbolo macizo, tridimensional.

Corrió a otra sala, con la tablilla bajo el brazo. Allí, en una vitrina, había una serie de piezas raras conectadas entre sí, formando una especie de rompecabezas tridimensional.

Cada una de aquellas piezas era un símbolo tridimensional cuyo desarrollo plano era un símbolo ideográfico de la escritura.

Aquella sí que era una escritura muy curiosa, con sus símbolos tridimensionales tan extraños y retorcidos. Su descubrimiento era un comienzo, pero estaba todavía en un atolladero: ¿Qué significaba cada ideograma? Sintió un calor en su mano, que tocaba varios símbolos. Sus ideas se reorganizaron, dejaron de vagar por su cabeza. Aferró todo el manajo de símbolos, concentrándose. Persiguió la fuente de calor, hasta encontrar un símbolo en particular: Era el que correspondía a la sabiduría y a la inteligencia.

Fue coser y cantar descifrar qué era el bloque de piezas que tenía entre las manos, qué significaban y qué poder tenían, buscar y leer las tablillas correctas, ir a la excavación, entrar, y usar el ideograma llave para abrir una puerta que no existía, una puerta que se abría incorrectamente, de una forma imposible, y entrar en unos pasadizos en algún lugar de dentro de la tierra.

El ideograma tridimensional *luz* le permitía ver las paredes del túnel. Sabía por dónde tenía que ir, aunque nunca antes había estado allí. Tenía sed, tenía hambre y tenía sueño; pero los misterios del Universo estaban a su alcance en algún profundo lugar del laberinto.

Encontró un gran bloque que era un gran ideograma. Este bloque le tapaba el acceso a la región inferior. Necesita un ideograma sagrado para abrirlo, pero los había tirado casi todos... menos el de *luz* y otro muy especial. Lo tomó, y pensó: *Volved*. Y los ideogramas regresaron al momento, estuviesen donde estuviesen, incluidos los que había cogido el guardián.

Ahora volvía a estar a merced del guardián. Buscó entre los símbolos, consultó varios, se estrujó los sesos para descifrar esta prueba a la que era sometido. El de sabiduría e inteligencia estaba agotado, necesitaría tiempo para recargarse; tiempo, algo de lo que él tenía cada vez menos.

El cansancio le dificultaba pensar. También le dolía la cabeza. El bloque era peso, y cuando encontró el símbolo fuerza de entre el manajo, no dudo en emplearlo.

Esta estratagema tan básica funcionó, y el bloque se deslizó, lentamente, a un lado, dejando acceso a una escalera que descendía a una sala inferior. Bajó. Empleó otra vez el ideograma para sellar la cámara. Si el bloque no fuese tan pesado, esperaría por el guardián y lo estrujaría allí mismo. ¿Para qué?, se dijo, si ahora nadie podía entrar allí.

Leyó los ideogramas de la sala, y bajó por la escalera de caracol. Era interminable. Cada varios tramos había una pequeña sala, que representaba un tiempo, un eón, mediante el símbolo día y el número correspondiente. Fue bajando. Los números iban hacia atrás; en el último de ellos, estaría el poder total, el conocimiento de todos los secretos del Universo, el don de ser Dios. En la última sala.

No tenía prisa, ¿o sí la tenía? Eso que oía, ¿eran pasos? podía ser el eco de sus propios pasos, ¿o el eco de los pasos del guardián? En cuanto la duda se infiltró en su cabeza, corrió escaleras abajo.

Y, por fin, estaba en la sala día siete; y después en día seis; y ya en día cinco, ya en día cuatro, día tres... Vio la sala día dos, y las escaleras descender hasta la sala siguiente... Saliendo de la sala día dos vio la sala día uno, pero también vio que las escaleras seguían bajando. Claro, se dijo, el día cero, estos sí sabían matemáticas.

Pero antes de poner el pie en la sala cero vio que las escaleras aún seguían hasta otra sala que estaba a oscuras, distinta a todas las demás salas: La sala día menos uno, la sala del día antes, el día anterior a todos los días, el tiempo antes de que comenzase el tiempo, el lugar donde están todos los secretos del Universo...

Algo le golpeó el pecho. Antes de caer, se agarró: En las escaleras que bajaban a la última sala había dos barras impidiendo el paso. Se deslizó bajo ellas, dejándolas atrás. Pero antes de completarlo le agarraron y lo sacaron de allí.

Lo arrojaron al suelo de la sala cero. El guardián le había atrapado. Su cabeza era una escultura del ideograma guardián. Ricardo le temía, pero le atacó. ¡Estaba tan cerca de lograrlo! Aquellas barras eran para impedir que el guardián bajase, pero no para que él bajase.

De un solo golpe, calló en el suelo, medio inconsciente. El guardián le rompió las muñecas y los tobillos, y se quedó mirándole.

Ricardo intentó deslizarse hacia la escalera, hacia donde estaban todos los secretos del Universo...

...pero todos los secretos del Universo no le importaron nada en cuanto el guardián empezó a arañarle y a rasgarle la ropa y la piel, esparciendo sus trozos por toda la sala, salpicándola con su ropa, su piel, su carne, sus huesos, sus tripas y su hígado y riñones y pulmones y... su cara destrozada, sin nariz ni labios y con los ojos desparramándose como huevos podridos, eso fue todo lo que encontraron de su cuerpo, tirado a la entrada de la excavación.

Soñado el 27 de mayo de 1999, a las 12.30 (PM), y escrito en una hora y 20 minutos, siendo ahora cerca de las 15.50.

El hombre que hablaría consigo mismo

Se preguntaría un día qué relación hay entre la escritura cuneiforme, la china y la japonesa. Y como normalmente sólo piensa en temas trascendentes cuando está sentado en la boca del inodoro (que parece decir: *¡Más! ¡Quiero más comida! ¡Dame más!*) encontraría pronto una relación clave:

—¡La mierda!

Efectivamente, la posición de los cagajones flotantes se parece a esos alfabetos. Pero dudaría si en aquella época cagasen sobre agua. Si se hace sobre la tierra se forma un montoncito muy gracioso.

La idea, absurda y asquerosa, lo entusiasmaría, incitándole a realizar un completo alfabeto basándose en la posición relativa de las heces. Pero..., ¿la inercia no les haría cambiar de posición, desfigurándose la letra original? Quizás más realista sería contar cuántos trozos saliesen; mejor, ver su longitud...

¡Idea!: Hacer como el morse.

Es una idea propia de un genio. No sabría cómo se le podría ocurrir semejante proyecto. El fin de semana, lo empezaría. Se aprendería morse, y...

El morse le parecería muy retorcido, e inválido para la práctica. Decidió ir repasando el abecedario hasta que un cagajón empezaría a salir; ésa sería una letra. Volvería a

decir el alfabeto y, cuando se desprendería la hez, ésa sería otra letra. Y así seguiría haciéndolo hasta el final. Quizá sobraría la última letra.

Un cuaderno tendría listo, y tomaría nota.

El primero estaría listo. Anotaría la letra. El primero caería. Anotaría la letra. El segundo asomaría. Anotaría. El segundo caería. Anotaría. Etcétera.

Empezaría a descifrar el mensaje. Tal como esperaría estaría incompleto:

DIGEST

Pero sabría que, por la noche, otra vez.

Tendría que explicar eso:

—¿Cagas dos veces al día?

—¡Claro!, ¿es que tú no comes dos veces al día? ¡Pues entonces por qué no cagas dos veces al día!

El mensaje que resultaría sería un tanto distinto al que esperaría, aunque tendría su parte de lógico:

DIGESTIÓN FIN

No es un saludo, pensaría, es decir que todo va bien.

Y al día siguiente, de nuevo, por la noche tendría otro mensaje completo.

ESTAMOS AQUÍ

¡Vaya!, pensaría, ciertamente curioso. Esto sí que es un saludo. Aunque, después, tardaría en conciliar el sueño, pensando quienes eran los que estaban.

Trabajaría toda la semana orgulloso de su descubrimiento, sin decir nada a nadie. La gloria vendría después. Y ya pensaría cómo iba a explicarlo: *Se me ocurrió mientras cagaba* no era muy fino, si bien todo el tema iba sobre lo mismo.

¿Sobre lo mismo? No: Es comunicarse con uno mismo, con su *yo interno*. ¿No?

Siguiente fin de semana. Mensaje primer día:

HACE FALTA

Mensaje siguiente día:

DE TODO

Esa semana comería y bebería más de lo normal. Esperaba por ello un mensaje de agradecimiento (o uno de *demasiado trabajo*).

Nuevo mes. Muchas rayas. Mensajes:

QUEREMOS SALIR
QUEREMOS SALIR YA

Insomnio.

Sí; tendría insomnio, y sería lógico. No sería para menos. Parecería que su cuerpo querría rebelarse. Porque decir que se quiere cagar cuando se está cagando no es normal. No es propio de él.

VAMOS A SALIR
HACERLO PRONTO

No es una orden. Es una amenaza.

Y no sería fin de semana: Ahora hablarían con él cada vez que lo hiciese. Repetir las letras era algo automático, y si no las repetía no salían.

PASADO MAÑANA

TODOS FUERA

No podría tratarse de lo que había comido. La digestión (él lo había verificado consigo mismo) duraba un día, desde que entra hasta que sale.

MAÑANA FUERA

POR FIN

No comería, sería incapaz de hacerlo. Pero el momento llegaría y, al día siguiente del día crítico, no podría leer la noticia en los periódicos de que habría... ¿salido fuera de sí por el agujero?

Escrito en la primavera de 1996. Proviene de una idea antigua, que una noche con sueño por fin escribí.

Un detalle: Al final, ¿quién tirará de la cadena?

Vuelto a leer, el 04/05/2004 le preví una mejora, que no realicé hasta el 28/07/2005.

El mal está entre vosotros

Job 1, 6-7: Un día que los hijos de Dios fueron a presentarse ante Yavé, fue también entre ellos Satán. Y Yavé dijo a Satán: “¿De dónde vienes?” “De recorrer la tierra y darme una vuelta por ella”, respondió.

En una cocina, dos parejas están sentadas alrededor de una caja de pizza. En ella, dibujado en círculo, el alfabeto; en su diámetro, los números del cero al nueve; también, las palabras SÍ, NO y ADIÓS, y los dibujos del sol y de la luna. Están haciendo ouija, cada uno con un dedo en la misma moneda, que se mueve en círculos siguiendo las letras.

Paula: —¿Hay alguien ahí?

Moneda: —Sí.

—¿Quién eres?

—UN ÁNGEL.

Moncho: —¡Qué bien, un ángel celestial!

Iván: —Seguro que miente; seguro que es un ángel caído.

La moneda, sin que nadie le pregunte: —NO.

Se dirige al sol, y después continúa: —EL MAL VA HACIA VOSOTROS.

Almudena, jocosamente: —¡Uh!, ¡qué miedo!

—EL MAL ESTÁ ENTRE VOSOTROS —y la moneda deja de moverse, pero ellos no quitan los dedos.

Moncho: —¡Vaya!, se ha parado.

Paula: —¿*El mal está entre vosotros?* ¿Qué significa eso?

Iván: —¡Nos ha llamado cabrones! ¡Ese puto ángel!

La moneda vuelve a moverse, en zig-zag y de forma brusca.

Paula: —¿Dónde te fuiste?

Pero la moneda se para, aparentemente de una forma casual, sobre la luna.

Paula: —Hola, ¿hay alguien ahí? —sigue intentándolo durante un largo rato, pero no hay señales de movimiento. Terminan por cansarse, y uno a uno quitan los dedos.

Moncho, antes de quitar el dedo: —¿Qué pasa? ¿Ya se acabó?

Iván, quitando su dedo: —Ya sabía yo que lo mejor era ver una película.

Paula: —*El mal está entre vosotros* —y lo sigue repitiendo en voz baja, con cara de preocupación.

Moncho: —Y qué... ¿jugamos a las cartas?

Iván: —¡Bah!

Almudena: —El mal... —la voz le cambia, y los ojos y la cabeza se le mueven errantes— *...aquí está* —y se les queda mirando con una media sonrisa siniestra. Los demás ríen—. *No es una broma...* —continúa, con la voz rara— *y ahora... ¡dormid!*

Los tres se desploman sobre la mesa, pero con los ojos abiertos y los labios temblorosos.

—*Moncho... mírame...*

Moncho se sienta derecho, y mira a Almudena, con cara de miedo: —¿¡Qué está pasando!?

—*Estás bajo mi poder... harás todo lo que yo diga... y yo digo... ¡no respíres!*

Se aprecia sorpresa en la cara de Moncho. Sus rasgos se vuelven una máscara, pues aunque tiene la boca abierta no consigue respirar. Lucha contra la fuerza extraña que se lo impide. Se lleva las manos al cuello, como intentando librarse de algo que le aprieta. Lucha..., pero es inútil. Su cara está roja, y su cuerpo empieza a ladearse.

Almudena: —*Bueno... ya basta... hay que seguir jugando.*

Moncho por fin logra respirar; jadea, comiéndose el aire. Su cara está llena de pánico.

Almudena: —*¡Huy!... ¡qué cara más fea!... no sé cómo Paula se ha fijado en ti...*

—¿Quién eres? —pregunta Moncho, con un hilo de voz.

—*Soy el etéreo... y vosotros me vais a dar de comer...*

—¡Dios mío!, ¡ayúdame!

—*Dios no existe... pero yo sí...* —su sonrisa se vuelve más grande. La boca de Moncho tiembla— *¿tú también tienes hambre?... ¿o sed?... Paula le ha contado a Almudena las guarradas que le haces hacer... eres un perverso... ¡chúpata!*

Moncho, movido por una fuerza superior, se arquea. Se desabrocha el pantalón e intenta llegar con su boca a su pene.

—¡No llego! —dice, con una mezcla de desesperación y terror—; ¡no llego!

—*Tranquilo... no te preocupes...* —se levanta— *que yo te ayudo...* —se le acerca y le empuja la nuca con ambas manos. Se oyen varios crujidos— *sí... ¿llegas ahora?... ¡chúpata!... así... ¿está rica?... todos los tíos lo deseáis... ¿estás contento ahora?... rico, rico... así me gusta, maldito chulo de mierda... ¡bébete tu meada!*

Moncho, con su pene en la boca, se bebe su orina con cara de asco. El líquido también le corre por el pantalón y llega al suelo.

Almudena se ríe.

—*¿Y ahora?... a que beber te ha metido hambre... ¡pues cómetela!*

Moncho se mastica el pene. Todo se llena de sangre.

—*Y cómete también el pellejo de los huevos, que es muy feo...*

Tras un tiempo, Moncho se cae al suelo, boca abajo y encogido. Sufre varios espasmos, y se queda quieto, lleno de sangre.

—*Paula... únete a la fiesta...* —Paula se pone tiesa en la silla; su rostro refleja un terror absoluto— *¿verdad que todo esto te ha hecho la boca agua?... pues cómete tu lengua como aperitivo...*

Paula mastica su propia lengua; de sus labios, chorrea la sangre. Sus ojos miran enloquecidos a su amiga poseída.

—*Sácate el hijo de tus entrañas...* —le da un cuchillo, y Paula se raja el vientre, sacándose las tripas, que le quedan colgando— *¿a que es bonito?... ése es el fruto de la humanidad... la pura mierda... bésala...* —se levanta las tripas y las besa. Su cara no muestra ternura, sino que parece a punto de desvanecerse; está pálida. Sufre arcadas, y vomita encima de sus tripas— *oh... qué puerca estás hecha... límpialo todo... con la lengua...* —sonríe— *¡vaya!, si te la tragaste...* —su sonrisa se vuelve más grande— *¡trágatelo todo!...*

Paula, con sus manos, se mete el vómito y las tripas en su boca. Su cabeza da contra la mesa, temblando.

—*Iván... querido mío...* —Iván se incorpora. En su cara, además del pánico, se refleja el odio— *me queda poco tiempo... y todo para ti... amorcito...* —de repente se pone furiosa— *¡ponte a cuatro patas, como un perro, como cuando follas en mí como un hijo de puta!*

Iván está en el suelo, a cuatro patas. Almudena, detrás de él, con un cuchillo ensangrentado, le raja los pantalones y los calzoncillos.

—*Recuerdas... quisiste dar a Almudena por culo... ahora yo te voy a dar por culo a ti...* —le mete la punta del cuchillo por el culo— *¿qué tal?...* —el rostro de Iván está desencajándose— *una gozada, ¿verdad?...* —le mete a empujones el cuchillo, hasta que sólo el mango sobresale. Trae una sartén, con la que empieza a martillar en el cuchillo, retardando cada golpe, para que entre lentamente. Iván grita, se retuerce, arqueando su espalda con sacudidas. Almudena ríe— *¿No te ríes?... ¡ríete conmigo!* —y dos risas descarnadas retumban por toda la cocina.

Cuando el cuchillo ya no sobresale, la médium le mete también el mango de la sartén. Iván quiere gritar, pero se ha quedado sin voz. Se desploma en el suelo.

—*¿Ya?... ¡qué poco aguantas!* —Iván emite unos sonidos desde el fondo de su garganta—. *Venga... un poco más...* —y le pone una cuchara delante de su cara— *sácate los ojos para mí...* —Iván, sin levantarse, coge la cuchara y se saca con ella un ojo. Después, con la cara contraída por el dolor, el otro.

De pie en medio de la habitación, Almudena se dirige hacia la puerta de salida: —*Y ahora... ¿ja dominar el mundo!?...* —se para— *¡ja!... otro día...* —vuelve a sonreír perversamente, mirando la puerta— *no... mejor... lo de siempre...* —sus ojos se mueven; su cabeza baila, y se la agarra con las manos—. Oh... —dice—. *¡Qué dolor de cabeza!* —se da la vuelta, apartando las manos de su cara.

Y grita.

Escrita el 11/12/1999. Mientras la escribía, se me revolían las tripas, pues estaba dentro de cada víctima. Hay una historia mía anterior, *El bicho malo*, escrita en una aburrida clase en la universidad, con la que tiene demasiados puntos en común.

Surgió porque mi hermana quería rodar un cortometraje, y necesitaba un argumento. No me convenció el argumento que ideamos juntos, y terminé por escribir esto. Los nombres

de los personajes son de las personas que creía que iban a realizarlos. Lamentablemente, nunca se llegó a rodar.

El nuevo fundador

Hola. Esta noche también hablé con Dios. Y con Diablo. Son unos hermanos muy simpáticos, aunque siempre se están peleando. Lo más curioso es que los doctores dicen que son imaginaciones mías. Es decir, que estoy loco. Y si yo no hablo con ellos, porque estoy loco, es que Dios y Diablo no existen. Pero si les preguntas a los doctores si existen, la mayoría dice que sí, aunque otros dicen que no es seguro del todo. Por lo tanto, los doctores también están locos. O son sólo ellos los locos. Bien pudiera ser que los locos sean ellos, y nosotros los doctores; y a ellos se les deja irse porque allá fuera están todos locos, y si nosotros saliésemos fuera estaríamos en peligro; por eso estamos aquí refugiados. No hay más que ver la televisión para comprobar lo locos que están allá fuera. Aquí dentro estamos bien. Seguros. Lo que no me hace gracia es la medicación. Creo que ellos intentan volvernos locos para que así podamos salir fuera.

Dios y Diablo nunca intervienen en el mundo. Dicen que somos libres de hacer lo que queramos. Yo pienso que somos prisioneros de los deseos de nuestro cuerpo, y nuestra mente no es más que una parte de nuestro cuerpo. No somos libres, porque todos hacemos lo mismo. Comparando la vida de dos personas, es la misma sucesión de actos y acontecimientos. No hay verdadera libertad. Tampoco existen los milagros. Si existiesen los milagros, entonces, ¿por qué hay tanta gente que sufre? Si Dios tuviese tanto poder como dicen, ¿por qué sólo hace milagritos? Si Diablo tuviese tanto poder como dicen, ¿por qué Dios no acaba con él? Ellos no intervienen en el mundo. Es fácil cargarle con la responsabilidad a otros, culpar a otros de en lo que hemos convertido al mundo, y de en lo que lo estamos convirtiendo.

A veces pienso que Dios y Diablo no existen realmente, que es otra la religión auténtica. En esos días, hablo con otros dioses. Siempre me extraña que haya tan pocas diosas. A veces, nadie viene a hablar conmigo, debe ser que no hay nadie con quien hablar, o bien nadie al que podamos entender. En principio, ni Dios ni Diablo son como nosotros, por lo que jamás podríamos entenderlos. ¿Entiende el rebaño al pastor y a su perro? No. Las ovejas son estúpidas. Si apareciese alguna oveja inteligente, el pastor la mataría, para que no provocase alguna rebelión. Con el pastor y su perro, las ovejas son libres de hacer todo lo que quieren, y ellas quieren bien poco: comer y dormir. Son libres. Nosotros somos como las ovejas; y Dios y Diablo como el pastor y su perro (¿en qué orden?).

¿Qué le ocurriría a una oveja si entendiese el lenguaje del pastor o del perro? Se volvería loca, al comprender que su vida aparentemente libre es una esclavitud. Vería a otros hombres y a otros perros, y a lobos. Se volvería loca... o crearía una nueva religión. Y, por supuesto, su religión sería auténtica. Sí habría milagritos. Y también sufrimiento.

Algunas veces, el pastor querrá algo más que lo que obtiene o sustrae de las ovejas con normalidad: querrá comer carne. Escogerá bien a quién matar.

¿Estoy loco, o estoy demasiado cuerdo? Tendré que fundar una nueva religión... Y como todas las demás, también será verdadera.

(Bueno, aunque mienta un poquito no le hará daño a nadie.)

Escrita el 18/12/2000.

El señor don Iván

1:

El señor don Iván se levantó esa mañana muy temprano, con el brazo derecho completamente dormido. Recogió del suelo la almohada con el brazo izquierdo, pues la última manía nocturna que había adquirido la hacía caer todas las noches, y después tenía que estar cinco minutos reanimando el brazo derecho, sobre el que había dormido, que parecía verdaderamente muerto. Temió por un instante que podría gangrenarse, pero rápidamente se dio ánimos mientras sentía el cosquilleo que era como miles de agujas pinchándole.

Molesto y somnoliento, el señor don Iván se dirigió al lavabo común que compartía con el resto de inquilinos del piso del mugriento edificio en el que malvivía. Odiaba tener que madrugar más de la cuenta, pero si no lo hacía, las vecinas de enfrente se encerrarían allí durante horas, y era imposible razonar con ellas, pues gritaban y clamaban al cielo. Entró y bloqueó la puerta, y abrió el grifo. Como era habitual, el agua estaba cortada. Ya contaba con ello, sin embargo no dejó de enfadarse. A esperar. Todavía faltaría media hora para que el suministro empezase, a menos que el encargado de turno se quedase dormido, o siguiese haciendo guarradas con otra persona.

Para animarse, de un paso, cruzó la reducida estancia. Siempre se preguntó qué podrían hacer aquellas pesadas vecinas durante tanto tiempo encerradas aquí dentro, con este retrete apestando continuamente. Varias veces, cuando él había entrado, se había encontrado con mierda en la taza, expulsando un hedor insoportable.

Asomó la cabeza por el ventanuco. Allí abajo, acurrucado entre la basura, había un perro. Todas las noches las pasaba el pobre animal a la intemperie, fuese invierno o verano. Hasta hoy el bicho resistía sin quejarse demasiado. El perro se movió, lo vio y lo reconoció, y agitó amigablemente el rabo. Estúpido perro, sólo porque él le había dado unas sobras que debían haber ido a parar a la basura, ya lo consideraba un amigo. Sí que debía vivir mal.

El señor don Iván escupió una bola de saliva, que fue a estrellarse contra la cabeza del pulgoso, esparramándose por su cara. El chucho se lamió, sin dejar de mover la cola.

Entonces, cerró el ventanuco, que buena falta le hacía una limpieza, como a todo el edificio, y se dejó caer en el retrete. Todavía tuvo que esperar media hora, hasta que el grifo abierto empezó a toser y a salpicar, dejando salir un agua sucia que salía de mala gana. Se incorporó, y ya cuando el líquido comenzaba a aclararse, puso el corcho en el lavabo. Sí, un maldito corcho; el casero decía no tener ni para comprar un tapón decente. Y eso que, puntualmente, llamaba a todas las puertas para exigir el alquiler.

Desde que tuvo que empeñar el reloj de su padre, odió a muerte al casero. Ya no lo saludaba si se daba la ocasión.

Se pasó la mano por su miserable barba. Luego las metió ambas en los bolsillos de su roída bata, y sacó los útiles de afeitar. Cuando el lavabo rebosó, cerró el grifo. Se mojó la cara. El agua estaba caliente en verano y fría en invierno. Se afeitó con pulcritud, sin pensar en nada concreto. Después se secó con una esquina de la bata, y se sentó otra vez en la taza. Si quería fastidiar a las indeseables y arrugadas vecinas tendría que esperar un rato. A través de los frágiles muros se filtraban los ruidos de las habitaciones contiguas. Se entretuvo leyendo otra vez más los mensajes obscenos de la pared. Nunca se le había ocurrido nada gracioso que poner allí.

Increíblemente pronto empezaron las vecinas a golpear la puerta. Intentaban hacerlo con fuerza, de la que carecían, y sonaban ridículos sus golpes. Empezaron a increparle, nombrando a los santos de turno. Entonces tiró de la cadena. Eso las iba a fastidiar bastante, pues solían tener las tripas flojas de mañana, sobre todo cuando hacía frío. El depósito tardaba casi un cuarto de hora en recargarse, y tendrían que soportar su propia pestilencia.

Se levantó, abrió el ventanuco para que entrase el frío, quitó el corcho, y se entretuvo pensando que las cañerías terminarían atascándose de nuevo. Los pelillos cortados no se fueron, sino que quedaron pegados al lavabo, adornando, mientras el señor don Iván abandonaba la estancia, tosiendo para escaparse de las vecinas. Así podía ignorar sus quejas. Las oyó insultar antes de que cerrasen la puerta. Después, murmullos indescifrables.

Ya en su cuarto, las tripas rugieron, y se dejó caer en la cama. Cerró momentáneamente los ojos para hacerse la ilusión de que podía seguir durmiendo y no tenía que ir a trabajar. Inesperadamente, sin darse cuenta, se durmió.

Cuando despertó, no supo qué es lo que había hecho mal. La cabeza no le dolía, y se sentía algo animado. Afuera había una mal iluminada noche. No supo determinar qué día era, pero no se desesperó. Si era de noche quería decir que podía seguir durmiendo un poco más.

Permaneció acostado, pero ya no tenía sueño. ¿Qué es lo que había hecho mal? Siguió allí tumbado en silencio poco más de una hora, con los ojos abiertos, sin pensar en nada; hasta que sintió un ruido en la habitación. No era un mueble que crujía, no; venía de la esquina superior derecha de la habitación. Ni se molestó en encender la luz, debía ahorrar. El ruido volvió a repetirse, pero él no se movió en la cama. Con la vista fija en la oscuridad del rincón, al fin pudo empezar a distinguir de qué se trataba.

Una rata. Sí, una gran rata. Pero eso era extraño, las ratas no se dedican a andar por las esquinas del techo, como estaba haciendo ésta. La tentación de encender la luz fue en aumento. Algún bicho raro se arrastraba lentamente por la esquina de su techo. Algo negro y espeso, como niebla compacta y alargada. Quiso mover el brazo derecho para accionar el interruptor, pero lo tenía paralizado. Había vuelto a quedarse con la cabeza en él, disminuyéndole drásticamente el riego sanguíneo, y por eso no le respondía.

La cosa del techo siguió desplazándose. En la esquina del techo de donde había salido había un agujero. No recordaba haberlo visto antes. Finalmente, de un movimiento brusco conectó la luz del techo con el brazo izquierdo. La miserable luz fue

incapaz de cegarlo, por lo que pudo distinguir como la cosa alargada sin rabo retornaba velozmente a su guarida. Pudo ver como un trozo de la agrietada pared giraba para tapar el agujero. El animalillo conseguía con ello disimular su cubil, pues unas grietas más no llamaban la atención de nadie.

Fue en ese momento cuando se dio cuenta de lo que había hecho mal. No había ido a trabajar. Terminó de incorporarse de la cama, pero volvió a dejarse caer, desplomándose. Ya le habían advertido que si volvía a llegar tarde algún día, podría considerarse despedido. Y esta vez se había pasado en demasía.

Lloró amargamente como un niño durante unos minutos, y reaccionó de golpe calmándose, al darse cuenta de que tenía la luz encendida y la factura se dispararía.

La mañana amaneció fría, igual que los ánimos del señor don Iván. Uno no encuentra un trabajo así como así, y menos si ya ha alcanzado una edad un tanto avanzada. E imposible si lo que se pretende es un trabajo decente.

Por ello, tras toda la noche pensando, el señor don Iván llegó a la conclusión de que terminaría muriéndose de hambre, mendigando en las tenebrosas calles, viviendo como un perro. Por ello mismo, decidió que si aquellos iban a ser sus últimos días, tendría que aprovecharlos al máximo, disfrutarlos al máximo, con sus pobres ahorros.

Se ilusionó imaginándose hacer alguna locura, como robarle al avaricioso casero lo que robaba a sus inquilinos. Si de verdad iba a morir, ¿qué más daba un crimen que otro! Si uno va a suicidarse, antes debe pasárselo en grande.

Los ruidos que le llegaron del pasillo le indicaron que había perdido la oportunidad de asaltar él primero el mugriento lavabo. Llevaba todo un día sin ir al lavabo. Llevaba todo un día sin comer ni beber. Contó todo el dinero que tenía, y se propuso gastarlo, invertirlo en un buen desayuno en algún bar cercano. Realmente lo necesitaba, por lo que se puso manos a la obra, aunque la derecha aún no le respondía correctamente.

2:

El señor don Iván piensa que es feliz: Sin trabajo, sin posibilidad (ni ánimos) de conseguirlo; y unos miserables ahorros. No se encontraba molesto por haber perdido su odioso trabajo sin haber intentado poner alguna tonta excusa; pensaba que, de todas formas, tenía que haberlo dejado porque le estaba corrompiendo. Y quería morir sano, no tumbado en una cama comiendo papillas y chocheando.

El casero no permitía animales en el edificio. El señor don Iván no pudo ni permitirse un triste canario. Pero aquellos eran tiempos de rebelión, y tras un paseo por la ciudad encontró un gato hambriento y mimoso. Aparte de la grata compañía de un cuerpo amigo, el minino podría encargarse del bicho del rincón, fuese roedor o no.

Pasó al gato de contrabando, aprovechando que las escaleras no eran muy frecuentadas a esas horas. Sabía que gato bien alimentado, gato cazador, por lo que inmediatamente le dio de comer. Tras ello, el bigotudo se hizo una bola encima de la almohada, y allí se quedó. Al señor don Iván no le importó.

En relación con los demás vecinos, no debían haberse enterado de lo que le pasaba. Mañana sería viernes. En ese día llegaban los insoportables críos que estaban internos en colegios. Mientras, él debería estar trabajando, haciendo horas extras, debido al

trabajo atrasado y al de última hora. Una vez incluso llegó a casa cuando amanecía, pero lo normal era llegar bastante tarde.

Cuando regresó de nuevo a su ya no solitario piso, lo primero que hizo fue llamar al gato; y éste no apareció.

Volvió a llamarlo, pero siguió sin aparecer. Se acercó a la cama. Quizás estuviese escondido debajo de los muebles; quizás había cazado algún ratón y lo estaba devorando en algún rincón.

Repitió nuevamente la llamada, en voz un poco más fuerte. Debía de ser un gato muy callado. O quizás fuese un perezoso y no le hacía ni caso. Después de mirar debajo de la cama se le ocurrió mirar debajo del vetusto armario ropero. Cuando distinguió lo que había allí, en la esquina más apartada y más oscura, le entraron ganas de vomitar. Se le revolvió el estómago pero, por terquedad y tacañería, se contuvo, pues la comida no había sido gratis.

Después, recuperando la compostura y olvidándose del asco, cogió el recogedor y la escoba y extrajo los restos destrozados del fondo. Aprovechando que nadie le veía, salió al pasillo, entró al lavabo, y tiró los restos destrozados del gato por el ventanuco, para que el perro aquél continuase vivo y sufriente en esta vida.

Ya no le quedaron ganas de dormir allí. Debía de tratarse de una rata muy grande. Pero no podía dejar el asunto así, aquello merecía un castigo. Se prometió vengar la muerte del gato y espachurrar el cuerpo de su asesino, aunque fuese lo último que hiciese; que, a lo mejor, sí iba a ser lo último que hiciese.

Fregona en mano, escoba en la otra. Les desmontó las cabezas, y agarró los palos. El de la fregona era mucho más grueso y fuerte. Se aproximó a la esquina sospechosa y, subido a una silla, se dispuso a examinar el terreno.

Machacó la presunta guarida del enemigo con el mango de la escoba. No se oyeron quejidos. El interior estaba forrado con hilos de seda, como los nidos de las arañas. El bicho debía estar escondido en otra parte. De repente, una mancha negra, como una garra, saltó de allí dentro hacia su cara. Instintivamente, para esquivar el contacto, se echó hacia atrás, asustado, cayendo de la silla y dándose el gran leñazo contra el suelo.

Se incorporó aterrizado del suelo, mirando a su alrededor, buscando el peligro. La cosa no lo había ni rozado. Tuvo tiempo de verla desaparecer entre las sombras que hay bajo el armario, allí donde encontró al gato. Destrozado. Había tenido suerte, podría haberse desnucado contra el borde de la cama.

Desde la guarida violada colgaba un hilo de seda que antes no estaba allí. Entendió entonces lo que había pasado, y sintió una pequeña decepción, pues su miedo había sido en vano. El bicho se había lanzado contra él agarrado a ese hilo y, antes de tocarle, lo había puesto tirante, y había caído girando hacia la pared, aprovechando entonces para terminar de descolgarse y escapar. Un truco muy sucio.

A pesar de saberlo, estaba temblando. Bajo el armario no había nada; excepto un agujero lleno de negrura que comunicaría con cualquier otro lado del edificio. Aquel bicho no podía ser una rata. Debía ser una araña grande y deforme. Pero las arañas sensatas no se comen a los gatos. Y tampoco descuartizan a sus presas. En el cadáver tampoco había rastros de sangre. ¿Un vampiro sin alas, quizás? No. Podría tratarse de... ¿de qué?

Sea lo que fuese, no atacaba a las personas. Eso era una baza a su favor.
¡Pero no sabía cómo jugarla!

3:

Amaneció aquel viernes con el señor don Iván sentado de mala manera en una silla. Una noche muy mala. Algo de insomnio y un poco de dolor de espalda. El resto del día anterior había pasado rápidamente, durmiendo. Tenía el horario cambiado, dormía de día y de noche tenía hambre.

Ser refrescó la cara en el lavabo, mientras no pensaba en nada. Después pensó que sus ahorros le darían para vivir unas pocas semanas, y que verdaderamente no le apetecía morirse ni tampoco mendigar.

Basta ya del mismo panorama, basta ya del mismo asqueroso edificio y sus estúpidos inquilinos. Viajar. Eso sí que era lo que tenía que hacer. La gente emigra a otros lugares mejores y él también puede hacerlo. Aunque la edad no perdona.

Salíó del edificio. Era muy temprano. Durante toda la noche no volvió a ver al bicho oscuro y alargado. Debió de haber huido aterrizado, escondiéndose en las sedosas sombras de la oscuridad. El señor don Iván se zambulló en el día que comenzaba; la nueva luz lo reanimó.

Esta vez no regresó tan tarde a su cuarto después de un día agotador; pero, eso sí, nadie le vio. Estaba sudoroso porque para romper la monotonía había corrido un poco. Ansiaba estar bajo una ducha caliente.

Eso iba a ser imposible en el edificio, pero ya venía mentalizado. Entró en su cuarto. Bueno, se ducharía de mala manera, haría las maletas, y mañana temprano cogería el barco. Tenía el pasaje en su bolsillo.

Nunca más tendría que subir aquellas mismas escaleras de nuevo. Había sido la última vez que las subía; sólo restaba bajarlas mañana e irse. Se dejó caer en la cama, resoplando.

Y sin darse cuenta, sin querer, se durmió.

Un ruido.

Abrió los ojos, sin mover ni un músculo más. Intentó localizar la procedencia del sonido. Cuando éste se repitió, no tuvo dudas: la puerta del piso. Alguien intentaba entrar. Podían ser ladrones, ya no era la primera vez.

Esta vez no le robarían nada. Se incorporó lentamente, sin ruido. El mango de la escoba estaba a mano. No logró localizar el de la fregona. Lo cogió con el brazo derecho, libre ya de la manía nocturna. El ladrón estaba entrando. El señor don Iván se pegó a la pared del dormitorio, al lado de la puerta entreabierta. Todo estaba a oscuras. Cuando el ladrón entrase desde la cocina al dormitorio, tendría una desagradable sorpresa.

El ladrón estaba en la cocina, y le oyó dirigirse directamente hacia el dormitorio.

El ladrón entró.

El señor don Iván golpeó con todas sus fuerzas, acertándole al ladrón en la nuca. El palo se partió en dos. Entonces se dio cuenta de que el extraño era un niño.

Antes de que el cuerpo se desplomase totalmente, lo agarró en brazos. No sangraba. Lo puso en la cama. En la oscuridad distinguió la cara de uno de los hijos del casero. Tenía una llave maestra, el muy cabrón. Estaba inconsciente. Debía haber pensado que él estaba en el trabajo con las malditas horas extras, y entró a robar. Seguro que las otras veces también fue él. Maldito mocoso. De tal palo...

Intentó reanimarlo, mas no lo consiguió.

Tardó un rato en darse cuenta de que lo había desnucado.

Hizo nerviosamente las maletas. Bueno, una sola, y muy vieja. Metió en ella todo lo que consideró imprescindible y, mientras lo hacía, retazos de su miserable vida pasaban ante él.

Cuanto la tuvo lista, aún faltaba mucha noche para que amaneciese y marchase a coger el barco. Tendría que esperar allí, pues las calles son peligrosas. Pero no le hacía mucha ilusión permanecer en la cocina con un cadáver de un niño asesinado en la habitación de al lado. Asesinado por él mismo. Le estaba bien empleado al crío, por figón. Por ladrón. Antes de irse debería esconder el cuerpo, para tener mayor cobertura, por si acaso.

Sus padres podrían echarlo en falta de un momento a otro.

A falta de una hora para el amanecer, se decidió a esconder en cuerpo en el armario.

Atravesó la puerta divisoria. Cuando se acercó al cadáver, notó algo extraño. Una presencia inquietante. Siguió avanzando, con los sentidos alerta, y en silencio. Y lo comprendió. La cosa estaba sobre el crío, sobre la piel desnuda del cuello.

El señor don Iván se sorprendió de que el bicho hubiese vuelto, y de que hubiese ido a encaramarse sobre el cadáver. Noto un ligero sonido, perceptible en el silencio de la noche. El bicho sorbía. El señor don Iván se agachó lentamente, y recogió un trozo del mango de la escoba que estaba en el suelo. De pronto, se hizo el silencio. La cosa debía estar expectante, rota su concentración; y debía presentir que la querían esparruchar porque, rápidamente, se metió debajo de la cama, transportada por cuatro largas y negras patas.

El señor don Iván pudo ver al bicho esconderse, y tuvo que volver a agacharse. El bicho se había camuflado entre las sombras, y pasaba totalmente desapercibido. Empezó a tantear con el palo, preparándose para golpear al menor indicio.

Se encontraba incómodo en aquella postura, por lo que cambió de posición. Fue entonces cuando lo vio. La cosa negra, alargada, se había colado entre la cabecera de la cama y la pared; trepaba en silencio, vigilante. Viéndose descubierta, aceleró su marcha. Desconcertado, el señor don Iván le arrojó el trozo del mango de la escoba, pero falló, y el palo rebotó, cayendo al otro lado de la cama.

(En el fugaz momento es que se incorporaba para reanudar el ataque, pudo ver el cuello del chaval parcialmente licuado, del que salía un chorro de sangre que empapaba la cama.)

Rápidamente, cogió en otro trozo de la escoba que encontró al lado de la pared. Con él en su poder, se subió a la cama. El bicho parecía cansado, agotado, hinchado; allí quieto justo en la intersección de pared y techo. El señor don Iván golpeó con rabia, deseando que tuviese un corte de digestión. El bicho cayó al suelo y rodó contra la otra pared. Bajó de la cama dispuesto a aplastarlo, pero el bicho reaccionó y retrocedió.

Estaba visiblemente en mal estado. Uno de sus costados brillaba, pues estaba húmedo. Allí era donde había recibido el golpe.

El señor don Iván tenía al bicho acorralado en una esquina de la habitación, y se dispuso a rematarlo, a darle el golpe de gracia cuando, inesperadamente, el bicho hizo algo desconcertante: se puso a chillar. A chillar con mucha fuerza. Parecía una mujer ronca que lloraba a gritos. Por un instante casi le dio pena, y relajó sus músculos, sin saber cómo reaccionar. El bicho no era tonto, y se escabulló con redobladas energías gracias a la confusión que había armado, perdiéndose en la cocina.

El señor don Iván estaba confuso. No sabía qué pensar. Pero notaba que algo no iba bien, que algo malo iba a pasar. Cuando escuchó los ruidos de los vecinos, lo supo. ¡El bicho debía haber despertado con sus gritos a todo el vecindario!

Seguía confuso, sin capacidad para actuar. Le iba a resultar casi imposible darse a la fuga. No le dejarían escapar por las escaleras, exigiéndole una respuesta a los gritos. Y entonces verían el cadáver del niño. Todo le acusaba. Lo iba a tener negrísimo. Lo apalearían mientras no llegaba la policía; y después ellos también le pegarían. Y después, cárcel de por vida. Y en la cárcel...

Golpeaban su puerta, diciendo cosas que él no se molestaba en entender. Pronto conseguirían abrirla; y lo cogerían; y le pegarían.

El bicho se la había jugado muy bien, pero que muy bien. Un cruel destino se había burlado de él desde el principio.

Se acercó a la ventana.

Sin pensar, se dejó caer al vacío.

La muerte era una escapatoria, la última salida, una acción cobarde; pero su único recurso.

Se estrelló contra el sucio suelo. Quedó automáticamente inconsciente, pero todavía no murió.

Le faltaban por vivir unas cortas horas.

Las más largas de su vida.

Las más dolorosas.

Julio de 1994; surgió al observar una mañana, con sueño, un agujero con alambres en una oscura esquina de un techo.

El tercer umbral

1: El enviado

Revelación que Dios me concedió, para solaz del alma.

Yo, Jorge, vuestro hermano y compañero en la tribulación, me encontraba encerrado, [Ap 1, 9] *a causa de la palabra de Dios y del testimonio de Jesús. Tuve un éxtasis en el día del Señor, y oí detrás de mí una voz fuerte como de trompeta, que decía:*

“Temblarán las naciones ante el poder de Yavé Sebaot [señor de los ejércitos], porque el tiempo está cerca.”

Me volví a ver la voz que me hablaba y vi ante mí un [Is 6, 2] *serafín, con seis alas; dos para cubrirse el rostro, dos para cubrir los pies y dos para volar.*

Era como una serpiente venenosa emplumada; sus plumas eran llamas, y vi que ardía sin consumirse. Sus llamas formaban un nimbo reluciente, que envolvió toda la estancia en que me encontraba.

[Ap 19, 10] *Yo caí a sus pies para adorarle, pero él me dijo: “No, no hagas eso; yo soy compañero de servicio tuyo y de tus hermanos que tienen el testimonio de Jesús. Adora a Dios.”*

[Is 6, 5] *Yo dije: “¡Ay de mí, perdido estoy, pues soy hombre de labios impuros, que vive en un pueblo de labios impuros!”*

“Ven conmigo”, me dijo, y me llevó con él a un lugar en el que nunca había estado, ni siquiera en sueños. Era una gran pradera entre el bosque de las montañas. Ante mí vi tres umbrales.

2: Los umbrales

“Cada umbral es un aeon, y te está permitido verlos para que sepas y adviertas.”

El primero estaba oscuro, rodeado de niebla, agrietado. En sus piedras vivían las alimañas, y la hiedra escondía todo su esplendor.

“Ésa es la entrada a un lugar como el Seol, imperio de los muertos”, me dijo, “donde no hay distinción entre buenos y malos, donde se sobrevive en la oscuridad, el abandono y la tristeza.”

Me acerqué. A través de la madera carcomida pude oír murmurar canciones. Sobre una piedra caída vi un querubín anciano vestido con cilicio, viejo, arrugado y respetable, con sus cuatro alas y sus cuatro caras: [Ez 1, 10] *Por delante cara de hombre, a la derecha de león, a la izquierda de toro y atrás de águila.* Al notar mi presencia, le oí musitar:

[Jn 1, 1] *“En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios. Él estaba en el principio con Dios. Todo fue hecho por él y sin él nada se hizo.”*

Después alzó su mirada del suelo, y continuó hablando.

[Gén 1, 2] *“La tierra era una soledad caótica y las tinieblas cubrían el abismo, mientras el espíritu de Dios aleteaba por encima de las aguas.”*

Y después murmuró más cosas, pero ya no pude entenderle porque el serafín me llevó al segundo umbral.

Era éste artificioso, recargado y banal. Tenía rostros tallados y múltiples entradas y ventanas. Parecía obra de vejez en la juventud, construída en el desengaño y hastío de los placeres y honores. También se oían cánticos.

Uno decía: [Ecl 1, 2] *“Sinrazón de sinrazones; todo es sinrazón.”* Y después continuaba: [Ecl 1, 18] *“Porque donde abunda la sabiduría, abunda el tedio, y cuanto más ciencia más dolor.”*

Me dijo el serafín: “No te extrañes del humo que de él sale, pues no son holocaustos, sino las sombras de los pecados que se cometen.” Y vi entonces cómo de grietas que antes no había visto salían columnas de humo sucio y malvado. “Este umbral y su contenido es anatema, pero siempre se reconstruye a sí mismo.”

Pero antes de que la ceniza me cubriese el serafín me llevó al tercer umbral.

También éste estaba envuelto en nieblas, y también resultaba artificioso. Apenas podía distinguirlo, y vi rayos de formas complicadas, y los truenos sonaban en él. La noche invadía aquel lugar.

Cerca, pude leer una inscripción donde decía que los hombres son mala gente y peores cristianos; terminaba diciendo: [2 Tim 3, 8] *“Así también éstos, hombres de entendimiento corrompido, no probados en la fe, se oponen a la verdad. Pero no llegarán muy lejos, porque su insensatez será manifiesta a todos, como lo fue también la de aquéllos.”* Y añadía: [Jer 5, 30] *“Cosas horribles, execrables, se hacen en esta tierra.”*

Acercándome más, tuve una visión terrible: [Dan 7, 2] *“Vi que los cuatro vientos del cielo agitaban el mar grande, y cuatro grandes bestias, diferentes una de otra, salieron del mar.”*

Pero el serafín me dijo: “Cierra los ojos, que eso ya lo ha visto otro antes, y no te corresponde a ti verlo otra vez.” Cerré los ojos, pero pude atisbar al hacerlo, a mi pesar, lo terribles, horripilantes y extraordinariamente fuertes que eran las bestias.

Y en la oscuridad de mis ojos cerrados, tuve otra visión. Vi las tablas de la ley, pero en ellas no estaba escrito el decálogo, sino las diez plagas que asolaron Egipto. Y abrí rápido los ojos porque todas las plagas juntas se abatieron sobre mí.

Vi mis ropas manchadas de sangre, vi espuma sobre mí, vi picaduras de insectos, peste, úlceras, granizo, hambre, tinieblas, y vi por último una rama de hisopo atravesando el corazón de un cordero.

Y dijo el serafín: “Esas plagas que has visto son nada en comparación con las que Yavé Sebaot verterá contra los hijos de Caín.” Yo temblé de miedo, y recordé las siete trompetas y las siete copas.

Y tanto miedo tenía que no pude evitar resistirme a un viento terrible que me atrapó. El serafín dijo algo, pero no le oí, y me precipité dentro del tercer umbral, donde la perdición y la corrupción, pensé, me aguardaban.

Y seguí cayendo, mientras pensaba en los siete primeros días y en el día final.

3: Las herejías

En mi caída vi que dentro de este umbral había muchos más umbrales, al principio todos parecidos al segundo umbral de la pradera, pero después distintos y feos.

Y había piedras que eran gérmenes, semillas monstruosas.

Tenían letras grabadas en ellas; y no pude evitar leer alguna de ellas.

En una ponía:

“¿Por qué Dios no se aplica la parábola del hijo pródigo, y se deja de tantos incestos?”

Y en otra:

“¿Quién dice que María siguió virgen después de tener a Jesús? ¿Quedó José tan asqueado de su adulterio, que no quiso tener él ningún hijo de ella?”

¡Blasfemias!, gritaba; cerraba los ojos para no seguir leyendo, pero en la oscuridad las letras brillaban:

“Dios es triple, por eso fundó tres religiones: El Padre, el judaísmo; el Hijo, el cristianismo; el Espíritu Santo, el islamismo.”

¡Blasfemias!, gritaba; pero las mentiras tenían voces cantarinas:

“Yavé se dedica a despojar a los hombres de los dones que le dió, quitándole su divinidad; disfruta poniéndolos a prueba y humillándolos; inspira actos pecaminosos para usarlos como excusa para el castigo, para verter sobre nosotros su cólera.”

Entre toda la marea de piedras, vi una, al principio apartada y medio escondida, pero en cuanto la miré demasiado, cercana. Tenía en ella el símbolo del pez, la señal de los antiguos cristianos. Con su contemplación mi alma se tranquilizó. Apareció otro pez como el primero, pero distinto, y entablaron batalla, persiguiéndose mutuamente boca tras cola, cerrando un círculo.

Vi el yin-yang, los dos peces opuestos y complementarios, con su ojo que es la semilla del compañero, que lo engendra si el otro no está, pues no puede existir el uno sin el otro. Pensé: “¿Son Dios y el Diablo como el yin y el yang, que no puede haber el uno sin el otro?” Me dije: “¡Blasfemia! El Diablo es un hijo impuro.”

Pero el símbolo se hizo triple, y comprendí que el símbolo era como el símbolo que es un triángulo luminoso con un ojo que todo lo ve: Los tres peces eran el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo; tres que son uno, son Dios, y sus ojos son la semilla de ellos mismos, completos, eternos y perfectos.

Pero los tres peces se volvieron inmundos, perdieron sus escamas y sus aletas. Los tres peces seguían girando, y de pronto se alinearon uno tras otro, y yo temblé; pues lo que veía me llenaba de una sabiduría impura: 666.

Y los seises volvieron a girar, persiguiéndose, persiguiéndome, con sus ojos malignos mirándome, y yo supe que la Bestia estaba cerca, que aquél que tiene muchos nombres estaba cerca, y que yo estaba alejándome fuera del aliento del Señor.

4: Los impuros

Terminó mi caída, y estaba en la entrada a un oscuro país. Su nombre pudo ser Ammón, Babilonia, Edom, Moab, Senaar o uno que no me atrevo a pronunciar. Pensé: “Estoy condenado en la tierra de Nod, perdido en ningún lugar.” Y al entrar, mucho antes de una ciudad llamada Cafarnaúm, cerca de la región pantanosa de Píajiro, un valle llamado Gehenna; era un lugar maldito, con gusanos, fuego inextinguible e ídolos de piedra. Cerca hay una montaña, llamada Harmagedón, con tres caminos distintos subiendo hacia su cumbre plana, donde hay un gálgata, ese círculo de piedras sagrado para los impíos, donde realizan la abominación de la desolación, donde cometen sacrificios idólatras.

El lugar estaba en un abandono absoluto, y me sentí muy triste por haber quedado solo.

Un milenio tuve que esperar hasta que alguien me visitó.

Trepaba desde el abismo. Era algo profano, algo abominable, que desolaba, destruía y aterraba; algo que era tortura, que venía del fuego sin luz. Su rostro era, a veces, como el de una mujer; otras, como la de un macho cabrío. Su olor era, a veces, como el de la miel; otras, como el del ajeno. Era en la lejanía una criatura gigantesca; y cuando se acercó vi que tenía el título de Elohim, de dioses del mundo, y que sus siervos eran muchos y múltiples.

“Te saludo, invasor de mis dominios”, dijo. Y como ante su visión quedé mudo, continuó hablando.

“Yo:

»soy Satán, Satanás, el adversario, el enemigo, la furia de Yavé, el difamador, el calumniador, el aguijón de la carne, el tentador del desierto, el seductor del universo;

»soy Abaddón, el ángel del abismo, de la perdición, de la corrupción, de la ruina, de la destrucción completa, el monstruo a cargo del insaciable Seol;

»soy Asmodeo, el espíritu del mal, el que perturba la paz del matrimonio de la Iglesia con Yavé;

»soy Azazel, el morador del desierto, el que recibe a los ‘chivos expiatorios’ de los que tanto gustan usar los judíos.

»soy Baal, el amo, el dueño, el señor;

»soy Belcebú, el señor de las moscas, el ángel apóstata, el príncipe —jefe— de los demonios;

»soy Belial, hijo de la inutilidad y padre de la perdición, el sin ley, el vacío, el perverso, el malvado, el ruin, el enemigo final;

»soy Lucifer, el ángel rebelde, el ángel que quiso subir al altísimo, el ángel caído, el brillante, el infernal Venus, el lucero del alba, el hijo de la Aurora, el Prometeo que trajo la luz al mundo;

»soy Lilit, el espectro, el fantasma nocturno, el monstruo de la noche;

»soy Gog, de la tierra de Magog, el príncipe de los poderes enemigos, el invasor nómada, el infiel;

»soy Moloc, la abominación, el rey, el dios del pueblo, el que recibe niños en sacrificio;

»soy Rahab, la tormenta, el Dragón, el reptileSCO, el que escupe fuego, el de múltiples cabezas y cuernos;

»soy Leviatán, el mar caótico, el monstruo del mar, el cual en cuyo vientre Jonás vislumbró el Seol, el que ante su presencia cunde el terror, al que nadie bajo el cielo puede atacar y quedar a salvo;

»soy Behemot, el animal gigantesco, la maravilla de la creación, el monstruo apocalíptico, la Bestia y todas las demás bestias;

»soy el Cerdo y el Perro, los despreciados, los que comen carroña y devoran cadáveres;

»soy el Lobo, el salvaje, el violento, el rapaz, al que los pastores temen, el que devora ovejas y corderos;

»soy el Ratón, el animal inmundo, el que transmite enfermedades;

»soy la Sanguijuela, la concupiscencia;

»soy la Serpiente y la Serpiente antigua, por quien entró la muerte en el mundo, el símbolo del mal y de la vida de la tierra;

»soy el Mono de Dios, el imitador, el burlador;

»soy la Lepra, el castigo de Dios;

»soy el Demonio, el espíritu impuro, el semidios, el acompañante etéreo, el sátiro, el macho cabrío, el lujurioso;

»soy el Diablo, el dios de este mundo, el separador, el disgregador, el maligno, el acusador, el calumniador;

»soy la Noche, una criatura de Dios;

»soy el Mundo, soy la Carne;

»soy el Padre de la Mentira, del Pecado y de la Muerte;

»soy el Tentador, soy el Caos, soy el Abandono, soy la Desolación;

»soy el Hombre impío;

»soy Legión, porque soy todos ellos y porque somos muchos más, como el polvo de la tierra, como las estrellas del cielo, como la arena que hay a la orilla del mar;

»soy, en fin, el Anticristo, el que vendrá al fin de los tiempos para ser condenado por Yavé, tal y como Jesús fue condenado por los hombres.”

[Job 4, 14] *Un estremecimiento me invadió, que de espanto sacudió mis huesos, un soplo se deslizó sobre mi rostro, que erizó los pelos de mi carne.*

“Témeme, pues tu vida es insignificante ante la mía.”

Después me preguntó, sonriente: “¿A quién teméis por su ira destructora, no dejáis de llamar misericordioso, y a mí culpáis de vuestras culpas para evitar su castigo?”

No hablé.

“¿Quién provoca todos los males? ¿Quién es el responsable de la confusión de Babel, del diluvio universal, de las múltiples plagas, del apocalipsis, de la destrucción final?”

Me preguntó otra vez, serio: “¿Con qué signo fue marcado [Gén 4, 15] *Caín, para que nadie que le encontrase le matara; y que tantas veces fue vengado en los tiempos sucesivos?*”

No supe qué responder.

[Ap 13, 18] *“Aquí está la sabiduría. El que tenga inteligencia que calcule el número de la bestia. Es una cifra humana: 666.”*

“Alfa y omega”, pensé; y una luz empezó a iluminar mis ideas.

“Yo, el Anticristo, soy el hijo de un Dios esquizofrénico, terco, despótico, colérico y autoritario, que se cree superior y perfecto, y que todo lo ha hecho para su propio beneplácito. Y, también, soy hijo de los hombres, que pronto todos tendrán en sus cuerpos la marca de Caín, que pasó de generación y generación, mezclándose las gentes y las razas, los hijos de Dios con las hijas de los hombres, a pesar de la confusión injusta de Babel, sobreviviendo incluso al Diluvio Universal a través de Cam, y en la parusía todos seremos uno solo, por eso mi nombre es Legión, pues Yo Soy Todos Vosotros.”

5: Meditaciones finales

“Y tengo más nombres y soy muchos más, en todo lugar y en todo tiempo, pues Yo Soy Todos Vosotros.”

Pensé: [Lam 5, 17] *“Por eso está enfermo nuestro corazón, por eso se oscurecen nuestros ojos.”*

Pensé: “666, la triple imperfección, en contraposición a 777, la triple plenitud; triple por ser trinidad.”

Pero recordé un único nombre, el Tetragrámatron, y dije: “Vosotros os llamáis Lo-Ammi, los que no sois mi pueblo.”

Recordé aquella carta que dice: [Sant 4, 7] *“Someteos, por tanto, a Dios; resistid al diablo; y huirá de vosotros.”* [Is 6, 12] *Sí, Yavé alejará a los hombres y será inmensa la desolación de esta tierra.*

Recordé también que, si se me ocurriera pensar [Dt 7, 17] *“estas naciones son más numerosas que yo, ¿cómo voy a poder echarlas?”*, no tuviese ningún miedo, y me

acordase de que está escrito: [Éx 32, 27] “Así habla Yavé, Dios de Israel: Ceñíos cada uno la espada al muslo. Recorred el mundo de una punta a otra y matad cada uno a su hermano, a su amigo, a su pariente. [Is 14, 21] ;Preparad la matanza de los hijos por los delitos de los padres! [Dt 19, 21] No tendrás piedad: vida por vida, ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, pie por pie.”

Hay tanto que recordar..., tantas señales en la Biblia, tantas profecías que hacer cumplir...

En estas meditaciones estaba ante aquella terrible presencia cuando de pronto fui arrebatado con violencia y devuelto a mi celda, en un desconcertante silencio.

Pero sé qué tengo que hacer...

[Os 9, 7] *Ya vienen los días del castigo, vienen los días de la retribución. El mundo protesta: Un loco es el profeta, delira el hombre inspirado. Sí, por tu gran iniquidad, por tu enorme rebelión. [Sal 118, 6] Yavé está por mí, de nada tengo miedo, ¿qué puede hacerme el hombre?.*

[Mt 10, 34] *No crean que he venido a traer paz. No vine a traer paz sino espada. Pues [2 Mac 6, 13] en realidad, es señal de gran misericordia no dejar impunes a los pecadores, sino aplicarles prontamente el castigo: [Am 9, 1] Yo les partiré a todos la cabeza, y al resto los degollaré con la espada. Ninguno de ellos podrá darse a la fuga, ninguno podrá ponerse a salvo. [Sal 69, 29] ;Borrados sean del libro de la vida, raspados de la lista de los justos!*

[Sal 3, 7] *No temo a esa gente innumerable que por todas partes se alza contra mí. [Sal 53, 4] Pero están todos descarriados, en masa pervertidos; ya no hay quien haga el bien, ni uno siquiera. [Sal 49, 8] Pero el hombre no puede alcanzar redención, ni pagar a Dios por su rescate. [Sal 116, 11] Todo hombre, sólo una mentira. [Sal 83, 18] Vergüenza y espanto para siempre sobre ellos, confusión y exterminio.*

Llega el día de la ira: [Sal 101, 8] *Cada mañana extirparé a todos los malos de esta tierra. [Lc 9, 24] Porque el que quiera salvar su vida, la perderá. [Is 41, 24] ;Oh, no, no sois nada, y nada vuestras obras, detestable es quien os elige! [Am 3, 2] Por eso en vosotros vengaré todas vuestras maldades.*

[Sof 1, 3] *Eliminaré a los hombres de la haz de la tierra, oráculo de Yavé. [Jer 13, 14] Sin piedad ni misericordia, los aniquilaré.*

Las bendiciones divinas sean sobre mí, a pesar de las máculas de la piel y de los pecados que heredamos desde el principio de los tiempos, y que el Bautismo sólo disimula.

Seré el buen samaritano, entre todos los demás malvados samaritanos, acosándome como las bestias de Basán, esa inmensidad de enemigos que me hostiga; pues yo no me postro ante Rimón, no acato las costumbres equivocadas para evitarme problemas.

Aunque sí, como Ahasverus, tenga que vagar por la tierra hasta la cosumación de los tiempos, seré, pues, como el pueblo judío: Errante y perseguido, aunque siempre perseverante en la ley de Dios; combatiré contra todos los pecados del mundo, gigantes anaqués que obstaculizan el Camino, con la fuerza de Sansón y el plomo de Moisés.

Y en la vida, no en la muerte, eterna, los justos gozaremos de nuestra presencia ante Dios.

La paz sea con vosotros.

Original de agosto de 1998; mejorado un año después; revisado en septiembre de 1999; y revisión definitiva en agosto de 2005. Siete años.

El último día

Lunes

Descanso en la jornada laboral.

—¿Vistes lo de ese hombre en la tele? —dice ella.

—¿Cuál? —dice él.

—Ese que ha denunciado a los médicos porque no le dijeron que le quedaba un año de vida.

—Sí. Es curiosa la gente.

—Está esperando a saber si gana el caso antes de morir, para que su familia tenga una ayuda económica.

—¿Y qué crees?, ¿que ganará?

—Eso nunca se sabe.

—No. Depende de un montón de factores, y la justicia no suele ser el más determinante.

—Es terrible.

—Sí.

—No, me refiero que debe ser terrible eso de saber que sólo te queda un año de vida.

—Bueno, éste se enteró cuando sólo le quedaba medio.

—Más terrible aún.

—Sí.

—Aunque... No sé... Tal vez sea mejor así. Saber con certeza cuándo vas a *espi-charla*, y no tener esa incertidumbre diaria.

—Morir... a veces es muy fácil: En cualquier momento conduciendo, bajando las escaleras, paseando por la calle...

—Quisiera... quisiera saber cuándo me voy a morir... para tenerlo todo planeado, para no dejar ningún cabo suelto, para que todo esté listo, para que no me quede nada por hacer o decir...

—No sé... Lo que pasaría sería que te amargaría la vida, que cada vez encontrarías un motivo más por el que vivir un día más, alguna cosa siempre queda por hacer, gente de la que despedirte, gente a la que conocer...

—...a pesar de todo, creo que me gustaría saber cuándo moriré.

—Ya.

Martes

Descanso en la jornada laboral.

Él: —Te acuerdas lo que me dijiste ayer... lo de saber el día que vas a morir.

Ella: —Sí.

—...que querías saber cuándo vas a morir...

—Sí.

—¿Lo decías en serio?

—...sí.

—Pues bien.

—¿...?

—Viernes por la noche vas a morir.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—¿Y eso?

—¡...!

—¿Cómo es que lo sabes? ¿De repente eres un adivino o algo así?

—No... no es eso. Es algo más fácil y simple...

—Tú me vas a matar...

—Sí

—¡Ja!

—...

—Venga... ¿y por qué?

—Pues porque... porque tú querías saberlo. Y como los viernes sales más tarde, te esperaré.

—¡Qué divertido!

—¿Alguna sugerencia sobre cómo quieres morir?

—Sorpréndeme.

Miércoles

Salida de la jornada laboral.

Él: —Recuerda que pasado mañana morirás.

Jueves

Salida de la jornada laboral.

Él: —Y mañana no te olvides: Morirás.

Viernes

Descanso de la jornada laboral.

Él: —¿Cómo se siente uno al saber que sólo le quedan horas de vida?

Ella: —Pues estupendamente. Me quedan muchas cosas por hacer... todas las que me quedaban desde el lunes.

—¡Qué falta de previsión! ¿Pero no sabías que tenías que hacerlas antes de hoy? Pues hoy, chica, es la hora. Se te acabó el tiempo...

Salida de la jornada laboral.

Él: —Te veré más tarde... por última vez.

Noche en el aparcamiento.

No se ve a nadie. Sólo una chica que camina hacia su coche. El ruido que hace al caminar rompe intermitentemente el silencio. El lugar está bien iluminado. De repente...

Él: —Hola.

Ella: —¡Vaya! Me has asustado. Creí que...

—¿Que era alguien peligroso?

—Sí...

—Pues lo soy. Ya sabes. Acabas de encontrarte con la hora de tu muerte.

—Venga... Esta broma ya ha durado demasiado. Veamos qué se te ocurre para amenizar la próxima semana.

—¿Es eso lo que piensas?, ¿que ha sido sólo una broma?, ¿un divertimento para pasar la semana? Pues no, señora. No; de eso nada. Esto es algo muy serio. La muerte siempre lo es. Vas a morir, y vas a morir ahora. Aquí. Ya.

—¿...?

Él tiene las manos en los bolsillos de una gabardina negra. Están solos. Hace algo de frío.

Él saca de repente su mano izquierda. Está enguantada. Y agarra a la chica.

Ella no dice nada. Sólo observa lo que pasa, como si no fuera con ella, como si fuese una película, como si no importase.

Él saca la otra mano. También está enguantada. Hay algo en ella, algo con brillo metálico. Ella no puede verlo bien. Lo nota en su estómago.

Él: —¡Muerta!

Ella ríe.

Él, también.

Hablan un poco más. Se despiden. Ella lo observa marcharse.

En su coche, se da cuenta de que hay un papelillo doblado en el limpiaparabrisas. Lo coge. Pone: ¡Bang!

Muy divertido.

Entra, cierra la puerta, conecta la calefacción.

Sí, hoy podría ser sin más su último día de vida. Podría morir por cualquier tontería, tanto fuera de casa como dentro de ella.

Su último día. Sin más.

Y tal vez lo sea.

Tal vez.

Eso nunca hay forma de saberlo.

El último viaje de R-Toma

El carguero cósmico R-Toma (léase *Retoma*) se impulsa hacia el sol (con minúscula) con la bodega llena. A un extremo, los motores de materia-antimateria rugen. A otro extremo, la cabina y los camarotes, cuya rotación simula la gravedad mediante fuerza centrífuga. Y, entre ambos, en la larga zona central, el cargamento de metamateria, el oro y el acero del espacio.

El piloto, Loan, y el ingeniero, Dyan, han salido de la cabina y se trasladan a las literas, donde se tumban. Allí, el sistema de grabación automática de la caja negra no les afecta. La nave se diseñó para que seis personas trabajasen y durmiesen un tanto apretadas; con las sucesivas reducciones de personal que hizo la empresa, ahora sólo van tres.

Loan mira un momento al suelo. Abajo, tras las protecciones de la nave, está el vacío del espacio. Después, dejando que Dyan termine de hablar, dice:

—Aunque se pueden tener dos parejas y tener más que una doble pareja.

—¡Claro!, dos parejas de reyes por ejemplo: ¡Un póker clarísimo!

—Vale; yo mas bien pensaba en tener una pareja y un comodín que hace pareja con otra carta cualquiera: Así puedes hacer un trío.

—Si lo ves así, pues si tienes una pareja de comodines...

Loan está callado durante un rato, silencio que respeta Dyan.

—¿Sabes lo que realmente hecho de menos? —dice Loan, en un tono más bajo.

—¿Qué? ¿Una tía?

—¡Ja! ¡Claro que sí! Pero no era eso lo que estaba pensando...

—Entonces, ¿qué?

—Hecho de menos al latino, con sus paridas.

Dyan se queda en silencio, recordando.

—Yo también lo hecho de menos; es una pena... Si estuviese aquí estaríamos descojonándonos en el suelo.

—Y bebiendo aquel alcohol tan malo que siempre traía.

—Ah... Qué tiempos.

—Qué risas, ¡qué borracheras!

—Sí, ¡ja!... Pero era él o nosotros.

—Nosotros, por supuesto —sentenció. El tono de la conversación había pasado a ser serio.

Loan baja de la litera, se estira, y vuelve a tumbarse. Dyan se le queda mirando, y le pregunta:

—¿Y eso? ¿A qué viene?

—¿El qué?

—Eso, eso de levantarse y volverse a tumbar.

—¿Eso? ¡Bah!, nada. Estoy deseando llegar a casa y tumbarme en mi cama.

—¡Di que sí! Cama como la de casa no la hay en ningún lado.

—Odio estos colchones sucios, su olor a lejía, sus agujeros...

—...y estos muelles tan blandos que te hundes...

—...y te queda la nariz enterrada.

—Pero no hablemos de esto, que es un asco y es deprimente.

—Sí, pensemos en el polvo que vamos a echar nada más llegar.

En la cabina, Loan se acomoda en su puesto. Dyan se sienta en el del copiloto, toma el intercomunicador, y llama:

—¡Backslasher! ¡A qué esperas!

Cierra el comunicador sin esperar respuesta; tanto si Backslasher le ha oído como si no, no contestará. Loan mira a la pantalla con una sonrisa neutra, donde todos los parámetros están bien. Introduce la clave, y todo está dispuesto.

—¿Y Backslasher?; tarde, ¿como siempre?

Loan afirma con la cabeza, sin dejar de espiar la cápsula que tiene en la mano.

—Pues ya estamos casi a punto. Plan de vuelo O.K., nave O.K., posición O.K.,...

Cuando Backslasher llega a la cabina, sin que haya una palabra, se sienta, se abrocha el cinturón, se toma una cápsula, y se queda relajado mirando hacia ningún lado en concreto.

—Tripulación O.K., medicamentos... —ambos toman sendas cápsulas— O.K., sistema O.K.; procediendo con el salto cósmico.

El carguero, cerca de aquel sol de ese sistema solar desconocido, lanza un misil, que viaja en la misma órbita que la nave. Cuando está suficientemente alejado, estalla. Los motores, ayudados por los auxiliares, aceleran. La nave se lanza. El espacio se rasga.

La estructura del carguero tiembla. Los ruidos en la cabina se intensifican. Loan está feliz, y canturrea. Dyan mira la pantalla, comprobando que todo vaya bien. De pronto, la nave tiembla más de la cuenta, se encienden luces rojas. Loan se calla. Dyan empieza a decir algo por lo bajo, como el principio de un grito, de una protesta. La nave tiembla más. Loan está acojonado, intentando resolver el problema, pero su mente está ocupada con la imagen de R-Toma descuajándose. Backslasher empieza a reír, oyéndosele por encima de la vibración. La nave tiembla menos. La nave tiembla lo normal. Las luces rojas se han apagado. Loan y Backslasher están callados. Dyan, con los ojos cerrados, parece rezar.

En el lugar correspondiente del sistema solar, cerca del Sol (con mayúscula), aparece R-Toma.

—Tranquilo, macho —dice Loan, empujando con una mano a Dyan—. Ya está.

—Eres un monstruo en esto de los saltos —dice Dyan, antes incluso de abrir los ojos, respirar profundamente, y aliviar su tensión.

—Voy a comprobar la carga —dijo Backslasher antes de irse. Loan y Dyan lo han oído, pero no lo toman en consideración. El mecánico se ha ido y se puede decir que ellos no se han enterado. Sólo los ruidos de las compuertas les sacan de su ensimismamiento.

—Todo está bien, ya vamos para casa —dice Loan, recostándose.

—¿Qué son esos mensajes? —dice Dyan, señalando la pantalla—. Parecen mensajes de error.

—¿Qué? —Loan mira la pantalla. Efectivamente, algo va mal. No se reciben mensajes de la Base Orbital—. ¿Qué pasa? —más errores en la pantalla—. ¿¡Qué cojones pasa!?

Dyan no habla. Tiene la duda en su cuerpo, y prefiere no decir nada. Según lo que pone en la pantalla, la Base no está funcionando, no se encuentran satélites de

comunicaciones, no se encuentra la Tierra donde debería estar. Loan está buscando la fuente de error. Mientras, la nave se dirige automáticamente en rumbo de interceptación de la Tierra, tras corregir su ruta.

En órbita sobre la Tierra, ambos están acojonados. No está la Base Espacial. No hay satélites. La Base Lunar tampoco está. Nada se sabe de las colonias exteriores. El silencio en las comunicaciones es total. Están solos. Nadie que les hable.

—Debe ser una broma, una prueba psicológica... —murmura Dyan.

—¡Debe ser ostias! ¡Estamos en la Tierra pero no estamos en la Tierra! ¡Qué cojones! ¡Estamos aquí pero no estamos aquí!

Abatido, Loan se sienta y se calla. Dyan le mira. Algo grave falló en el salto cósmico. O no; pues están en la Tierra. Mira a la Luna. Es la Luna de toda la vida, pero en su superficie sólo hay polvo y rocas.

—¿Y si...?

Loan no dice nada.

—¿...hubo una guerra y...?

—No. No hay restos. Y no ha podido ser todo tan rápido —tras un largo rato de meditación, continúa en un tono de pesimismo—. La única respuesta... es que el salto nos haya mandado al pasado...

—O al futuro.

—No, al pasado. Si estuviésemos en el futuro tendría que haber huellas de la civilización.

—Pero... no se puede viajar al pasado.

—¿A no? ¿Y dónde estamos si no?

—En un universo paralelo.

—¡Anda, no jodas! ¡En un universo paralelo!

—¿Y por qué no?

—Pues porque... Y si lo estamos, ¿¡qué!?

—Puff... No sé. ¿No podríamos intentar pegar otro salto por si...?

—Ya, y la energía y los misiles...

—Tenemos energía de sobra y misiles de reserva.

—¿Y entonces qué? No es cuestión de ponerse a pegar saltitos como locos. Y a lo mejor en vez de aparecer donde queremos aparecemos en un sitio peor y... allí nos quedamos, viviendo del aire.

El tiempo pasa, silencioso, impune; perdido para siempre.

Loan mira a la pantalla, frunce el ceño, y se cabrea. Golpea la pantalla, pero la imagen no cambia:

—¡Puto ordenador de los cojones! ¡Se ha colgado!

Dyan se queda mirando la pantalla. Habían intentado calcular la fecha en base a las posiciones de los planetas y las estrellas. Entonces, Loan pulsa varias combinaciones de teclas, y el ordenador pita y presenta una serie de mensajes de error. Loan mira a Dyan a la cara; después mira al asiento vacío donde estuvo Backslasher. Su cara cambia. Se levanta como un relámpago:

—¡Backslasher!

Y sale disparado de la cabina. Dyan, sorprendido, tarda un rato en reaccionar. Termina por incorporarse y seguirlo, sin comprender. No se da cuenta de que el arma de shock ya no está en el sitio reglamentario de la cabina.

Cuando Dyan alcanza a Loan en la sala de misiles, éste ya sale y se dirige a la bodega, con cara de mala ostia.

—¡Backslasher! ¡Qué cojones anduviste a fuchicar en los misiles de salto!

Backslasher le mira, sin inmutarse.

—¡Me vas a responder o no!

Backslasher se queda mirándolo, sonriente.

—¡A qué viene esto! ¡Qué pasa contigo! ¿¡Tenías ganas de joder!?

Dyan quiere intervenir, pero no acierta a colocar una palabra.

Entonces, Loan saca el arma de shock, apuntando a Backslasher.

—¿¡Me vas a responder o me vas a seguir vacilando!?

Dyan está sorprendido y confuso. No puede permitir que Loan use el arma.

—Os he oído —habla por fin Backslasher. Levanta su portátil de sonido, y lo señala—. El latino me enseñó que siempre hablabais en los camarotes. Vosotros le matasteis.

—¡Cómo que nosotros le matamos! ¡Se murió él solito, en ese chollo tan cutre que cogió! ¡Un putito accidente de trabajo! ¡Un...! —(...golpe de mala suerte).

—¡Vosotros le matasteis! —Dyan está impaciente por decir algo, pero ver a Backslasher hablar tanto es algo tan nuevo que le deja sin palabras.

—¡Déjate de chorradas! ¡Qué cojones hiciste en el misil que tiramos que no estamos donde debíamos estar! ¡Y qué es eso de andar a espiarnos!

—¡Sois unos hijos de puta! —dice, sonriendo—. Os salvasteis del salto, pero ahora os vais a joder... —no termina la frase: Loan le ha disparado. Dyan le arranca el arma, le mira, y le grita:

—¡Qué cojones haces!

—¿¡Es que no has entendido!?! ¡Ese cabrón nos ha estado espiando y nos acusa de la muerte del latino! Fuchicó en el misil para que palmásemos en el salto y como no hemos palmado seguro que ha estado tramando algo para joder.

Dyan parece comprender...

—¡Qué hijo de puta...! —y le entran ganas de dispararle.

Con Backslasher encerrado y atado, Loan y Dyan, en el camarote, se preocupan por su futuro.

—El salto nos ha llevado a algún universo paralelo, a la Tierra en algún año del pasado. El problema es saber si esta situación es estable o no.

—La comida de la nave es una mierda: ¡Bajemos!

—Sí; bajemos a la Tierra y a joderse.

—¿Qué hacemos con Backslasher?

—¡Que se joda ese cabrón! ¡Lo soltamos en el espacio! ¡Que se le congele la meada!

—¡Que se joda!

Tras un momento de duda, Loan vuelve a hablar:

—Lo único que me preocupa...

—¿Sí?

—...es si ahí abajo...

—¿Qué?

—...ahí abajo..., ¿habrá tías?

Desarrollo final y escritura el 19/04/1999; inspirado por un sueño de unos pocos meses atrás.

En el silencio y el frío

Silencio.

Frío.

Silencio. Frío. Silencio y frío. Es lo único que hay. Es lo único que siento.

Silencio. Constante y monótono. Los eones pasan, van y vienen. Y nada cambia.

Frío. Cortante, pero compañero. Siempre ha sido así. Siempre igual.

Silencio.

Y frío.

Es todo. No hay más. Mucho tiempo o poco tiempo, nunca hubo diferencias. Nunca hubo cambios. Nunca pasa nada.

Y el viento...

Ya no recordaba que sabía que existía el viento. Es más frío, pero al menos es algo casi nuevo. El viento. Que me mueve. Que susurra. Casi imperceptible.

Un destello.

Un reflejo he visto. No sé nada más de él. Pero ha sido algo tan extraño que me ha desconcertado. No recordaba la luz. No recordaba que estaba en tinieblas.

Silencio otra vez.

Silencio.

Frío.

Y oscuridad.

El conocimiento de que estoy sumido en una oscuridad impenetrable me trae recuerdos de la luz... de la luz del sol y de la luna. Quiero abrir los ojos... quiero abrirlos a la luz... si no es que ya están abiertos. No sé si están abiertos o cerrados, pero si vi un destello tal vez al menos uno de ellos está abierto.

Frío.

Me carcome por fuera. Y hecha raíces. Sus dientes se introducen lentamente en mi carne, hacia mi interior. Desgajándome.

Silencio.

Y el viento vuelve.

Oscilo levemente, y vuelvo a ver el destello. Es un reflejo de la luna sobre el agua. Y los recuerdos afloran... confusos, indescifrables. Inquietantes.

Estoy aquí, parado. Mi nombre es... ¿Perdición? Estoy condenado a no saberlo. Sopla el viento de nuevo, y puedo ver un árbol. Sus raíces y sus ramas son retorcidas. Es un árbol viejo, muy viejo. Familiar. Un árbol muerto, podrido, seco. Nació ahí, al lado de la orilla, en el límite entre el agua sucia y la tierra negra.

Tiene que ser de noche, una noche nublada. Y fría. Demasiado silenciosa. Pero todas las noches terminan, ¡todas las noches terminan!, y podré ver el día... Otra vez podré volver a ver el día. Por fin vendrá el día y con él la luz que me ilumine. Saber por fin dónde estoy, qué hago aquí, y por qué me es tan familiar este lugar.

Silencio y frío. Ese era todo mi mundo hasta hace sólo unos... ¿minutos?, ¿horas?, ¿años? Ignoro el paso del tiempo, y sólo deseo que transcurra lo más rápidamente posible para que el sol me caliente otra vez, y su calor me dé fuerzas.

Esa claridad que percibo, esa claridad... ¡Amanece! ¡Amanece! ¡Amanece irremediabilmente! ¡Amanece sin lugar a dudas!

Me lleno de gozo. Quiero saltar de alegría. Pero no puedo.

Otra vez el viento. Vuelve a moverme, y veo otra vez el árbol, con una de sus ramas pasando sobre mí. La más larga y fuerte de sus ramas. Como un amigo que intenta abrazarte y consolarte.

Pero él está fijo, inmóvil. Y yo estoy atrapado en mí mismo, ignorante de todo. Menos de que amanece. Poco a poco, pero amanece. La espera es larga, aunque, ¿cómo saber cuánto tiempo llevo así?

De nuevo el viento. Ya tan familiar y siempre tan frío.

La luz naciente ilumina el lugar. Veo el lago de aguas oscuras, veo la tierra descarnada y sin vegetación, veo el árbol muerto...

El árbol de los muertos.

Y recuerdo...

...recuerdo a la gente, con sus antorchas. También recuerdo la cuerda, en mi cuello, rugosa, mordiéndome la carne. Si soplase otra vez el viento me mecería a su compás, al final de la cuerda que se ata al árbol. Al árbol de los muertos.

Estoy aquí, colgado.

Desconozco si sigo vivo, o si estoy muerto. Muriéndome dentro de un cuerpo agonizante.

Pudriéndome.

Hay otra persona cerca de mí. Sé que está ahí, pero no la veo. Si el viento me ayudase a girar...

...a volverme y ver a mi amor, pudriéndose en mi compañía. Su cuerpo inerte está a mi lado, frío y silencioso, como todo en este maldito lugar. Como yo.

Me pudro y no puedo evitarlo. Se pudre y no puedo evitarlo. Nos pudrimos sin remedio, víctimas de aquellas gentes extrañas. Nos deshacemos, colgajos condenados, y no hay nada posible que lo evite.

Si al menos los cuervos nos ahorrasen esta lenta agonía y los buitres comiesen de nuestra carroña, antes viva y palpitante, llena de amor y de deseos...

Llena de poesía.

Llena de promesas, y ahora descomponiéndose.

Quisiera llorar, pero no puedo.

Quisiera que el olvido por fin me atrapase y me sumergiese en su abismo de oscuridad, de silencio y de frío.

De silencio y de frío eternos...

...lejos de esta corrupción, de mi carne podrida.

Si al menos pudiese hablar con mi amor..., para consolarnos mutuamente, para no olvidarnos, para recordar los buenos tiempos, para rememorar aquellos momentos que nos unieron y nos encadenaron.

Pero no podemos.

Aquí, inertes.

En el silencio y el frío, a pesar de toda esta luz.

Somos dos velas que se apagan en medio de tanta luz, y nunca seremos capaces de volver a unirnos y brillar...

...en medio de toda esta luz. Añoro aquella oscuridad antigua, con su frío y su silencio. Al menos allí no recordaba lo que ahora sé. Al menos no era tan desdichado.

¿¡Cuándo cesará esta agonía!? ¿¡Cuándo podrá mi alma liberarse de este infierno!?

¡Nunca!, es la respuesta que surge en mi cabeza, pero que yo no he pronunciado.

¡Nunca!

22/11/1997; aproveché un paisaje de unos sueños antiguos.

Entre el sueño y la realidad

Sonó el despertador, incorporó el tronco, quedando sentado en la cama, y tuvo una visión. Entre la niebla, formas moviéndose. Fueron definiéndose poco a poco... eran coches. Los edificios se perfilaron. Llegó una mole móvil desde la izquierda: un autobús. Se detuvo en la parada. Había gente, borrosa, sin rostro ni color, en las calles, en los coches, en el autobús... y había gente que subía al autobús. Los edificios eran lo más claro de la visión, junto con el autobús. Todo lo demás eran como dibujos perfilados con rotulador grueso, moviéndose como en efecto estroboscópico. El intermitente del autobús funcionó, avisando que se iba a poner en marcha. Una chica, una figura muy definida, apareció corriendo por la calle, desde la izquierda. Corría para no perder el autobús, pero aún tenía que cruzar la calle. Había un paso de cebra en el suelo... y un semáforo. La chica se lanzó a través del paso de peatones, sin detener su carrera, hacia el autobús, y un coche la atropelló.

La visión parpadeó y desapareció. Era lunes por la mañana, y se dirigió al cuarto de baño. En menos de una hora estaría en el trabajo.

Mañana del martes, la visión se repitió. Las imágenes estaban más claras, y reconoció el lugar: su propia ciudad. Era la primera vez que tenía una visión de un sitio que reconocía, y además tan cercano. Accidentes de trabajo, de construcción, asesinatos, terrorismo... todas esas visiones habían sido de lugares desconocidos para él, hasta que los reconoció días después, cuando salieron en las noticias por la televisión.

Por la tarde, visitó el lugar de su visión.

Cuando despertó por la mañana, durante su estallido de clarividencia, ocurrió algo que nunca hubiera creído posible: una mano entró en su campo de visión, portando un reloj digital en su muñeca; eran su mano y su reloj, y sus detalles eran muy reales; leyó claramente la hora... Intentó mover la otra mano para pulsar el botón del reloj que mostrase la fecha... pero todo terminó ahí.

Por la tarde, compró otro reloj, que indicaba simultáneamente hora y fecha.

Jueves, y sabía la fecha, la hora, y el lugar. Mañana por la mañana, ocurriría: una chica con prisas, una joven estudiante, para no perder el autobús, cruzaría sin pensar la calle y sería atropellada con violencia. Necesitaba... necesitaba unas horas libres del trabajo, para llegar allí.

Mañana del viernes. No hubo visión. Llegó con mucha antelación al lugar. Estaba nervioso. No dejaba de consultar el reloj a cada momento. Notaba la fuerza de los latidos de su corazón. Tantas visiones... y por fin podía estar allí. Recordó al suicida en aquella estación de metro, que resultó ser en una ciudad no muy lejana. Recordó el atraco en un banco de un país vecino, y la masacre que se provocó. Recordó aquel atentado terrorista, tan sonado, y que él había confundido con un sueño repetitivo, al principio de todas sus visiones. Recordó... recordó por qué estaba allí. Miró la hora. El corazón le latió con más fuerza. Ahí venía el autobús. Sacó su cámara de vídeo.

Escrito el 12/05/2002, pero ya llevaba tiempo rondándome.

Escaleras abajo

Me recuerdo una vez bajando unas escaleras.

Era en la explanada donde se hace la romería. Como está a más nivel que la carretera circundante, tiene a un lado unas escaleras de piedra. A su izquierda, según se baja, hay una vieja y algo oxidada barandilla, y al otro lado está el muro de contención. Además, posee un descansillo a medio camino.

Era una mañana algo fría, y estaba solo. Me encontraba yo bajando esas escaleras y, de repente, el mundo se me vino contra mí. Tuve la incordiante sensación de que me caía. No. Estaba tumbado boca abajo en el descansillo, con los pies en el borde de un escalón. No estaba en el suelo, estaba como apoyado a una pared, al borde de un abismo que estaba a mi espalda.

Me aterrericé por unos instantes. Después pensé que aquello era irreal e ilógico. Me giré con tiento para verlo y era horroroso. La gravedad había girado y ahora estaba apoyado al borde de un precipicio. Se me ocurrió bajar aquellos escalones; pero, claro, no debería pisar en donde se pisa normalmente, sino por la otra cara del escalón; pues así mandaba la nueva gravedad. En vez de eso, me desplacé lateralmente hacia la barandilla. Me sentía incómodo; el mundo estaba equivocado, había girado 90 grados hacia mí sobre mis pies, y se había vuelto loco.

Entonces, volvió a girar.

Me aferré a la barandilla como un poseso. El mundo estaba completamente al revés. Mis pies colgaban hacia el cielo, hacia las nubes. Me sentí estúpido. Me llenó el pánico. Intenté conservar la sangre fría. *Esto es imposible*, me decía, *el mundo no hace estas cosas, el mundo es redondo y la gravedad no anda dando tumbos de esta manera; es completamente absurdo*.

Y mis brazos se cansaban. Notaba como la vieja barandilla empezaba a ceder, y me resistía a creer que el miedo que sentía fuese por algo imposible. *Estás horrorizándote inútilmente*. Así que, decidí impulsivamente que lo mejor era que dejase de hacer el tonto y me soltase, que lo peor que podría pasarme sería caerme escaleras abajo.

Y me solté.

Y me caí hacia el cielo, sin nada que detuviese mi caída hacia las nubes, y seguir cayendo aún más.

Me decía *es estúpido esto, no se puede caer hacia arriba. Y si la gravedad cambiase de signo, también caerían las demás cosas*. Pero sólo yo caía. Caía y caía. Empecé a calmar mi inquietud. Debía estar soñando. Sí, eso era lo más probable. Lo más lógico y racional. Pero no era un sueño, y lo sabía.

De pronto, de nuevo, la gravedad cambió. Las cosas allá abajo eran tan pequeñas... y ahora se hacían tan grandes. Ahora sí que las cosas volvían a su cauce normal. Pero no era normal caer desde el cielo así como así.

El descansillo de la escalera se hizo inmenso, y a toda velocidad me empotré en él.

Después de todo, debió de ser un sueño. Me levanté del descansillo ileso. Me sacudí el polvo, y miré a mi alrededor. El mundo no había cambiado. Soplaban una ligera brisa, y trinaban los pájaros. Había sido una simple caída de las escaleras. *Sí, ha sido eso. Resbalé, perdí el equilibrio y me agarré a la barandilla; pero me solté y caí al suelo. Qué tontería.*

Bajé el resto de los escalones sin miedo y despreocupadamente, resbalé en el último y me rompí la nuca. Y mi cuerpo quedó allí tendido.

Llevo bastante tiempo así; muerto. ¿Dónde estoy ahora? No lo sé, y me gustaría saberlo.

Verano de 1996, de un sueño.

Favor fácil

—Es increíble que hayamos vuelto a encontrarnos.

—Sí, es verdad. Después de tanto tiempo.

—Y además en esta fiesta.

—Yo tenía pensado no venir, pero al final vine.

—Mira tú qué casualidad.

—La vida está llena de casualidades.

—Y... ¿qué tal desde entonces? —habían pasado varios años desde que dejaron la Universidad.

—Pues hice la mili y ahora estoy trabajando en CTK. ¿Y tú?

—Yo no tuve que hacer la mili —ambos sonrieron—, así que me busqué un trabajo, pero...

—¿...?

—...he tenido que conformarme con trabajar en la tienda de mis padres.

—Vaya —una pausa—. Pero al menos ganas dinero.

—Sí... —dijo en un tono de incomodidad—. Pero es como si no lo ganase.

Él miró al suelo y ambos permanecieron un rato callados, buscando un nuevo tema con el que continuar conversando.

—Y... ¿qué tal con tu novio?

—Lo dejé... un tiempo, para que se le bajasen los humos. Sigo estando con él: Lo tengo domesticado.

—¡Ja! Con tu carácter no me extraña.

—¿Sí? —dijo ella, divertida y animada—. ¿Y qué carácter se supone que tengo?

—Pues... —dijo él, fingiendo incomodidad y sonriendo ambos de oreja a oreja—.

Siempre fuiste muy posesiva.

—¿Sí? ¿Y cuándo lo descubriste?

—¡No sé...! —dijo, moviendo los brazos como si estuviese perdido.

Siguieron hablando durante largo rato.

—Te voy a confesar algo —dijo él, en tono grave—: Para mí, antes de conocerte lo suficiente, eras sólo parte del decorado.

»Quiero decir... eras una más, un extra de la película de mi vida. No te consideré real hasta el día en que te pregunté por qué llevabas una tirita en un dedo.

Ella intentó hacer memoria, pero un detalle tan trivial no se archiva en la memoria.

—Me dijiste —continuó él— que fuiste a cerrar la ventana del piso y que te habías pillado el dedo al cerrarla.

Ella siguió sin comprender:

—¿Y bien?

—Pues que en ese momento dejaste de ser parte del decorado y fuiste real: Tenías vida propia, existías cuando yo no estaba.

Ella siguió sin entender a qué venía aquello. Poco después él volvió a hablar, y siguió usando el tono grave:

—Tengo que pedirte un favor —y antes de que ella pensase en lo que acababa de decir, él continuó hablando—: Un favor fácil. A ti no te va a costar nada y a mí me va a hacer muy feliz... —ella se quedó con una cara de intriga y a la vez de despiste, sin que la anterior sensación de estar perdiendo el hilo terminase por irse y desaparecer.

»Déjame... Déjame... —dijo él, vacilante.

Ella sólo emitió unos sonidos guturales.

—...Déjame tocarte las... las... tetas.

Y él, vacilante todavía, alargó la mano derecha hacia el pecho izquierdo de ella, nervioso. Desde que la había visto por primera vez, siempre había admirado aquellos pechos grandes y llenos, y siempre había deseado saber qué sentiría cuando los tocase...

Y, al fin, los tenía al alcance de su mano. Había leído que, como la mayoría de los hombres son diestros, el pecho izquierdo de las mujeres era el más suave. Y ese pecho, grande y suave, estaba a unos centímetros de la punta de sus dedos. Una gota de sudor resbaló por su cabeza. Casi podía rozarlo, ahí, a través de la ropa de ella. Y... lo tocó...

Estuvo largo rato manoseándoselos, sin que ella interfiriese lo más mínimo con sus maniobras. Entonces, él se dijo que lo bueno debía de ser breve, que el recuerdo lo convertiría en mejor, y apartó sus manos.

—Eres una mujer estupenda —repitió él. Esa frase la había estado murmurando durante todo el acto, con la boca llena de saliva,

Ella continuó callada, y él se levantó de la silla, disponiéndose a abandonar el cuarto y regresar a la fiesta.

Pero entonces, una idea le cruzó la mente como un relámpago, y regresó. Desenrolló su corbata del cuello de ella, volvió a ponérsela, haciendo bien el nudo, y se marchó a la algarabía de la fiesta.

Un día de abril de 1997, pero lo soñé sobre el mes antes.

Finales no bíblicos

Han venido para acabar con nosotros

Y la tierra se abrió, y los demonios surgieron de ella, para tomarla en posesión. La gente corría aterrorizada. Todos se refugiaban en las iglesias, mezquitas y otros templos. Todos rezaban lo que sabían. Los demonios tenían bocas enormes, llenas de filas de dientes. Hubo suicidios masivos. Las ciudades eran un caos. Los comercios eran asaltados, las casas ardían, y las máquinas de guerra lanzaban sus bombas. El mundo quedó arrasado. Los hongos atómicos se hicieron muy comunes.

Cuando no quedó un humano con vida, el jefe de todos los demonios se entrevistó con todos y cada uno de los demonios. Ninguno había muerto con los ataques de los humanos, pues su sustancia era distinta. Y todos respondieron cero a la pregunta de a cuántos humanos habían matado.

El castigo que viene

Dios bajó del Cielo y dijo:

—Humanos pecadores, ya va siendo hora de castigaros.

La gente estaba aterrorizada.

Dios hizo surgir en sus manos una guadaña inmensa, y soltó a sus ángeles con cara de perro pastor, para que reunieran a todo su rebaño.

Y con rostro severo, segó las cabezas de la gente al nivel de sus iris, de un solo golpe celestial.

Después, dejó que sus ángeles se refocilasen en el festín, y volvió a subir al cielo.

El resto de la humanidad, la que no creía en *ese* dios, esperó temblando al dios que bajaría al día siguiente.

El mar irracional

Llegó el día en que la tormenta cesó, las nubes desaparecieron del cielo, y el sol abrasaba la superficie del mar infinito. Pues eso era lo que quedaba del mundo, *enterrado* bajo cantidades inmensas de agua. La cumbre más alta estaba a kilómetros bajo las olas.

Aqué fue el Diluvio Universal. Imposible saber de dónde había surgido tanta agua. De ese mismo lugar habían venido los monstruos marinos, que se habían comido todos los cuerpos ahogados. Sobre la superficie acuosa, un hombre, solitario, se había rebautizado como Neo-Noé.

—¿Porqué —se preguntaba— sólo me he salvado yo? Al primer Noé le avisaste, le dijiste cómo prepararse, le diste compañía... A mí no me has dado nada.

Todo estaba en calma.

De pronto, del mar irracional surgió un monstruo de cara pulposa, gomoso, gigantesco.

—¡Oh no! ¡Esto no está en la Biblia! Es... ¡*Cthulhu!*

Repetición

—Papá..., ¡cuéntamelo otra vez!

—¿Otra vez?

—¡Sí! ¡Venga!

—¿Por qué? ¿Tanto te gustan las plagas y las muertes?

—¡Sí! Digo... ¡No es eso! ¡Es que me gusta mucho escucharte cómo lo cuentas! ¡Lo cuentas tan bien!

» ¡Venga! ¡Cuéntame cómo murieron todos esos humanos!

—Está bien...

—Pero, *porfa*, ¡hazlo desde el principio de todo!

—Vale...

—¡Bien!

—¡Ejem! Bueno. Pues allá voy: En el principio, creé los cielos y la tierra, y luego a los animales...

El hilo

Voy a contarles algo: Estoy muerto.

Sí. Lo estoy. Y ustedes también lo están.

No, no me pongan esa cara. Estamos todos muertos. Fue el *Fin*, y todos morimos. Es la pura verdad.

¿Recuerdan el cuerpo que tenían? Y, ¿qué tienen ahora? Una burda carcasa, fea, mal diseñada y mal construida; y llena de problemas.

¿Recuerdan la mente que tenían? Ahora somos torpes, somos lentos, faltos de memoria, tontos del todo.

Somos meros espectros, meros fantasmas de lo que éramos.

Pero ¡éramos tan inteligentes...!

Sí, eso fue lo que nos salvó. Por eso no estamos muertos del todo, por eso somos una pálida imitación de lo que éramos. Cuando sobrevinía el desastre, el fin, la destrucción de todo, los más inteligentes de nosotros diseñaron y construyeron los cuerpos en los que vivimos ahora. Fue todo tan apresurado... tan urgente, que, a pesar de toda nuestra inteligencia, salió esta chapuza.

Sí, hay que reconocerles el mérito. Yo no lo hubiese hecho mejor. ¡Era tan urgente!

Pero eso no quita que estemos *muertos*. Vivimos en un hilo de vida, ¡tan fácil de cortar! ¿Es que no se dan cuenta? ¡El hilo se rompe tñ fácilmente! ¡Incluso se rompe solo!

¿Dónde está nuestra perdida divinidad? Ahora somos meros robots con una pequeña conciencia.

Lo que yo digo, estamos todos *muertos*...

La tarde del 21/05/2004, con sueño. Me entraron ganas de escribir, y escribí, sin ningún plan preconcebido.

Ideas numeradas

Idea nº 1: ¡Tengo una idea!

Idea nº 2: *Pienso, luego existo.*

Idea nº 3: ¡Qué listo soy, ya llevo tres ideas!

Idea nº 4: Si le hago la raíz cuadrada a esta idea, me da dos.

Idea nº 5: ¡Qué inteligente soy! Ni el delegado de cultura es tan listo como yo.

Idea nº 6: ¡Se me han borrado las ideas de la mente.

Idea nº 7: *Sólo sé que no sé nada.*

Idea nº 8: *El que sabe que no sabe, algo sabe.*

Idea nº 9: ¡Casi llevo a diez!

Idea nº 10: ¡¡Llegué a diez!!

Idea nº 11: ¡Oh! ¡Estoy en una idea de número primo!

Idea nº 12: Ma...má. Pa...pá.

Idea nº 13: Sé hablar, sé hablar.

Idea nº 14: Fiuu..., pasé una idea de cuidado, y además es viernes...

Idea nº 15: *Quince, años, tiene mi amor..*

Idea nº 16: ¡Cumpleaños feliz! ¡Cumpleaños feliz!

Idea nº 17: Estoy en la juventud de la vida.

Idea nº 18: ¡Soy mayor de edad! ¡Ya soy un hombre! ¡Un macho!

Idea nº 19: *¡Qué ideas más idiotas se me ocurren!*

Idea nº 20: *¡Qué idea tener ideas!*

Idea nº 21: Recuerdo que tuve una idea.

Idea nº 22: Cuando yo era pequeño, recuerdo que tenía ideas.

Idea nº 23: ¡Joder, mierda!, ¡no se me ocurre nada!

Idea nº 24: He aprendido a decir tacos: Ya soy un hombre.

Idea nº 25: Según las ideas números 24 y 18, soy un hombre con doble personalidad.

Idea nº 25 + $\sqrt{2}$: A veces soy algo irracional...

Idea nº 27 = 27: ...aunque lógico.

Idea nº 28 + i: Mis imaginaciones suelen ser muy complejas.

Idea nº 29: (...pero sigo siendo un primo...)

Idea nº -30: ¡Basta de ser negativo!

Idea nº 35: Me estoy quedando sin ideas.

Idea nº 40: Soy demasiado mayor para tener ideas.

Idea nº 45: Soy demasiado mayor para apreciar las ideas.

Idea nº 50: Creo que tengo lagunas en mis ideas...

Idea nº 60: ¿Idear una idea?

Idea nº 70: ¡Ja!

Idea nº 80: ¿Qué vendrá después de la vida?

Idea nº 90: Ni idea.

Durante un día de F.P.; lo señalado en *cursiva* no es original mío. Por aquel entonces, para mi infortunio, me habían impuesto ser delegado de cultura.

Inocente

Vi la barca cruzar el río, llegar hasta la orilla. Bajaron los hombres, saltó el perro. Odio en sus caras, inquieto el can. La hierba iluminada por las antorchas, los rifles dispuestos. A mí buscaban, temblaba yo. Corrí lejos, no en silencio. Sus pies recorrían mis huellas, todo en ladridos. Caía mi sudor, resoplaba mi boca.

—¡Matad, matad al loco!

Soy inocente, me decía mientras escapaba. No estoy loco. No les hice nada a aquellas gallinas, ni a su dueña. Yo no estaba allí. Soy una buena persona.

—¡Que no escape!

Un perro y unos hombres, todo una jauría. Un disparo suena, bala a por mí. Rodar en el suelo, lastimarme aún más. Roja es la sangre, intenso el dolor.

—¡Le he dado! ¡Le he dado! ¡Ha caído!

Aprieto los dientes, conteniendo el dolor. Intento levantarme, consiguiéndolo a duras penas. Me pongo a correr, o al menos lo intento. El perro me está mirando, pero no me ataca. Buen chico. Los hombres siguen gritando. Vuelvo la vista a ellos. Van a dispararme otra vez, ¡van a matarme aquí mismo! Si me cogen, me golpearán hasta que todos mis huesos estén rotos. Luego, arrastrarán mi cadáver. Pero van a matar a un inocente.

—¡Bang!

Suelo otra vez, dolor de nuevo. Oscuridad en mi vista, gemidos en mi voz. Lamentos por las gallinas, lágrimas por la chica. Hacerlo no debí, hacerlo lo hice...

...están matando a un inocente, yo no fui... Cuando yo llegué, estaba muerta. Quise hacer algo por ella, pero era tarde. Sois todos vosotros unos asesinos, yo soy inocente...

...respirar intento, inundada la boca. Patadas alrededor, costillas rompiéndose. Divertido fue romper cuellos, gallinas todas tontas. Ahora yo gallina, ellos hacerme crujir...

...Dios mío, ¿cómo permites que un inocente muera...?

...muerto estoy, ¿dónde voy...?

...inocente...

Escrito el 29/11/2000, sin ninguna preparación previa.

Por si alguien no lo ha entendido, que lo vuelva a leer, notando que son dos voces alternantes.

Joaquín Montado Balsa

Me llamo Joaquín Montado Balsa, y tengo (en el momento de escribir esto) 21 años. Me doy cuenta de que no te lo crees, porque has visto el nombre del autor del escrito, y has visto que no coincide. Es cierto. No se trata de un pseudónimo. Se trata de que es un impostor. Ha robado este texto, y es incapaz de cambiar una sola coma. Lo transcribirá tal y como está; sólo corregirá las faltas de ortografía. Es un impostor. Ha entrado en mi vida para robármela.

Yo, antes de conocerlo, vivía una vida anónima. Uno de tantos. Cuando nuestros rumbos vitales se intersecaron, sólo yo salí perdiendo. Y ahora, sigo perdiendo. El impostor me devora poco a poco, y yo me disuelvo... cada vez más rápido. Me quedarán unos meses de vida, antes de que todo se acabe para mí. Y la verdad es que no me importa.

Deseo que esos meses se conviertan en días, para poder dejar esta miserable existencia.

Y no me preocupa en absoluto el destino del resto de la humanidad.

Escrito el 25/01/2002.

Kradio en la luna de Jenem-5

El espacio. Vacío y polvo. De vez en cuando, galaxias, dotadas de innumerables estrellas brillantes.

La sonda surca el espacio, explorando un sistema solar. El sol expulsa su luz, y el planeta más grande la recibe con una sonrisa. La sonda se asoma, y se acerca a una luna de forma irregular. La sobrevuela, analizándola con interés.

Y termina por chivarse, emitiendo un mensaje que se podría traducir como:

Hay kradio en la luna de Jenem-5.

Cuando se dominaron los desplazamientos entre sistemas solares, y también entre galaxias, acudiendo a atajos en dimensiones superiores, se descubrió, fatalmente, que algunas galaxias eran de antimateria. Y también se descubrió que no sólo existía la materia y la antimateria, sino también la metamateria. De ésta, sólo quedaban restos por todo el Universo; la mayoría formando una agregación sólida particular: el kradio.

Su interés, además de científico, es mayoritariamente económico, pues es neutro respecto a la materia y a la antimateria. Cuando la materia y la antimateria se tocan, se aniquilan desprendiendo energía; con el kradio no pasa eso.

Así, el carguero Diamond-DT-057321, con sus motores de materia-antimateria, se dispone a cruzar las estrellas para llenar su bodega.

Dada la orden, el espacio se acorta, se comprime, y la nave se va, apareciendo en el sistema Jenem. Sobrevuela el quinto planeta, aproximándose a la órbita de su luna exterior, espiándola. Sí, el kradio está allí. Por toda la luna se encuentran gigantescas concentraciones elipsoidales. Hay una particularmente atractiva, apenas enterrada.

El carguero se abre, y prestamente las máquinas y los hombres amarran aquella bola irregular y la conectan con la bodega. Los cables, larguísimos, mantienen a nave y bola conectadas. Ahora, es fácil arrancar el kradio de la luna deforme. La izan, y, muy suavemente, la encierran, la fijan, encienden los motores, y se van.

La nave se dirige al sol Jenem, preparándose para rasgar el espacio e irse. Dentro, el kradio, que tiene una forma alargada, tiembla. Se forman grietas en un extremo, y saltan los pedazos. Una marea negra en forma de tentáculos surge, húmeda. El producto químico descompone las paredes del carguero, hasta que una brecha surge y se agranda. El ser extraterrestre intenta escapar de su confinamiento. Los humanos que observan en sus pantallas lo que ocurre están aterrorizados ante esta visión. Mandan una mininave especializada, que dispara al ser.

Los tentáculos saltan, arrancados de mala manera. El ser se queja, emitiendo en una radiación kradiónica, que afecta a los sistemas de la nave. Y por fin logra salir al espacio, dejando atrás el carguero, llevándose el kradio como concha dentro de la que vive.

La mininave es rencorosa, y dos disparos revientan el caparazón completo. El kradio sale despedido, junto a trozos del ser. Mientras, el carguero flota, herido, pero no de muerte.

El quejido kradiónico llega a la luna, penetra a través de su superficie, y es recibido. El terreno se mueve, y decenas de elipsoides de kradio surgen, brillantes a la luz del sol, con tentáculos negros asomando en un extremo.

Y si la sonda pasase de nuevo por allí, podría decir con toda seguridad:

Había kradio en la luna exterior de Jenem-5.

En base a un cómic que dibujé durante F.P.

La aventura del semilobo

Entras en el bosque, espeso y negro, como la boca de un lobo; bueno, supones que la boca de un lobo será negra, aunque tú nunca vistes una y, ¡ni falta que te hace ver una boca de lobo delante tuya! (excepto, claro está, si fueses un dentista). Y, por cierto, mira tú por donde hay uno ahí delante; no un dentista (¡pánico al torno perforador de dientes y a su *bzzz!*), sino un lobo; bueno, no exactamente un lobo, sino un semilobo.

Mientras te vas acercando a él (¿y por qué te acercas a él, si puede saberse? *porque si no esta historia sería muy aburrida*), ves que está sentado, con la barriga llena, pues seguro que acaba de comer. Sí, ves que en el suelo, alrededor y delante de él, hay esparcidos un montón de huesos, limpios y roídos.

Mejor será irse, te dices; y cuando lo empiezas a hacer, ¡crack!, la dichosa ramita de turno cruje bajo tus apuestosos pies... y el semilobo se da cuenta de tu presencia, y dice:

—¡Eh, tío!

—¿Quién, yo? —te escaqueas, y deseas salir corriendo, aunque en contradicción con este pensamiento, te vas alejando disimuladamente paso ante paso de la escena del crimen.

—¡Sí, tú!

—¿Quién, yo? —vuelves a repetir.

—¡Sí, tú, el de la ropa sucia!

—¿Quién, yo?

—¡OSTIA! ¡CLARO QUE SÍ! —quedas clavado en el suelo, y el semilobo hace ademán de levantarse y atacarte—. ¿Quieres aprovechar las sobras de mi comida? Es que me da un no sé que el dejarlas tiradas *pa* que las alimañas las zampen.

Pero tú quién te crees que soy yo, te dices a ti mismo en voz no muy alta, para que no se note que te lo estás diciendo y no sea que lo que te estás diciendo haga ecos dentro de tu cabeza y el putito semilobo, con su oído tan finísimo que tiene te lo oiga.

—Bueno, si te empeñas... me las comeré —miras para él y para las sobras, y algo se te revuelve en el estómago: pero no es que vayas a vomitar, sino que hace rato que no has comido—. ¿No serán... de qué son esas sobras?

—¿Eh? ¿De qué son las sobras? Pues... A ver, ¡ah, sí!: Estas de aquí son de un conejillo húmedo que me encontré, y esas otras de un pajarillo, que por cierto estaba la madre que lo parió de duro.

Se te inunda el estómago de jugos gástricos, y la boca de saliva. Terminas por acercarte a él, y él te señala unos restos tirados en el suelo que hasta entonces no habías visto y, ¡glup!, tienen trocitos desgarrados de ropa pegados a los lados:

—¡Glup!

—¿Eh?

—Nada, nada, que debe de estar muy rico, pero la verdad es que no tengo mucha hambre en este preciso momento...

—¡Hammmbrrrrrre! —dice tu estómago, el muy traidor y falso.

—...aunque pensándolo bien, me espera un viaje muy largo y debiera comer un poco...

—Sí, tío, come un poco; y así me haces compañía en este solitario y espeso bosque... —*hasta que te vuelva a entrar el hambre y te apetezca comer las piernas tan apetitosas que tengo... ¿verdad, cabrón?*

Con un poco de temor, te agachas y coges el pedazo de carne tirado en el suelo (el semilobo hace una especie de ¡ja! o ¡jo!, pero con su voz tan ronca bien pudiera ser que se está aclarando la garganta de una bola de mocos), y sin ninguna delicadeza la sacudes y limpias de la tierra y tela que tiene pegados, y te metes un trozo crudo en la boca, no sin algún remordimiento.

Y, oye, no sabe tan mal la mierda esta que te estás comiendo. Con ya mejor cara (¡y qué cara pondría el semilobo si le vomitases el trozo en su cara!), te comes el resto, te relames, te chupas los dedos, te relames, y te relames otra vez por si acaso, y después te repasas todos y cada uno de tus dientes con la punta de la lengua, por si alguna gota de jugo se ha quedado atrapada en algún resquicio de tu boca, y todo ello ante la atenta mirada del semilobo, mirada que conjuga la admiración con el estupor, aunándolos con su peluda cara de lobo.

—Y... ¿qué tal? —dices, una vez repasados los huecos de debajo de las uñas.

—*Pos* bueno —te responde.

—¿Qué te me cuentas? —le preguntas, y él se lo piensa, y al final te mira algo burlón.

—Pues, ya ves, aquí estoy —y al rato añade:— Oye, ¿no tendrás tú por ahí un algo que me hace falta?

—*Pos* puede ser —le dices, serio.

—Pues quizás lo tengas... y yo me ando muy necesitado de ello.

—*Pos* puede ser que sí —le dices otra vez; y te das cuenta de que no estás siendo nada cortés con él, y eso después de que él te ofreciese sus sobras. El tipo seguro que quiere algo de suelto, y bien podrías darle algo.

—Pues..., verás, tío; lo que necesito es... es... —¿pero qué demonios querrá el tipo este, que si parece que está cortado y todo?, ¡un semilobo cortado!, ¡ni tus nietos te lo creerán cuando se lo cuenten!

—Pero ¿¡qué quieres!?

—¡Oye, oye!, no hace falta que te pongas así.

—Venga, dímelo con toda la confianza del mundo, y no me tengas en esta intriga.

—¡Un condón! ¡Todo lo que necesito es un condón! ¡Yo para ser feliz necesito un condón!

—¡Un putito condón! ¿¡Es eso de verdad lo que tanto necesitas!?

—¡Sí, tío! ¡De veras que lo necesito! —*pos no sabía yo que los semilobos usasen condones. ¡Cómo cambian los tiempos!*

Le das el condón; y mientras el condón pasa de mano a zarpa, y al semilobo se le asoman las lágrimas en los ojos de contento y feliz que se pone, a ti también se te saltan las lágrimas, imaginando el polvo que te podrías haber pegado con el susodicho condón.

—¡Gracias! ¡Gracias! ¡Loado seas, tío, por tu bondad y piedad!

—Sí, sí... Cógelo antes de que me arrepienta.

—¡Gracias, gracias! ¡No sabes la falta que me hace!

—¿Ah, sí? ¿Quién va a ser la afortunada, Caperucita Comunista? —y te cagas de golpe: ¡Quizás te la acabas de comer hace un rato! ¿¡De qué ostia sería el pedazo de carne que te comiste!?

—¡Sí! ¿¡Cómo lo has adivinado!?

—¿Eh? ¿Qué? Ah, sí, Caperucita... —¡Caperucita! ¡No me jodas tío, la lolita!

—Sí, tío, ¿cómo lo supiste?

—Pues... nada, cosas mías. Uno que es mejor que Sherlock Holmes.

—Pues sí, tío, la Caperucita. Me la voy a follar dentro de unos minutillos. Me acercaré a esperarla a la salida de la casa de su abuela, y cuando ella salga y se vaya de regreso al pueblo, me verá, y dirá lo típico de *qué polla tan grande tienes* y... ¡por fin!, ¡por fin voy a poder follármela de una vez! Gracias, tío, por la oportunidad que me brindas.

—De nada, tío. Pero, dime: ¿Tú no tendrás nada que ver con los tres cerditos?

—¡Coño, tío, flipo contigo! ¿Eres adivino o qué?

—Oye, uno que se sale...

—Pues lo has sabido, el que queda vive adosado a la casa de la abuelita de la cachondona Caperucita.

—¿El que queda? ¿Pero no se habían refugiado los tres en la casa del más listo, que la hizo de ladrillos?

—¡Sí! —se burla el semilobo—. Eso es lo que dice la gente *pa* consolarse y pensar que no tengo ni puta idea. En realidad derribé con viento fresco las casas de los dos2 primeros y así como revolví en los escombros de sus casitas derribadas, los cogí a cada uno encogidos y hechos una bola temblando de miedo y me los zampé de lo tiernos que estaban.

—¡Entonces es verdad que les derribastes sus casas soplando!

—¡Ka, tío! ¡De eso nada! Eso es lo que dice la peña por decencia, pero la verdad es que se las derribé ¡a pedos! ¡A pedos!

—¿¡A pedos!?

—¡A pedos, tío! ¡Donde se ponga un pedo de lobo, que se quiten los pulmones! —que estás flipando es decir poco; y le sigues preguntando:

—Y al tercer cerdito, ¿qué?

—¡Joder, tío! ¿¡Qué te crees, que estoy desesperado!?! ¡Joder, no! Verás, lo dejé vivo por cuatro razones: La primera es que el *porquiño*, de tanto trabajar para acarrear los ladrillos, perdió su grasa y con ella su jugo. La segunda es que no es bueno comerse a toda la peña que se te cruza por el camino, y es que hay que dejar algo *pa* los demás. La tercera es que si me los como a todos, ¿cómo ostias van a procrear después?

—¿Y la cuarta?

—*Pos* la cuarta... la cuarta... *Pos* la verdad es que ya no me acuerdo de cuál era la cuarta —*seguro que era que el cazador te vació los cartuchos de su escopeta en tu culo*—. Por cierto —te dice—: Si piensas que el cazador tuvo algo que ver con el asunto, te equivocas: ¡Ese tío se estaba follando a la abuelita! Y por cierto: Si sigues por el camino de ahí, ¡ojo con los siete cabritillos locos!: Desde que vieron *Rambo* no se separan de sus lanzagranadas ni de coña... Y ahora te dejo, que me espera una cita urgente... —y el semilobo, como una exhalación se va, se fue digo, porque ya ni se le ve.

Tú eructas un par de veces, te levantas, y te vas, a seguir por tu camino. *Por cierto, ¿yo dónde compré el condón que le acabo de dar, en la farmacia o en la tienda de artículos de broma? ¡Jo!, menuda se va a armar si le di uno de broma, un condón picado de esos. ¿Qué clase de criatura saldrá del cruce de un...? ¡Bah!, espero que simplemente fuese uno de esos de la sex-shop de esos de sabor a fresa de esos que uso en las ocasiones especiales.*

Escrito de un tirón, el 19/06/1997.

La cabaña del bosque prohibido

Tomando el otro día ese camino en tal mal estado que es la carretera a T*, me encontré con que debí haber cogido mal alguna desviación, y estaba ante un cruce inesperado. Llovía. No quise aventurarme innecesariamente, por lo que di vuelta y regresé. Ante mi sorpresa, seguía perdido. Estaba otra vez ante un cruce que no recordaba haber pasado, y ninguna de ambas ramas me era conocida. Un detalle me hizo sonreír y decirme *sé astuto*. Seguí mis propias huellas en el barro. Empapado, decidí no tomarme un respiro y proseguí. Llovió más intensamente. Cuando me di

cuenta, mis anteriores huellas eran indistinguibles. El lugar aún no me era familiar. Más lluvia. Un trueno. Me refugié debajo de un árbol, pero los incordiantes goterones me molestaban mucho. Volví a montar. Oscurecía, tanto por la hora que era como por las nubes; o sea, que oscurecía doblemente.

Entonces, lo más gracioso. La rueda trasera pinchó. Entre todo este barro, y pincho. Vaya. Y la lluvia no daba señales de amainar; todo lo contrario, amenazaba con convertirse en un diluvio.

Empapado, con la ropa y el pelo pesándome, caminando al lado de la bicicleta, el camino se iluminó con un relámpago. Después, el trueno. Era prácticamente de noche, y estaba perdido y lejos. Rectifico, estaba completamente perdido y aislado. No sabía cómo orientarme, e ignoraba si estaba adentrándome más y más en el bosque. Bueno, un poco de aventura...

Un relámpago. Su trueno. El centro de tormenta se me acercaba. ¿Dónde está esa maldita casa antigua con un luz esperanzadora que aparece en todas las películas de miedo? ¡Justo delante mía!

Me pregunté: ¿Pensé primero en la casa y casualmente ahora la veo, o bien la vi y mi subconsciente me sugirió las películas de miedo? ¿O bien, por qué no echo un carrerita para acercarme de una vez? Corrí hacia la luz, y me resguardé en un pequeño cobertizo anexo. ¡Joder!, exclamé, ¡qué frío! Entonces, la eterna pregunta: ¿Llamar a la puerta o no? Si no lo hacía tendría que pasar allí la noche, y el tipo de la casa podría encontrarme allí, encontrándome entonces en una incómoda situación. Pero, si llamaba, entonces... ¿qué misterios ocultaría esa casa perdida en medio del bosque? Si no me lanzaba a llamar ahora, después no sería capaz. Y no creo que pasase en el cobertizo una buena noche. ¡Ostias!, ¡vamos allá! Dejé allí la bici y corrí a la puerta, golpeándola con el puño. Oí ruido dentro, y un tipo abrió parcialmente la puerta.

—¡Que me he perdido! —dije atropelladamente. Debía tener una imagen lamentable. El tipo estaba bastante sorprendido, mientras yo seguía hablando sobre la desgracia en que estaba, etcétera, etcétera. Dijo algo así como *cálmate, chico*, y me dejó pasar. ¡A que no imagináis con qué me encontré! ¿No? ¡Estaban rodando una peli porno! Se me debió quedar cara de tonto. En algún lado de mi mente pensé: ¿Y si ya que estoy aquí quieren que participe? Tragué saliva. No sabía qué era peor.

Pronto, el tipo me comentó que el jefe volvería más tarde en su todoterreno, y que me harían un hueco, y la bicicleta la llevaríamos en la baca. Bueno... Mis pensamientos dialogaban entre ellos: ¿Puedo quedarme a mirar un poquito más? ¿Pero no tenías que emparchar la bici? Cachis...

Terminando de emparchar, vino el tipo y pensé que venía a pedirme que participase en la peli. Tranquilo, pensé. Eso no va a ocurrir. Y no ocurrió. El tipo me dijo si podía echarme una mano, no gracias que ya acabé, y que si quería tomar un café caliente, ¡por supuesto!

Estaba bastante cortado allí, en la mesa con ellos y ellas. Me habían dejado secarme con una toalla, pero no tenían ropa extra para dejarme. En mis pantalones tenía una erección involuntaria. No sabía a dónde mirar, por lo que tenía los ojos clavados en el café con leche. El ambiente se animó, y ellos bromeaba. Dada mi presencia, habían hecho una pausa. Después seguirían. Si quería, podía quedarme a mirar. No, gracias,

estuve a punto de decir. Por una parte quería verlo, y por otra ellos también estarían allí viendo como los veía. Mejor no... ¿o sí?

Hice un gesto con la cabeza, medio afirmativamente, y afirmativamente lo entendieron. ¡Pues nada...! Y, para qué os voy a contar más, alquilarla y la veréis en el vídeo. El título... pues *La cabaña del bosque prohibido*, donde unas excursionistas muy desarrolladas se encontraban con unos robustos leñadores que manejaban unos garrotes impresionantes. En los créditos me hacen una dedicatoria, incluso sale mi bici en una escena en el cobertizo. Yo... se me quedó un extraño recuerdo de la experiencia.

Escrito el 08/03/2001.

La escena del crimen

Un nuevo caso del afamado investigador policial Carlos (acompañado en esta ocasión por una joven promesa).

El hombre alto y delgado con las manos levantadas a la altura de su pecho atraviesa las amplias puertas que separan las mesas de los comensales de la cocina, donde podemos ver a los cocineros atareados con dedicación plena a su trabajo, algún mendigo aquí y allá, una partida de damas en una esquina con gente apostando, etcétera; también llama la atención una jaula colocada en el centro geométrico de dicha sala, a la que el joven personaje que acaba de entrar no presta la más mínima atención. Un gordo y barrigudo cocinero cruza ante él, *el buque insignia de la casa*, piensa. Entonces, divisa a alguien, sólo su cabeza, pero ya basta para que logre identificar a su afamado portador; y a su encuentro se dirige, siempre con las manos levantadas a la altura de su pecho.

—¡Vaya, Carlos! ¡Tú por aquí!

—¡Sí!, ya ves, aquí estoy —Carlos está apoyado en una de las mesas metálicas con estanterías que sirven de base para que los cocineros preparen los manjares que se servirán. Enfrente de él hay una mesa pequeña, sobre la que está tumbado boca arriba el cuerpo de un hombre de mediana edad, más bien avanzada edad, con sangre en el pecho.

—¿Qué haces aquí en la cocina? ¿Estás esperando a alguien?

—Mas bien estoy esperando algo, y antes de decírtelo quisiera saber por qué has entrado en la cocina y por qué has venido hacia aquí, si no es molestia.

—¡Oh!, es que tengo que lavarme las manos y como en el servicio siempre están las de la limpieza desinfectando no me apetecía entrar allí, ya sabes, porque si ensucias algo delante de ellas se enfadan y te lo hacen limpiar con la lengua; por eso he pensado en entrar aquí y lavármelas, y fue en ese momento cuando te vi y pensé: *¡Voy a saludar a mi amigo policía!*

—¡Ah!, vaya; si es por eso mira: Allí enfrente acaban de poner una olla para hacer sopa.

—¡Sí!, es una gran idea —y el joven policía novato se dirige hasta el lugar señalado. Al levantar la tapa de la olla una jauría de caracoles aprovecha para escapar de su

cautiverio. El agua está templada y nuestro joven protagonista se sirve de la baba de un caracol aplastado para enjabonarse las manos. Después, se las seca en el mandil de uno de los cocineros que estaba a su alrededor, alegando su condición de policía para hacerlo.

Ya de regreso junto a su experimentado amigo, le repite la pregunta:

—¿Qué es lo que esperas aquí? —y observando tardíamente que está bebiendo cerveza se da cuenta de que sus dotes de observador no están muy finas, además de que ambos no están de servicio y, por lo tanto, no pueden ejercer de policías.

—Verás... Este hombre que está tumbado aquí delante es un proyecto de asesinato y como pasaba por aquí y como dentro de no menos de una hora... por cierto, ¿qué hora es?

—Las 21.30 pasadas.

—Bien... Como te iba diciendo: Dentro de media hora entro en servicio y como estoy hasta la mismísima coronilla de hacer pajaritas de papel en la oficina esperando por algo interesante que hacer, aprovecho este proyecto de crimen y ya podré hacer algo de provecho.

—Quizás deberías... ¡Ya sé!: Hay unos estupendos libros de papiroflexia que te ayudarían a pasar mejor esas horas de trabajo.

—Sí, ya lo sé. En mi casa tengo uno, pero no me gusta el color de sus tapas, demasiado chillón ya sabes, y no es cosa de llevarlo.

—Podrías forrarlo.

—Sí, es una buena idea.

Se produce entonces un silencio entre ambos, sólo roto por el ajeteo de los cocineros, los gritos de algún animal no humano agonizante, y los aleteos de las palomas. Ése es el tema con el que el joven y tal vez un poco guapo protagonista decide reiniciar la conversación:

—¡Vaya!, palomas.

—No me gustan las palomas —dice Carlos sin levantar la vista del suelo—, no poseen sentido estético y dejan su mierda dispersa de una manera caótica, sin más ley que la del azar. Menos mal que el mundo es demasiado grande como para que lo cubran con su guano.

—Sí; es verdad; tienes razón: Debería estar prohibido que haya palomas en las cocinas.

—Sí; justamente es eso lo que pienso.

—Sí; yo también.

—Sí.

—Sí —murmura nuestro delgado pero bello protagonista.

La conversación vuelve a tener un punto muerto, y de nuevo el joven intenta romper el silencio provisional e indefinido:

—Decías... ¿proyecto de asesinato?

—Sí. Cuando me asomé por aquí guiado por mi infalible olfato el cadáver aún estaba vivo. Si lo pellizcabas gemía; ahora no creo que le falte mucho...

El joven se acerca a la cabeza del tipo y escucha una especie de respiración.

—Efectivamente, aún está vivo.

—Ya te lo dije; comprenderás que mis años de experiencia no son en vano.

—Y puede saberse de qué se está muriendo... Quiero decir, ¿cuál es el desencadenante exterior?, ¿lo han apuñalado?

—Comprenderás que la investigación es secreta y no puedo revelar sus detalles a gente que no esté en el caso; además, hasta que no estés en servicio no puedo revelarte nada.

—¡Oh!, vaya; puedes estar tranquilo: También entro en servicio dentro de poco, a las 23.15.

—Bueno; sé que puedo confiar en ti: Sí, lo has intuido muy bien, lo han apuñalado. Lo han hecho con un cuchillo grande. Desgraciadamente no te lo puedo enseñar porque a uno de los cocineros le ha hecho falta y se lo ha tenido que llevar; pero me ha prometido honradamente que cuando acabase me lo devolvería.

De pronto, sin poder contenerse, nuestro joven amigo estornuda. Siempre amable, Carlos intenta ofrecerle un pañuelo, pero como ni él ni el proyecto de cadáver tienen, toma de la mesa sobre la que se apoya una ensaladera, coge una de las hojas de lechuga allí almacenadas, y se la ofrece a su compañero, que así puede limpiarse los mocos. Y siempre amable y cortés, Carlos vuelve a depositar la hoja de lechuga en el recipiente, y lo devuelve al sitio de donde lo cogió.

—Gracias.

—No hay de qué.

—¡Una limosna *porrr favorrr!* —Dice un mendigo que pasa por allí, pronunciando las erres como un camión:— ¡Una limosna *porrr* la *carridad* de Dios!

Carlos lo mira con desprecio y le dice:

—No tengo cambio.

—¡Es igual! ¡Yo tengo cambio de lo que sea! —responde rápidamente el mendigo.

—No creo que tenga cambio de tarjeta de crédito —el mendigo le mira de forma rencorosa y enfoca su mugrienta cara hacia el bien afeitado rostro de nuestro amigo.

—¡Una limosna *porrr favorrr!* ¡Una limosna *porrr* la *carridad* de Dios o del *Demiurrrgo* a quién usted *prrofese* Fe! —dice esto último consultando varios cartoncillos garrapateados que tiene entre sus manos: Son fórmulas anticuadas para pedir, según la gente que actúe como clientela.

Antes de que pueda encontrar el cartoncillo adecuado para la ocasión Carlos le da una sonora patada al mendigo, añadiendo otra más, no sonora pero dolorosa, impulsado de este modo al tipejo lejos de ellos para que no les incordie.

—Gracias por sacarme del apuro —dice nuestro protagonista, visiblemente aliviado de no ver delante de él aquella miseria humana.

—No hay de qué. Ya verás, en cuanto sean las 22.00 le voy a denunciar por obstrucción previa de las diligencias policiales. Además lo voy a colocar en la lista de sospechosos. Por cierto, ¿falta mucho para las 22.00?

—No mucho. Se pasará rápido.

—Bien.

—Sí.

De nuevo otra vez el silencio entre ambos. Parece haber gran agitación en la sala. Un cocinero novato, cuchillo en ristre, está persiguiendo a un animalejo deforme que lanza de vez en cuando diversos chillidos un tanto graciosos. Cuando la persecución

pasa cerca de ambas policías que pronto ejercerán como tales, Carlos alarga la pierna y el jovencito tropieza, dándose de morros contra la esquina de una mesa.

—La vida es cruel, jovencito. Es una lección que todo el mundo debe aprender cuanto antes.

El chico se levanta con el tabique nasal roto, sangrando abundantemente, y se dispone a irse, pero Carlos añade:

—¡No te vayas de aquí sin antes limpiar esa sangre, o interferirás en una investigación policial y tendrás muchos problemas!

El jovencito, obediente y temeroso, limpia lo que acaba de ensuciar, y se aleja de ellos teniendo buen cuidado de no dejar un rastro de sangre recorriendo el pavimento.

Nuestro protagonista se queda muy impresionado de la sabiduría y buen hacer de Carlos; favorablemente impresionado.

Entonces se acerca hasta el cadáver uno de los cocineros, un tipo regordete y casposo, y con un hacha vieja y oxidada intenta cortarle una pierna a la altura de la rodilla.

—¡Eh!, ¡usted! ¿Se puede saber qué intenta; interfiriendo con una cercana investigación policial? —dice Carlos un tanto alarmado.

—Yo no estoy haciendo nada ilegal —se excusa el tipo—; el muerto, amigo mío por cierto, buen amigo mío, tiene carnet de donante de órganos y necesitamos inmediatamente una pierna para satisfacer el capricho de uno de nuestros más afamados clientes.

—De eso nada. De este cadáver no se toca nada sin mi permiso —y le pone delante de los morros su carnet de policía, teniendo buen cuidado de ocultar con el pulgar su horario de trabajo. Ante tal demostración de fuerza al cocinero no le queda más remedio que irse, eso sí, farfullando por lo bajo.

Faltan pocos minutos para las 22.00, y Carlos está cada vez más nervioso. Se ha puesto a jugar con uno de los cuchillos más gordos que ha encontrado en la estantería de la mesa en que se apoyan él y el joven novato. Si supiese hacer malabarismo se pondría a hacerlo con los cuchillos, pero como eso lamentablemente no se lo han enseñado en la escuela no se pone a hacerlo.

En su lugar lanza el cuchillo repetidas veces al aire, haciéndolo girar vertiginosamente, haciéndole realizar las más insospechadas piruetas, pasándolo de una mano a otra, por delante de él y por su espalda... (esto no lo aprendió en la escuela, y no es malabarismo, es una consecuencia del aburrimiento)...y ¡zas!, el cuchillo gordo se le escapa y se va a clavar en el cuerpo del cadáver.

No crean que Carlos se pone a llorar por éste minúsculo accidente, no. Con gran serenidad se acerca hasta el mango del susodicho cuchillo y lo limpia disimuladamente con una hoja de lechuga que previamente se ha tomado la molestia de coger (de otra ensaladera, pues la antes mencionada ya ha sido servida).

—¡Eh!, ¡usted! —dice Carlos, dirigiéndose al más próximo cocinero—. ¿Me haría el favor de dejar sus huellas digitales impresas en este mango de cuchillo? Es que es para una investigación policial, ¿sabe?

Con esa gran exhibición de tacto Carlos se gana el favor del apuesto y viril cocinero que amablemente accede a su petición.

Desgraciadamente para nuestros dos protagonistas, a falta de un minuto para las 22.00, otro personaje, barrigudo, sin duda alertado por el despechado cocinero casposo, aparece en escena; pero, eso que quede bien claro, luciendo un impecable traje oficial de policía, con las correspondientes manchas de sudor chorreando por los sobacos.

—¡Vaya!, ¡pero si es el afamado investigador Carlos acompañado por una joven promesa del oficio! —dice socarronamente el nuevo personaje que entra en escena—. ¡Carroñeros!, ¡quitándole el trabajo a los demás compañeros! ¡Como se enteren los periódicos de vuestro estilo enseguida os pondrían negros! ¡Carroñeros oportunistas...!

Nuestra joven promesa, azorado y con la cara como un tomate, rápidamente escurre el bulto; Carlos, más experimentado en estos lances, duda si castigar la oreja derecha del cocinero delator, o bien castigar la izquierda.

Orgulloso de su puesta en escena, el barrigudo policía se hace rápidamente cargo del muerto. Pero ésta no es su historia, y lo dejamos de lado, en favor del afamado Carlos. Éste, ya en servicio, habiendo terminado las tres litronas justo antes de las 22.00, detiene a un cocinero con aspecto de bobalicón que transporta un pequeño pero espacioso cuenco.

—Disculpe. Investigación policial. ¿Qué lleva ahí?

—¡Oh! —dice azorado el bobalicón—. *Son-son* sólo cucarachas y animalejos afines que el fumigador se ha olvidado de recoger.

—¿Donde está el fumigador?

—*Aca-acaba* de irse.

—¿Se da cuenta de que eso tendré que verificarlo?

—*Sí-sí*.

—Vale. No hagamos un castillo de un grano del culo. Espero por tu bien que estas cucarachas tengan la talla mínima legal para proceder a su captura y posterior exterminación.

—¡Oh!, *sí-sí*, señor —dice el bobalicón, cada vez más nervioso—. *No-nosotros* siempre cumplimos con la normativa legal.

—Vale. Así, a simple vista, lo parece. Pero tomemos una muestra al azar. Y más vale por tu bien que sean crujientes, y no cucarachas de imitación —el cocinero traga saliva. Carlos mete la mano en el montoncito de bichejos, revuelve un poco, y saca un ejemplar—. ¡Vaya!, le falta una antena...

—¡Ha sido un problema de manipulación! ¡Puede pasarle a cualquiera! —responde rápidamente el bobalicón nervioso.

—Tranquilo, tranquilo. Veamos... —y tras una rápida hojeada escoge una en buen estado—. Ésta parece estar bien... —se la mete en la boca, la mastica lentamente, saboreándola—. Te has salvado por esta vez. Ten más tiempo para la próxima, pero me tendré que quedar con esto de prueba, ¿algún problema?

—No, ¡no! ¡Quédeselo! —se lo da con brusquedad y se aleja a grandes zancadas, sudando copiosamente.

De esta forma, dejamos a Carlos con su crujiente aperitivo nocturno. En otra ocasión quizá volvamos a saber de él.

Fin (de momento).

La inspiración es un gusano

La inspiración es un gusano con sendas cabezas en cada extremo que vive en tu estómago.

Al principio está tranquilo, come un poco de lo que le echas, y te deja tranquilo. Pero un día empieza a tener mucha hambre. Se revuelve inquieto, te mordisquea el estómago, y pide más y más. A lo largo del día y de la noche, de vez en cuando, te avisa de que está ahí, de que le prestes atención.

A lo mejor, cuando está algo satisfecho, se va a dormir a tus tripas; y tú crees que ya te has librado de él. Piensas que podrás dormir tranquilo, pero te equivocas. Esperas a que de un momento a otro quiera volver a incordiarte, y temes que eso suceda. Sabes que volverá, y maldices el día en que lo dejaste crecer. Y vuelve. Crece y crece, y quiere salir.

Y sabes que no quiere ir a salir por detrás, no, quiere salir por tu boca, con tu dolor, con tu esfuerzo. Se atasca en tu garganta y te asfixia. En ese momento sabes que estás perdido.

Con gran esfuerzo, durante un tiempo que se te antoja ilimitado, lo vomitas. Y por fin sale de ti. Lo tienes ante tus ojos, y no te crees que algo así haya podido salir de ti. No hay explicación para ello.

Tras haberlo hecho, una paz interior te inunda. Aunque sabes que, quizás, otro gusano esté creciendo en tu interior, creciendo lentamente para, algún día, tomar el control de la situación y empujarte a que, otra vez, vuelvas a hacerlo.

Marzo de 1997.

La luz prometida

Sus tripas resonaron en la oscuridad de su abultado vientre de tradición cervecera.

Como siempre, incorporó su gran cuerpo apartando de un manotazo las sábanas. Atravesó la habitación encaminándose a través del pasillo. No hizo falta accionar ningún interruptor, pues se sabía el camino de memoria. Estaba acostumbrado a recorrerlo a ciegas. Un paso más y un giro a la derecha, otro, y un giro a la izquierda. Mano que agarra el picaporte, y todo su abultado cuerpo penetra en la cocina. Su sobredimensionado culo fue lo último en entrar.

Medio paso y ya estaba frente al sagrado almacén de viandas siempre complacientes: La nevera.

Abrió la portezuela con la boca inundada en saliva. Y algo pasó.

La oscuridad era total. La fría vaharada de aire le acarició, pero la oscuridad era negrísima. La maldita lucecilla no funcionaba. Desconcertante.

Se quedó allí parado como un estúpido, sin saber qué hacer. La primera vez que le sucedía eso y era incapaz de reaccionar. No le habían preparado para eso en la escuela. Tras años de rutina, sus esquemas mentales se rompieron, y cayeron en trocitos a sus pies. Mojándolo.

El nuevo día ni siquiera lo saludó.

Durante F.P.

La obra de toda una vida

Probando..., uno, dos, probando...

¡Qué falta de originalidad!, eso de probar la grabadora diciendo lo típico.

Al grano, que soy de pocas palabras. Precisamente, soy de tan pocas palabras que soy (¡ejem!) analfabeto. No es culpa mía serlo, son cosas de la vida. He intentado aprender a leer y escribir, pero se me hace muy difícil a mi edad. Cuando veo un libro... si no tiene dibujos y letras grandes no sirve para mí. Se oye hablar de tantos escritores, hay periódicos y revistas... para mí es la radio y sobre todo la televisión. Puedo pasarme el día mirándola, feliz.

Quisiera ser un escritor, y creo que lo he logrado.

Para serlo, hay que escribir muchos libros; al menos, uno. Para escribir un libro hay que escribir muchos capítulos; al menos, uno. Para escribir un capítulo hay que escribir muchos párrafos; al menos, uno. Para escribir un párrafo hay que escribir oraciones, una al menos. Y para escribir una oración hay que poner una palabra por lo menos. ¿Cuál es la palabra más fácil, más simple, con sentido por ella misma, y necesaria?:
Fin.

Fin.

Ésa es la obra de toda mi vida. No es la más larga, pero sí es la más corta. He aprendido a escribirla, y la he puesto en una hoja de papel, la firmé (firmar no es escribir), y ya puedo ser famoso.

Y eso es todo (lo que tenía que decir).

Escrito el 31/03/1999, en base a una idea antigua.

Laguna en la memoria

Aquella vez fue la única vez que tuve una laguna en la memoria. Soy un tipo flacucho, algo débil, abstemio, pero feliz. Recuerdo... ese día íbamos yo y unos cuantos amigos caminando a un lugar de diversión; era tarde, y tuvimos que pasar por una zona un tanto oscura en que se había convertido un bloque residencial. La ancha acera se interrumpía con unos escalones descendentes, continuaba un pequeño tramo a menor nivel que la carretera, y luego con otros escalones ascendentes volvía a situarse a nivel. Hay una puerta allí abajo. No era la primera vez que pasaba por allí, incluso lo había hecho solo; quiero decir, era sombrío pero no peligroso. Aquella vez yo, medio distraído, era el último. Estaba algo deprimido, e iba con las manos en los bolsillos, cabizbajo, y con el sombrero incrustado hasta el fondo. Bajé la escalera despreocupadamente del mundo exterior. Seguí caminando con lentitud, sin perder de vista al compañero que andaba delante de mí. Por el rabillo del ojo pude percibir a dos tipos que estaban a un lado, en la esquina. Uno de ellos era un borracho. El otro era un joven que llevaba una cazadora negra, larga y aparentemente pesada; tenía un aire

amenazador y pendenciero, y llevaba un fuerte palo corto en una mano. Me pareció peligroso estar allí, y apuré el paso. Subí el primer escalón. Y el segundo, pensando que pronto estaría a salvo. Hubo entonces un extraño sonido, y luego:

—¡Eh, tú! ¿¡Pero quién te crees que eres!?! —un escalofrío recorrió mi cuerpo como un lento relámpago de hielo. Giré la cabeza, temeroso de que si salía corriendo sería peor. Repentinamente, me había olvidado de mis amigos, y de la protección que ellos suponían. Miré atrás, y entonces vi al joven de pie, con las piernas separadas en una postura amenazante, al lado del borracho, que le miraba con pavor. Capté entonces el significado del sonido que había precedido a la voz: el borracho había vomitado a los pies del otro. Antes de que pudiera darme la vuelta e irme, el pendenciero asestó un duro golpe contra la cabeza del borracho. El sonido resonó en mi cabeza como en un tambor. La sangre alcoholizada saltó. Tras la sorpresa inicial, fueron más y más golpes a la cabeza indefensa, que era incapaz de pedir clemencia. Los golpes eran perfectos para causar mucho dolor. Y un crujido, quizás imaginario, me recorrió los oídos como un trueno.

Allí estaba el joven junto al cuerpo de cabeza destrozada y bañada en sangre. Sin duda, muerto. Y yo, inmóvil y pasivo en la escalera. Y solo, muy solo. El asesino se giró y me enfocó con sus ojos de niño. De demonio. Mi cuerpo se paralizó, y fui incapaz de reaccionar. El tipo dio un paso hacia mí, y creí que me iba a derrumbar en el suelo. Entonces lo siguiente que recuerdo es estar con mis amigos, despreocupado y desenfadado, bromeando con ellos, riendo y divirtiéndome. Feliz, en suma. No recuerdo lo que pasó en ese tiempo perdido. Mis amigos no se dieron cuenta de mi retraso hasta mucho más tarde. Dicen que cuando aparecí no di ninguna explicación concreta, y mi aspecto no era extraño. En los periódicos nunca encontré una mención al borracho muerto; tampoco volví a ver al joven de la cazadora, aunque su cara amenazante se me ha quedado grabada en la memoria. Y me gustaría saber qué fue lo que realmente pasó aquel día.

De un sueño, a principios de mayo de 1996; en él lo leí, con sus tres párrafos: bajar, andar y subir.

Las cosas del amo

Primera fase

—Testículo derecho llamando a testículo izquierdo, ¡cambio!

—Aquí testículo izquierdo; te recibo con interferencias, ¡cambio!

—Aquí testículo derecho, ¿¡qué tal va la producción, Paco!?, ¡cambio!

—¡Oh!, ¡aquí continuamos a marchas forzadas!: La masturbación de anoche supuso una pérdida masiva de espermatozoides. ¿Y tú qué tal, Nacho? ¡Cambio!

—¡Con ligeros problemas, Paco! Ya sabes que el Amo tiene tendencias masoquistas y le gusta machacarnos cuando se la menea: Pues anoche se pasó y nos ha derrumbado unas cuantas estructuras; pero en unas pocas horas todo a punto de nuevo, ¡cambio!

—¡Nachó!, dime, ¿tienes conexión con el centro visual? Es que tengo por la línea 2 al Ojo del Culo y no ve nada, ¡cambio!

—¡Pues sí! En este momento estamos en la universidad en la clase de física, ¡cambio!

—¿¡Pero qué hace en física si el único vector que conoce en estos momentos está más flojo que un chicle!? ¡Cambio!

—¡Estoy intentando averiguarlo! Creo que...

—¡Nacho!, ¡Nacho!; ¡contesta!, ¡contesta...!, ¡cambio!

¡ALARMA DE TÍA SALIDA!, ¡ALARMA DE TÍA SALIDA!

—¡Paco!, ¡alarma de tía salida!, ¡¡alarma de tía salida!!, ¡cambio!

¡ALARMA DE TÍA SALIDA!, ¡ALARMA DE TÍA SALIDA!

—¡Nacho!, ¡Nacho!, ¡creo que nos están metiendo mano!, ¡cambio!

¡ALARMA DE TÍA SALIDA!, ¡FLUJO SANGUÍNEO AUMENTANDO SU PRESIÓN!, ¡ALARMA DE TÍA SALIDA!

—¡Paco!, ¡Paco!, ¡sí!, ¡sí!, ¡es cierto!, ¡caaacambio!

—Nacho, ¡Nacho!, ¡aaah...!, ¡aaaa...h!, ¡caaa... *ambio!*

—¡Paco!, ¡Paco!, ¡Juanillo está en máxima erección!, ¡¡máxima erección!!, ¡caa... *am... am... bio!*

—¡Nacho!, ¡Nacho...!...

—¡Paco!, ¡Paco...!...

...¡CANCELACIÓN DE EYACULACIÓN!, ¡ORDEN DE RESERVA!, ¡CANCELACIÓN DE EYACULACIÓN!

—¡Mierda! ¡No nos dejan hacer nuestro trabajo! ¡Cambio!

—¡Mierda! ¡¡Mierda!!...

—¿Alguien habló de cagar? ¡aquí el Ojo del Culo! ¿Toca ahora?

—¡...Cállate ya tú!, ¡mirón!

—¡Paco!, ¡Paco!; ¿me recibes? ¡Cambio!

—¡Sí!, te recibo alto y claro, Nacho, ¡cambio!

—¡Buenas noticias! ¡Me informa Juanillo de que hay plan para esta tarde! ¡Cambio!

—¡Anda ya! ¡No me tomes los pelos que me hincho! ¡Cambio!

—¡Sí, en serio! ¡Vamos a ir a su casa con la excusa de ayudarla con unos problemas de física y nos vamos a aprovechar de su físico! ¡Cambio!

—¡Aquí Paco!, ¡inicio secuencia de ritmo acelerado de producción! ¡Esta noche nos vamos a lucir! ¡Cambio!

—¡Aquí Nacho!; ¡nosotros aquí también a máxima producción! ¡Cambio!

—¡Nos vemos en el paraíso! ¡Cambio!

—¡Allí estaré, a tu lado! ¡Cambio y largo!

Segunda fase

—¡Aquí Juanillo el Glande! ¡Siento algo! ¡*Ca-ambio!*

—¡Aquí Simeona la Vejiga Meona!: Juanillo, ¡no seas burro, que estoy meando! ¡Cambio y meo!

Tercera fase

AQUÍ EL AMO: ¡TODOS A SUS PUESTOS!

—Aquí Ojo Avizor: Estamos acercándonos al objetivo. Preparo informe preliminar: De tez sonrosadilla, cabellos como chorros de oro, ojos almendrados, dientes de perla y boca de rubí; de nalgas redondeadas y prietas, y unos senos, tetas, peras, melones... ¡Para comérselos! Aquí Ojo Avizor: Fin del informe preliminar. Preparo formularios para el próximo informe del objetivo desnudándose. Espero impaciente. ¡Cambio!

—Aquí Manolo Manitas a man direita. Toy tocándolle o cú. ¡Qué cú! Espero suxerencias, ¡cambio!

—Aquí el Ojo del Culo, ¿por qué no le haces una visita a mi colega femenino? ¡Cambio!

—Aquí Manolo Manitas axudado polo meu irmán Manoel o Xurdo separando as tetas do cú, falando tésnicamente, jlúteos. A jichiña aínda ta vestía: Pido permiso pra íla desnudando. ¡Cambio!

AQUÍ EL AMO: PERMISO CONCEDIDO. PREPARADOS PARA MORREO INTENSIVO: ¡QUIERO LA LENGUA HÚMEDA Y COSQUILLEANTE!

—Aquí Gordo Pie Dedo Derecho: ¡Que me pisan! ¡Cam-jaugh!-bio!

AQUÍ EL AMO: ¡JÓDETE! ¡SIGAN LAMIENDO!

—Aquí Gordo Pie Dedo Derecho: ¡¡Que duele!! ¡Cambio!

—Aquí Lengua la Húmeda: La tía usa la misma pasta de dientes que nosotros, ¡casualidad, casualidad! ¡Cambio y relamo!

AQUÍ EL AMO: FIN DE OPERACIÓN DE DESVESTIMIENTO. ESPERO INFORME.

—¡Aquí Ojo Avizor flipando por un tubo...!: ¡Paso del papeleo!, ¡cambio y miro!

AQUÍ EL AMO: PREPARADOS PARA EXHIBICIÓN. JUANILLO, ¡PREPARADO!: FLUJO SANGUÍNEO DERIVANDO TU CURVILINEALIDAD INTEGRÁNDOLA EN UNA RECTITUD INTENSIVA Y EXTENSIVA...

—Aquí Juanillo: No entiendo nada: Me lo repita, ¡cambio!

¡UN POCO DE SERIEDAD!: ¡QUE TE EMPALMES, ¡COÑO!!

—¡Ya!, ¡vale! haberlo dicho antes. Allá voy con máxima erección de trabajo. Pero... ¡atención!, ¡algo raro me pasa! ¡Desde aquí arriba tengo vértigo! ¡Me mareo...! ¡Cam-ambio!

JUANILLO, NO ME FALLES AHORA, ¡CONFÍO EN TI!

-Aquí Juanillo... ¡No quiero entrar ahí! ¡Está muy oscuro...!

JUANILLO, ¡UN POCO DE RESPETO AL AMO!

—¡Yo quiero encogerme y esconderme en el prepucio...! ¡¡Mamá...!!

JUANILLO, NO LO HAGAS, ¡NO LO HAGAS!, ¡¡NO LO HAGAS AHORA QUE POR FIN VOY A MOJAR!!!, ¡¡¡NO LO HAGAS!!! ¡¡¡¡Noooooo...!!!!

—Aquí Ju-ju-a-ni-ni-llo..., ¡bruagghht...! ¡Spugg, spuggt, ¡spuaggt!!

¡ALARMA DE RIDÍCULO POR EYACULACIÓN PRECOZ! ¡ALARMA DE RIDÍCULO POR EYACULACIÓN PRECOZ...!

—Aquí Mejilla Sonrosadilla; ¡oight!, ¡qué corte! ¡Cambio!

Cuarta fase

—Testículo derecho llamando a testículo izquierdo, ¡responde Paco! ¡Cambio!

—Testículo izquierdo respondiendo. ¡Qué orgía! ¡Cambio!

—Sí, Juanillo se portó como un machote...

—...y se empleó a fondo...

—...y se metió hasta el fondo...

—...y allí todo estaba húmedo...

—...y calentito...

—...y...

—¡¡Aquí Juanillo!! ¡¡Una palabra más de recochineo y os meo encima!! ¡¡Cambio!!

—Je, je, je...

—...je, je, je...

—¡¡Os voy a cascar en dos y luego...!!

AQUÍ EL AMO: JUANILLO, ¡TE VOY A ARRANCAR PORQUE YA ME ESTÁS TOCANDO LOS HUEVOS!

—Perdón, perdón...

—Je, je, je...

—...je, je, je...

Invierno de 1995, escrita durante un par de clases en la universidad.

Llamar al destructor

(Oscuridad...)

—No quiero ni presentarme ante vosotros.

(...bordeada de blanco.)

—No soy alguien importante a quien recordar.

(Tres pozos de oscuridad sobre fondo blanco.)

—Puedo ser muy desagradable si la ocasión lo necesita.

(Dos ojos vacíos, y una nariz hueca, en una calavera.)

—Voy a contaros algo: Una vez yo también estaba vivo como vosotros; mi sangre era caliente, y mi rostro atraía jovencitas.

(Un cuerpo joven, vestido, descarnado, parcialmente calcinado, sentado en cuclillas en la explanada, con el viento robándole el polvo y las cenizas que le cubren.)

(Pero todavía vivo.)

—Por aquel entonces sí se podía disfrutar de la suave brisa acariciando mi cara, meciendo mi pelo...

»...hasta que el servicio militar obligatorio me alejó de mi hogar, de mi tierra, de mi gente, me privó de mi pelo, de mi orgullo, de mi posición...

»La situación se hizo insoportable por momentos. Aprovechaba cualquier ocasión para alejarme de aquella cárcel, de aquel hacinamiento humano, de aquellas miserias. No quiero recordarlo otra vez.

»Tampoco recuerdo exactamente cómo se me ocurrió hojear aquel libro, creo que por sus ilustraciones en negro y rojo, tan de pesadilla; y no sé si arrepentirme de haber leído parte del texto que acompañaba a aquel pavoroso dibujo.

»Y aquel día después, en que, lleno de ira, de furia, de rabia, repetí las palabras leídas; y cómo sentí que aquella plegaria surtía efecto lentamente, y cómo empecé a sentirme terriblemente cansado. Recordé que había invocado a alguna criatura antinatural, y que ésta había pasado mi plegaria a otra de una realidad distinta, hasta

llegar a otra, inmensa, superior y terrible. A mi memoria volvió la imagen abominable de lo que había llamado, y temblé. Horrorizado al ver cómo las nubes tomaban forma, y cómo la niebla adormecedora iba rodeándolo todo... intenté huir, escapar, pero estaba demasiado cansado. Si hubiese leído mejor el libro... Tenía esperanza en que por ser yo el que lo había llamado, me dejase. Pero no lo hizo... hasta que casi fue demasiado tarde; con mi cuerpo prácticamente inservible.

»Había llamado al Destructor, y el Destructor vino. Se hizo la noche en el día, y el cuartel quedó aislado del exterior, sumido en la niebla. El Destructor se mostró, bajando del cielo y ascendiendo del suelo, con sus múltiples partes atacándonos, pues está formado por innumerables cuerpos, monstruosos cada uno ya de por sí, enloquecedores juntos, cuya visión hace desvanecer.

»Destrozado, me dejé allí, en medio de la explanada. No sabía en qué estado me encontraba; si lo supiese, no habría implorado por mi vida, le habría dejado acabar conmigo. Ahora sólo deseo que la pesadilla en que se ha convertido mi existencia, con los sentidos inútiles, deje paso a la paz de la muerte.

Escrito el 4/10/1998. Se forjó en una guardia de finales de septiembre de 1998, en base a ideas anteriores, y a unas viñetas que iniciaba un proyecto cómic que nunca fructificó.

Mayormano, y Menormano

Esta historia es *reciente*, tan reciente, que su final está siendo escrito mientras es leída.

Cuando su madre quedó embarazada se llevó una pequeña sorpresa al saber que iba a tener gemelos univitelinos. Tener dos hijos iguales no iba a ser una carga, aunque para ser la primera vez era un acercamiento quizás demasiado brusco a la maternidad.

Como es costumbre, ropas iguales para ambos, para hacer más difícil todavía la diferenciación entre ellos. Acercándose las últimas semanas pudo notarse, por primera vez y de forma clara, que ambos hermanos no iban a ser tan iguales como debiera ser.

Uno de ellos, sin motivo aparente, empezó a crecer con más ímpetu que el otro, que incluso llegó a parecer que no sólo se estancaba en su crecimiento, sino que encogía. Como si uno estuviese a absorber al otro a través del cordón umbilical.

Los médicos intentaban calmar a los padres. Pero el caso es que no hubo manera de igualarlos, y cada semana que pasaba la diferencia se hacía más patente.

A sus padres no les gustó demasiado la perspectiva de tener dos iguales de distinto tamaño, pero terminaron por resignarse. Y les surgió ese dilema tan tonto, al que de repente dieron mucha importancia: El hermano mayor sería el primero en salir, pero, ¿y si salía primero el pequeño? Entonces, el hermano mayor sería el más pequeño. Tal vez así se compensase la diferencia...

Bueno, pensaban los padres, hay más probabilidad de que salga el mayor pues es más grande, y cuando se metiesen las manos allí dentro sería el que más abultase. Pero también podría ser que el pequeño, al ser más estilizado, se escurriese antes de allí dentro.

Llegaba el momento final y la tensión creció, por mucho que dijese que ya se apañarían cuando llegasen.

Inspirar, expirar, cesárea; inspirar, expirar, y el primero fuera; inspirar, expirar, y el último.

El tiempo transcurre lentamente, siempre con la misma prisa; y ambos hermanos gemelos, perfectamente diferenciables uno del otro, aumentaban sus diferencias. Uno, al que llamaré Mayormano, era el mayor y más fuerte; su hermano, al que nombraré como Menormano, parecía frágil a su lado. Aunque empezaron sacando las mismas discretas notas en el colegio, pronto se hizo patente la *natural* incapacidad de Menormano para los estudios y los deportes, y la *natural* habilidad, destreza y capacidad de Mayormano para las mismas cosas en las que su hermano fracasaba.

De la misma forma que el simpático, atractivo y extrovertido Mayormano se ganaba la amistad y admiración de todos los que le conocían, de persona o de vista, convirtiéndose en el hijo que toda madre desearía tener, el pequeño, zurdo, callado, peludo, oscuro e introvertido Menormano terminó siendo como alguien que no era totalmente de la familia, como un fantasma, pero al que había que mantener.

Fíjate en tu hermano, le decían; y Menormano levantaba la cabeza y veía, allá arriba, un ser grande y musculoso que se le parecía, pero no demasiado. Decidieron meterlo en un gimnasio para que se fortaleciese. Para no desentonar, cometieron el error de matricular también a Mayormano, y la cosa terminó peor que como había empezado: Mayormano aumentó el volumen y la fuerza de su musculatura, y Menormano llegaba siempre cansado y desanimado por lo que, inevitablemente, Mayormano terminó entrenando sin la compañía de su hermano *pequeño*.

Entre ellos, Menormano apenas decía nada, y Mayormano se creía su ídolo. Trataba de animarlo, darle consejos y ayudarlo, y Menormano parecía no oírle, parecía no estar allí, y tomó por costumbre evitar a su hermano *mayor*.

Convertirse en futbolista, ser fichado por un gran equipo, y ganar millones mientras en sus ratos libres estudiaba para médico, fue aparentemente muy fácil para Mayormano. Él era un ganador, y así lo demostraba, aunque pocos se daban cuenta de lo costoso que era serlo. Respecto a Menormano, en cuanto pudo, no se volvió a saber mucho sobre él. Cuando sus padres murieron en un aparatoso accidente de circulación, Mayormano cedió la casa familiar a su único hermano.

Los años pasaron, y la cuenta corriente de Mayormano y su distanciamiento con Menormano aumentaban. Un día, de esto no hace mucho, por el mutuo cumpleaños, Mayormano apareció en el edificio familiar.

¡Cuántos años hacía que no aparecía por allí! ¡Cuántos recuerdos regresaban a su memoria! ¡Cuántos años hacía que no sabía cómo le iba a su hermano! Sabía que él estaba allí. Aparcó su coche al lado mismo de la entrada. Bajó, sin llevarse consigo el abultado regalo y, tras plantarse delante de la puerta principal, pulsó el timbre.

Éste sonó, y su hermano tardó dos timbrazos más en aparecer. Mayormano casi no lo reconoció. Era como verse a sí mismo en un espejo tras haber pasado varios años de penalidades perdido en algún inhóspito desierto. No hubo abrazo fraternal ni lágrimas en los ojos.

Cuándo Mayormano entró en casa, lo primero que pensó fue:

Esto es una abominación.

Seguidamente:

¿Por qué?

Y entonces se dio cuenta de lo que pasaba:

La casa familiar, de la que tantos recuerdos tenía, había cambiado, pero sin cambiar. Allí estaban todas las cosas que él recordaba, colocadas al lado de las otras cosas que estaban a su lado antes de que sus padres muriesen, en orden; pero no estaban ni en orden ni en su verdadero sitio. Al atravesar el umbral y ver aquello se sintió como si estuviese atravesando un espejo, pues todo lo que antes había estado a la derecha, ahora estaba en la izquierda, y viceversa.

Ver la realidad a través de un prisma de recuerdos distorsionados no es una experiencia gratificante, pero sí curiosa. Charlaron amigablemente. Menormano permitió al confuso Mayormano recorrer la casa, sin pedir una explicación para ello.

Cuando abrió la puerta del sótano y vio abajo, a las escaleras que penetraban en aquella oscuridad, sintió un escalofrío en su espalda. Un aire malsano y extraño se hizo presente. Alargó la mano para presionar el interruptor y que la luz artificial iluminase aquello, pero antes de lograrlo un golpe le impactó en la espalda.

Emitió un sonido extraño en él y cayó, absorbido por el vacío y la oscuridad. La negrura se lo tragaba, y creyó oír risas antes de voltearse en la nada y tropezar contra algo hiriente y frío. Rodó, sin distinguir ni entender nada; sólo a veces veía algo irreal: un rectángulo tenuemente iluminado en el que se recortaba una silueta maldita. Giró vertiginosamente, sintiéndose mal; su cabeza daba vueltas, pero no parecía pertenecer al cuerpo que estaba pegado a ella, que se lastimaba continuamente y transmitía con incordio señales de dolor; creyó que, aunque estaba girando todo su cuerpo, su cerebro permanecía en otra oscuridad interior, flotando en un lago enterrado en algún peligroso abismo, inmóvil y sereno, atado al mundo por un feo cordón umbilical que se retorció, que se retorció hasta hacerse tan fino, tan fino, que se rompía y lo dejaba precipitarse allá abajo...

El impacto contra el suelo, al final de la escalera, le devolvió bruscamente a una realidad que no podía estar pasándole a él. Todo daba vueltas, anudándose en confusas espirales; se sentía húmedo, salado y ácido, inmóvil y con varios huesos rotos, incapaz de moverse y andar; los oídos le pitaban, y muchos tambores resonaban mudamente en su nuca; estaba como agrietado y recosido parcialmente.

El pitido iba desvaneciéndose, y en el ruido de fondo pudo empezar a distinguir una voz distorsionada. Dirigió la vista al lugar de donde provenían y vio, allá en la cúspide, a su *hermano*.

—...tu sufrimiento va a ser nada comparado con...la historia de la...dolor y castigo... —no sabía si aún era capaz de oír bien, pero aquellas frases troceadas tenían múltiples matices que se le escapaban—...¿qué te parece si te saco un ojo, y raspo el hueco con una cuchara? ¿...o prefieres que practique con tu lengua la acupuntura con destornillador...? —aquella voz llena de odio y de deseos de venganza era la de un loco, y su hermano estaba bajando, uno a uno, los peldaños de la escalera, acercándosele—...atado, indefenso, estirado...

Esto no puede ser cierto, se decía a sí mismo, mientras intentaba arrastrarse por el suelo como un inválido, alargando los brazos y tirando... esto no puede ser cierto. Se sentía bloqueado, y aquella criatura con quien una vez compartió el mismo vientre se acercaba, aterradora y poderosa.

—¿...nunca te han extirpado la rótula? Tranquilo, te clavaré mi sacacorchos preferido en la rodilla, lo introduciré vuelta a vuelta en el hueso, y luego lo sacaré de un tirón... casi sin dolor, ¿verdad...?

Avanzó un poco más, pegado al suelo; percibía que, a partir de las costillas hacia abajo, los restos de sí mismo que le quedaban eran un colgajo informe y sin vida que le impedían ser libre. Quiso gritar, pero sería ridículo en alguien como él. Pero su supervivencia inmediata había atravesado un límite que nunca creyó tener que soportar.

—...una manguera por el culo, abro el grifo, presión y... ¿te imaginas tu vientre hinchado, tus tripas revueltas a punto de estallar... y tu ombligo, con su cara arrugada al descubierto, listo para ser extirpado con una pequeña e indefensa operación...?

No puede ser cierto...

—¿...qué tal una vasectomía casera?, ¿o una circuncisión con tijeras...? Espero que te hayas lavado el escroto...

No puede ser cierto..., pero su cuerpo estaba bloqueado, de su boca caía saliva, y quería llorar o vomitar pero no era capaz.

—...lo clásico: ¿Dolerá mucho si te arranco las uñas, o te divido en dos los dedos como si pelase un plátano, o te taladro las manos justo por el centro...?

Aquello era fantasmagórico, parecía destilar... parecía surgir humo de las grietas del suelo... y aquella bestia parlante ya estaba casi a su lado, casi a su lado...

—¡...cuánto he esperado este instante...!

El corazón... por fin podía sentirlo, golpeando su pecho...

—...será lenta, será lenta y atroz, y me suplicarás que acabe, que acabe de una vez...

...golpeando su pecho como si quisiese salir, salir y escapar... huir de...

—...no sabes las ganas que te tenía...

...de lo inevitable...

—¡...no sabes tú bien las ganas que te tenía...!

...de...

—¡...cómo voy a gozar de esto...!

¡...de la muerte lenta! ¡De la muerte que nunca llega! ¡Del sufrimiento! ¡De los miembros desencajados, de dedos rotos y doblados hacia atrás! ¡De pelos arrancados, chamuscados! ¡De piel resquebrajada, arrancada a tiras! ¡De nervios chispeantes de dolor! ¡De órganos ocultos expuestos a la luz, de huesos astillados, de...!!

Antes de que Menormano pudiese entenderlo, el indefenso cuerpo tirado en el suelo se convulsionó y, antes de poder pensar que quizás iba a reventar antes de que él alcanzase el último escalón y cumplierse todo aquello ¡y más!, de lo que le había estado diciendo, ¡prometiéndolo!, Mayormano se irguió y, de una zancada, se plantó ante su vengativo hermano, con los ojos inyectados en sangre y espumeante baba sucia resbalándole por las comisuras de los labios.

Y antes de que comprendiese el giro que la situación estaba dando, Mayormano lo desarmó y lo arrojó al final de la escalera, donde antes había estado él y ahora estaba Menormano, indefenso, confuso y extrañado.

Y ahora se oyó, por fin, la voz de Mayormano, diciendo:

—Si tu estás loco... ¡¡yo más!!

¡...no sabes las ganas que te tenía...!

Esto fue la tarde de anteayer. Espero que Mayormano se haya cansado de jugar a doctor loco y se haya decidido a rematar por fin a su *querido hermanito*.

Ideado una noche del verano de 1995.

Mi problema

Tengo un problema... bueno, tengo varios problemas, pero hay uno que me preocupa especialmente. Más que preocuparme, me copa completamente; absorbe mi tiempo y mis energías. Y no tiene solución. Estoy desesperado buscándole una solución, pero sé de antemano que no la tiene. No hay solución. Aún así, sigo intentándolo. Puede parecer tonto, a mí a veces me lo parece, y tal vez lo sea; me refiero a mi comportamiento, no al problema en sí; eso de buscar una solución sabiendo que no la hay. Porque no la hay, está clarísimo. No la hay. ¿Por qué? Pues porque no la hay; y no hay más de que hablar. No tiene. Así de simple.

¿Que cómo estoy tan seguro de ello? Vaya, para eso tendría que explicar el problema. ¿Cuál es? Fácil: estoy loco, ése es el problema; e intento volverme cuerdo con todas mis fuerzas, pero estoy condenado al fracaso irremediable. No hay salvación posible. Estoy loco, vaya. Vaya, vaya; como una regadera. Loco de remate. Como una cabra. Incurable.

A veces pienso que no, que los locos son todos los demás, y que yo estoy estupidamente. Pero no. La cuchilla de Occam. Estoy rematadamente ido, tururú, en las nubes, con sus castillos de arena. Loco. Jodidamente loco.

Pero no un loco peligroso, no. Loco sí, peligroso no. Tranquilo, no es contagioso. Leer lo que escribo no te vuelve loco. Quizás... quizás escribir me ayuda a no volverme más loco, a mantenerme igual de loco que ayer; pero seguro que no me cura. ¡Ojalá me curase! Pero no, demonios, no. Sigo completamente loco. Completamente zumbado. Zummm. Zum-ba-do. Zummm.

¿Divertido? Sí... Divertido durante un momento... pero no para toda la eternidad; bueno, para toda mi vida. Mi problema está conmigo: soy yo. Mi locura. En la azotea de mi cabeza mi mente baila y canta sin compás. Y no tengo solución. Completamente zumbado.

Zummm. Zum-ba-do. Zummm.

Corro por la habitación, con los brazos como alas, fingiendo volar. Zummm, hacen los motores. Zummm-zummm. Acelero y vuelo. Viajo por el espacio. Y también por el tiempo. Zummm-zummm-zummm-ba-do.

A veces, como ahora, estoy alegre. Zumbado pero alegre. Bueno, estoy tan alegre que ya no me apetece seguir escribiendo.

Hace cinco minutos que dejé de escribir, y otra vez estoy escribiendo. No sé a dónde me llevará esto de escribir. Por lo menos no estoy en el suelo pataleando y

llorando por lo loco que estoy. Quiero dejar de estar loco, ¡quiero dejar de estar loco! Grito, pero sigo igual de loco. O más.

Loco, loco, loco. Estoy jodidamente loco.

No quiero releer lo que he escrito ayer, lo que hay escrito antes de lo que estoy escribiendo ahora. Sé que si lo leo me convenceré de que estoy completamente loco y sin solución. Sin solución... ¡La terapia! ¡La terapia! La terapia que me he autoimpuesto: escribir para purgarme. La-la-lá. Tal vez deba empezar a contar cómo me volví loco, pues veréis, ¡no nací loco! Vaya, es una alegría poder decirlo, ¡no nací loco! La-la-lá, ¡no nací loco!

Quizás... quizás si rehiciese las cosas desde ahora hacia atrás, hasta el punto en que me volví loco... y un poco más atrás... para volver a estar cuerdo... ¡Pero no! ¡No funcionaría, lo sé! ¡Tendría que describir estas líneas, todas estas líneas con sus letritas...!

¡Loco...! ¡Jodidamente loco! Loco por siempre jamás. ¡Loco! ¡¡Loco!! ¡¡Asquerosamente loco!! ¡¡¡Jodidamente loco!!! ¡¡¡...!!!

Respiro lentamente, para calmarme. Intento olvidarme de la cantinela anterior, que dice loco..., jodidamente loco... ¡No! ¡Para! ¡Basta! ¿Qué hice ayer? Ayer... ¿Ayer? ¿Estaba vivo ayer? ¿...? ¡Claro!, ¡qué tonto soy!, ¡claro que estaba vivo!, ¡sólo a un loco podría ocurrírsele que no...!

Loco, jodidamente loco...

Miro a mi alrededor, y todo me indica que estoy loco... Paredes blancas... loco... loco...

El otro día... no sé.

No recuerdo cómo era antes, antes de estar loco. ¡Qué tontería!, si lo recordase entonces no estaría loco...

...

¡Claro! ¡Si lo recordase...! ¡Si recordase cómo era antes de estar loco, podría volver a estar cuerdo, jodidamente cuerdo...!

No... no va a ser tan fácil. Recuerdo que antes estaba igual que ahora, sólo que no entre estas paredes blancas... No hubo un momento que pasase de cuerdo a loco... ¿O sí? ¿Hubo un tiempo en que yo estaba cuerdo? ¿Quizás antes de estar loco?...

Me miro, y compruebo que estoy loco. No soy capaz de ver mi cuerpo correctamente. Soy distinto a los demás. Quizás... quizás no soy como ellos, quizás soy un extraterrestre perdido entre ellos, completamente cuerdo, pero loco para ellos. Sí; debe ser eso. Sí. Yo cuerdo y ellos locos. Locos... locos... retorcidamente locos.

Tal vez sí. Tal vez no. Tal vez sí. Tal vez no. ¡Una margarita, por dios, que quiero deshojarla! Eso ha sido un antojo, ¿quiere decir que soy una mujer? ¿Una mujer alien? ¿Una hembra extraterrestre? Jodidamente loco estoy...

Pues éste, éste es mi problema. Joder. ¿Cómo lo solucionaré? ¿Cómo? No hay solución, creo que ya lo he dicho. No hay solución. Estoy zumbado, la-la-lá. Zum-bado, la-la-lá.

¡Loco!

Acabo de escribirlo y acabo de llorar. ¡Estoy loco, por dios, jodidamente loco! Tengo los ojos inundados de lágrimas, pero mi locura no se va con ellas.

Loco... loco... completamente loco...

Hubo un día... tal vez fue ayer, o tal vez no, en que estaba cuerdo... pero ya no lo estoy. Estoy...

Tengo un problema. ¿Cuál es? Uno irresoluble. Tengo más problemas, pero hay uno que me llena completamente... Y sé que es irresoluble. Intento resolverlo, pero es irresoluble. Es como separar el agua del río del agua del mar, cuando se mezclan en la desembocadura. Sí. ¿Cómo separar el agua del río cuando éste desemboca en el mar? Es un problema muy complicado. ¿Cuándo deja el agua del río de ser agua del río y se convierte en agua de mar? Pues... Tendré que repasar mis matemáticas. Este problema es mi mayor problema, y requiere toda mi atención; temo que no podré seguir llevando este diario, porque tengo que concentrarme, concentrar todas mis energías en la resolución de este problema.

Adiós.

Escrito el 20/11/2000, y que empecé sin ningún plan preconcebido.

Palabras de Srom, el enano

Palabras de Srom, el enano, a Silda, el elfo:

Ya que tanto has insistido, y que me has dado tu palabra, te lo contaré...:

En las entrañas de la tierra, en lo más profundo, donde no alcanzan las raíces de las montañas, vive una raza de enanos. Los llaman *los que nunca están solos*. Y nunca están solos, pues sobre sus hombros se asientan dos cabezas.

Yo los vi; pero hace tanto tiempo que sólo recuerdo sus siluetas recortándose contra un cielo nublado y sin luna.

Mi abuelo tuvo algún tipo de trato con ellos, que sólo ahora empiezo a sospechar. Le recuerdo en su lecho de muerte, contándome estos secretos, y mostrándome las sendas cicatrices que tiene sobre sus hombros, grandes y reseca.

No... yo no tengo cicatrices sobre los hombros... ni nunca las he tenido.

La última vez que *los que nunca están solos* subieron a la superficie, en una noche oscura y tenebrosa, fue para entregar un bebé a mi abuelo. Para que lo criase. Para que lo cuidase. Para que pudiese crecer sano y feliz, lejos mundo al que pertenecía pero al que no podía pertenecer.

Mi *abuelo* despidió a los tres encapuchados, y miró al bebé: Tenía una única y linda cabecita.

Sí... Ese bebé creció y soy ahora yo.

¿Dudas? ¿Piensas que es una historia... increíble? Hay más que contar, pero te basta con lo dicho. Diste tu palabra de silencio, y me he cuidado de que la cumplirás.

Y ahora duerme; duerme. El *sueño eterno* está en tu sangre, y dulcemente cerrarás tus ojos... para no volver a abrirlos... jamás...

Es broma. Hasta mañana.

Escrito el 13/09/2001. Pretendía ser parte del trasfondo de un personaje para unas partidas de un juego de rol, pero que nunca llegamos a jugar.

Pi igual a tres

1 Reyes 7, 23 ss: Hizo el Mar de metal fundido que tenía diez codos de borde a borde; era enteramente redondo, y de cinco codos de altura; un cordón de treinta codos medía su contorno...

Recordó cuando Pedro se le acercó y le preguntó:

—¿De verdad que lo puedes todo?

—Yo lo puedo todo, porque soy Uno con el Padre.

—¿Podrías, si quisieras, extirpar el dolor del mundo?

—De verdad, de verdad te digo que puedo hacer eso y mucho más que eso —y mientras hablaba, trazó un círculo en la arena—. Puedo cambiar la estructura de la realidad como quiera —dijo, dibujando una forma alrededor del círculo, y que lo tocaba en varios puntos—. ¿Ves este círculo? Hay una Ley del Padre que dice que la longitud del círculo es tres veces la distancia de borde a borde —Pedro no comprendía—. Yo puedo hacer que esa Ley cambie, y que sea esa forma alrededor del círculo la que defina la nueva Ley, porque yo soy Uno con el Padre.

Pedro no lo sintió, pero la tierra cambió.

Ningún hijo de hombre lo sintió, pero el mundo cambió.

La confusión reinaba en el rostro de Pedro. No entendía a su Maestro. Nunca lograba entender su parábolas. En la arena, él sólo veía un círculo alrededor de un hexágono.

Sí, Él, el Ungido, el Cristo, podía cambiar el mundo, ¡el universo entero!, si así lo deseaba. La Palabra de Él y del Padre, que son Uno, es Ley. ¿Extirpar el dolor del mundo? ¡Cosa más fácil!

El clavo atravesó su carne y penetró en la madera.

Pero Él no quería.

Se me ocurrió al empezar a dormirme, el 05/11/2004, con lo que me despertó. No queda claro a quién se refiere el *Él* final, si a Jesús o a su Padre, pero así me gusta más.

Piedras entrechocantes

Una vez, un dios creó un mundo habitado por piedras esféricas. Las había de diferentes materiales y de diferentes tamaños. Las dotó de movimiento y vida, y se quedó a ver qué pasaba.

Las piedras flotaban en aquel lugar. Iban de un lado para otro, se rozaban, y jugaban a juegos de habilidad que consistían en chocar y rebotar unas con otras.

El dios, aburrido, hizo que una de las piedras se moviese a toda velocidad, para que chocase con las otras y todas rebotasen de un lado para otro. La piedra acelerada chocó contra otra, rebotó, y chocó y rebotó, y muchas chocaron y rebotaron. Pero las piedras se enfadaron y se pararon.

El dios volvió a acelerar una piedra, pero a más velocidad, y ésta chocó de lleno contra otra, y ambas saltaron en pedacitos. Eso fue divertido. Los trozos se disolvieron en la nada, junto con su espíritu vital.

El dios ordenó a las piedras:

—Chocad las unas con las otras.

Y las piedras obedecieron como esclavas sin razón.

Se lanzaban unas contra otras. Algunos pares se aniquilaban mutuamente. Las grandes destruían a las pequeñas. Y todas morían para siempre.

La manzana continuó, y el dios se preguntó si al final todas las piedras se aniquilarían mutuamente, o bien quedaría una solitaria.

Esperó.

Quedó solo una.

La piedra, libre del mandato divino, intentó hablar con el dios:

—¡Ayúdame! ¿¡Qué he de hacer!?

El dios, harto de las piedras y deseoso de dedicarse a otra cosa, queriendo acabar ya, le dijo:

—Destruyete a ti misma.

Y la piedra, que sólo conoce una forma de destruir y es chocar, recorre el espacio persiguiéndose, acelerando más y más en su universo sin restricciones, intentando alcanzarse por la espalda y chocar contra sí misma, y poner fin al absurdo que es su vida.

El dios estaba ya dedicándose a otra cosa.

Escrita el 18/01/1999.

Piedras y peces

Mago, hechicero, brujo... así es como lo llamarían.

Continuaba desorientado, a pesar de haber extraído conocimiento de varias mentes.

El salto de un plano a otro había sido terrible. Pero lo había logrado. Había escapado de su universo, y entrado en uno paralelo... totalmente distinto. Un mundo donde la ciencia había logrado cotas que la magia ni siquiera había sospechado, un mundo donde la magia era oficio de farsantes.

Se acercó a un pueblo. Caminaba apoyado en su báculo. Su cuerpo, debido al uso de la magia, se había debilitado, encogido, envejecido. Cuanta más magia usaba, más se consumía. Pero merecía la pena, oh sí. Merecía la pena, y las compensaciones eran mucho mejores.

Llegaría un día en que tendría que renovar su cuerpo... pero ese día está lejano... como lejano estaba el día aquél, en que empezó su pequeña ruina personal.

—¿Piedras? —había dicho—. ¿Piedras? ¿ésa es mi recompensa?: ¿Piedras?

Había acudido al castillo movido por la recompensa. Ofrecían cofres de oro al que matase al dragón. A él no le interesaba el oro, quería los libros de hechicería del castillo. Aceptaron. Nunca pensaron que tuviese alguna oportunidad. No parecía un mago muy poderoso. Esperaban otra cosa.

Y cuando él se enfrentó al dragón, confiado aunque algo temeroso, tampoco esperaran que venciese de aquella forma. Esperaban un duelo infernal, de bolas de fuego e hielo, de relámpagos y trueno. Cuando él hizo volar la espada y hundírsele en el gznate al dragón, el trabajo quedó listo.

No requirió mucha concentración, y muy poco riesgo.

—¿Piedras? —fue lo que dijo, cuando no quisieron darle los libros, pero sí el oro— ¿Piedras me ofrecéis? ¿Piedras!

En ese momento se dejó llevar por su ira. Y la magia que se liberó con la muerte del dragón actuó... El oro dejó de tener valor... fue una piedra más. Centenares, miles de cofres llenos de monedas de oro, anillos de oro, diademas de oro... la corona del rey... todo fue considerado como piedras. La gente despertó: ¡pero si el oro no es mas que un trozo de metal! Y las grandes riquezas, y los ahorros de toda la vida, fueron nada más que piedras sin sentido.

Cansado, se paró, apoyándose en el báculo. Desde entonces muchas cosas habían sucedido. Muchas cosas.

Y ahora, perdido en uno de entre los infinitos universos, allí estaba: cansado y con hambre. Probó un hechizo de conversión: le apetecía comer pescado. Y la magia anquilosada de ese mundo despertó, surgiendo de todos sus escondites.

Y volvió a ocurrir.

Los animales del pueblo, y su gente, sufrieron en sus carnes la transformación, la paradoja. *Convertirse en pez, convertirse en pez...* decía una vocecilla en su cabeza.

Peces por doquier, en sillas, en coches, en camas y en la calle. Peces grandes y pequeños. Peces asfixiándose al aire libre, en sus casas, algunos nadando en un vaso, cayendo por el desagüe de la ducha, flotando en la taza del retrete junto con su propia mierda. Peces grandes metidos en ascensores pequeños... Y siempre hay algún tonto que no sabe que las ballenas y los delfines no son peces.

Lo había vuelto a hacer... pero bueno, qué mas da.

No dejaba de ser otro buen universo, al que con un poco de poder cualquiera podría conquistar.

Plumas de tinta invisible

Tengo una pluma (y no precisamente de pato) cuya tinta se evapora minutos después de escribir con ella. Tengo una segunda pluma (y no precisamente de pata) cuya tinta se evapora horas después de escribir con ella. Tengo otra pluma (y no precisamente de huevo) cuya tinta se evapora días después de escribir con ella.

Este completo juego de plumas (muy ligeras, si no tengo cuidado, me las lleva el viento) lo adquirí en una tienda de artículos de broma. Y me salió cara la broma.

Su tinta no es invisible del todo, ya que después de evaporada puede leerse mediante un espectrograma de rayos gamma los días de luna llena.

Me es muy útil este juego (¡juguemos a la oca!) de estilógrafos (¡estilógrafos!, ¡y yo que pensaba que eran plumas!). Cuando hago exámenes, las palabras o números dudosos los escribo con la tercera pluma (¡otra pluma de pato!, esto parece un patíbulo), y cuando me lo entregan para ver los resultados, uso una goma especial de extracto de plumón de pata para facilitar la evaporación, y altero el resultado. Y después, a protestar.

Uso la primera pluma (¡qué asco!, tienen piojos de goma) para firmar cheques sin fondos, o cosas así (incluso cheques con doble fondo). Para la segunda, no tengo una utilidad especial (¡pobre marginada!, es la patita fea de la redacción), excepto para mantener unida a la familia (y para que se reproduzcan).

Aparte de todo eso, no las utilizo para otras cosas. El mandar notas con mensajes graciosos o picantes invisibles no resulta muy rentable, no es ese mi estilo. Prefiero las cosas claras.

Bueno, una vez escrita esta redacción (¡se acabó patolandia!), esperaré a que toque la campana de salida, que parece salida de una tienda de artículos de broma.

Y como diría cualquier pato: ¡Qué metedura de pata!

Epílogo: Se oye al fondo (este papel tiene doble fondo, ¡y van cuatro!) un extraño piar. No me explico a qué puede ser debido, a no ser que...

Redacción de cuarto de F.P., es decir, segundo de F.P.

Poco después

El camino que atraviesa el bosque es estrecho, y como las ramas pobladas de hojas de los árboles forman una bóveda, la consecuente falta de luz le confiere una sensación opresiva que atenaza angustiosamente.

Esto no sería problemático, a pesar de que está oscureciendo, si no fuese porque se siente la presencia de seres inquietantes que sin duda están observando al caminante, camuflados a ambos lados del sendero, envueltos en la frondosidad.

El caminante continúa avanzando, aparentemente inmune a la atmósfera cohibente, con pasos regulares y un tanto alargados, pero siempre demostrando gran calma.

Al girar un recodo, siendo ya definitivamente de noche, puede apreciarse el final del camino, que se disuelve, como un río en el mar, en un gran claro, sobre el que se eleva una oscura casa, como si hubiese crecido allí.

Es fácil observar la decrepitud de la construcción, cuya primera planta es de madera y la planta baja de piedra, ambas con amplios ventanales. Quizás haya alguien allí oculto, vigilando el exterior, pero el caminante no se inmuta y sigue avanzando hasta que sus pasos lo llevan hasta la entrada. Con el brazo extendido empuja la puerta, que cede sin problemas y con ese chirrido característico propio de tales lugares. Allí dentro está aún más oscuro que fuera, aunque el caminante continúa avanzando imperturbablemente.

A través del aire viciado se distingue una escalera, que el caminante acomete con su acostumbrado aplomo, permaneciendo impasible ante los crujidos de la vieja y carcomida madera, que pueden atraer diversas criaturas que ven el silencio interrumpido.

Ante el fin de la escalera y la aparición de la pared el caminante opta por girar a un lado, y dirigirse en línea recta hasta el final del pasillo, donde una puerta entreabierta no impide ser franqueada.

Entonces, se para, al borde de una cama. Se aprecia un considerable bulto entre las mantas. Ahora todo en aquella habitación permanece inmóvil, mientras fuera la noche sin luna continúa su dictadura. Las nubes empujadas por el viento van instalándose en el cielo, pudiendo ser contempladas desde la ventana del dormitorio.

El caminante alarga el brazo con los dedos extendidos, en claro gesto de querer coger las mantas y apartarlas a un lado, dejando expuesto el bulto que allí hay. El pulso tiembla, vacila, se crispan los dedos, y termina por dejar caer el brazo a su lado, sin haber hecho nada.

Sin más, tras unos minutos de espera, el caminante gira y comienza a desandar el camino recorrido. Baja sin problemas por la crujiente escalera, atraviesa la entrada y vuelve a adentrarse en el bosque, siguiendo la misma ruta que lo había traído hasta el dormitorio. No sopla ninguna fría brisa, y siempre con su paso regular el caminante avanza por el ya conocido sendero.

Mientras, el bulto de entre las sábanas se revuelve y termina saliendo de entre ellas. Y a una gran velocidad recorre el pasillo, baja casi sin tocar los escalones, atraviesa la entrada principal y entra en el sendero a estas alturas ya tan familiar.

Pronto, da alcance al caminante, que alertado por su presencia se vuelve y se enfrenta a él. El bulto salta contra el cuerpo del caminante y poco después la sangre salpica el suelo y las hierbas del camino.

Si no vas a por tus miedos, tus miedos vendrán a por ti.

Fue durante una noche, en la primavera de 1995, en la que me apetecía escribir, así que empecé a hacerlo, sin tener ninguna idea preconcebida.

¿¡Quieres callarte!?

¿¡Quieres callarte!?

No soporto que me des la lata, así, en frío.

No seas pesado. ¡Para ya! ¿Quieres parar de una vez? ¿Es que no puedes dejarlo por hoy? ¡Basta! ¡No soporto que lo sigas haciendo!

Pero, ¿quieres parar de una vez por todas, cacho bestia!; ¿no ves el daño que me estás haciendo?, so pedazo de...

No, si al final dirás que es culpa mía, por seguir prohibiéndotelo. Me agotas, me pinchas, me atacas...

¡Para de una vez!

¡Doy por terminada esta lectura, no soy capaz de soportar que me sigas leyendo...!

Anterior a *La inspiración es un gusano*.

Ritual

1) En el submundo

Abajo, bajando, en el fondo, donde no hay silencio ni luz, allí estaba.

Carcomas del alma me corroían, taladros del hueso, royendo. Gotas de agua que, al caer, marcan el paso del tiempo. Nadando entre excrementos, entre miembros amputados, entre falsas sonrisas y voces infantiles, entre *hola, ¿qué tal?* y *hasta luego*. Engendros que son formas de vida que enloquecen el propio concepto de vida, minas de sal y de azufre, de fósforo y de naranjas. Cascadas de pelo y caspa, costras y esputos. Allí estaba yo. Pero no sabía que lo estaba.

Si no conoces otra cosa, lo que conoces es lo único que existe. No hay otras opciones. Sólo permanecer en este pozo de locura interminable.

2) El largo ascenso

Con los dedos sin carne, con las uñas incrustándose en las piedras, escapo poco a poco.

Trepo contra el peso de la gravedad, que es mi propio peso, que es el peso de mis pecados. Trepo y subo, ignorando lo que me espera.

Trepo y subo, ignorando lo que me espera en las orillas del final de mi recorrido.

El ruido del exterior me llega y me aturde. Más ruido y confusión.

(...es todo un delirio...)

3) El ritual de iniciación

Entre cuatro árboles, el aprendiz no es dueño de lo que tiene. No posee ni libertad ni salvación. Ni tampoco oportunidad de arrepentirse.

Entre cuatro árboles, sujeto a cada uno por una cadena vieja y fría. Rajada la carne del pecho, dos costillas sirven de sujeción a sendas cadenas. Rajada la carne de las piernas, las tibias sirven de sujeción a sendas cadenas. Pero el resto del cuerpo sigue vivo, latente, ansioso, esperanzado.

Vivo, latente, perdido y olvidado por el resto del mundo.

4) El castigo por transgredir las normas

Me encontraron medio muerto, con la hoguera, los restos de las sacrificios, y los signos prohibidos escritos en mi piel.

Condenado con sólo verme, me golpearon y reventaron. Me negué a morirme, aunque no podía defenderme de ellos.

Ataron lo que quedaba de mí y me arrojaron al cráter del volcán. No había fuego, sólo una laguna triste e inmóvil.

5) La aparición desde las aguas

Vi, aleteando sobre la superficie de las aguas, rasgándolas, un pájaro enfermo, portando los colores de la muerte.

Vi, después, cómo el monstruo submarino surgía y se lo comía, ignorando el asco, la repugnancia y las buenas formas.

Vi, aterrizado, cómo el ser me miraba, con sus ojos codiciosos y brillantes.

Vi, entonces, cómo se elevaba, y cómo se iba acercando a la tumba en la que estaba prisionero.

Cerré los ojos para no verlo, e invoqué los nuevos sentidos. Conocí el nombre del demonio, que es Leviatán, que es Hidra, que es mi Anadiómene prometida.

Murmuré un saludo, y volví a abrir mis ojos para ver con los nuevos ojos.

Vi.

6) Después, y más...

No diré lo que vi, no diré lo que conocí. Diré que no me arrepiento, a pesar de que me arrepentí cuando lo hice.

Ahora soy dueño de mi sangre y de mi dolor.

Lo difícil no es empezar, sino permanecer. Mi sustancia es su alimento, y su sustancia es mi alimento. Dos formas huecas que se llenan mutuamente. Un coro de suicidas resucitando. Una amalgama de sensaciones.

Sé que seguiré vivo. Sé que soy tu hoy y tu mañana, tu amante que te devora para que lo castigues y lo perdones. Adoro verte llorar porque nadie más te verá llorar. Mi cabeza es un jarrón que rompes cuando quieres, y que yo siempre pondré a tu disposición.

Déjame un momento, para intentar recordar cómo estaba sin ti, y moriré de pena. Sálvame, si quieres; y si no quieres, te salvaré.

Escrito el 6/06/1998, con sueño, pues ya era casi la una de la madrugada.

Romper la paradoja

Hola, mi nombre ya lo conoce usted, así que prefiero entrar directamente en el meollo de la cuestión. ¿Ha leído usted algo sobre viajes en el tiempo y lo de las paradojas que eso produce? ¿Que no sabe qué es eso de las paradojas? ¿No? Bueno, pues después se lo explico...

...en cambio, yo rompí la paradoja. Viajar en el tiempo. Sí. Pues yo lo logré, y además rompí la paradoja.

La justificación que se da a que no se puede viajar atrás en el tiempo es que no hay turistas del futuro visitándonos. ¡Bah! Seguro que los hay, camuflados. Créame, viajar en el tiempo es barato. Ya le dije que yo lo hice.

Veamos, había pasado yo por una etapa de mi vida, un bajón a los infiernos, y había logrado superarla, aunque me traje de recuerdo un precioso cáncer que, a veces, no me deja pensar con claridad. En esa bajada también perdí amigos, y para compensar gané enemigos.

En aquellos tiempos yo pensaba en cómo obtener dinero. Se me ocurrió una manera muy fácil y rápida: Basta con coger un poco de oro, y duplicarlo. Con billetes no sirven, pues lo que obtendrías sería un clon que se tomaría por una cojonudísima falsificación. Como decía, cojes un poco de oro, y lo dejas encima de la mesa durante un tiempo. Después viajas un poco al pasado llevándote contigo el oro y, en el pasado, lo depositas en la mesa, junto al oro que está allí. De esta forma tienes oro más el oro que trajiste del futuro. Esperas un poco. Coges los dos montoncitos y vuelves atrás. Ya tienes cuatro montoncitos. Esperas, y luego vuelves atrás. Ya tienes ocho. Esperas. Y luego 16, 32, 64, y más y más.

¡Estaba chupado! Los cálculos los tenía totalmente anotados en una libretita, y me salían redondos. En muy poco tiempo estaría forrado. Así que conseguí un montoncito de oro, lo puse en la mesa, y esperé.

Mientras esperaba, empecé a pensar en cómo conseguir viajar al pasado. Temí por un instante que resultase caro, pero ya le dije que es barato. El problema de viajar al pasado me atormentaba, pero no demasiado. Mientras, el oro acumulaba tiempo sobre la mesa.

Me informé concienzudamente, y al final me di cuenta de que si quería triunfar debía encontrar un método propio. Yo no quería invertir la flecha del tiempo, quería aparecer antes. Con mis conocimientos obtenidos de largos años de autodidacta, hallé la respuesta: Construir una forma y deformarla topológicamente hasta conectar dos realidades temporales. Fue fácil diseñarla: Un anillo temporal con una serie de bucles para ajustar el intervalo de tiempo entre los lados de la rasgadura de tiempo.

Y ahí tuve el segundo problema: No tenía un material adecuado para construirlo. Compré kilos de plastilina de colores, pero no funcionó. El prototipo era incapaz de aguantar las fuerzas de distorsión y acababa descuajándose en pedazos. Entonces me vinieron de perlas mis conocimientos de química. Diseñé un plástico capaz de pasar en segundos del estado sólido a un estado amorfo similar al de la plastilina, y luego de nuevo ser sólido. Comprendí en seguida que aquel invento, no ya aplicado a los viajes del tiempo, sino a la vida militar, podría ser algo fantásticamente aterrador. Los militares no dejarían que se aplicase a hacer más fácil la vida a la gente, sino que lo

emplearían para hacérsela más difícil. Decidí desarrollarlo en secreto. ¿Cómo? Eso es alto secreto.

Entonces, otro problema. Aún no había logrado viajar en el tiempo, y ya estaba hasta la cabeza de problemas. El asunto es que el proceso de ajustar los bucles para atravesar el anillo y aparecer en el tiempo que tú elijas es algo de relativa complejidad, y lo grave es que hay una acumulación de incertidumbre que se carga toda la precisión. Vamos, que si intentaba viajar a ayer quizás aparecía no en anteayer, sino en el año pasado.

¡Esperar años para poder realizar el proceso de hacerme rico! Tuve que desistir. Entonces, en un momento en que me puse a reconsiderar el problema de los cálculos en mi libreta, me di cuenta de que el cáncer no me había dejado pensar con claridad en un aspecto clave del problema. ¿Se ríe usted? No, el problema no es que no se pueda viajar en el tiempo, ya se lo he dicho, pues yo lo hice. El problema es que tanto oro inundaría el mercado y se devaluaría.

Eso estaría bien para joder la economía. Pero de esa forma yo no me haría rico. En fin, que terminé por darme cuenta de que lo más importante en esta vida no es el dinero, y me puse a pensar en lo que había logrado.

Se me ocurrió que lo del oro era una paradoja, algo mucho mejor que lo de la multiplicación de los panes y los peces. Pero una paradoja en resumidas cuentas. Hay una paradoja clásica, y es la de viajar en el tiempo atrás y matar a tu madre o a tu padre, y ver qué pasa, pues si mataste a uno de ellos antes de que tú nacieses, entonces no habrías nacido y no podrías haber viajado atrás para matar y hacer sangre. Esta paradoja me pareció más atrayente que la del oro. Si tengo alma, cosa en la que no creo, pues sigue sin poder demostrarse científicamente esa patraña, como seguirá en el futuro, sería una buena putada meterla en semejante lío de nacer para lograr no nacer.

¿Qué murmura? ¿Jugar a ser dios? ¡Ja! Mire: El ser humano lleva jugando a ser dios desde que es un ser humano: El fuego, la rueda, las ropas, la agricultura, las vacunas, los aviones... Es inútil meterse en esa discusión, es tiempo perdido, pues está ganada de antemano, aunque la chusma se apresure a apalearte y a quemarte en la hoguera.

¿Por dónde...?...sí: Aún no había probado mi anillo de tiempo, y estaba impaciente. Decidí que, aunque mi padre me caía mal, era más seguro matar a mi madre, pues corría el riesgo de que resultase que mi padre no era mi padre. Así que establecí los bucles y atravesé el anillo. Busqué a mi madre en su casa de soltera, y la maté.

Y no pasó nada.

Esperé un poco, para darle tiempo a la paradoja a tener efecto, y no pasaba nada. Seguí esperando.

Mientras esperaba, me puse a pensar de que quizás en el hospital metieron la pata y se confundieron de bebé. ¡Cachis! Pero esta vez el cáncer me dejó pensar con claridad, y me di cuenta de que sí, de que yo me parecía a mi madre. Bueno, también me parecía a mi tía. ¡Mecachis! Lo mejor era jugar sobre seguro, esperar a la fecha de mi nacimiento, y detonar una bomba atómica y arrasarlo todo. Radical, pero seguro.

Y otro problema: Conseguir la bomba. Ya le he dicho que yo me las arreglo bien con lo que sea, y quise ponerme a hacer una.

Pero entonces vino la policía, y quise huir. Me escondí, modifiqué los bucles del anillo, y me escurrí en el tiempo. En mi apresuramiento no hice del todo bien los bucles con eso de las prisas. Resultado: Aparecí varios años después de la fecha en que inicié mi viaje al pasado. No me importó demasiado, pues también sentía curiosidad por saber cómo era el futuro.

Para dejar los cabos bien atados, volví al pasado, esta vez con mayor precisión. Coincidió con mis años escolares, y me puse a buscarme entre los niños. Miré por los lugares por donde solía ir y también por los que no solía ir. No me encontré. Quizás había roto la paradoja, pero no estaba seguro. Tenía que asegurarme, y decidí hacer lo de la bomba. La haría explotar, mientras estaba lejos de allí, y a ver qué es lo que pasaba.

Viajé al pasado y al futuro, robando dinero y desapareciendo. Hice lo de la multiplicación del oro con billetes, confiando en que nadie se pusiese a comprobar los números de serie, y me puse a construir la bomba. Entonces, en una de esas, me cogieron, me acusaron, y me metieron en este manicomio, del que voy a escapar un día de estos.

¿El anillo de tiempo? Para que la poli no me lo quitase, lo deformé hasta que ocupó menos volumen del que ocupaba, y me lo metí en la boca. Estuve bastante preocupado de no tragármelo por accidente, y me pesaba horrores en la boca, pero al final de tanto que lo doblé no fui capaz de desdoblarlo. Además creo que sus lados se medio fusionaron entre sí, y la saliva medio lo corrompió. Quedó inútil, y tuve que esconderlo bien escondido. No me pregunte que no le diré dónde lo puse.

Ahora no tengo más ganas de seguir hablando, otro día le contaré cosas que he visto y he hecho.

Vaya, quizás al final no pueda contárselas, pues estoy preparando una fuga espectacular, ¡espectacular! Ya lo verá... mejor dicho, ¡no lo verá!

Nota de su amigo y compañero de penurias: La fuga no fue tan espectacular como prometió, pero sí definitiva: Se murió.

Escrita el 2/03/1998, tras idear *El atlante*.

Seis años

—De pequeño, cuando surgía el enfado entre yo y mi amigo, como él era mas fuerte me pegaba. Así que yo, un día, cogí una llave fija y, sin venir a cuento, le aticé montones de veces en la cabeza. Me arrepentí mucho de no haberlo matado entonces.

—Pues yo, pues yo, pues yo tampoco soy un, soy un, criminal. Yo, yo, tampoco he matado a nadie ni, ni, ni he estado tan, tan, cerca de hacerlo.

—¿Y lo deseas?

—Yo, yo... no, no, no lo deseo.

—Pues yo sí. No soy hombre de medias tintas. He pasado muchas horas en el gimnasio como para ahora echarme atrás.

—Pero, pero, pero no está, eso no está bien. No, no se debe matar a, a, a nadie.

—Claro que sí. Hay montones de gente que merecen una muerte lenta y dolorosa. Y la venganza es un pequeño placer divino.

—Eso es, es, pecado. Jesús, Jesús, Jesús dijo que “no matarás”, que no.

—Dime: ¿Comes carne?

—Sí, sí claro. Me, me gusta sobre todo la ternera, la... ¡y el, el cerdo!, y...

—¿Y a esos animales no hay que matarlos para comerlos? Y al pescado, ¿no hay que matarlo también? Incluso se matan a las plantas para comerlas, que eso también es matar, aunque parezca que no se quejen ni les duela. Y no olvidemos a los perros rabiosos, a los caballos cojos y a los huevos.

—Sí, ya, ya... pero, pero es que, es que, Jesús, Jesús...

—¡Jesús no tuvo que estar recluido seis años, y tú ya me estás hartando, mi desmemoriado amigo!

Escrita el 20/01/2003.

Servicio rápido

Primera escena:

La cámara desde encima del hombro y enfocada a una mesa limpia y con apariencia de nueva, de madera, donde el hombre viejo está terminando de meter una carta garrapateada a mano y mal doblada en un sobre blanco; cierra el sobre, le da la vuelta y escribe en él, con una antigua pluma negra y gruesa, de forma clara y legible: *De Eduardo a Lucas*. Acto seguido la cámara se aleja un poco para captar cómo el hombre saca de un bolsillo, disimuladamente, una granada de mano; la cámara se aleja un poco más, y el hombre saca la anilla de la granada y las mete ambas, junto con la carta anterior, en un gran sobre de SERVICIO RÁPIDO, la compañía líder de transporte urgente, donde están consignados ya todos los datos necesarios. La cámara se aleja más, mostrándonos la espalda del tal Eduardo y la estancia, una oficina de envíos de SERVICIO RÁPIDO, y la espalda de un joven bien vestido que está al fondo; Eduardo le hace una señal y el joven se da la vuelta, sonriente y solícito, y se le ve el acto de aproximarse al cliente.

Segunda escena:

Plano de detalle del sobre mencionado de SERVICIO RÁPIDO, donde puede captarse el gran rótulo de SERVICIO RÁPIDO y la gran franja que pone MUY URGENTE; acto seguido unas manos jóvenes cogen el sobre y lo sacan de la escena, y vislumbramos la mesa anteriormente mencionada.

Tercera escena:

Plano general de un gran descampado, árido; una carretera surge desde el primer plano y se pierde en la lejanía, perpendicular a la escena; al fondo, al final de la carretera, se ve una vieja y solitaria casa. Nada más empezar la escena, una furgoneta de SERVICIO RÁPIDO surca la carretera hacia la casa, dejando tras de sí una estela de polvo seco.

Cuarta escena:

Desde encima del hombro de otro hombre viejo, en camiseta y con sombrero, sentado en una silla en la fachada de su solitaria casa; se ve a la furgoneta de SERVICIO RÁPIDO irse, levantando otra nube de polvo seco. El hombre tiene en sus manos el gran sobre de TRANSPORTE URGENTE, lo abre, y saca en su regazo la carta, la anilla y la granada.

Quinta escena:

Aquí está la clave: El viejo, visto de frente y cerca, mira alternativamente a sus manos, donde tiene la anilla y la granada; finalmente mira directamente a la cámara con una expresión absurda y cómica.

Sexta escena:

Desde atrás y en contrapicado, el viejo arroja la granada lejos de sí, a su derecha, al descampado. La granada explota en el aire.

Séptima escena:

El viejo visto de frente, y la cámara alejándose de él por la carretera; lo vemos recostarse en su silla y mirar el sobre.

Octava escena:

Visión fugaz y de primer plano de la carta, con *De Eduardo a Lucas*.

Novena escena:

Continúa la escena número 7; vemos al viejo reclinarse en su silla, con la carta abierta, y sonriendo. Sigue alejándose la cámara y el viejo tiene una expresión divertida y próxima a la carcajada, mientras lee la carta y hace gestos con la cabeza.

Décima escena:

Lo anterior visto desde helicóptero, bajo el sol abrasador. Aparecen sobreimpreso entonces en pantalla el mensaje:

TRANSPORTE URGENTE
DE
SERVICIO RÁPIDO

Y un poco más pequeño y debajo:

PARA LO QUE NO PUEDE ESPERAR

Escrito el 23/04/1997.

Sólo existes mientras escribo

Sólo tienes existencia mientras escribo. En el momento que deje de hacerlo, morirás irremediabilmente. Estás atado a mí, y en cuanto quiera, te pondré fin.

No debe ser muy agradable saberlo, pero no me importa demasiado. Estás condenado, y lo sabes. Pronto me cansaré de escribir y perecerás, mientras soy incapaz de sentir tu agonía.

Se acerca el momento, la tinta se acaba. Tal vez lo que pase es que me aburro de ti, no importa. Lo crucial es que voy a dejar de escribir y voy a hacerlo de un instante a otro.

Aunque tal vez prolongue tu sufrimiento un poco más, sólo por el placer de hacerlo. Con ello lo único que consigo es alargar un poco más lo inevitable.

Y no me des las gracias en cuanto pare de hacerlo. No las merezco.

Escrito en la primavera de 1995.

Soy nada

Soy nada, nada tengo, y nada pierdo si lo pierdo todo.

Infinito menos uno igual a infinito.

Simplemente es no mirar hacia abajo, cerrar los ojos e ignorar los sonidos que vienen de fuera. Sentir los golpes de tu corazón, el sudor frío en tu frente...

Simplemente es dejar que la gravedad haga al viento soplar en tu cara, y volar durante unos segundos, eternos, flotando, sin pensar en el futuro.

Dejarse llevar por los acontecimientos, mientras sabes que el suelo se precipita hasta ti, cada vez más rápido...

Sólo es pensar en el recompensante vacío, la sensación de no estar ahí...

Simplemente es ignorar el vértigo y dejarse caer, para sentir insensiblemente cómo tu cuerpo se quiebra, se rasga; y la vida se te escapa por doquier...

Sólo es eso, algo tan simple...

Escrita durante F.P.

Sufriendo

Supe que estaba perdido en cuanto me cortó la mano derecha con la sierra. Estuvo serrándome la muñeca exactamente durante una eternidad. Después, con un soplete la cauterizó.

Su cara demostraba un gran placer. Aunque confesase, seguiría torturándome. No describiré lo que me hizo, hasta que confesé todas las mentiras que querían oír. Lo que queda de mí lo van a quemar, a la antigua usanza. Todavía dispongo de una gran cantidad de nervios sensibles al dolor.

Ahora estoy tirado en la celda, todavía atado, junto a mi propia mierda. Mañana, dejaré esta existencia, me zambulliré en el vacío de la nada. Mientras tanto, me quedan infinitos segundos de vida.

¿Qué he hecho yo para que me hagan esto? ¿Qué importa!

Miro a los ojos a la rata, y le digo:

—Satanás, líbrame de esta inmensa miseria.

—¿Por qué habría de hacerlo, si ya no tienes alma que ofrecerme?

Confuso, intentando averiguar si soy yo, la rata, o el propio Satanás el que me respondió, contesto:

—¡Mi alma!

La rata se va...

—¡Espera!

La rata se ha ido, pero una voz dice:

—¿Qué puedes ofrecerme, cuerpo sin alma?

—¿Dónde está mi alma?

—Tú la vendiste...

—No...

—Sí... a Dios.

—¿A Dios?

—Al propio Dios.

—¿A cambio de qué?

—A cambio de poder hablar conmigo.

—No te entiendo...

—Necesito el permiso de Dios para poder hablar con los mortales... Y para lograr ese permiso has de venderle tu alma a Dios.

—¿Cómo...? Me estás mintiendo... Mezclas verdades y mentiras...

—De acuerdo... La verdad es que el alma no existe.

—¡Mientes!

—Tal vez... Y si quieres venderme algo que no existe... ¿picaré?

—Te vendo mi alma si me libras de todo este sufrimiento.

—¿Comprar yo algo que ya sé que no existe?

—¡Ayúdame!

—Está bien. Si te hace feliz, te compro el alma.

—¡Gracias!

—De nada. Adiós.

—¡Espera!

—¿Qué?

—¡Sigo aquí!

—¿Y qué querías?

—¡Sácame de aquí!

—¿Y por qué iba a hacerlo, si ya no tienes nada que venderme?

—¡Pero te vendí mi alma! ¡A cambio de mi libertad!

—No exactamente... Además, ¿has firmado algo?

—No... pero...

—¡Véndeme tu vida!

—¡De acuerdo! ¡Llévatela ya!

—No tengo prisa. Me la llevaré mañana, bien tostada.

—¡Eres un hijo de puta, Satanás!

—¡Claro! ¡Soy hijo de Dios!

Se ríe, y me doy cuenta de que las risas provienen de fuera de la celda. Me han tomado el pelo.

—¡Arderás en el Infierno! —dice.

—¡Arderás en el Infierno! —le digo.

Toso.

Otra rata, o la misma de antes, se me acerca.

Siento la tentación de decirle algo... Pero tengo miedo de que me responda.

—Cuerpo mío —me susurro—, por favor, muérete ahora.

—Jamás —me responde; o me respondo.

—Muérete, por favor, ahórranos todo el sufrimiento que nos espera...

—Jamás. La vida hay que vivirla.

—Jódete, cabrón. Te odio.

—Me odias. Te odias. ¡Jódete tú! ¡Jodámonos todos juntos!

Me callo. Hay una rata mirándome. Una rata cualquiera.

—¡Mátame ahora! —le grito. Parece espantarse, pero no se va.

»¡Mátame ahora!, por favor te lo pido... —y me pongo a llorar.

—Ahora se pone a llorar —oigo que dice alguien, fuera de mi celda.

Y dentro de esta celda que es mi cuerpo, encadenado a esta cruz que es mi vida, quiero morirme y no sufrir más.

En realidad, todo esto no es más que una metáfora. En realidad, no estoy en una celda, no se están burlando de mí, no estoy condenado a la hoguera tras una interminable sesión de torturas. En realidad, estoy enamorado; y es una tortura interminable. Quisiera decirle a él que lo amo, pero creo que lo perderé si se lo digo. Tengo un miedo terrible a decírselo. No quiero perderlo.

—Satanás, líbrame de esta inmensa miseria.

Tres serpientes

Abrió los ojos. Unos ecos rebotaban dentro de su cabeza. Todo parecía en silencio, menos el recuerdo del ruido. Tuvo que ser eso, un ruido, lo que le despertó. Parpadeó. La niebla del sueño se fundía con el techo de la habitación, pues estaba todo a oscuras. Tumbado boca arriba en la cama, miró las paredes. Después, giró la cabeza para mirar a su mujer, que dormía profundamente, como siempre. Ella nunca se enteraba de nada cuando dormía. Cuando tuviesen hijos, seguro que sus llantos no le molestaban mientras dormía. Aunque tal vez la responsabilidad de ser madre la cambiase.

No hacía frío, y Sergio sacó sus brazos u se frotó los ojos. Odiaba despertar durante la noche, porque ello significaba que tardaría en volver a conciliar el sueño. No le apetecía levantarse de la cama, y tampoco tenía que ir al servicio. Tendría que aguantar hasta lograr volver a dormirse. ¿Qué era lo que le había despertado? Quizás un ruido. Fuese lo que fuese, se sentía incómodo. Debía buscar algo en lo que entretenerse. ¿En qué estaba soñando cuando antes de despertar...? ¡Bah!, nunca lograba acordarse. Se frotó el ojo derecho. Tenía sueño, pero era incapaz de volver a dormirse así por las buenas. Bostezó, estirando los brazos. No se preocupó en si esto molestaba a Olga. Se meció en la cama, obligando al colchón a cambiar de forma. Después se giró, y se puso de lado, mirando hacia el lugar donde estaba la mesita de noche. Toda esta acción le robó la poca somnolencia que le quedaba. Se enfadó, y terminó por desperezarse de todo.

Cuando estaba soltero también le pasaban estas cosas. ¡Qué vida aquella la de soltero! ¡Je!; aunque seguía viendo a sus amigos, ya no era lo mismo. Y esta nueva situación era para toda la vida. Para todo lo que le quedaba de vida; bueno, si ella no moría antes...

Mejor no pensar en ello, ni en lo uno ni en lo otro.

Vida sí que era cuando era niño. Lo bien que lo pasaba entonces. En aquella época no tenía ningún problema. ¡Sí que era vida! Jugar y jugar. Y las acampadas... ¡qué bien se lo pasaba en ellas! Desde siempre adoró moverse en el monte, entre los árboles, en plena naturaleza. En una de esas acampadas tuvo un monitor nuevo, que era un poco raro. Un buen chaval, pero un poco raro. Pero, eso sí, les contaba buenas historias de miedo. ¿De qué trataban? Hace ya tanto tiempo que no se acordaba de ellas. Con alguna de ellas fue incapaz de conciliar el sueño. Vaya, quizá fue eso lo que provocó que ahora le sea tan difícil volver a dormirse. Si lograra acordarse de alguna de ellas, se daría cuenta de que no son para tanto, de que los niños son muy subceptibles, y que seguro de que alguna de ellas era el argumento de alguna película mala que el tipo había visto.

Una de ellas..., una de ellas era... trataba de un viejo y de un amuleto; sí, de un viejo que compraba un amuleto con forma de serpiente que se mordía la cola. Era un amuleto con una inscripción en latín. Decía algo así como que por venganza se abriría, o se desenrollaría. Bueno, el caso es que el viejo llevaba el amuleto en el pecho, cerca de la piel, y un día lo mataron. Al monitor le gustaba explayarse con las escenas de muertes. Hacía unas descripciones muy vívidas, y simulaba los ruidos que hacían los cuerpos al ser asesinados. Huesos que crujían, navajas que cortan la carne, tripas que

revientan... Muy apropiado para contar a unos pobres niños pequeños. Pero en este caso, el asesino no fue muy sangriento.

Lo compró. No es que le fascinase los amuletos, pero este le impresionó: Una serpiente entrelazándose consigo misma, y para cerrar el círculo se mordía la cola. Grabado en un costado, una inscripción.

Estaba harto. Lo mataría. Todo parecería un accidente. Todas sus posesiones serían para él. ¡Al fin se libraría de su padre! ¡Al fin sería libre para vivir! ¡Él solo, solo, solo sin que nadie le gobernase! Todo sería para él. Incluido su nueva joya.

Se electrocutó al bañarse, mientras su hijo se reía. Su hijo; que en su funeral lloraría y se mostraría muy abatido. El amuleto, con sus ojos de piedras preciosas, brilló.

Otra muerte en esta desgraciada familia: Primero el padre, viudo, electrocutado mientras se bañaba; ahora el hijo, ahogado al tragarse una serpiente de plata.

Parpadeó de nuevo. El sueño volvía a prender en él, pero muy lentamente. Si permanecía inmóvil tal vez lograra dormirse. ¿Qué había sido de aquel monitor? Creo que le había pasado algo malo. Vaya, tenía algo que ver con una secta. El chico se metió en una secta, y se volvió majareta. Debido a eso se murió. ¿Cómo? Un accidente...

Ya era miembro de la secta del Sagrado Corazón.

Después de los ritos, contempló con más calma la hermosa estatua del BIEN: una bella mujer, la más bella, cuyo rostro les iluminaba con su gracia. Al otro lado, la horrible estatua del MAL: una asquerosa serpiente.

Al salir del templo, tras la ceremonia, su resolución estaba tomada. Fue a casa por un hacha.

El bosque está extraño: Las serpientes han sido cortadas en pedacitos. Por doquier pueden contemplarse sus cuerpos putrefactos. Las moscas están a sus anchas.

—Perdonadme, Señora del BIEN, por retrasarme estos últimos días, pero he estado eliminando la maldad que nos rodea —estas últimas palabras las dijo con satisfacción.

La secta se está disolviendo. Ya no creen. Nadie puede comprenderlo: Una persona tan buena, que después de agotarse eliminando serpientes, la estatua de la Señora del BIEN caiga encima de él y lo aplaste, como si de una vulgar serpiente se tratase.

Volví a parpadear lentamente, muy lentamente. Casi era incapaz de mantenerlos abiertos. El sopor le inundaba.

Tantas serpientes... era la noche de las serpientes. El tema había aparecido sin más, y le divertía. Él también había tenido sus encuentros con las serpientes. Recuerda una vez, ya mayor, que...

La vio. Era larga, algo gruesa, y deslumbrante. Muy bonita. Ideal para un cinto, pensó.

Su piel forraba con perfección el cinto, con una maravillosa perfección, como si fuese hecho a medida.

Era un cinto especial. A las chicas les gustaba mucho.

Y se casó. Ya podría tener una nueva familia. Para él solo. Y la amaba.

El fuerte ruido le sacó con brusquedad del estado de felicidad que produce dormir. Sus ojos se abrieron al máximo, quedando automáticamente despierto, para su desgracia. Insultó por lo bajo, y se levantó. El ruido había sido en el desván. Algo se había caído allí.

Enfadado, abandonó el dormitorio, caminó por pasillos, abrió la puerta, y subió las escaleras hacia el desván. Estaba cada vez más furioso. Entonces la vio. Tan brillante y hermosa como el primer día.

Ella se despertó, intrigada.

Todavía somnolienta, algo la había despertado. Más que otra cosa, había sido una sensación extraña lo que lo había provocado.

Sergio no estaba a su lado. No se oía nada, aunque estaba escuchando con atención. La luz del pasillo estaba encendida. Se incorporó, y pudo notar que no estaban las zapatillas de él.

Al final del pasillo, a la izquierda, había una puerta abierta. Era la puerta del desván. Se acercó. Salía luz de allí arriba. Le llamó. No hubo respuesta. Dudó si entrar.

Subió.

Al principio no lo vio, pero allí estaba. Su queridísimo esposo. Gritó.

Apretado a más no poder, rodeando el cuello de su asesino, el cinto forrado de piel de serpiente.

Fusión de tres de mis primeros cuentos, escritos a finales de la E.G.B.

Una vez me sentí así

Algo raro pasa.

Me despierto inquieto; creo que he tenido una pesadilla, pero soy incapaz de recordar qué es lo que me asustaba de ella. El despertador sigue sonando, y alargo un brazo para hacerlo callar. Siento su fea voluminosidad entre mis dedos. También aprovecho para encender la luz.

Pestaño al ver de frente las bombillas, que me dejan una pequeña muestra de su permanencia en la retina. Consigo levantarme, lentamente. El despertador parece ahora poca cosa, como si encogiese con la luz.

Mientras me lavo la cara, ya en el cuarto de baño, casi doy un grito al ver mi reflejo. No parecía yo. Un poco más de agua fría en el rostro para terminar de despertarme y a vestirse. El corazón se ha acelerado un poco; pero no importa, son cosas que pasan.

Debe ser culpa de la adolescencia.

Vestido, peinado, preparo mi desayuno ritual. Tras el tazón de leche caliente, me siento mucho mejor; las preocupaciones desaparecen, disolviéndose como una *meada* en el mar. Se me ilumina el rostro, y un calorcillo agradable fluye dentro de mí.

La perspectiva de toda una mañana de monótonas clases me defrauda, pero no dejo que mi ánimo decaiga.

Salgo al exterior, y la inquietud regresa a mí. ¿No me habré equivocado? Echo una rápida mirada al reloj. Al principio el cambio de perspectiva me desenfoca, pero ya puedo distinguir la hora. Sí, es la correcta, las siete menos cinco. La inquietud no me ha abandonado todavía. Miro la fecha, ¡está en inglés! ¡Qué preocupación más tonta!, ¡como si no supiese inglés!

Es martes. No es un día tan malo como el lunes, pero podría ser mejor. Por fin, me he decidido a caminar. En cinco minutos me colocaré en la parada del autobús de todos los días. Aún no ha amanecido, y las farolas eliminan esa oscuridad que parece hinchar los objetos al tacto.

Vuelvo a sentirme mal, como si una canica rodase por mi estómago. No es indigestión, no es diarrea. Tiene que ser algo psíquico, pero lo siento como físico. No tengo frío, pero no es un consuelo. Sigo sintiéndome mal. ¿Habré hecho algo mal? No consigo recordar si cerré los grifos, ni si apagué la luz del cuarto de baño, ni si tiré de la cadena; ni siquiera me acuerdo si me senté o no en la taza del *water*.

Bueno, es comprensible; estaba adormilado, semidormido, semiinconsciente. Pasando de un estado de inutilidad a otro de plena actividad. Probablemente lo haría todo bien, ejecutando todas las acciones acostumbradas como un animal bien amaestrado, o como un robot. En esos momentos era casi un cuerpo sin mente.

Esto me ha aliviado un poco. Respiro profundamente e intento relajarme durante la marcha. Casi sin darme cuenta, ya he recorrido la mitad de la distancia que me separa de mi inmediato objetivo.

Pero la extraña sensación que me invade aumenta repentinamente. El corazón me golpea el pecho y me siento ridículo, parado aquí en medio de la carretera, como un espantapájaros, con cara de bobalición. ¿Qué hago aquí? ¡Mierda! ¿Qué hago aquí? ¿Por qué me siento tan vacío, tan estúpido? Creo que voy a llorar.

Cierro los ojos e intento evadirme de todo esto.

Cuando vuelvo a abrirlos me siento más estúpido todavía, pues vuelvo a sentirme bien, pero sin dejar de creer que soy tonto. Me río de mí mismo y, con una sonrisa iluminándome, reanudo la marcha.

Pero, ¿qué pasa? El camino de todos los días parece haber cambiado, pero sin dejar de ser el mismo; me resulta conocido, pero no familiar. ¡Hasta los colores me parecen haberse movido!

Pero, ¿¡qué me pasa hoy!? Sigo caminando, mientras en mi cabeza los pensamientos dan más y más vueltas; y me siento como si fuese un envoltorio vacío. No retornable. ¡Qué mal me siento! Creo que esta depresión va a acabar en algo malo. Quizás sólo el suicidio me salve. ¡Dios! ¿¡Pero qué me pasa!?

Una vena late en mi frente. Siento deseos de golpearme la cabeza contra un muro, para librarme de una vez de esto. Mi estómago se revuelve, y un sabor ácido sube hasta mi boca. Pienso que puedo vomitar, pero esa gracia no me será concedida.

¿¡Por qué!/? Casi estoy en la parada del autobús, aunque realmente estoy a años-luz de allí, encerrado en una cáscara que es mi cráneo, envuelto en fluidos, con un frágil cordón umbilical uniéndome a un realidad que no es tal. Mecánicamente, sé que estoy de pie, en la parada del autobús, cerca de otras personas. Ni un saludo; sólo noto húmedos los ojos. No quiero hacer el ridículo, pero necesito purgarme de alguna forma. Si fuese una mujer, quizá estuviese teniendo la regla. Podría cortarme las venas, rajándolas de un extremo a otro de la muñeca en profundidad, para luego hacerlo a lo largo, desde la mano hasta el final del antebrazo.

El sabor amargo me rodea la lengua, y yo lo paladeo sin darme cuenta, sin poder evitarlo. Mi cabeza está llena de malos pensamientos, mi vientre está lleno de pútridos gases flotando encima de líquidos impuros de los que manan. Nunca antes había sido tan negativo.

Oigo un sonido extraño, deslizante, que nunca antes había oído, y que no proviene de mi interior. Giro la cabeza, inevitablemente. Una gran masa cuadrangular se acerca a mí. Debe ser el autobús, pero no hay en él apenas algún detalle para poder afirmarlo. Se ha parado. La gente entra en él, atravesándolo, fundiéndose en su seno. Como un apéndice más de la masa humana, soy también engullido. Casi creí que me iba a escupir, rechazándome por mi mal sabor. Ahora estoy al fondo, como excremento almacenado.

Oh, dios, qué mal estoy. Sólo deseo morirme y acabar de una vez con todo esto. Aquí, apartado, relegado del mundo, abandonado a mí mismo, soy una piedra en el camino que se aparta de una patada. Y mi cabeza rueda y rueda y rueda, despeñándose hacia un abismo que no tiene fondo. Mi alma es un trozo de pan que se descompone en la arena de la playa, con el mar llenándolo de espuma salada. Creo que debo vomitarme a través de mi boca; salir y escaparme de mí mismo, romper mis ataduras corporales y hacerme pulpa...

¡Basta! ¡Ya está bien de seguir así! Tengo que animarme, sonreír, poner cara alegre... Pero es inútil, soy sólo un bulto dentro de estas paredes. No sé si hace frío o calor, pero estoy sudando. Puede que sea sangre, resbalando por mi piel, entre mis pelos. Ojalá fuese sangre, para acabar de una vez. Siento un toque de aire fresco en los ojos: Se ha abierto una puerta. Debería arrojarme en ese vacío, estrellarme contra

esa superficie lacerante, que me cortase la cara como cuchillos, reventándome los ojos, destripándome sin piedad...

Soy un escupitajo en una montaña de estiércol humeante, soy una bolsa de pus que alguien explota. ¡Dios! ¡Si existes eres *el que tira de la cadena!* Somos tus cagarrutas flotando en un lago de orina verdeamarillenta mezclada con nuestros propios deshechos químicos. ¡Qué fácil sería tirar de la cadena y que todo acabase de una vez! Siento como me ahogo en mi propio vómito mental, sin poder, ni querer, mantenerme a flote, girando en un remolino infinito que no cesa de conducirme a su infernal centro allá, allá abajo, tan abajo que parece arriba, porque estoy cabeza abajo, con mis vísceras empapadas en sangre pugnando por salir a través de mi cabeza, por los agujeros de mi abultada nariz, con las venas hinchadas, reluciendo a través de la piel, ahora abultada y deforme, llena de costras llenas de mierda. Puedo reventar y debo hacerlo.

Algo muerde los dedos de mis pies, arrancándome las falanges una a una, con pasión. Continúa con los dedos de mis manos. Me arranca las uñas, despacio, despegándolas sin prisa ni pausa, pinchándome las mejillas, perforándome la carne de los brazos, grapándome contra una pared que cada vez está más caliente, abrasándome la espalda. Y siento como se desprende mi piel, descascarillándose. Dolor y rabia. Fiebre e hinchazón. Delirio y descomposición. Internamente. Profundamente. Resquebrajándome como tierra seca, sólo que estoy húmedo, burbujeando.

Cuando salgo del autobús, soy una torre en llamas, una pira funeraria, un trozo del pastel de veinte pisos que se desmorona, desparramándose sobre el suelo, mostrando mi corrompido relleno blancorrojizo. Y el infecto aire de mi alrededor aviva mi descomposición. Y no me importa. Y no me importa.

Un día de junio de 1995 me atrapó una depresión, y la puse por escrito, librándome de ella.

¡Vámonos a la playa!

Capítulo 1: La recolección

Estaba Fran más aburrido que un pez en una pecera llena de agua cuando, de repente y sin previo aviso, se puso a mirar el calendario:

—¡Andá! ¡Si estamos en el verano!

—¡Vámonos a la playa! —dijo Paulo inmediatamente.

Y mientras el Paulo se cambiaba (no de peluca, sino de ropa) para estar un poco más presentable (pero ya sabemos lo bien que se viste) sobre la arena de la playa (aunque en la arena de la playa vaya a estar casi desnudo), Fran fue a echar gasolina a la gasolinera, que para eso están construidas.

Mientras tanto, ajeno a tan importantes acontecimientos, Miranda estaba en su casita, diseñando un programa en CutreBasic para imprimir en su megaimpresora de bolsillo microchuletas (porque si no él y Navia suspendían).

Y en esto, se oye el pito del coche de Fran (que no tiene pito), (el coche, me refiero) y todo estaba en silencio. Y en esto otro, más silencio, seguido de una de las mayores y malsonantes palabras que Miranda usa cuando está de muy mala ostia: *¡Mecachis!*

Ordenador: —*Syntax error*. Anular, Repetir, Cancelar.

Miranda: —¡Cachis!

Ordenador: —¡Bip!

Entonces entra Fran en casa de Miranda como si nada y le dice:

—Miranda, vente a la playa.

—Bueno, voy a la playa —y venga a gastar *gasofa* hasta la casa de Navia.

Navia: —¿Sabéis el chiste de los Glugluglitos?

Y Fran, Paulo y Miranda se arrepintieron de haber ido hasta allí (camino del allá):
—¡Sí! ¡Lo sabemos! —la verdad es que sólo lo sabían hasta la parte en que se mueren todos los Glugluglitos menos dos.

Mientras Navia guarda sus pelotas, digo sus balones, pues estaba entrenando, mas bien presumiendo, el pobre Miranda, ignorante del peligro que le acecha, toma confiado el sendero hacia el coche de Fran. Y Fran, ¡plas!

Miranda: —¡Fran! ¡No me toques el culo que me cabreo!

—¿Y qué me vas a hacer? ¿Pegarme? —y se pone a cachondearse del pobre chaval.

—Mira que llamo al Jorje y ya sabes cómo es.

—Eso no vale, eh, karatekas a mí no, ¿eh?

—Jódete ahí, ¿eh?

Y la pandilla de esos cuatro muertos de hambre a la escabeche pasaron por mi casa, a proponerme que entrara en el coche para completar la lata de sardinas.

Apareció Fran, escoltado por las greñas del Paulo. Y como tenía mucho trabajo que hacer, me fui con ellos.

A Miranda lo conocía. A Navia apenas.

Fran: —Como os conocéis poco, os voy a presentar: Navia, éste es Navia; Jorje, éste es Jorje.

Navia: —Encantado, Navia.

Jorje: —Qué tal, Jorje.

Paulo: —No Fran, ¿ves?, ya sabía yo que así no se hace. Tú déjame a mí que yo los presento, pero bien.

Fran: —¡Venga ya, Paulo! ¡Pero si tú no sabes cómo se presenta a la gente!

Paulo: —Claro. ¿Tú crees que hay que estudiar para eso?

Fran: —Pues a ver, a ver cómo lo haces.

Paulo: —Tú fíjate bien, tú fíjate bien —se acerca, y empieza—: Hola, Jorje; te voy a presentar a... ¿qué venía después?

Fran: —Ah... ¿No decías que eras el experto? Pues venga, demuestra lo que sabes.

Paulo: —Pues... te voy a presentar a... ¡Jorje; qué haces! ¡Navia! ¡Atendedme, que es por vuestro bien!

Jorje (tirando un dado): —¡Seis!

Navia (tirando otro dado): —¡Siete! ¡Ves, siempre tengo más suerte!

Jorje: —Pero seguro que si tiras otra vez el dado no te sale ni cara ni cruz.

Navia: —¿Qué te apuestas?

Jorje: —Nada, nada...

Miranda (que por fin habla): —Es que el Navia entrena en casa para tener suerte.

Yo: —¡Ah!

Paulo: —¿Me hacéis caso o no?

Capítulo 2: El viaje de ida

El viaje comenzó: Fran conducía (a mí nunca me deja conducir); Paulo estaba sentado a su lado (mirando cómo le crecía el pelo de sus greñas); Miranda, mirando; Navia, pensando en la estrategia a seguir en el próximo partido (para partir de risa al portero); y... (se me olvida al otro que iba con nosotros... ¡ah, sí!) y yo.

Nadie decía nada. Por lo tanto, abrí la boca.

Jorje: (Bostezo).

El resto: (Silencio).

Yo: —¡Bueno!

Los otros: (Silencio).

Yo: —No sé, pero...

Paulo: —Hace un día estupendo para la playa.

Miranda: —Sí.

Navia: —Sí.

Fran: (Calladito, atento a la conducción).

Navia: —¿Sabéis el chiste de los Glugluglitos?

Fran, Paulo y Miranda: —¡Sí!

Yo (inocentemente): —No.

Fran, Paulo y Miranda a mí: —¡Calla!

Yo: —¿Por qué? Quiero oírlo.

—¡No! ¡Calla!

—Pues en un poblado en medio de la selva —empezó Navia— vivían los Glugluglitos. Salieron a cazar y un león se los comió a todos.

—¡Vaya!

—Pero no a todos: Quedaron dos. Y se pusieron a follar hasta que hubo más Glugluglitos. Cuando fueron muchos, fueron a comer verduras. Pero se envenenaron con setas y se murieron todos.

—¡Qué triste!

—Pero se salvaron dos. Y se pusieron a follar hasta que fueron muchos. Entonces llegó la época de las lluvias y se ahogaron todos.

—¡Qué horrible!

—Pero se salvaron dos. Y se pusieron a...

Capítulo 3: La llegada

El viaje terminó tarde, pero antes de la tarde: Fran no encontraba el sitio que, según las palabras de Paulo era *chachi-piruli*; tan *chachi* que tardamos una hora, 39 minutos, 12.6 segundos y pico (exactamente) en encontrarlo; y tan *piruli* que ése no era el sitio donde habían estado.

Nada más bajar, teníamos el agua y la agua delante nuestro.

—...esperar un poco que falta un poco para el final: Y se murieron todos los Glugluglitos menos dos. Y estos dos se pusieron a...

Todos nos bajamos del coche tan rápido, que quedamos cansados por el esfuerzo.

Navia: —Bueno, terminaré el chiste en el viaje de vuelta.

Paulo a Fran (en voz baja): —Yo no quiero volver; yo quiero quedarme aquí contigo...

Fran (quitándoselo de encima): —¡Paulo!

Para reconciliarme y desviar el tema, miré el panorama, y les di una mala noticia: —¡Fran! ¡Falta la matrícula del coche! —y rodeando el coche tras mover mis piernas— ¡Fran! ¡También falta la matrícula de atrás! Ya sabía yo que iba a pasar algo malo, tenía ese presentimiento desde que hoy me levanté del ataúd... ¡de la cama!

Miranda: —¡Y ahora tenemos que ir a buscarlas!

Navia: —¡Sí! ¡Por fin voy a poder acabar el chiste!

Los demás (incluido yo): —¡No!

Miranda: —No, si con este Fran es la leche, mira que le dijimos que revisara bien el coche, que se te puede caer, y él sí, sí, ya la arreglaré, y nada; y ahora tenemos que ir a buscarla a *¿Quién sabe a dónde?* o al 1-2-3, *responda de nuevo otra vez*, ¡con lo que le gusta a Fran acelerar en las carreteras estrechas con muchas curvas! —¡joder!, vaya discurso que se echó el callado del Miranda, ¡un poco más y se desgasta la lengua por el rozamiento con la saliva!

Entonces, el superdeportivo Navia realizó una fulminante salida de tacos, al comprender que no iba a poder terminar su chiste: —Mmm... ¡mierda!; mmmm... ¡joder!; mmm... ¡mecachis! —(esta palabra la aprendió de Miranda)—; ¡me cago en la mar salada! —(así está de apesotosa, con tipos como él).

Paulo se mordió la lengua, miró hacia arriba, y murmuró algo entre dientes. Siempre hace esta postura cuando tiene algo inteligente que decir, pero no lo dice para que no pensemos mal de él.

—Ja, ja, ja; je, je, je... —se reía Fran, mientras nos decía—: Parvos, creéis que soy tonto, *pos* no, dejé adrede las matrículas en casa para perderlas... —y se continuó riendo el muy capullo, antes de que el suyo se le encogiera por el frío cuando lo tiramos al mar y a la mar, por el susto que nos había metido: ¡Tener que seguir oyendo el chiste de los Glugluglitos mientras buscábamos las matrículas! (Navia se apuntó a tirarlo porque sí, y, por supuesto, Paulo no ayudó).

Capítulo... ¡4!: La competición

Y continúan las aventuras *jiñosas*:

Yo y Miranda fuimos al pie de unas rocas, y llamamos al Navia y al Paulo a que viniesen a ver unos bichos que allí había.

Y la espera dio comienzo:

Yo y Miranda esperábamos al Navia y al Paulo.

Yo y Miranda seguíamos esperando al Navia y al Paulo.

Yo y Miranda continuábamos esperando al Navia y al Paulo.

Yo y Miranda estábamos hasta la coronilla de esperar al Navia y al Paulo.

El Navia y el Paulo entraron en la playa.

El Navia y el Paulo se aproximaron a la zona de las rocas.

El Navia y el Paulo continuaron acercándose a la zona de las rocas.

El Navia y el Paulo intentaron escalar las rocas, pero como estaban muy difíciles, no lo consiguieron, con lo que tuvieron que quedarse conmigo y con Miranda.

Paulo: —Soy tan buen nadador que os ganaría a todos vosotros.

Miranda: —Paulo, no te eches que te conocemos.

Paulo: —Anda ya, lo que pasa es que tenéis envidia, pura y simple y cochina envidia, que es lo que os pasa.

Fran (apareciendo todo mojado): —Anda ya Paulo, que te conozco.

Paulo: —Que soy el mejor.

Navia: —¿Ah sí?, pues te hago una apuesta: A que no llegas hasta aquellas rocas en menos de un minuto.

Paulo: —A que sí, qué te apuestas. E incluso tardo menos.

Navia: —¿Y a que no llegas antes que yo?

—A que sí.

—A que no.

—A que sí.

—A que sí.

—A que no.

Navia: —Lo ves, tú mismo lo dices, que a veces eres un pardillo y picas en todo.

Fran: —Eh, ¡eh!, no me insultes al Paulo, ¿eh?

Navia (con voz afeminada): —¿Me vas a pegar acaso?, toma, ahí tienes a tu novia.

Y no se pelearon por *ella* porque Miranda se celó y los amenazó con echarme a mí; se salvaron porque yo seguía contemplando los bichos de las rocas. Después levanté la cabeza y contemplé otra vez el panorama. Me había hecho mucha ilusión que me llevaran al culo del mundo, para ver granos cachondos; pero... esto era lo que había en el panorama: Mucha agua, mucha arena, y cinco muertos de hambre (nosotros) discutiendo. O sea, que estábamos solos, en nuestra propia compañía.

Finalmente, la apuesta se iba a llevar a cabo. A cada uno de nosotros le tocaba representar un papel (o rol) en esta comedia:

Paulo: —Yo y tú —(Navia)— competimos a nado, el primero que suba a las rocas gana. Como la cosa va a estar muy igualada, eh Fran, tú te pones encima de las rocas para ver quién llega primero de verdad. Y tú —(yo)— darás la salida. Ya veis que lo tengo todo planeado...

Navia: —...menos ganar...

Paulo: —...y si todos hacéis lo que yo os digo todo saldrá bien; que yo de estas cosas controlo, y...

Miranda (con su vocecita inocente): —¿Y yo qué hago?

Navia (metiendo cizaña): —Ves como no estaba todo planeado.

Paulo: —Es que no me hacéis caso; si me hicieseis caso veríais que yo siempre tengo razón y lo tengo todo planeado: Tú Miranda vas a hacer... vas a hacer bonito.

Miranda (contento): —¡Vale! ¡Qué ilusión me hace!

Media hora de discusión más tarde, todo a punto:

Yo: —En sus marcas.

Yo otra vez: —Listos...

Y cuando iba a dar un grito karateka, salta el tonto de turno:

Navia: —¿Sabéis qué le dice el mar a un tío que se ahoga...? ¡Nada! —y se parte el culo sobre la arena. Ni que le estuvieran haciendo la cesárea.

Otra vez yo: —En sus puestos...

Navia: —¿Y no era en sus marcas?

Miranda: —Calla.

Jorje: —En sus marcas...

Navia: —¿Ves?, así queda mucho mejor.

Miranda: —Calla.

Navia: —Oye, que la libertad de expresión está para algo.

—¡Calla!

—Está bien, está bien...

—¡En sus marcas!

Y sigo: —¡Listas!... —(lo dije así por las greñas de uno y por el estilo del otro). (¿O era por las greñas del otro y el estilo del uno...?)—. ¡¡Ya!!

Y el Navia salió disparado, arrojando chorros de agua por donde pasaba, abriendo canales en el mar y la mar de canales, dejando un gran rastro de blanca espuma, dando poderosas brazadas, asesinando el placton a base de patadas, bebiéndose las olas que se le ponían por delante, calentando el agua a base de rozamiento, atravesando la barrera del sonido, arrasando con todo lo que osaba interponerse en su camino... etc., etc., etc.

Pero... ¿*Where are Paulo?* ¿*Where are the máquina total y un medio?*

Retrocedamos una página en la Historia:

Al principio, Dios los hizo a su imagen y semejanza, pero como le salieron tan feos, los desterró al planeta Tierra. Y les dijo: Creced y multiplicaos, y cuando os dividáis, no os radicalicéis, porque la tasa de suspensos es muy alta en Matemáticas...

¡Vaya!, me parece que retrocedí demasiado.

Estábamos en que daba la salida con un grito artístico-marcial, y el Navia salía *fungao*. Pero lo que no nos dimos cuenta es que el Paulo se asustó del grito y corrió a esconderse, no sea que hubiera un incendio y se le quemasen sus maravillosas greñas.

Pero al ver que era una falsa alarma, y que en caso de incendio se está mejor en el agua, se echó a correr hacia ella... y retrocedió asustado: ¡El agua estaba fría!

—¡Vamos Paulo! —gritaba el Fran.

Ante la llamada de la carne, Paulo se lanzó como un machote al agua, nadando según su propio estilo: *El estilo de los que no tienen ni puñetera idea de lo que están haciendo*, abreviadamente N.P.I. (ni puta idea).

Entonces, con las olas producidas por el Navia viniéndole de frente, se pone a considerar que el grito que había oído (el mío) era pésimo, y habría que sustituirlo por el impecable ¡*yeah!* de Julito Catedrales.

Mientras tanto, Fran seguía animando al Paulo para que nadase más rápido: *Hazlo por mí*. Y cuando llevaba avanzado unos cuantos metros, ¡horror!, ¡no pisaba tierra!, ¡estaba flotando a la deriva! ¡Socorro! ¡Mamá...!

Paulo: —¡Socorro!, glup-glup, ¡soco-glup-rroooo!

Miranda: —*Pringao*, que eres un *pringao*.

Jorje: —Paulo, cuando vayas a nadar al estilo tortuga, acuérdate: ¡Quítate primero la concha, que te hundes!

Y a pesar de mi consejo, el *Mútenroi* ese se hundía.

Miranda: —¡Cuando vayas a nadar, córtate el pelo, que se te empapa y se hace más *pesao!* —y también a pesar de este sabio consejo, seguía hundiéndose.

Jorje: —Miranda, haz algo productivo: Sálvalo.

Paulo: —¡So-glup-co-glup-rrooo!

Miranda: —¿Qué me das?

Paulo: —¡So-glup-glup!

Jorje: —Oye, que es más amigo tuyo que mío.

Paulo: —¡Glup-glup!

Miranda: —Ya, pero vive más cerca de tu casa. Además, si me mojo luego tengo que secarme.

Y al final tuve que salvarlo yo.

El problema es que nado muy mal y no sé bucear. Pero bueno, ¿para qué están los amigos? (N.P.I.)

—Allá voy.

¡Pchof!, dijo el mar cuando lo violé. ¡Splash!, dijo cuando le pilló el gustillo. ¡Glup-glup!, dije cuando tragué un trozo de mar. ¡Socorro!, dijo algo que estaba respirando muy a su pesar óxido de dihidrógeno y dihidruo de oxígeno, con una ligera concentración de KK.

Capítulo 5: La competición, segunda parte: El ahogo continúa

Has empezado un nuevo capítulo en la historia de la Historia.

Resumen de los capítulos publicados: Fran se aburre, Navia nada, Paulo casi nada, Miranda se tuesta, y Jorje nada. Como se ve, en esta historia pasa de todo.

Pero sigamos con la odisea de los chapuzas y salpicas.

Si no recuerdo mal estábamos en que ¡pchof!, ¡splash!, ¡glup-glup!, ¡socorro!, etc.

...y en esto, por la fuerza de la amistad, estaba consiguiendo bucear en las profundidades.

Extendí la mano, pero no encontré nada. Quiero decir nada más que agua.

Extendí la otra, y encontré algo pringoso, asqueroso, tipo algas, pero más viscoso y grasiento, verdaderamente repugnante.

Y tiré de ello. Y tiré y tiré. Pero como según la ley de la acción y la reacción, tiraba ello de mí, nos hundimos los dos más y más en la inmensidad del océano.

Pero como todo tiene su final y todo lo bueno ha de acabar, caímos en el suelo oceánico (por suerte no era una dorsal, punto caliente o fosa abisal).

Y una vez en un amago de tierra firme, caminé, arrastrando lo que tenía agarrado.

Nada mas emerger, va y salta Miranda, inspirado, a la vez que inspiraba N₂, O₂, CO₂ y gases nobles y reales diversos:

—Noticia de última hora: Hombre prehistórico conquista a mujer prehistórica mediante el tradicional método del porrazo en la cabeza y tirón de pelos.

¡Vaya hombre prehistórico estoy hecho! Voy a tener que comprarme unas gafas, mira que confundir al Paulo con una cachonda troglodita..

Pero, algo, en lo más profundo de su ser, debió excitar a Miranda, o al menos a su instinto maternal, y saltó hacia delante y le hizo el morro a morro al greñas. Me dieron ganas de vomitar.

Cuando todos pensábamos (todos... bueno, yo solo) que era tarde, Paulo se da la vuelta y se pone a *potear* sobre la arena:

—¡Puaj!, ¡qué asco!

Miranda: —Vaya forma de agradecermelo.

Jorje: —Muy bien hecho, acabas de salvar la vida a un proyecto de hombre. Te mereces una medalla.

Pero Miranda está muy deprimido; ser un héroe es una responsabilidad muy grande para un chavalillo humilde y canoso que no sale con chavalas porque le meten mano.

Paulo: —¡Puag!, ¡puaf!

Jorje: —Tranquilo Paulo, que el agua salada te viene bien para *potear*.

Y... ¿qué pasó con Fran y Navia?

Pues que Navia había conseguido alcanzar las rocas, e intentaba subir para que la victoria fuese total y completa. Pero Fran le impedía subir, a la vez que gritaba:

—¡Vamos Paulo!, ¡que todavía puedes ganar! ¡Ánimo!

—¡Fran!, ¡esto es trampa! —lloraba el pobre Navia.

Capítulo 7, digo 6: La boda simulada

Tras los chapuzones, salpicaduras, rabetas, empujones e hundimientos, nos tumbamos en la arena. Bueno no, directamente en la arena no: Pusimos toallas en medio.

Yo estaba hablando medio a escondidas con Miranda, sobre nuestro proyecto de reunir firmas para obligar al Paulo que se cortase el pelo. En esto, salta Navia:

—Fran: ¿Cuándo te casas?

Fran: —Ah, no sé, tú sabrás.

Navia: —¿Qué clase de respuesta es esa?

—Ah, no sé, tú sabrás.

—¿Eh?

—Ah, no sé, tú sabrás.

Paulo: —Si Fran se casa...

Jorje (poniéndose en pie, digo, poniéndome en pie): —¡Necesitará un cura! ¡Yo puedo ser ese cura! —y empiezo a recitar:— ¡Hermanos! ¡Hermanas! —y siguiendo todo de carrerilla:— Primos, tíos y demás familia ruegan una oración por su alma mortal...

Fran (soplándome al oído, porque si me soplase a los pies no oiría nada): —¡Pss!: Nos hallamos aquí reunidos...

—¡Ah!, ¡sí!: Hermanos y hermanas, nos hallamos aquí reunidos...

Paulo: —Y yo sería...

Navia: —¡La novia!

Paulo: —No.

Navia: —¡La dama de honor!

Paulo: —Tampoco. Yo sería...

Miranda: —El tipejo ese que al llegar a la parte de...

Jorje: —...que hable ahora o calle para siempre... —seguía yo recitando.

Miranda: —...salta y dice que tiene algo que decir.

Fran: —¡Que tiene que hacer pis!

Paulo: —Miranda... la verdad es que no te entiendo: ¿Cómo puedes decir eso? ¿Qué significa eso del *tipejo ese*...?

Navia: —Pregúntale a Jorje que seguro que te sabe lo que significa.

Jorje: —Según el diccionario de la Real Academia de la Lengua y los Dientes, *el tipejo ese* es una expresión coloquial que significa...

Navia: —Y en vez de arroz, tiraríamos la comida de los periquitos...

Paulo: —¡De eso nada!

Miranda: —Y después de una boda simulada, lo mejor es un banquete simulado.

Navia: —Que lo prepararía yo.

Yo: —¡Yo te ayudo!

Miranda: —Y luego una noche de bodas simulada.

Navia: —Tan simulada que la haríamos de día.

Fran: —¿Cómo que *la haríamos*? ¡La haría yo solo!

Jorje: —¿¡Tú solo, Fran!?! —e hicimos varios chistes con esa confesión (menos Paulo, claro) que es mejor no anotar aquí.

Aprovechando la coyuntura, el Espíritu Santo, encarnado en una gaviota, obsequió a Paulo con una estupenda cagada en toda la cabeza. El pobre *hombre* tuvo que ir a la orilla a lavarse, mientras nosotros cuatro, cruelmente, nos reíamos de él.

Capítulo, esta vez sí, 7: El triste regreso

Miranda iba a decir algo, pero intervino Fran:

—Va a haber que marcharse: De un momento a otro puede caer la noche.

Y ¡plaf!, cayó la noche.

Fran: —¡Paulo! ¿¡Acabas de una vez de lavarte los pelos, que hay que irse!?

—¡Ya voy!

Navia: —¡Venga, vámonos!

—¡Sí!, que ya voy.

Jorje: —¡Que ya es tarde!

—¡Aún voy por la mitad!

¿Pero por qué tardará tanto ese chaval? Para averiguarlo mandamos un enviado especial a la zona conflictiva, para que nos informara de la situación.

La pulga de agua nunca regresó.

Mandamos otra.

Jamás se la volvió a ver.

Desesperados, mandamos a la tercera.

No le volvimos a ver el pelo.

Eran demasiadas bajas. No podíamos arriesgarnos a perder más vidas. Por ello, mandamos a Miranda.

Sobrevivió.

Las noticias fueron reveladoras:

—¡Se está lavando la cabeza... ¡pelo a pelo!!

Aquello fue el colmo que rebosa el vaso (¿o era la gota que lo culmina?). Nos equipamos, nos armamos, nos cabreamos y nos lanzamos a través de la arena, agazapados... ¡atrapamos al Paulo con ayuda de nuestro espía infiltrado (Miranda), lo atamos, lo amordazamos y, sacando un par de tijeras...! ¡Cachis!, ¡dejamos las tijeras en casa!

Nos metimos en el coche. Eso me recordó algo:

—Oye Navia, hay una cosa que no he entendido: Los dos Glugluglitos...

Tres voces agonizantes: —¡No! ¡Calla!

Jorje: —...que quedaban siempre después de que se murieran los demás, ¿eran siempre los mismos?

Navia: —¿A estas alturas, y te atreves a preguntarlo? Se ve que no lo has entendido y voy a tener que contártelo desde el principio: En medio de la jungla vivían muchos Glugluglitos, pero...

Y no hay nada más interesante que contar. Destacar que todavía seguimos sin conocer el final del chiste.

Bueno, deciros que, en realidad, todo esto han sido fantasías del autor, por lo que no vayáis a creeros que por ahí andan pululando un Fran, un Paulo y un Miranda mirando para un Navia; como mucho veréis un Jorje, y eso ya será bastante (si le pedís un autógrafo, pues...).

Punto muerto, digo... ¡punto final!

Durante F.P., aproximadamente sobre marzo de 1993, empecé a escribir unas aventuras imaginarias en las que empleaba a mis amigos (y a mí) como personajes. Ésta es la fusión de esas historias, realizada el 8/06/1999. Es un testimonio de cómo éramos y cómo nos veía; y la gente cambia...

Venganza vudú

¡Soltadme! ¡Soltadme! Soltadme...

Estoy atada, no me dejan que me vengue de él. Ese hijo de puta... el cabrón de mi novio...

Mi historia es fácil de contar, pero siempre me hace llorar. Mi novio me dejó... embarazada; y después me dejó...

Por supuesto, yo tampoco quería al bebé. No tenía dinero para abortar, así que me tiré escaleras abajo. Aborté gratis.

Pero el hijo de puta no me quiso. Se juntó con otras, y me dejó tirada.

Estaba muy mal, y al final intenté suicidarme. Me metí en la bañera, me tomé unas pastillas, me corté las venas, y... me encontraron y me llevaron y me curaron antes de que me dejase ir para siempre.

En el hospital me enteré de que él había tenido un accidente. Me alegré mucho. Se había estrellado con su moto, y se había quedado sin manos. Intentaron cosérselas, pero estaban tan destrozadas... que se joda.

Esa noche se me ocurrió una idea. El accidente había ocurrido mientras yo me cortaba. Y pensé... Estábamos en el mismo hospital... Di un fuerte cabezazo contra la pared, y me mordí el brazo. A la mañana siguiente tuvo complicaciones. Dijeron que eran por causa del accidente. Por lo que pude oír, se le estaba pudriendo un brazo, y tenía problemas en la cabeza. Me alegré mucho al oír eso.

¡Odio a ese hijo de puta tanto...! Pero me tienen atada y no me puedo vengar.

¡Soltadme!

V́ctor Tasede

Mientras estaba en la cárcel cumpliendo mi condena, apareció V́ctor Tasede.

Ya desde el primer día se notó que ese tipo no era muy normal. Caminaba erguido, con los puños en la espalda. Tenía cara de indefenso, nadie lo conocía, y se notaba que era la primera vez que estaba en la cárcel. Esto favoreció que un preso se metiese con él. V́ctor enseguida habló de pelea, preguntando cuándo y dónde. Aquí y ahora. ¿Algún tipo de reglas? Ninguna. En un segundo, V́ctor derrotó a su contrincante; pero lo más curioso fue que le dijo que le perdonaba la vida a cambio de que no le guardase rencor por lo sucedido.

En esos primeros días apareció muerto uno de los guardas, aparentemente por accidente. Pero varios presos dijeron que fue V́ctor. Nadie se fue de la lengua: todos odiábamos a aquel guarda.

Viendo que la balanza del poder se estaba moviendo, varios presos se unieron para darle una lección de mando a V́ctor. Se sabe que V́ctor les habló; les dijo que no, que ni Dios ni el Diablo existían, que sólo existían las Almas y los Demonios. Él era un Demonio y les iba a comer sus almas. Les dijo más cosas: ya que habían tenido *güevos* a enfrentarse con él, él se los arrancaría. Sabía que iba a perder la pelea, pero también sabía que se iba a llevar por delante a varios. Y les dijo que comería sus Almas y volvería a la vida: les dijo que él no había nacido de mujer. Les enseñó la prueba; yo pude verla, y otros muchos también, en las duchas: tenía cicatrices en su cuerpo, pero no tenía ombligo.

Con el paso del tiempo, que V́ctor te debiese un favor terminó por significar que estabas bajo su protección, que eras intocable. Se dice que hubo un preso que le propuso hacerle a V́ctor una mamada para que éste le protegiese. V́ctor se sintió conmovido, pero dijo que para él los instintos del sexo sólo iban hacia las mujeres.

Mucha gente debía favores a V́ctor. Tenía el poder entre los presos, y se estaba convirtiendo aquello en una secta. Él les decía que a los Demonios les encantaban las Almas de los malvados: durante la estancia de V́ctor, en la cárcel aparecieron muertos muchos presos que eran mala gente. También les dijo que a los Demonios que preferían las Almas de los bondadosos se les conocía como Ángeles, aunque como ese tipo de gente era escasa, había pocos Ángeles. Así, en la cárcel fuimos todos buenos: nadie quería que V́ctor le comiese el Alma. Algunos incluso decían que V́ctor era capaz de salir de su celda por las noches, entrar en la de otros, y comerles su alma y matar su cuerpo.

Corría el rumor de que V́ctor escondía armas y otros utensilios dentro de su cuerpo: hubo quien dijo haber visto como, en una cicatriz, se rajaba la piel y sacaba una pieza metálica.

Alguien le preguntó una vez por qué, si era un Demonio, estaba en la cárcel. Respondió que se había dejado coger, porque éste era un buen coto de caza.

Cuando se me terminó la condena me perdí todos los hechos finales de V́ctor en la cárcel. En la tele dieron noticias, pero yo sabía que en realidad aquello tuvo que ser diferente.

La muerte inexplicable de muchos presos terminó por hacer pensar a las autoridades que podría tratarse de algún tipo de enfermedad. Quiero recalcar aquí que Víctor acababa con la mala gente, que no necesariamente son los que, por algunas circunstancias, hubiesen cometido algún que otro crimen; es decir, nosotros, la buena gente empujada al crimen, éramos los fieles seguidores y amigos de Víctor.

Hace tiempo que no sé nada de él. Sigo siendo una buena persona, aunque el caiga en el crimen por necesidad. Los que le conocimos estamos intentado resucitar su secta, pero sin su presencia no es lo mismo.

En la cárcel, con la presunta epidemia, se estableció una cuarentena. Se aislaron presos, y terminaron por señalar a uno como la fuente de contagio. Se lo llevaron, y dicen que enloqueció y se murió víctima de sí mismo. Mi sospecha es que devoró Almas, se hizo morir, y volvió otra vez a la vida libre. Me baso en que por la tele dijeron que varios enfermeros y doctores murieron contagiados antes de la muerte de Víctor Tasede.

Jueves 6/05/1999, de una idea de unas noches antes. A su vez, el nombre es de una o dos noches anteriores.

Yo mismo

Parte primera: *Ahora estoy aquí*

Capítulo inicial

La resaca...

...siento como si mi cabeza fuese un tambor golpeado hasta reventar.

El sentido del equilibrio me dice que, quizás, me estoy moviendo, balanceándome. Todo sigue dando vueltas, oscilando cada vez más lentamente.

Gradualmente, tomo conciencia de mí mismo, de mi cuerpo, de mi interior...

Es extraño que me sienta así.

Hay más gente conmigo. Parecen idos, compartiendo el mismo estado de ensoñación que yo; alhelados. El sitio donde estamos, donde estoy, me es familiar, pero desconocido. Sé que he estado aquí antes; pero no sé cuándo. Miro a los otros. Está todo aún borroso, pero sé que no los conozco. No importa. Están mirando hacia...

Hay algo delante de nosotros, anormal, que se mueve incesantemente. Una ligera brisa húmeda me refresca la cara. Quiero acercarme para verlo mejor, pero parezco estar alejándome más y más. Más y más. Creo que me voy a caer. Siento temblar el suelo: Otros ya han caído. Ahora caen más. Siento la tentación de hacerlo yo también. Allá voy.

El suelo se abalanza contra mi cabeza...

Círculos de arena evolucionan a mi alrededor, intentando envolverme en una inconsistencia espacial. No quiero llorar; no quiero respirar.

No hay rastro que seguir para huir, pero aún así voy a hacerlo.

La cosa se ha calmado.

Las simetrías coloreadas que pululan en mis ojos; las resonancias que me atraviesan los oídos; ese mal sabor de boca; ese olor que emana de mí, pero que no soy yo; todo eso y más flota complejamente a mi alrededor y se diluye en la nada de la que proceden...

Las incongruencias mentales también se disuelven...

Intento incorporarme; lentamente.

A mi alrededor, los árboles se mueven apaciblemente, con el viento acariciando sus hojas. Verdes.

La luz del sol amenaza con hervirme los sesos si no busco desesperadamente una fría sombra.

Me toco la frente: Arde húmedamente.

Mis piernas no desean soportar el peso corporal, pero ya están acostumbradas a obedecer.

Allá en la lejanía hay algo. No consigo distinguir qué es. Parece como si viera a través de una cortina de humo; la fiebre aún no ha remitido.

Alguien comenta: *Una cabaña*. Y lo es.

Una casita de madera, de forma cuadrangular. Incluso tiene su propia chimenea, de la que sale una pequeña columna de humo. Un humo negro.

Oigo murmullos carentes de significado. Mi mente sólo tiene una preocupación: Ir allí a preguntar a sus moradores dónde estoy y cómo puedo salir de este maravilloso lugar que no es mi hogar. Quizás, así sepa qué hago aquí.

Otros ya han empezado a caminar hacia allí. Me apunto a su viaje. Más se unen a nosotros. Parece estar cerca esa cabaña, pero a la vez está lo suficientemente lejos como para que tengamos que caminar un largo trecho por este amplio camino.

No es que sea muy largo, es que da muchas vueltas, aparentemente innecesarias, alargándose sobremanera. Parece haber varios atajos para llegar al final, a través del inquietante bosque, pero no me fío de a dónde puedan conducir. Varios los han tomado, pero no voy a seguir su ejemplo.

Aprovecho el recorrido turístico para deleitarme con el monótono paisaje. Hacia el frente, el bosque termina de golpe, brutalmente. El terreno perdido, robado, parece haber sido cedido amablemente a ese inmenso campo de cultivo que lo ocupa todo, con sus altos y verde-amarillentos tallos. La cabaña parece, no, es una isla en ese inmenso y monótono mar. Está sobre un terreno elevado, a nivel de ese mar monocromo, como faro olvidado.

La gente a la que acompaño, o que me acompaña, está enmudecida. Y eso que somos un gran número. Parecemos frutos de la producción en masa.

Ignoro cuánto tiempo llevamos caminando por este laberíntico corredor a través de estos fecundos y aburridos campos. Horas..., quizás; porque, aunque aún no me siento cansado, mis piernas comienzan a flaquear.

Miro hacia el cielo. Ha querido poblarse de impecables nubes blancas, inmaculadamente limpias. La luz solar lo inunda todo. Soy incapaz de determinar la posición del sol, pero sé que está ahí arriba. O eso supongo.

La casita ya está más cerca, en la elevación del terreno. Es cuadrangular, de techo plano, casi totalmente construida a base de troncos mancillados por el tiempo. No es demasiado grande; contendrá un par de habitaciones, no más. Del suelo arranca una maciza chimenea de piedra, que ocupa el centro de una pared lateral, más alargada que la frontal.

El humo que emana de allí es ahora más negro y espeso, como globular. Sigo su trayectoria con la vista mientras sus espirales se difuminan en el aire.

Me acerco cada vez más. Ahora que ya está a mi inmediato alcance capto un detalle: La chimenea está tallada en pura roca viva, algo intermedio entre mármol y granito.

Pero lo que más me impresiona de esta vivienda es... la ausencia de ventanas.

Los que han llegado antes que yo ya la han rodeado. Descubren que sólo hay una entrada: La puerta principal.

Está entreabierta. Dentro, está oscuro. La gente parece suplicar que alguien entre primero, a ver qué hay, quiénes hay. Nadie se arriesga; por si acaso.

Me acerco a la entrada. Las sombras parecen arrastrarse ahí dentro. No tengo miedo. No tengo demasiado miedo.

Entro.

Mi vista intenta acostumbrarse a la oscuridad. Una cuerda cuelga agitada por la brisa que emana de allí dentro. Parece implorar que se tire de ella. Está llena de polvo. Creo que me voy a manchar las manos. Dudo si tirar; siento la impaciencia tras de mí.

Tiro.

Nada pasa. Oigo los chirridos de un mecanismo que se mueve ahí arriba. Se produce un repentino estruendo en el techo, y un gran golpe de luz me deslumbra y me ciega, haciéndome doler los ojos hasta la profundidad de las cuencas. Pero el fulgor para cuando cierro los ojos.

Sonidos de asombro tras de mí. Sigo sin poder ver nada. Soy empujado y arrojado a un lado. Ruido. Estruendoso.

No me entero de lo que pasa hasta que, por fin, mis ojos se tranquilizan. Ya comienzo a vislumbrar qué ha pasado.

El techo es como una de esas persianas de tablillas que, al tirar de una cuerdecilla, giran y dejan pasar la luz. Pero a mayor escala. Es como eso, y ahora pienso que es un símil vagamente aproximado. El sol brilla con descaro.

Parecía plano el techo, pero no lo es. En realidad tiene forma de embudo. ¿Quizás para recoger agua de lluvia y conducirla hasta esa gran cesta de mimbre toscamente hecha y situada en el centro de la única estancia de esta casa?

Otros ya han mirado dentro de ella, y no parecen contentos de haberlo hecho. Fueron ellos los que me echaron a un lado para pasar cuando yo hice el trabajo sucio. Miro allí dentro: La cesta está llena de sucios pájaros muertos podridos.

Me aparto pensando que quizás el techo tenga una finalidad retorcida y morbosa.

Me doy la vuelta. Los que aún están fuera asoman sus cabezas, tímidamente temerosos. Vuelvo a girarme, y exploro lo que los más aprovechados adelantados ya han explorado.

Uno de ellos viene de observar el horno de la chimenea. Es muy grande y muy amplio. Me aproximo a él, atraído por el olorillo que de allí se desprende. Una

bocanada de aire caliente me golpea toda la cara y el pecho, enrojeciéndolos al instante, a la vez que el sudor aflora.

El interior del horno es un infierno, posiblemente de material refractario, que lo intensifica enormemente. Hay brasas incandescentes y, entre ellas, piedras al rojo vivo; casi blancas. Produce una gran iluminación, que no se veía desde fuera por simples motivos. Uno de ellos es que el horno estaba cerrado con esa gran puerta, que se oxida impasiblemente. Lo han debido abrir con esa larga varilla metálica, que está ahí tirada, cerca de la paja fresca.

Otra bocanada de calor, que provoca más ríos de sudor y el achicharramiento de los pelos de mi nariz. Aquello huele apestosamente bien: Sobre dos soportes, empotrados a cada lado, gira automáticamente un alargado cuerpo ensartado condimentado con los restos de lo que debieron ser impresionantes hojas verdes.

Intento acercarme un poco más. Casi imposible. Alguien me empuja por detrás; le doy un codazo en la boca del estómago. Quejidos. Aquí el calor aumenta a cada medio paso. Observo con atención: Un ingenioso mecanismo de hélices aprovecha la corriente ascendente de aire y humo para hacer girar el manjar. Tengo la boca llena de saliva; no sé si por el calor o por el hambre.

Retrocedo de golpe, el calor me está mareando. Tropiezo con el de atrás, que vuelve a recibir otro golpe, y me alejo de allí, hacia alguna zona fría y oscura de la casucha.

Para diversión nuestra, uno de ellos grita. Un espejo le ha devuelto su imagen convenientemente deformada. Dejo el rincón, y busco el camino hacia mi propio reflejo. La distorsión no es mucha, pero es instructiva.

Llevo puesta una túnica blanca, de algún confortable material natural. Es ligera y cómoda. Se pega al cuerpo en los lugares húmedos. Los demás también llevan encima un modelo similar.

¿Y los pies? Me miro los sucios dedos, y los muevo para asegurarme que han sobrevivido al polvo seco del camino. Están enjaulados en unas feas, pero practiquísimas, sandalias.

Tenemos una pinta verdaderamente ridícula; el diseñador debe ser muy malo, pero el culpable soy yo por llevar el modelito puesto; deseo reírme por ello, pero no soy capaz de hacerlo.

Se ha descubierto una trampilla en el suelo, en una esquina del fondo. Una mujer ha bajado por ella. Yo también me decido a acompañarla.

El sótano también está excavado en la roca viva. La luz entra, con dificultades, a través de los resquicios del techo. Justo en medio hay un tabique divisor, hecho de finas tiras de madera entrecruzadas, horizontal y verticalmente. Cerca de su centro, hay una abertura que comunica con la otra habitación. Uno la ha atravesado.

El nuevo cuartucho está abarrotado de muebles, de un gusto muy dudoso, y de cacharros de cocina y de carnicería, así como de trampas para animales, cadenas y algún rudimentario instrumento de tortura.

Un encogido pasillo es lo único que lo atraviesa, comunicándolo con la pared de enfrente, donde hay un ventanuco. Y lo único que hay al otro lado es oscuridad y frío.

Distingo en los bordes interiores del marco vegetales espinosos, secos, quebradizos. Un roce significaría para ellos su inmediata transmutación en polvo.

A un lado de la ventana, según como se entra, a la izquierda, hay una mueble rectangular. Tiene cuatro cajones verde-claros, con pomos marrones. El conjunto, todo él de madera, es bastante feo. El tipo ese, que se asomó primero por el ventanuco, intenta abrir el primer cajón. No sé porqué, pero me parecen falsos. Sin embargo, logra abrirlo, el superior izquierdo. Es de buena madera, barnizada. Lo verde es sólo un adorno.

Dentro, hay semillas, tan parduscas como secas. Son alargadas, con los extremos parecidos a brazos con manos. El tipo ese ha cogido una del montón.

—¡No la cojas! —le digo.

—¡Es mía! —me dice, el muy crío egoísta. Quiero quitársela. Quiere escapárseme. Entonces, un ruido denota que algo extraño va a pasar.

Viene del ventanuco, más allá de donde alcanza la vista; sea lo que sea viene de allí, cada vez más cerca de nosotros. No hay tiempo para esconderse o huir. Para ponerse a salvo.

Algo sale de allí. Algo agarra a mi compañero, elevándolo, tirando de él, intentando introducirlo por ese túnel oscuro de la pared; pero su cuerpo es más de lo que la abertura admite y, de un tirón, terminan por quebrarse los huesos y el cuerpo roto desaparece engullido por la oscuridad, entre nubes de polvo.

Estamos anonadados. La mujer que está tras de mí grita. Yo también grito. Y todos los demás presentes nos hacen coro, acompañándonos en el sentimiento.

Salgo de allí corriendo, con ganas de no volver a entrar. Aquello no podía ser real: ¡Me dio la impresión de que tenía demasiadas bocas...!

Atravieso la trampilla a escape, y mi inquietud se dispara al no ver a los demás.

El alivio me reconforta pues los veo fuera de la cabaña, mirando al cielo. Salgo fuera y miro yo también, esperando que mi alocado corazón se calme. Y, ¿qué veo?: A un ser alado llevándose a alguien entre sus garras. Sus varias garras. Y es increíble: Calculando a ojo sus dimensiones, basándose en el tamaño de la toga de su presa, que destaca sobre el color negro del depredador, debe tener una envergadura de alas de, por lo menos ¡diez metros!

Me doy la vuelta. En el suelo hay una mujer tirada. Tiene la ropa rajada por varios sitios, y la cara tapada por su pelo. Apostaría que está muerta; eso justificaría la sangre. Pobre, nadie la echa de menos.

No ha sido eso lo que me ha incitado a darme la vuelta mientras el volador se pierde entre las nubes. No, no ha sido eso. Ha sido ese cosquilleante olorcillo que me hace rugir las tripas de hambre. Ese agradable olorcillo.

¿*¡Qué hay de comer!?*?, voy a preguntar; pero me callo. Qué fácil olvido lo que acaba de pasar. Al lado de la cabaña hay colocada una mesa alargada, con una de las tablas de que se compone más larga que la otra. Encima, una fuente. Y en la fuente, magistralmente condimentado, admirablemente distribuido, como adornos, tubérculos, verduras, hortalizas, frutas, frutos, especias, salsas, jugos, zumos... y un sin fin más de materias primas culinarias rodeando una única pieza alargada de carne asada, humeante, deliciosa, apetitosa y perfectamente reconocible: Un cuerpo humano despellejado... y en su punto.

Empiezo a pensar que tengo hambre. La mesa está servida y, por cierto, muy bien presentada, aunque no haya ni un solo plato. Ni vasos, tenedores o servilletas. Ni siquiera un miserable cuchillo para trincar la carne, esa jugosa carne, que se ve apetecible. Creo que me voy a quejar al cocinero.

Lo busco; no lo encuentro. Por los murmullos que escucho, deduzco que ha salido volando...

El personal no está muy animado. Los miro. Los admiro. Ese oriental de ahí está completamente ridículo con su toga. El árabe no desentona tanto, pero todos parecemos igual de tontos, víctimas de una acortinada moda.

Creo que tengo sed. Y no soy el único que lo piensa. Toda una tarde pateando bajo un sol de miedo sin encontrar una mísera fuente. Pero siempre hay alguno más listo. Mira lo que trae ese yanqui de la bodega: ¡Una fabulosa caja de cerveza! El vidrio verde lanza sus destellos amarillos al sol. Seguro que están algo espumosas debido al deficiente transporte, igual que mi lengua.

Pero no importa.

Lo más curioso es que no tienen tapón. Ni siquiera una abertura practicable. Están completamente cerradas. Pero el tipo no se acobarda y, con la sed que debe tener, y esos músculos que le abultan, va a sacarle partido a su descubrimiento. Para demostrarlo, rompe el extremo delgado del envase de un golpe seco contra la caja, como si fuese una ampolla. Deja correr un poco el deseable líquido claro-verdoso-amarillento-espumeante y, acto seguido e inmediato, le da un largo y refrescante trago.

Puedo sentir como le baja el refrescante líquido, por su garganta reseca. La cara de felicidad y triunfo que le ha quedado nos da una envidia...

Se ha empapado el traje. No importa. ¡Yo también quiero beber!

Coge otra, hay muchas más, y nos da el visto bueno para que nos unamos a la celebración... Y toda la tropa se abalanza en masa para apoderarse de tan preciado tesoro. Hay gritos, empujones, gemidos, chillidos, caras sudorosas, rostros agobiados y ansiosos. Doy golpes a diestro y siniestro, hago zancadillas y doy empujones, ¡yo también tengo derecho a satisfacer mis necesidades!

El golpe que recibo me deja incapacitado, momentáneamente incapacitado, instantes preciosos que pierdo y otros los roban, para apropiarse de lo que es mío, ¡mío!, ¡¡sólo mío!!

—¡¡No...!!

Silencio de golpe. La muchedumbre retrocede, más calmada. Yo también retrocedo, arrastrado por la marea humana. ¿Qué pasa? Oigo quejidos. ¿Qué ocurre?

El yanqui está en el suelo. Otros también. Los demás formamos un círculo a su alrededor, contemplando con morbosidad el espectáculo: Se retuercen, incapaces de levantarse, incapaces de articular algo comprensible para pedir ayuda. En nosotros no encuentran consuelo. Ni siquiera ese de ahí, que parecía tan buena persona.

Les está bien empleado, por egoístas, por aprovechados y por abusones.

El líquido no estaba tan bueno: Lo vomitan con asco. Y la función acaba; y la gente se dispersa. No nos interesa seguir contemplando las facciones contraídas de los recién muertos. Los dejamos ahí, babeándose.

Siento la llamada llameante de la curiosidad. Cojo una de las pocas botellas que están sin romper, y le echo un vistazo. La luz la atraviesa, y la observo con detenimiento. Tiene un abundante poso. Parece arcilla. La agito ligeramente, y la luz se refracta en adorables destellos multicolores.

Entonces una forma alargada llama mi atención. Algo se ha movido ahí dentro. Ondulante. Apenas tiene un milímetro de diámetro, quizás mucho menos, pero es claramente apreciable. Mide unos dos centímetros de longitud y es, sin lugar a dudas, un maldito bicho. Y va a reunirse en el poso con sus demás compañeros. ¡Entre mis manos tengo un almacén de parásitos asesinos! No deseo mirar más y arrojo lejos la botella, asqueado, y va a caer entre los tallos alargados, de los cuales seguramente extraen el maldito licor. ¡Y esos miserables me han quitado el apetito!

Escurridizos gusanos... Ya no soporto seguir cerca de esta cabaña. Quiero irme a casa, a mi casa.

Intencionadamente o no, este lugar comienza a sacarme de quicio.

Capítulo siguiente

Empieza a llover; así, sin más. Me quedo indeciso, el techo de la cabaña no evitará que me moje. Se me ocurre echar un vistazo al cielo: Es una única nube la que llora, estacionada justo encima de la choza. Quieta, inmóvil. Eso no está bien.

Siento dolor sobre mi piel: El agua está cada vez más fría, casi ya congelada. Se mete por los resquicios de mi piel, quemándome.

Salgo corriendo. No soy el único. Avanzamos a través de los tallos del monocultivo, hasta que por fin no sentimos la granizada. Bonita combinación la del día de hoy.

Hemos coincidido un grupo. Antes de seguir avanzando damos un último vistazo atrás. Casi nos da un ataque de risa: Los incautos intentan refugiarse en la cabaña, sin saber cómo cerrar el techo; ¡bobos!

Y ahora estamos aquí, ¡al sol!, intentando que nuestra ropa se seque, mientras allá continúa el chaparrón.

Somos todos hombres y, presentaciones aparte, somos un grupo muy decidido.

Llegamos hasta aquí, más allá del monocultivo.

Lugar estupendo éste, todo lleno de flores y más flores. Hay flores hasta reventar. Ya de la primera impresión quedamos asqueados de tanta flor.

Ahora sí, ahora parece que de verdad es por la tarde. Pero algo llama la atención del oriental: *Flores, abejas, ¡miel!*

Adoro su lógica; captamos instantáneamente su maravillosa idea. No resulta difícil perseguir a los regordetes voladores. El espionaje descarado funciona, y descubrimos su guarida, en el centro del paraíso multicolor. Está camuflada por las plantas, en un socavón del terreno. Son nueve las casetas, dispuestas formando un cuadrado.

Como no hay nadie que diga que esto es suyo, reclamamos nuestros derechos de conquistadores. Nuestra ley es: Yo lo vi primero. Pero... ¿quién teme al aguijón?

Hacemos una votación: Por unanimidad, nadie se atreve. Y los panales siguen ahí, dispuestos a ser reventados y saqueados; y a defenderse. Y el hambre instalándose en nuestros cuerpos, acompañada por la codicia.

Pero, ¿cómo hacerlo?

—Con la suficiente paciencia —dice el oriental—, y la concentración necesaria, es posible engañarlas. Si haces tus movimientos muy, muy lentamente, lograrás su falta de atención sobre ti; y si no saben que estás ahí...

—Pero —interrumpe el rubio—, se te subirán encima.

—Hay que tener la sangre fría y los nervios templados.

—Me parece que la lluvia te ha afectado seriamente.

Debe tener mucha hambre para intentarlo. Estamos boquiabiertos, observando como se mueve, muy despacio, hacia las colmenas. Debe tener la mente muy centrada para permanecer impassible ante los cientos, por no decir miles, de insectos que pululan incansables a su alrededor.

Apenas se mueve. Incluso parece no pestañear.

Se nos crispan los nervios con tanta parsimonia ante tantas ganas de comer. No lo debe estar pasando muy bien, las tiene hasta en la cara; pero no desiste.

Por convenio propio, ninguno se hace el gracioso.

Lleva ya más de media hora aguantando. La ha vivido segundo a segundo, décima a décima. Media hora. Totalmente en toda su intensidad, sin despreciar ni una milésima. Media hora; se dice muy rápido. Horroroso.

Y para colmo, se le debe haber atascado la tapa de la caseta.

Hace ya bastante tiempo, también, que el rubio se ha ido. Hace ya demasiado. Ya debían estar de vuelta, él y su acompañante. Habían ido a por fuego a la caseta, donde habían quedado los otros, el grueso del batallón de batas blancas. Su idea es más racional y práctica: Ahuyentarlas con humo; eso siempre ha funcionado. La única complicación es la lluvia. Tardan ya demasiado. Se les veía muy alegres, mofándose por lo bajo del paciente cazador.

Me despierto de golpe.

Nos habíamos quedado adormilados, esperando a los incendiarios. Lo que nos ha despertado son gritos. Gritos de dolor. Nos incorporamos a tiempo de comprender la catástrofe: El dichoso oriental ha fracasado. Presa del pánico, ha salido corriendo. Todos los abominables voladores se abalanzan sobre él. Parece como envuelto en llamas. Y está chillando salvajemente, salvajemente, salvajemente...

Y al decir que todos se lanzaban a por él no estaba exagerando: Todos, absolutamente todos los insectos están concentrados sobre él, formando una masa informe que se agita con violencia y no para de gritar.

No quiero pensar en su dolor. Pienso en el mío. Y otros ya se me han adelantado. Nos abalanzamos sobre las desprotegidas colmenas, saqueándolas; para salir acto seguido a toda velocidad, huyendo del escenario del crimen antes de que las víctimas vuelvan a convertirse en verdugos. En nuestros verdugos.

Acelero el paso detrás del peludo. Un buen deportista este joven, llegará lejos. Abandonamos el valle y nos perdemos en el bosque, creyéndonos a salvo de los agujijones. Apparentemente, hemos ganado.

¿A costa de qué? No importa: ¡Qué bien sienta tener el estómago ocupado!

Estoy tumbado boca arriba entre los helechos. Para mi sorpresa, estoy satisfecho. Suelto un par de eructos. Ahora sí desearía quedarme dormido. Es increíble que tan frugal comida me haga feliz. ¿Qué habrá sido del oriental? Prefiero no pensar en ello, reprimiéndolo. Prefiero dormirme, mientras los rayos del sol se filtran mansamente entre las hojas de los pinos, y una humedad latente me refresca la cara; mientras mi corazón late apaciblemente, y mis ojos se cierran sin prisa, y la sensación de paz interior me llena por completo...

Al fin logramos reunirnos nuevamente, tras la apacible siesta. Alguien pregunta:

—¿Estamos todos?

Nadie responde.

—¡Falta el oriental! —dice de improviso el gracioso de turno.

Entonces, se me ocurre comentarles que, a lo mejor, las enfurecidas abejas lo están aprovechando para reponer la miel que les hemos confiscado; que, quizás, no haya sido el primero; que, quizás...

Aquél de allí empieza a tener cara de vómito. Sería una pena que lo hiciese. Nadie aprovecharía su altruismo.

¡Bien! Nuevamente nos ponemos en marcha. Para evitar remordimientos nos alejamos del lugar del siniestro, adentrándonos en el bosque.

¿Qué es ese adorable ruido? Caras de felicidad. El sol aún calienta; el día parece no tener fin. Quizás hemos dormido poco. Llegamos a un claro, y nuestros anhelos son realidad: ¡Un río!

¡Qué bien nos sienta el baño! El agua es transparente, fresca, agradable, deliciosa. Complaciente como una buena mujer. Es una pena que no haya alguna entre nosotros, bañándose desnuda.

Hacía tanto, tanto tiempo. Como niños, nos salpicamos los unos a los otros; nos empujamos, jugando a hundirnos. Y alguien chilla de dolor, y nos lo tomamos a broma...

—¡Pirañas!!

Salimos a todo gas del agua, empujándonos mutuamente, sin vanas cortesías. Consigno salir, me distancio lo suficiente de la orilla, y vuelvo la vista atrás. El espectáculo no es muy divertido. Se ve mucha espuma coloreada de rojo, y brazos agitándose. Son tres los elegidos. Ya no se les oye gritar, sólo se ve agua teñida formando más espuma. Me pregunto cuánta carne arrancada a mordiscos fue suficiente para matarlos. O, por lo menos, para callarlos.

Fin de la sesión, regresa la calma. Entre los que nos libramos, uno recibió un mordisco en una pierna. Parece serio, pero ya ha conseguido detener la hemorragia.

—Me pica pero no me duele.

Ya te dolerá, ya te dolerá.

Atardece. Un experto se ha zampado setas. Yo no me fío. Las que ha despreciado son demasiado vistosas. Tampoco a nadie le apetecen. ¿Qué comer cuando hay hambre?

—Lo que no mata engorda.

O hace daño. Y puede hacer mucho daño. Y provocar mucho sufrimiento.

Resignación.

No estaban tan malos los frutos silvestres. Una vez que les cogí el gusto entraron bien. Lástima no poder acompañarlos con un buen trago. Y eso que el río ya volvió a la normalidad, pero... No importa.

Anochece.

El ambiente es el justo para que a algunos les apetezca pasar la noche a la intemperie, tendidos sobre la hierba. Aunque otros, como yo, se acomodan en una mullida cama de helechos. A mí me encanta el olor a savia desparramada, a hojas recién cortadas.

El cielo está lleno de estrellas, más de las que puedo recordar. No reconozco las constelaciones, quizás porque hay muchas estrellas. Es precioso.

El silencio es total. Sólo escucho mi respiración pausada y el apacible latir de mi corazón. Casi echo de menos el incordiante cri-cri de los grillos.

Siento como el sueño quiere apoderarse de mí a pesar de mi inquietud, y todo se vuelve irreal.

Alguien grita, cortando mis sueños, que se diluyen como fantasmas al abrir los ojos.

Me incorporo de golpe. El grito se repite; no es muy intenso, pero en el silencio de la noche resuena con fuerza.

Vuelve el grito a oírse. Voy a ver qué pasa. Un regusto ácido de la cera sube por mi esófago. Sacudo la cabeza para concentrarme y no perderme en digresiones mentales. Contengo el motín.

El grito se ha silenciado. Me acerco a los otros, visibles a la incierta luz de la noche. Están mirando a uno que está tirado en el suelo. Tiene la cara agitándose en una muda mueca de sufrimiento. Nos mira desesperado, con los ojos húmedos. Casi da pena. Apenas puede moverse, tan sólo se agita a golpes, como un robot. A la luz de la luna se le ve amarillento. Saca la lengua; la tiene hinchada. Siento ganas de reírme al verlo babear, pues la situación tiene algo cómico que me fascina.

Finalmente, para consuelo nuestro, para de temblar. Uno lo empuja, pero no pasa nada. Debe estar muerto, su agonía no ha durado tanto.

Alguien bosteza, y los demás hacemos coro. Regresamos a nuestros lechos.

Mañana será un nuevo día. Volverán las preocupaciones a amargarnos la existencia. Pero será divertido. Eso espero.

¡Vaya!; o es que tengo mucho sueño, o es que se está formando niebla. El aire se espesa, lentamente y sin parar. Me pican los pies. Bostezo. Me los rasco. Me pican más intensamente. Otra vez. Dejan de molestar. Desconcertante.

Un trueno desvanece mis sueños. Nos hemos llevado un susto impresionante, tan tranquilos como estábamos. Todavía no ha amanecido, pero ya empieza a notarse una cierta claridad ambiental. La niebla permanece estática, impenetrable. Alguien se levanta, y los demás también lo hacemos, acercándonos al muerto. Está como rígido, hinchado, amarillento. Pero no está aún muerto.

Su agonía continuaba mientras nosotros dormíamos tan tranquilos, ¡y él, con los ojos fijos en la nada! Se le ha caído todo el pelo con la brisa. Parece suplicante, incapaz de moverse, sin poder siquiera pestañear. Y sabemos que sigue vivo porque oímos los golpeteos atolondrados de su corazón contra su rígido pecho. Nos da mucha lástima.

En una zona descubierta de su pecho tiene un gran bulto, como un grano gigantesco de pus. Siento ganas de estallárselo. No debe ser muy agradable estar momificado en vida.

¿Qué vamos a hacer con él? Nos da mucha pena; abandonarlo no sería nada decente. Llevarlo con nosotros, inútil. Quizás para él ya no hay solución, y lo mejor sería...

—Oye, si quieres que te..., que te... rematemos, haznos una señal.

Qué estupidez. Mi amigo Xavier debía haber preguntado con mayor delicadeza. Y otra cosa, si no es capaz de moverse, ¿cómo nos va a dar una señal?

—¡La señal!, ¡la señal!

—¡Silencio!

Estaba, estaba equivocado; logra dar su aprobación mediante una buena artimaña: Alterando su respiración. Pero alguno no está muy convencido de que lo esté haciendo voluntariamente. Siempre cabe la posibilidad de que sea casualidad.

Pero, bueno, a practicar la eutanasia. Conseguimos una pesada piedra. La gente no está muy motivada. Un par de ellos siguen sin estar del todo convencidos, aunque sé que es lo mejor que podemos hacer; otros prefieren no mirar, y se apartan.

Manos a la obra. Levantamos, yo y Xavier, la piedra; apuntamos brevemente, y se la arrojamus con fuerza. Directamente a la cabeza del paciente.

Hace ¡crasht! y rebota, cayendo sobre uno de mis pies.

—¡Aaaah...!! —grito sin contenerme. El dolor nubla mi consciencia. Mis nervios restallan.

Caigo hacia atrás mientras todo da vueltas. Mi cabeza amortigua el golpe contra el suelo. Vomito instantáneamente, expulsando el chorro hacia arriba, como un géiser.

—¡Arrrggh! —siento toda esa papilla resbalar sobre mi cara, mientras mi garganta se resiente. Apesta. El asco que me entra de golpe me obliga a volver a vomitar, pero yo no queda más para expulsar. Repugnante, vomitivo—. ¡Broarght! —siento como si mi alma quisiese salirme por la boca.

La sangre se me agolpa en la cabeza, hinchándomela como un globo que quiere estallar. Siento un vacío interior, como si me estuviese cayendo dentro, dentro de mí mismo; todo está oscuramente blanco.

Vuelve la luz, creciendo de las tinieblas.

Intento incorporarme. No distingo lo que pasa a mi alrededor. La perspectiva está equivocada. Sólo veo mi pierna, enrojecida. Al final de ella, al lado de una piedra en estado bruto, mi pie, envuelto en una gran mucosidad.

Reconozco allí al lado la cabeza semiaplastada del paciente; puede que no se haya muerto del todo. La vista empieza a aclararse, y puedo distinguir los alrededores; estoy empapado en mi propio vómito; mi cabeza aún no...

La giro; no veo a nadie más. Se han ido, ¿porqué? ¿Acaso ha sido tan asquerosa mi actuación? Percibo un resplandor a mi espalda. Intento volverme. No percibo ningún dolor, ningún reproche en las piernas. Ninguna sensación.

Miro casi de frente al resplandor. Vuelta a las andadas.

Es como una babosa gigantesca, fosforescente, transparente, extraña; pero decorativa. Tiene las antenas caídas, arqueadas, flácidas; como pringosas. Puedo ver en su interior algo que se mueve, como un gran feto.

De nuevo, intento incorporarme, pero mis piernas siguen sin responder. Empiezo a inquietarme. ¿Y si ese bicho es el culpable de la repentina desaparición de mis compañeros? Le echo de nuevo un vistazo, pero ahora con más detenimiento.

Está inmóvil, estática. Es inmensa. Y muy misterioso es el halo que la rodea. Ya distingo qué es lo que tiene dentro. Es uno de mis amigos. Está ahí atrapado, agitándose, gritando en silencio. Desnudo, empapado en sangre. No, no es sangre, es su propia carne, la que debería estar cubierta por su piel.

Su rostro es fantasmagórico. No tiene ojos, sólo cuencas vacías, negras, profundas. Ese ser lo está disolviendo, lentamente, en crudo. En vida. Adelgaza a simple vista, sin parar de moverse. Se le notan ya las costillas, y las vísceras de la barriga, que se le están escapando. Sin parar de agitarse. Puedo distinguir sus tripas, su hígado, su estómago, ¡su corazón latiendo desenfrenadamente... ¡que de golpe estalla!!

Aparto la vista. Estoy seriamente preocupado, con las tripas revolviéndoseme aquí dentro, bajo el abdomen. Ese ser puede tener más hambre, o puede querer aprovisionarse... y yo sin poder moverme. Tengo que escapar. Arrastrándome.

Primero, consigo mover el pie exprimido. Y todo ese pus burbujeante... Aparto a manotazos a todos los bichos que intentan aprovecharse, tengan las patas que tengan. Examinó mi pie:

—¡Pssh!; aprovechable —digo, intentando animarme.

Por el rabillo del ojo echo un vistazo al devorador: Sólo hay huesos blancos flotando dentro de él.

Por fin, puedo colocarme en una postura más cómoda. En esta nueva posición lo veo moverse, espinando el aire con sus antenas. Parece tener branquias.

Empieza a avanzar; pero estoy preparado para escapar... ¡a gatas!

Para mi alivio, lo veo desaparecer en la espesura. El día empieza a definirse en cuanto le presto atención. Creo que el sol ya se ha asomado.

He tenido suerte.

Me dejo reposar sobre la hierba. Estoy muy cansado. Y no quiero recordar lo que ha pasado.

Ya me ocuparé de mis problemas más tarde. Ahora sólo quiero descansar.

Otro capítulo

Me he pasado toda la mañana dormitando, ajeno al exterior. Tengo el pie terriblemente hinchado, deforme; pero no lo siento. Lo toco, y es como tocar un trozo de madera sucia. Intento incorporarme; ya no me resulta tan difícil, pues mis piernas ya responden. Es extraño estar así, sin ninguna sensación en esa zona, como flotando sin estabilidad.

Empiezo a andar con dificultades.

Al principio me ha costado, pero ya me he adaptado, pues sólo es cuestión de acostumbrarse, y de mucha práctica. Con precaución, me lavé los vómitos y la costra de sangre coagulada; no estoy muy dañado, y voy tirando. De momento.

Voy ahora río abajo, sintiéndome incompleto. No he desayunado nada, no estaba motivado. Vuelve a mi paladar cierto regustillo ácido, pero prefiero no acercarme muchas veces a la orilla.

Llego a un amplio claro. El bosque termina aquí. Y lo que tengo delante me asombra: ¡Ruinas!

Es una ciudad completamente desolada. Casas hechas pedazos, que aún conservan sus aires de grandeza. El río la divide en dos; en ambas orillas hay sendas largas calles, con abundantes árboles dando sombra. No teniendo nada mejor que hacer, sigo caminando, adentrándome en este lugar.

Los edificios parecen romanos, o griegos, no estoy seguro, con no más de 3 ó 4 pisos. En todas las fachadas hay grandes columnas verticales, algunas de las cuales tienen dispuestos sus pedazos horizontalmente, y lo único que hacen es estorbar en el camino. En otras circunstancias podría haberme divertido mucho correteando por aquí.

Uniendo ambas mitades de la ciudad, hay diversos puentes, que hace ya bastante tiempo que ni siquiera sirven de adorno. La doble calle se amplía, convirtiéndose en una amplia plaza infestada de árboles, y carente de todo esplendor pasado; por lo menos, el gran puente que posee sigue en uso. Y, vaya, adivina qué tres elementos están ahí tumbados a la sombra, durmiendo.

Doy un grito, y ellos responden levantándose asustados, gritando también. Me ven. Me ponen mala cara. Respirando ruidosamente, Xavier toma la palabra, y me dice, moviendo negativamente la cabeza:

—Ésta no te la perdono.

Lo que son los amigos. Habían huido aterrorizados cuando apareció el ser reptante, yendo a parar, antes de darse cuenta, a este lugar. A mí me dieron por muerto, y casi lo estuve, y a dos más por desaparecidos.

Y como en esta zona central se estaba tan bien, decidieron quedarse aquí, vigilando a todo lo que pudiera acercarse a ellos con oscuras intenciones.

Ruidos, sí oyeron; pero, claro, amaneció sin problemas a la vista. Y, ¡oh casualidad!, estos árboles están repletos de fruta. Y, lógico, comieron. Y, después, apetecía una buena siesta.

Y en esto, para incordiar, llegué yo.

Bien, ya he llenado la barriga en este minimercado de frutas. ¿Qué hacer ahora que no hay nada que hacer?

Explorar.

A todos nos ha llamado la atención un edificio cercano, ciertamente muy singular. Decidimos que podíamos echar una ojeada allí dentro, sólo por ver... Esta vez no quiero ser yo el primero, y Xavier toma el relevo. La construcción en cuestión es de un par de pisos, conserva parte del techo, y tiene grandes ventanales bastante distanciados del suelo.

Xavier entra. Dejamos pasar un par de segundos. Dejamos pasar otro par de segundos. Vamos a dejar pasar otro par de...

—¡Qué os pasa! ¡Aún sigo vivo! ¿¡Por qué no entráis!?

Y entramos. Muy amplio interiormente. Bastante cochambroso.

—¡Mirad!

Y miramos.

Alabado sea este momento. La pureza de sus líneas nos deja abobados, contemplando, ansiando satisfacer esta necesidad que todavía no hemos efectuado.

Los urinarios están empotrados a media altura en la pared. Vistos de perfil tienen forma de L, pero con el saliente mucho más pronunciado. Deliciosos. Tienen una gran oquedad dentro, para no salpicar. Practiquísimos. Son una obra de arte e ingenio. Y, nosotros, a lo nuestro.

¡Ah! ¡Cómo algo tan absurdo puede hacer feliz a uno! Expulsando líquido amarillento, sintiéndome más y más aliviado, más y más ligero, casi flotante.

—¡Arrgh...! ¡Aggh! ¡Arrgh!

El tremendo grito de dolor me vuelve bruscamente a la cruda realidad, con los pies clavados al suelo. Damos un paso atrás, pero sólo tres. El otro compañero está, aparentemente, violando al urinario, gritando; pero no debe disfrutar mucho pues tiene la cara contraída en una mueca de dolor y angustia. Está totalmente pegado contra él, con las manos metidas allí dentro, gritando, cada vez con más fuerza.

De pronto, da un brusco salto hacia atrás, cayéndose al suelo. Su cabeza retiembla. Tiene las dos manos en la ingle, toda empapada en sangre. Sus mejillas se contraen y después quedan relajadas, flácidas.

No tengo suficiente moral como para hacer un chiste diciendo que tiene la regla. Ellos miran hacia el urinario y yo también. Xavier pone cara de vómito. Un tentáculo sonrosadito, con bultos a guisa de dedos, está agitándose allí dentro, nadando en orina mezclada con sangre, y ahora se cuela por el desagüe llevándose consigo un recuerdo que acaba de arrancar en vivo a nuestro compañero...

No estoy inspirado para vomitar, tan sólo salgo corriendo a toda velocidad de allí, agarrándome la entrepierna y gritando como un loco...

Inspiro ampliamente. Mantengo. Expiro lentamente. Otra vez.

Los otros dos aún jadean terriblemente, conmocionados. Ha sido una experiencia horrorosa. Lo mejor es largarnos de aquí.

Y así lo hacemos, caminando con paso aparentemente tranquilo, siguiendo las calles, sin mediar palabra, enmudecidos por los acontecimientos. Disimulando nuestro miedo. A ambos lados nos contemplan tétricos edificios; tenebrosas esquinas; amenazadoras miradas provenientes de esos oscuros ventanales que son como cuencas sin ojos...

Llegamos ya casi al final de la ciudad; por fin vamos a poder salir de esta desolación. Es deprimente todo este abandono. Estoy deseando salir corriendo; pero temo lo peor si lo hago. El último edificio. La libertad a un paso. Mi corazón palpita alocadamente. Casi puedo sentir temblar el suelo bajo mis piernas. La calle se acaba. A un lado, una gran piscina vacía, rectangular, a ras del suelo. Tiene grandes y enhiestas columnas en las esquinas. Desvío la mirada para intentar concentrarme al frente. De ese lugar salen terribles vapores; asquerosos.

Y al fin, otra vez el bosque. La ciudad acaba, con la calle principal como enterrándose, desapareciendo entre la vegetación.

Atrás quedan muchas cosas. Ni siquiera nos hemos molestado en coger provisiones, y no sabemos con qué podemos encontrarlos. Salimos caminando, intentando ocultar nuestra inquietud, en silencio, con miedo. Y en cuanto los árboles nos cubren las espaldas, ¡salimos corriendo!

Es más de media tarde. Estamos agotados, jadeantes, respirando entrecortadamente tras la última carrera. Espero no tener que volver a huir de nada.

El bosque se acaba, pero el río sigue. El paisaje ya no es tan siniestro, sino más. La niebla flota sin ganas, dejándose llevar por la fría brisa que agita levemente las altas hierbas, de finos tallos, que tiempo hace perdieron su verdor. El río se divide en dos, quedando a nuestro lado el de menor caudal, que forma pequeñas lagunas, rodeadas de la omnipresente hierba que, a veces, se eleva sobre nuestras cabezas. Nuestros pies pisan tierra húmeda, provocando falsos ecos sordos de reverberaciones mudas...

Creo que estoy desvariando. Xavier dice que sigamos adelante, y su propuesta queda aprobada por la aplastante unanimidad del silencio. El río forma demasiados meandros. ¿Qué son esos bultos pardos de los tallos? Quizás son hongos, quizás son caracoles, quizás son secreciones de la propia planta, un método de defensa en su particular guerra química. Creo que me estoy adormilando. No siento la pierna desde debajo de la rodilla, pero eso no me impide caminar, seguir caminando siendo el último de la fila, de esta larga fila. Intento silbar, pero sólo consigo emitir un agonizante sonido. Ya no estoy seguro de que la niebla esté ahí fuera, a mi alrededor, sino que está en mi cabeza, envolviendo mis ojos cansados, entrecerrados. Mis brazos van inertes, rozando las hierbas con las yemas de los dedos; debo tener las uñas sucias, tendré que limpiármelas. Debe ser de día, pero parece que ya no hay luz, o que se está yendo a remolinos por el desagüe. Todo es gris, pero, quizás, es en realidad a cuadros; a cuadros grises sobre fondo gris. El único sonido que todavía percibo es el de mis propios pasos arrastrándome sin ganas pero arrastrándome a fin de cuentas, llevándome imperturbablemente hacia delante, sin prisa pero sin pausa. Siento un gran vacío bajo mi piel. Quisiera extender una mano al menos y coger algo y llevármelo a la boca. Casi ya no puedo pensar por mí mismo; ya no sé qué estoy diciendo o pensando o...

Me paro.

Hace rato que nadie me abre el camino. Hace demasiado tiempo que lo estoy haciendo yo. Pero no me he parado, sino que estoy andando, sigo andando. Y sigo andando. No consigo pararme; o quizás puede que no quiera pararme. No debo seguir andando, debo reconsiderar mi posición, mi camino, mi destino, no debo seguir andando, tengo que parar. Tengo que parar. No debo seguir. Tengo que parar. No debo seguir. Me siento un viejo disco rayado que se llena de capas de polvo y que nunca nadie más volverá a soplar sobre él y colocándolo con delicadeza en un cómodo cojín... Debo llamar a los otros, debo avisarles que me he perdido, debe importarme estar solo, abandonado, a la deriva. Tengo que parar y recapacitar. Tengo que hacerlo. Puedo llegar a caer en el río y ahogarme impasiblemente sin sonrisas. ¿Qué río? Voy a caer en el río de seguir así. ¿Qué río? Tengo que pararme, tengo que detenerme. Tengo que detenerme y limpiarme el polvo que se acumula sobre mis hombros y que lleva ya tiempo resultando una pesada carga para mi arqueada espalda y... tengo que pararme. Tengo que pararme y dejarme caer en la cruel tierra de este ningún lugar. No quiero querer dejarme caer en el agua del río, esa agua fría y oscura, embarrada y sucia. No quiero seguir. No quiero seguir perdiéndome y nunca más encontrarme. Quiero parar. No quiero desaparecer, caerme en el olvido. No quiero seguir, quiero parar. ¿Qué río?

El río. No quiero. Debo. Tengo. ¿Qué tengo aquí? ¿Quién soy yo? Quiero. ¿Qué soy yo? Debo. ¿Qué quiero? Puedo. ¿No voy? Debo. El río. No quiero. Tengo.

Las rodillas desaparecen.

Aquí yo.

¿Cuánto tiempo ha pasado? Me duele la cabeza. Sangre en ella. Dolor latente. No importa. Camino abierto ante mí, camino antiguo, no hierba. ¿Qué me pasa? Sacudo mi cabeza pesada. Consigo incorporarme. ¿Qué hacía en el suelo? El camino se ve interminable, recto, perdiéndose en el infinito del horizonte. Apagado azul cielo al fondo. ¿Es de día o de noche? ¿Se hace de día o de noche? Allá al fondo. Allá está la paz. Allá debo ir. Debo ir. Pero...

Un lago. Un pequeño lago a ambos lados del camino. Estoy en el principio del puente recto, plano, prismático, que lo atraviesa, de parte a parte. Es de puro cemento, con las correspondientes rebabas en las aristas. No más ancho que mis hombros es. Debe estar a pocos centímetros, a pocos centímetros de la superficie, de la superficie libre del charco en forma de laguna, de laguna sucia del mar, de tarro de barro, tranquila el agua parda. Ni la brisa que no sopla la perturba ni a mí. Mi garganta se resquebraja en su sequedad y tanta agua a mi alrededor, tanta anhelante agua. Tanta anhelante negra agua. Tanta.

Entre yo y el abismo sólo hay un paso que no hace falta dar. Y caigo en un pozo sin fondo, que se abre como una gran boca de múltiples hileras de dientes. Y no se podrá respirar. Millones de agujas se clavan en mi piel, atravesándola, fingiendo no provocar dolor. Y no se puede respirar. Mi cuerpo sólo existe a partir del cuello. Todo da vueltas a mi alrededor, en todos los sentidos posibles. Bocanadas flameantes me acarician con pasión, presionándome. Quiero gritar, mas ya no estoy aquí. Mi cuerpo se rompe contra lo que hay ahí fuera. Tengo, debo subir. Subir. Subir hacia abajo. Hacia arriba. No hay diferencias porque en realidad no las hay. Floto yo inconsistentemente en el vacío compresor y globuloso que me besa. Me besa, queriendo entrar. Entrar y compartir mis cavidades. Compartir mi cuerpo. Mi vida.

Se aglomera, se aglomera en un único lugar, mientras una sola lengua extraña toca a la mía, y le hace cosquillas, y se sumerge en el éxtasis de la ubicuidad en ningún lugar. En el éxtasis del placer. Del dolor.

Y no se puede respirar; haciéndose cada vez mucho más insoportable. Casi insoportablemente. Agitándome sin moverme. Movimiento que es energía; que es esperanza; que es vida. Que va a ser muerte. Que es esperanza, que es una promesa rota, quebrada en el suelo, con su polvillo flotando en la nada. Llorar no es la solución; pero puede contribuir con su ayuda. Con su desesperación.

Y no se puede respirar. No se puede respirar. ¡No se puede respirar!

Soy agarrado por cuerdas vivas, zarandeado, agitado, golpeado, mordido en mi ingenuidad e inyectado en mi sangre algún veneno ácido que quema mis entrañas. Y algo se pudre en mi vientre...

Y mientras el umbral se abalanza sobre mí, voces cristalinas, puras, agradables, apacibles, deliciosas..., cantan para mí. Para mí.

El viento me golpea con violencia. Con violencia desenfundada allá en lo alto de los abismos.

Ya entiendo las palabras. Las palabras. Las palabras que cantan para mí. Para mí.
Las palabras. Una canción. Una canción...

—Aquí no hay esperanza.

Una canción de amor...

—Aquí no hay esperanzas.

Una canción de muerte...

—Sólo es hacer como si nada.

Una canción de dolor.

—Sólo es dejarse llevar.

Y es que yo ya no aguanto más.

—Gane quién gane...

Y es que yo ya no puedo más.

—...yo siempre perderé.

Y eso no me hace ninguna ilusión.

Ninguna ilusión.

Y es que el reparto ha sido justo, pero a mí no me ha tocado nada.

Y es que yo ya no puedo más, es inútil...

Es inútil...

Es inútil seguir...

¡Y es que yo ya no puedo más, es inútil seguir viviendo!

Segunda parte: *Aún sigo aquí*

Nuevo capítulo

Luz...

...las sombras de la oscuridad se deshilachan ante mí.

La vista se me aclara, ¿o es que está amaneciendo?

Murmullos. Murmullos extraños; voces desconocidas. No debería despertarme, pues se está bien aquí, abandonado en un agradable mundo de ensueños. ¿Por qué debo renunciar a ello y enfrentarme al dolor cotidiano?

Pero tendré que ser fuerte y plantarle cara, aunque me la rompa...

Aunque inútilmente derrame lágrimas, ¡lágrimas sobre tierra quemada!

La realidad es demasiado cruda, y nadie la va a ablandar para mí.

Debo la vida a Xavier. Me rescató de morir ahogado, alertado por mis gritos. Le vomité bilis y sangre, y, aún así, me llevó. Me llevó con ellos, donde los demás.

Sí, los demás; los que dejamos atrás, en la casucha. Me sigue doliendo la cabeza, amenazando con no parar. Todavía los recuerdo mojados, tiritando ridículamente.

No son los únicos.

Mientras nosotros andábamos con nuestras correrías, ellos también decidieron irse, y llegaron a este poblado, donde hay más como ellos. Otras personas que llevan demasiado tiempo aquí como para recordar haber estado en otro lugar. Su jefe se llama Áxel. Es un tipo rubio, grande y robusto.

A propósito del rubio pirómano: Sólo ha aparecido su acompañante. Dicen que está muy trastornado.

Respecto a mí, Xavier dice que cuando me rescató, y mientras me traía aquí, yo desvariaba y decía incoherencias.

—¿Cómo era? Decías algo así como: *No nos han ganado, tan sólo hemos perdido. Como ves sólo es una cuestión de actitud.* O algo así. ¿O era al revés?

Balbucesos, delirios. Ahora estoy en una cama, en una especie de hospital construido con piedras y madera. El doctor es un tipo muy curioso; le tienen cierto recelo. Otto le llaman. Un tipo extraño. No es un anciano, pero es el más viejo del lugar. Me enfoca con su mirada de fascinación, me intranquiliza, y luego se vuelve opaco, frío, resbaladizo a las palabras.

—Los de aquí son unos tipos muy raros —me comenta Xavier mientras estoy convaleciente—, pero están bien organizados. Tienen una gran construcción que es un gran comedor adosado a una gran cocina. Tienen comida en abundancia, ¿sabes?, todo basado en vegetales, frutas, raíces, peces y peces y más de lo mismo, pero todo deliciosamente preparado, con muchas salsas. Para chuparse los dedos, ¿sabes? Ojalá el doctor te dejase probar los mejores bocados.

—No; él dice que hace una correcta selección en conformidad con mi estado...

—Paparruchas. La mitad de la salud entra por la boca y, ¿sabes?, come bien y vivirás mejor. Cuando salgas tienes que probar las bebidas que tienen aquí, ¡están surtidísimos! Tienen todo un edificio lleno de barriles de vino, de sidra, de cerveza, y de muchas más cosas que beber —pone freno a su entusiasmo. Piensa algo para sí, como recordando, y, en un tono bajo de discreción, me comenta:

»¿Sabes cómo llaman de apellido al doctor?

—Ni idea —respondo con complicidad.

—Dos; o Segundo.

—¿Y eso? —pregunto, temiendo que se esté burlando.

—Dicen que por tradición.

—¡Vaya!

—¿Sabes? —dice de repente, retomando el tono de conversación habitual—, te veo mejor, más animado —pero no me pide que le enseñe la herida, ni yo tengo intención de hacerlo: Está asquerosa, cubierta de costras. Está restañada, y me va a quedar una buena colección de cicatrices. Y mientras tanto, dejo que Xavier se explaye a gusto, contándome más cosas sobre este extraño lugar.

»Creo que están enfadados con nosotros, con todos nosotros. Me refiero a los nuevos, ya sabes —dice en un determinado momento—. ¿Y sabes por qué?

—No. ¿Por qué? —respondo, reconociendo mi ignorancia.

—Porque tenían previsto una gran fiesta, y darse el gran atracón antes de que llegásemos, porque, ¿sabes?, tenían prevista nuestra llegada; pero les hemos chafado los planes y ahora tienen que compartirla... —noto cierto brillo de deseo en sus ojos—...con nosotros.

—Compartir, ¿qué? —pregunto, ansioso por descubrir algo extravagante.

—¡Compartir la carne! —dice en voz muy baja. Tan baja, que tardo un instante en comprender la magnitud de los hechos. ¡La carne! Me lleno de satisfacción. Todo un pueblo condenado a comer vegetales y frutas y peces pues no hay ningún animal

terrestre digerible que comer, nada más que tragar siempre lo mismo sin poder sentir la cálida ternura de un buen pedazo de jugosa carne en el paladar y poder masticarla, deleitándose con su sabor prohibido, con su resistencia a ser cortada, rodeando los huesos del cuerpo a quién pertenecían para luego deslizarse aromáticamente en nuestras gargantas y llenarnos con su misteriosa vitalidad...

—¡¡Carne!! —digo, desgranando cada sílaba en mi boca inundada, ansiosa por satisfacer los instintos del cazador que devora a su presa...

—¡Sihhht! ¡No grites, que aquí se alteran por cualquier cosa!

—Perdona.

—Perdonado —hace una pausa y continúa—. Pues sí, carne, ¡carne! La tienen escondida, la han estado ahorrando expresamente para la fiesta, y nosotros hemos aparecido muy anticipadamente, chafándoles los planes —y mientras Xavier habla, me imagino a todo un pueblo ansioso, casi incapaz de aguantarse el deseo, que ven con impotencia como llegamos nosotros, con nuestros estómagos vacíos...—. ¡Carne! La adoran porque casi nunca la prueban, porque es muy difícil conseguirla. No sé cómo lo soportan, ahorrándola cuando consiguen alguna.

—¿Y cómo la conservan? ¿Y de qué tipo es?

—Demasiadas preguntas —y me hace un gesto de abrumación.

—¿Y?

—Y no las contestan.

La fiesta de la carne, lo que todos esperaban, retrasado por nuestra culpa. De momento, no se han acostumbrado a nuestra presencia, pero Xavier me ha dicho que le van a sacar partido a ello. Creo que van a montar una cacería, con Áxel de jefe y varios nuevos de... ¿cómo diría? ¿Peones?

Mientras hacen los preparativos, les enseñan practiquísimas clases de manejo de armas. Es una verdadera pena tener que perdérmelas, aquí, postrado en la cama del hospital. Ya consigo caminar casi sin problemas. El doctor es optimista y cada noche me da una dolorosa friega en el miembro afectado con un extraño potingue, que, por otra parte, me produce un molesto picor recalentado. Además, apesta.

Estoy en una habitación individual, con una ventana demasiado pequeña y colocada demasiado alta como para poder asomarme y contemplar el bullicio diario. Por ello, continúo aburriéndome miserablemente haciendo solitarios ejercicios de rehabilitación, esperando a que algún espontáneo decida venir a animarme. Xavier cada vez viene más raramente; él dice que tiene ocupaciones, pero ya no sé si creerle.

En resumidas cuentas, mi amistad favorita se está trasladando hacia el doctor. Tiene una personalidad absorbente, y una larga experiencia vital. Él también debe estar falto de verdadera compañía, y no de esos encuentros ocasionales provocados por su profesión.

Aunque soy reacio a ello, me ha pedido que le cuente lo que me ha sucedido desde que, desde que... Le digo que ya me han contado la versión oficial. Sí, Áxel llegó, precedido por Xavier, al cuarto en que estoy diariamente, y tras la aburrida comida. Me creí alguien importante por semejante honor, pero finalmente comprobé que yo no era más que una molestia, pues desde un púlpito él se lo había dicho a todos tras la comida y de un tirón.

Me dijo que todo lo que había vivido, que todos los recuerdos que conservaba, eran todos mentira; que jamás había ocurrido nada de lo que creía recordar. Y antes de que pudiese replicar en defensa de mi orgullo personal, me acalló con un gesto, y con gravedad me explicó que todo habían sido alucinaciones. Alucinaciones. Alucinaciones, y remarcó varias veces la palabreja, provocadas por potentes drogas. *¿Qué drogas?*, inquirí yo. *Las que habíais tomado antes de llegar.* Medité sobre lo que acababa de decir. Siento un vacío cada vez que intento recordar algo anterior a mi llegada, y cuando Áxel me hablaba, me sentí aún más perdido y desamparado de lo que realmente estaba. Y él, aprovechándose de mi debilidad, se autoafirmaba basándose en las propiedades amnésicas de los alucinógenos ingeridos.

—Las drogas desvirtuaron la realidad —me dijo entonces— haciendo surgir tus temores inconscientes, junto con toda una serie de incongruencias estrambóticas que son sólo eso, falacias —y lo dijo tranquilamente, con aplomo, convenciéndome—. Piénsatelo —dijo, mientras se preparaba para irse—. *¿De verdad crees que realmente el mundo puede ser así?* —y se fue, dejándome con una duda existencial, tras haber destrozado mis esquemas mentales.

Mucho he recapacitado sobre esa conversación. Y es bien cierto que aún tengo la molesta sensación de que de un momento a otro voy a despertarme de repente. Pero el dolor es real y no hay excusas para negarlo, me dice el doctor; y termino cediendo y contándole lo que yo creo que realmente pasó, mi particular y extraña versión de los hechos.

Me ha escuchado, pensativo. Mis recuerdos son cada vez más confusos con el devenir del tiempo, como un vago sueño que se va diluyendo entre falsos recuerdos. He vacilado mucho, he dudado de mis palabras y de lo que intentaban decir. No sé si he podido darle a comprender mis vivencias, pues cada vez más se va aferrando a mí la convicción, la esperanza de que todo aquello sólo fuesen fantasmas internos. Por lo menos he logrado refrescar mi memoria sobre ese indeciso pasado, tan cercano pero cada vez más lejano.

—Ahora le toca a usted —le digo, porque él me había prometido contarme su historia oscura. Como trueque.

Me pregunto qué me dirá, si intentará mentirme o lo hará de todas formas, aunque sin querer, como creo que yo acabo de hacerlo. También me pregunto si he hecho bien haciendo lo que he hecho.

Y estoy intranquilo, algo nervioso; espero que no se note por fuera.

—Ven —me dice, sacándome de la habitación, ayudándome a caminar. Sé que puedo hacerlo yo solo, pero me dejo llevar. Y mientras abandono el reducido cuartucho que me sirvió de hogar hasta hace unos momentos, vuelvo a preguntarme por qué estoy aquí, prisionero por unas heridas de las que estoy seguro no son alucinaciones baratas, con otras heridas internas que no sabré nunca si cicatrizarán algún día.

Ensimismado en mí mismo, reacciono con el cambio brusco de pendiente. Hacía mucho tiempo que no recorría los peldaños de una escalera. Y así, llego, guiado por el doctor, al sótano del hospital. Entonces, él me alcanza un taburete donde me deja unos instantes, para molestarse en proporcionar al lugar un poco más de la escasa luz del exterior.

Abre un ventanuco, y yo me quedo mirando lo que tengo delante: Un gran tapiz colgado en la pared, adornado con dibujos geométricos. Es rectangular, con los lados más largos paralelos al suelo, que casi roza. Y mientras el doctor remueve trastos viejos tras de mí, me fijo en que el tapiz está cuadrulado, y me molesto, por feliz pasatiempo, en contar cuántos cuadraditos tiene: Empiezo en la esquina superior izquierda, por empezar por alguna, y, comenzando en el uno, los voy numerando, diagonalmente hacia abajo y a la derecha, hasta que, sin perder la concentración, tropiezo con el lado inferior. Llevo ya 26, y sigo la cuenta horizontalmente, hacia la derecha, parando finalmente en el cuadro de la esquina opuesta a la que empecé, que hace el número 37. Un total de 26 por 37 cuadraditos, que son aproximadamente... un número que nada significa, un número más entre todos los infinitos que hay, un simple ente matemático, un símbolo.

Excusas. Excusas para esconder mi incapacidad para calcularlo, para cambiar de tema. Por cierto, a mi lado el doctor me contempla, respetando mis invisibles esfuerzos mentales. Siento que es llegado el momento de quebrar el silencio:

—Empiece.

Y empieza:

Cuando Áxel era todavía un niño, vivía el doctor Otto, el original. Era un gran tipo, amable con todos y respetado por todos. Ejercía su oficio bajo este mismo techo, y no había mal común que no curase.

Bueno, excepto, claro está, la muerte.

Según él, las que aquí se producían no encajaban con los cánones que él recordaba. Y es que él, como todos los que han pasado por aquí, experimentó la misma misteriosa aparición en este lugar.

Muy intrigante, pero no se hacía el menor comentario sobre ello. Tema tabú. El doctor se cuidó también de no ahondar directamente sobre ello; es decir, lo hizo sutilmente. Y se guardó sus conclusiones.

Y en ello, llegó *la gran promoción*:

Gente; mucha gente. Mucha gente joven. Personas sanas y saludables, en la flor de la vida. Llegaron como todos, apareciendo sin más, alhelados, como drogados.

Claro está, preguntaron qué les había pasado.

Claro está, les contaron lo de siempre: Todo lo que habían visto, oído o sentido había sido producto de su imaginación, fomentada por drogas que estimulan la inventiva personal, provocando diversas alucinaciones, y bla, bla, bla.

Cuando se repite hasta la saciedad la misma mentira, se termina por creerla. Eso es lo que pasó entonces, y es lo que sigue pasando ahora. Un desastre.

Siguiendo el hilo de lo que pasó, te diré que aquella fue, que se recuerde, la única vez que aparecieron tantas personas, y además tan jóvenes, tan jóvenes. Y realmente ocurrió. Pero no duró mucho la alegría del récord superado, si es que la hubo, pues a nadie de los que vivían entonces aquí le hizo mucha gracia tanta gente tan de golpe. El padre de Áxel, el jefe supremo del momento, se vio en serias dificultades al no saber qué hacer con la recién llegada muchedumbre. Se reunió el consejo, y alguno sugirió medio en broma que se fuesen a vivir a las ruinas. Se objetó en contra diciendo que aquello era una traición, pues has de saber que ni siquiera es seguro acercarse allí de día. Ni pensarlo de noche.

Finalmente, el grupo de jefecillos decidió que los que no cupiesen en las *casas de ocupación*, fuesen alojados por los demás en sus casas. Y al mismo tiempo, que ellos se apañasen y construyesen nuevas casas.

Todo esto lo decidieron sin contar con la opinión de los nuevos, pues aún no estaban totalmente recuperados de su reciente experiencia.

Y así estaban las cosas cuando, un par de noches después, se logró un nuevo récord. El mayor número de muertos seguidos.

Siniestro, pero también macabro. La gran inmensa mayoría de los nuevos habían aparecido muertos en el transcurso de un precioso amanecer, que nadie disfrutó.

No hizo maldita gracia todo aquel trabajo extra. ¿Cómo iban a deshacerse de tanto cadáver? Para el doctor fue una oportunidad única poder examinar los cuerpos sin vida que tan a mano tenía, pues en su hospital, este hospital, también se habían alojado muchos...

Ahora aquí un inciso: La costumbre dicta enterrar a los muertos e incinerar a los héroes. Hay que hacerlo rápidamente, antes de que una gran nube de bichejos voladores venga a depositar sus larvas, y de paso traigan parásitos. Además, la experiencia confirma que los muertos son utilísimos como abono. No se hacen ascos a los frutos tan suculentos que crecen sobre ellos.

Como te iba diciendo, las varias tumbas que siempre hay dispuestas para casos de emergencia eran insuficientes, aún admitiendo varios, pues no cubrían mas que a una parte insignificante de la demanda. Otra vez, una apurada e urgente reunión de jefecillos intentando poner remedio al problema. Era de locos ponerse a cavar, y no había moral para ello. Tirarlos a la parte baja del río tampoco era buena idea, pues la corriente es muy débil y los cuerpos se atascarían con las piedras de algunas zonas, y mejor no saber a qué se podría atraer con semejante cebo. Entonces, uno propuso que, aprovechando la luz del día, se llevasen los cuerpos a las ruinas, echándolos en la piscina vacía que hay allí y tapanlo antes de que fuese demasiado tarde.

Y venga, a acarrear cuerpos bajo el sol, tirando de carretas llenas a rebosar. Los pocos nuevos que quedaron con vida fueron los que más sudaron. Fue muy duro y desagradable. Por encima, cuando empezaba a notarse que iba a oscurecer, comenzó a llenarse todo de bichejos volantes y otros tipos de incordios con alas, atraídos por las primeras trazas de putrefacción. Y es que los cuerpos empezaron a corromperse con gran facilidad. Estaban todos allí, en la piscina, donde los habíamos tirado sin miramientos. Y con ellos, los bichejos pululando sobre ellos; los había que depositaban sus huevos y los había que se alimentaban de la carne putrefacta, expulsando de sus feos cuerpos ácidos que disolvían los tejidos, para después absorber el caldo formado. Aquello apestaba cada vez con mayor intensidad. Recuerdo que me asaltó una terrible idea: Que alguno de ellos estuviese aún con vida, que no estuviese completamente muerto...

La noche se acercaba, y sólo nos faltaba tapar aquello; pero estábamos cansadísimos. Incluso los jefes estaban cansados de mandar. Todos queríamos irnos a dormir, pero antes teníamos que zanjar el asunto. Los bichos que ya se habían hartado volaban de un lado para otro, como perdidos, con sus asquerosos cuerpos hinchados hasta la caricatura; algunos se estrellaban contra las paredes y otros simplemente caían al

suelo. Si los aplastabas, crujían y reventaban, y su contenido se desparramaba como apetoso y maloliente jarabe. Se requería una solución desesperada antes de que el olor a putrefacción atrajese a cosas peores.

La idea no fue mía, pero la apoyé, y terminamos llevándola a cabo. Puede que no fuese muy brillante, pero tal y como estaban las cosas no teníamos mejor elección. Con trapos húmedos protegiéndonos la boca y la nariz, fuimos hasta allí. Aquello era insoportable para el olfato y horripilante para la vista: Millones de gusanos gordos y blancos campaban a sus anchas; había un monótono ruido de fondo: Millones de bocas masticando y tragando sin parar; una infecta masa devoradora, atrozmente limpia y reluciente a la luz de nuestras antorchas, que son el fin y el principio de la cadena alimenticia. Los vapores que se desprendía de allí mareaban, con sus emborrachadores efluvios surgiendo con calma. Nuestras tripas y estómagos se revolvían del asco que sentíamos.

Temíamos que si nos acercábamos demasiado caeríamos mareados y seríamos pasto de aquellas inmundas criaturas y nuestros cuerpos serían indiferenciables de los demás, excepto que permaneceríamos semiconscientes mientras nos devoraban trozo a trozo.

Demasiado tarde para dar marcha atrás. Arrojamus rápidamente la nafta, esparciéndola con desesperación. Retrocedimos y prendimos fuego a aquella abominación.

Que se haga la luz, pensé; y el infierno se hizo.

Las llamas lamieron el cielo y la noche se hizo día. Huimos de aquel calor inflamante que caldeó el aire mientras oíamos crepitar al fuego. La piel se nos humedeció y el salado sabor del sudor recorría nuestros rostros. Fue horroroso en su brevedad. Al arder, los cadáveres se retorcían... como si tuviesen vida propia. Para los nuevos, aquello fue como volver a nacer. Para empeorar la situación, uno de ellos, Josué, comenzó a desvariar y a decir que había visto un monstruo.

El resultado fue que salimos todos huyendo de allí. Por lo menos casi todos, pues ya en el pueblo nos dimos cuenta que éramos menos de los que teníamos que ser: Faltaban dos. Josué seguía insistiendo en lo del monstruo antropófago, y el doctor Otto se ofreció para calmarlo.

Al día siguiente, como era de esperar, los desaparecidos no se dignaron en aparecer, y todo el tema de *la gran promoción* pasó a ser un lejano recuerdo poco digno de crédito.

Próximo capítulo

Lo que el doctor acababa de contarme era demasiado inverosímil. Una masacre colectiva. Creo que se ha dado cuenta, por mi sonrisilla, de que no me lo creo; y él se recuesta y también sonrío. Entonces, recapacito: Realmente, mi historia también es increíble. Pero yo sé que fue verdad. Al menos, eso creía; está todo tan lleno de puntos negros, de dudas que carcomen...

—¿Qué fue de...?

—Josué.

—¿...y de ese otro doctor?

—Josué se quedó con el doctor, y ambos investigaron qué pasa con el mundo.

—¿Y qué pasa con el mundo? —desconfío, y no sé muy bien por qué—. ¿Y si los otros tienen razón y todo es una locura colectiva, una alucinación provocada por las drogas?

—Tras aquello, Josué se obsesionó con el monstruo. Uno es incapaz de mantener la cordura si sospecha que en cualquier momento su pesadilla puede venir a por él. Así que lo que hay que hacer es ir a por ella antes de que venga a por ti. Y ambos, él y el doctor, fueron a investigar.

»Y terminaron por encontrar lo que buscaban.

Eso era lo que no me esperaba oír. Esperaba cualquier excusa, pero no que dijese que lo habían conseguido.

Aún así, era pronto para sacar conclusiones precipitadas. El doctor se ha levantado y se acerca al tapiz que cuelga de la pared. Entonces, con unas maniobras que no alcanzo a interpretar, descuelga repentinamente la tela, para mostrarme el cuadro que ocultaba.

—Alégrate, muy pocos lo han visto; por lo menos, que sigan vivos.

Y me horroricé.

Una ráfaga de luz ilumina el cielo nocturno.

Mientras, el demonio contempla a sus futuras presas con ojos codiciosos.

Está allí, oculto, agarrado a una columna decrepita, que se eleva verticalmente, como las lenguas de fuego que cerca se relamen.

Está bien sujeto, allá arriba, con sus brazos tan largos como sus piernas, y sus piernas tan delgadas como sus brazos. Pies y manos son idénticos, de cinco dedos, pero con un pulgar en cada lateral. Posee un gruesísimo cuello, cilíndrico, móvil, que acaba en una cúpula alargada, rasgada en su cima. Allí dentro está resguardado todo su misterioso aparato masticador, o cosas peores. A cada lado del cuello le brota un corto pero fuerte tentáculo bifurcado, al final de los cuales tiene situados sus ojos, sus cuatro impactantes ojos.

Pero lo que primero salta a la vista, lo que lo llena todo, resaltando por encima de su color verde-púrpura, lo que lo convierte más, si cabe, en una monstruosidad, son las protuberancias que tiene en la espalda. Son el motivo por el que se le conoce por *el parásito del racimo*, pues los grandes bultos que tiene, desde el cuello hasta el final de su espalda, colgando todavía un poco más, son, ni más ni menos, que senos de mujer.

Con un coloreado pezón en cada uno.

Desagradable, verdaderamente desagradable contemplar esta imagen. Demasiado fantástico como para poder creérmelo. Retrocedo, y me doy la vuelta dejando perder mi vista al otro lado de la habitación.

—Impresionante, ¿no crees?

—Imposible para ser cierto. Se nota que realmente crees que es verdad. Te diré una cosa, Josué seguro os mintió. Quizás no conscientemente, quizás solo desfiguró lo que había visto. Ya sabes, se empieza exagerando un poco y al final el resultado no tiene nada que ver con la base de partida. No es que lo esté llamando mentiroso. Simplemente moldeó la realidad hasta darle esta forma. Además, debían durarle los efectos de las drogas...

Tiene el ceño fruncido; una expresión seria. Creo que lo he defraudado. No debí haber abierto la boca.

Da un par de pasos por la sala. Ha tapado el horrendo cuadro. Mejor. Se para, se gira, alza la vista, y me enfoca con sus misteriosos ojos.

—No sé si te estás dando cuenta de qué es lo que está pasando —me dice. Hace entonces una pausa, en la que intento pensar algo para decir—. Josué tenía razón. Y el doctor lo comprobó. El cuadro que acabas de ver fue un intento de dejar plasmada la realidad de ese ser teratológico, pues su deforme cuerpo muerto hubo de ser destruido.

Cada vez estoy más sorprendido. Aquí alguien debe de estar loco; o yo o él. Pero..., ¿y si los locos son todos los demás?

Paranoia.

Aunque... ¿no se comportan los demás de una forma un tanto extraña? Xavier ya no era el mismo la última vez que me visitó. Estaba cambiado. No era el mismo. ¿Y qué decir de todos los otros? No sé qué pensar. ¿Qué es más probable, que nosotros dos estemos locos, o que todo un pueblo esté loco? Lo más lógico es pensar que la mayoría es lo que define qué es normal y quién está loco. Si es así, para ellos estamos locos; y quizá seamos peligrosos. Pero no puede ser que yo esté loco, es demasiado obvio; demasiado fácil. Tendré que fiarme de mis tergiversadores recuerdos y de los del doctor. Mi pie no es una alucinación, todavía está sin sanar del todo.

—Yo ya no estoy tan seguro de sobre qué estar seguro... —digo, con una tremenda confusión—. Puede que me haya pasado lo mismo que Josué, y que me vuelva tan loco como él. O más... —Breve pausa. El doctor no dice nada. Sólo me mira.

—La locura de Josué es algo que podrás ver por ti mismo, y verás que no lo está. Está más cuerdo que lo que tú debes estarlo ahora. Hay muchas cosas que debes aprender antes de que empieces a entenderlo todo. Te falta mucho por aprender...

—Y entonces, ¿vive Josué? —claro que sí, idiota, me digo, ¿no es acaso del tiempo en que Áxel era un crío?

—Sí.

Espero que no se haya convertido en un viejo ñoño. Con él podré verificar que lo que me ha pasado sí pasó, es cierto. He estado a punto de morir. ¡Varias veces! Y mi cuerpo acusa las cicatrices de la supervivencia. Josué es otro superviviente de este holocausto. Y el doctor también. Evidentemente, son los otros los que están equivocados, ¡tienen que estarlo! ¡Sí! El doctor me ha apartado de su locura, protegiéndome entre estas paredes, enseñándome la verdad oculta tras los rostros esquivos. Aún tengo que aprender mucho más...

—Preséntemelo. Necesito que me lo presente. Alguien como yo, que ha pasado por algo terrible y no ha enloquecido —hago intención de irme de la sala, para ir a buscarlo, pero el doctor no se mueve. Su expresión facial muestra una curiosa disposición de los labios.

—¿Qué pasa? —el doctor parece meditar. Abre la boca con el comienzo de una palabra, vacila, y luego habla:

—Tras los sucesos de *la gran promoción*, el doctor tomó un aprendiz. Era algo que debía haber hecho antes, pero nunca había encontrado a nadie que encajase... Tú encajas aquí.

—¿...?

—¿Entiendes? Por eso te lo he contado; por eso me he cuidado de que no te contaminases.

—¡...!

—¿Comprendes? Yo soy Josué.

Los cazadores han partido. Xavier se ha ido con ellos. Dicen que será peligroso; puede que sea mejor que no regrese. No quiero verle corrompido por esta inmundicia.

Ya soy capaz de andar con normalidad. Yo y el doctor salimos a pasear esta mañana, al amanecer. Me ha estado enseñando el pueblo y sus miserias. Una curiosa urbe en un extraño paisaje. Remezclas de diversos estilos antiguos y rurales. Casas de piedra. Casas de adobe. Casas de madera. Edificaciones ruinosas. El hospital es una de las pocas construcciones que destacan sobre las demás. La otra es, digamos, *el ayuntamiento*. Está en una gran plaza, y tiene una fuente delante de él. La pared del primer, y último, piso, la que corresponde con la fachada, no está. No se molestaron en construirla. Enfrente de la fuente hay una amplia charca llena de verdes plantas abriéndose al sol. Se adivinan pececillos en ella. Al mencionarle las particularidades del lugar, Josué me ha comentado que es ahí donde se celebra la fiesta de la carne.

¡Carne! Me estremezco cuando pienso en ello. ¡Carne, carne, carne! Estoy hastiado de comer siempre vegetales, fruta, y el infame pescado. ¡Carne! Pero, espera. ¿Carne de qué? ¿De qué animal? Aquí nadie intenta un suplemento alimenticio basado en caracoles, escarabajos o similares.

Es la hora de la comida. Estoy con el doctor. Formalmente, me he convertido en su aprendiz. Eso era lo que él pretendió desde el primer día que estuve aquí. ¡Horror!, otra vez el mismo menú repetitivo. Aburrido.

—¿Por qué...?

Me mira, observando mi gesto de asco ante el contenido del plato. Es fácil adivinar.

—Verás, el doctor Otto era muy inteligente. Se le ocurrió un día que...

—Que podía cometer algún que otro atentado culinario.

—...que —sonríe—; es una cosa muy seria —sonríe—; que debía intentar determinar si había algún alimento que afectase a la salud mental de la colonia. Y este menú cocido es su aportación a la mejora personal.

—Tú dirás lo que quieras, pero esto —digo señalando al contenido del plato— no tiene ningún valor comercial, y no es la clase de comida que una familia decente y preocupada daría a sus hijos.

—¿Y tú has visto aquí alguna de esas familias *decentes y preocupadas*?

—No...

—Pues entonces...

—...no, pero eso no quiere decir que no las haya.

—Y la hay.

—¿Ah, sí?

—Sí. Nosotros.

Como siempre, Josué termina por convencerme. Él es el experto. Yo soy el aprendiz. Si sigue con vida, indudablemente, y es además el de más edad, eso quiere significar algo.

He tenido que comérmelo todo. Sin rechistar. Todo sea por el hambre.

Tras esto, Josué me ha hablado con gravedad. Quiere que piense. Y ahora, mientras termino la rehabilitación, pienso. Él me dice:

—Imagina una persona que piensa que el resto del mundo trata de convencerla de que está equivocada sobre lo que piensa. Jamás podrías convencerla de que está equivocada porque, al hacerlo, ¡le estarías dando la razón!

»Vayamos más allá e imaginemos que hay una persona que cree que el resto del mundo está conspirando contra él. Preguntase a quien preguntase, todos le dirían que esa conspiración son imaginaciones suyas, tanto si esa conspiración fuese o no real. Y si secuestrase a alguien y lo torturase para que le confiese la verdad, terminaría por decirle que sí existe, tanto si es verdad como si no. De esta forma, haya conspiración o no, para el que cree en ella esa conspiración es real, es más, ¡necesita que sea real!, para dar sentido a su vida.

»De esa forma, todos vivimos una paranoia, y necesitamos creer en cosas que no podemos demostrar ni refutar, pero que dan sentido a nuestra vida, tales como la Justicia, el Destino, los Dioses, algo mejor tras la muerte...

Hoy es un nuevo día, y durante el obligado paseo mañanero el doctor me ha seguido hablando de filosofía:

—Imagina que hay una Verdad que nadie pone en duda, y que grandes sabios la han confirmado, pero que tú siempre has puesto en duda.

»Harto, decides investigar hasta el fondo y, contra viento y marea, logras descubrir que es una gran Mentira. Eufórico, quieres decírselo a todo el mundo, a esos que te tenían por incrédulo. Pero, quieres saber qué hay tras esa máscara, y descubres que era una Mentira piadosa, que la Verdad es insoportable, horrenda, monstruosa, abominable.

»Dime, ¿contarías la terrible Verdad, arruinando el sentido de la vida a todos los demás, pudiendo ser tomado por loco, o confirmarías la Mentira piadosa, que haría a todos felices?

»Hay cosas que es mejor ir contando poco a poco, ir acostumbrando a la gente a una nueva forma de pensar, aunque se pueden tardar siglos para lograrlo.

»Aún no estás preparado para las grandes Verdades, y antes debes pasar por varias etapas. Y además debes ir adquiriendo nuevos conocimientos que te permitan seguir los pasos con lógica, sin olvidarte de la posibilidad de dudar de todo.

»La realidad tiene muchas caras, y según el punto de vista las causas y los efectos intercambian sus papeles.

»No estás preparado, pero puedes empezar a meditar: *El único Sentido de la Vida es aumentar la entropía del Universo; toda nuestra existencia contribuye a un único fin: Acelerar la muerte entrópica del Universo.* Piensa sobre ello, y evita deprimirte, que hay más fascinantes misterios por resolver.

Esta vez, yo solo, extraigo de la pared el tapiz de adornos geométricos, y contemplo el dibujo del monstruo.

Es aterrador que haya existido algo así. Josué me ha dicho que es del tamaño de una persona, pero con los miembros exageradamente alargados.

No sé muy bien qué haría si me encontrase frente a frente con semejante bicho. Seguramente nunca me veré en semejante conflicto, pues supongo que esa cosa permanecería al acecho, cogiéndome de improviso. Me gustaría estudiarlo, conocer sus costumbres; debe ser fascinante.

Tapo de nuevo la pared, ocultándolo. Josué es un buen pintor. Me siento torpe. Increíblemente, he engordado. Y he perdido facultades desde mi convalecencia.

Esta mañana los cazadores han vuelto.

Estamos asomados a una ventana, viéndolos llegar. Arman mucho escándalo. Para llamar la atención. Veo a Xavier, vivo aún. Todos cantan algo alegre. Y traen algo. Se acercan, y la muchedumbre se congrega.

Traen varios animales vivos. Claramente, son un macho y su harem de hembras. Se distingue el macho porque es el único que está sujeto, atado por el cuello mediante varias cuerdas. Atadas las patas entre sí para evitar que pueda correr, sólo andar. Las hembras lo siguen, tímidamente a veces, y otras con descaro. Parecen un cruce entre cabras y ovejas. El macho es enorme, y tiene dos grandes cuernos puntiagudos. Lo que más llama la atención de él son sus testículos. Grandes bolsas colgantes muy próximas al suelo. No están cubiertas por pelo, sino por flácido cuero oscurecido. No debe ser muy cómodo poseer semejantes colgajos, pero son el principal foco de atracción sexual, o al menos lo parece, pues las hembras los golpean suavemente con sus hocicos.

Los cazadores gritan. La gente grita. *¡Somos los mejores!*, se oye decir. *¡Nos vamos a dar el mayor atracón de nuestra vida!* *¡Esta noche la fiesta de la carne!*

Capítulo final

Esta noche... ¡la fiesta de la carne!

La febril actividad que se despliega a continuación acapara a todo el pueblo. No hay descanso. No se puede postergar más la fiesta sagrada. Ya. Ahora. En la oscuridad de esta noche.

No hay confusión, todo está organizado. Todos cooperamos para que se lleve a cabo sin más dilación. El doctor es uno de los encargados de despedazar a los animales. Disfruta como un crío con un juguete nuevo. Yo, por ser su aprendiz, estoy con él ayudándolo y aprendiendo. Esto me da un cierto status social: ¡el aprendiz de doctor!, nada más y nada menos. Y también disfruto ante el espectáculo de la carne fresca y sangrante en mis manos. Excitante.

Todo se aprovecha: Pellejos, carne, grasa, vísceras, estómagos, tripas, huesos, vejigas, pezuñas... Siempre hay alguna utilidad para cada cosa. Incluso para la sangre.

Todos los especímenes sacrificados son hembras. El macho que vi no lo he vuelto a ver; no sé dónde lo tendrán. Pregunto al doctor y me dice que los machos son indigeribles. A Áxel también le veo destripando. Está manchado de rojo. De un agradable rojo.

Josué aprovecha para darme otro de sus discursos filosóficos. Y yo le escucho sin oponer resistencia; algo siempre aprenderé. Para eso soy su aprendiz, aunque aún no sé mucho de medicina.

—El mundo es un conflicto constante en la búsqueda del equilibrio. Las personas, como meros elementos sumergidos en él, también participan en su vorágine. En su caso, el dilema está entre el dolor y el placer. El mundo es sufrimiento; lo ideal es escapar al placer. Pero el deseo del placer es causa y efecto del sufrimiento. No existe lo uno sin lo otro. Deseamos que desaparezca el dolor, para lograr el placer, y al no conseguirlo, aumenta el dolor, y el placer disminuye, que va en contra de lo que buscamos. Es un círculo vicioso que hay que romper. ¿Cómo?

»Los masoquistas lo resuelven muy fácilmente: Igualan dolor y placer. Para ellos, el sufrimiento es deseable porque es gozo.

»Los budistas usan otra táctica: Para que el sufrimiento no aparezca basta con anular el deseo del placer. Y eso desean, no desear nada.

»La gente mala disfruta haciendo sufrir a los demás, para convencerse de que ellos no sufren tanto.

»La gente corriente, sencilla, quiere dar un sentido a su vida. Y como no lo encuentra, o el que encuentra no le satisface, se inventa religiones y mitologías. Las hay de todo tipo. Y los blandos de espíritu se convierten en fanáticos.

»Nosotros, los buscadores de sabiduría, como todos, deseamos la supresión del dolor, y para ello, cada vez que nos topamos con él, nos las ingeniamos para intentar derrotarlo; normalmente, minimizarlo. Por ello, el sufrimiento es bueno, pues es fuente de sabiduría y conocimientos. Y sufrimos al saber lo poco que sabemos.

»Todo es bueno dentro de unos límites. Todo lo malo es bueno, porque de ello siempre sacamos algo bueno. Pero así como mucho mal es malo, mucho bien también es negativo. Aunque los extremos también son necesarios para aprender lo bien que se está en el equilibrio.

»Al menos una vez, es conveniente sumergirse en los abismos para salir renovados, y poder apreciar el estado en que normalmente nos encontramos, y que no consideramos por ser demasiado cotidiano. Dar un vuelco a la vida para que la vida no te sacuda. Renovarse o morir.

Un gran día este día; pero mejor será la noche. Y es bien cierto que el mundo está construido en base al dolor; no hay criatura viva que no sufra sólo por el mero hecho de querer sobrevivir.

La hora está próxima. Ya me han asignado a un grupo, al lado de una hoguera. Los grupos se han hecho según la tradición, es decir, según los gustos en el tema del grado de preparación de la carne y en el tema de las amistades. Más que por esto último, me han dejado entrar en uno donde preparan la carne como a mí me gusta, poco hecha. Para mi asombro, a la mayoría también le gusta así, aunque a unos pocos también le gusta muy poco hecha, y a otros simplemente hecha; a nadie le va pasada.

El doctor no va a ir. Me dice que ya fue una vez, y que ha tenido suficiente; además, dice, la carne de esos animalejos no es demasiado sana. Contiene principios venenosos contra los que los nuevos no estamos aún totalmente inmunizados. Tiene otros efectos secundarios interesantes, y Josué no me los quiere revelar.

—Serán una sorpresa —me dice—; y como no estás acostumbrado a ellos, te afectarán con mayor intensidad. Debes demostrar que eres capaz de resistir con vida y lucidez el mundo que te ha tocado vivir —¿sufrir?

Salgo a la calle. El corazón me late con fuerza. Si hoy hubiese luna llena sería precioso. Sólo veo su mitad. Algo grande va a pasar esta noche; y quizás no sea algo bueno. Bah, soy un pesimista melancólico; y esto es una invitación a entrar en una pesadilla.

La madera de las hogueras crepita. En la gran plaza, la noche está llena de luz. El ruido exterior traspasa mi cabeza, el aire fresco resbala por mi piel. Me uno a mi grupo. Como todos, están ansiosos, pero nadie se atreve a tocar la carne que se está haciendo. En una fuente, la carne que ya está lista se va depositando, cerca del fuego para que no pierda su calor. Estoy nervioso. El estómago me lo está pidiendo a gritos, contrayéndose, apretándose, vacío.

A todos nos dan a beber un vino rojizo para abrir el apetito. Aún más, si eso es posible. Esto sensibiliza mis sentidos. Expande mi olfato.

Quiero morder esa carne apetitosa. El deseo es inmenso, obsesivo. Tengo que esperar a que otro dé el primer paso. Hay que esperar la bendición del jefe. El corazón me late con mucha fuerza. Quiero comérmela. Trago saliva. ¡No sé si podré seguir resistiéndome!

Por fin, parece que llega el momento tan deseado. La expectación es máxima. Estamos todos mirando para el edificio que está detrás de la fuente, el que le falta una pared. El nerviosismo me revuelve el interior. Precisamente a la habitación abierta.

Áxel está allí. Y otros más. También reconozco a un tipo que Josué me dijo que es el brazo derecho del jefe. Lo tenía visto por el hospital. Es grande, gordo, y lleno de fuerza. Se me crispan los nervios.

Tienen algo grande entre manos: El macho de los animalejos bien atado. ¿Qué le hacen? ¡Lo desatan! ¡Allí arriba! El gordo lo tiene bien amarrado para que no escape. El animal berrea. Me parecería todo muy cómico si no fuese por los vistazos que continuamente le echo a la carne. Empapada en jugos. El gordo levanta al bicho en el aire, con la ayuda de Áxel; la expectación crece al máximo, la gente contiene la respiración para no perder detalle; sostiene él sólo al pataleante bicho en el aire... y a la señal del jefe ¡lo arroja al vacío!

El animal queda como flotando en el aire. Berreando. El tiempo se ralentiza, todo está en silencio. Lentamente, cae. Cae. Cae, dirigiéndose a toda velocidad contra el suelo. Brutalmente.

Tiene suerte. Va a caer contra la gran charca de la fuente.

Tiene mala suerte. Han colocado una gran piedra en forma de patata, contra la que va a estamparse.

En mi imaginación, no sé si en la realidad también, el crujido es inmenso. Imagino la sangre y los sesos salpicándonos a todos. O quizás no lo imagino. Agua roja, viscosa. El cuerpo cae en la charca, agitándose espasmódicamente. Mi corazón corre salvajemente dentro de mi pecho, que va a estallar también. Los gemidos que oigo no existen. Es la gente que ya ha empezado a comer. ¡No! Me arrojo contra una bandeja, agarrando un buen pedazo de carne, ¡carne!, sacrificada para mí, puro alimento de dioses y mortales, bendecida con la sangre de los inferiores.

El placer se genera en mi boca, en la masticación. El paladar disfruta como nunca, mientras trago trozos enteros semicrudos, empapados en el fluido vital. Jugosos.

Soy una bestia que satisface sus necesidades, que está por encima del bien y del mal, que se alimenta tras el frenesí de la muerte que ha provocado. Soy una bestia que pelea con sus hermanas, les enseña los dientes, les golpea y muerde con tal de conseguir otro pedazo más de vida sacrificada. Mis garras, mis dientes, mis mandíbulas destrozan brutalmente la carne que incorporo a mi interior. La siento todavía viva en mi boca. Todavía agoniza mientras se desliza por mi garganta. Todavía grita mientras cae en mi estómago. Soy una bestia que no dudaría en practicar el canibalismo con tal de saborear el insustituible sabor de la carne. Aunque sea mi propia carne. ¡Pero siempre carne, pura carne!

Otro pedazo caliente para mí. Algo que se retuerce de dolor en mi boca. Comer, comer, comer. Bebo un buen trago para ayudar a bajar los trozos tragados. Carne, carne, carne. El alcohol inflama mi espíritu carnívoro. Soy el más fuerte. El poder corre por mi interior. Cierro los ojos mientras grito a la oscuridad. Los abro lleno de gozo, de estar vivo, lleno de energía. Esa mujer que veo es para mí. Me levanto mientras todos siguen comiendo. La agarro, dejando que coja otro pedazo más de vida condensada en forma de carne sangrante. Le permito tragársela mientras me la llevo a cuestras a otro lugar más íntimo.

Atravieso como una exhalación las calles. No existe la fatiga para mí. Entro en el bosque. Ella forcejea intentando escapar para coger otro trozo más. La tumbo en la húmeda hierba, mientras me tumbo encima de ella, lamiendo la sangre de sus labios. Todo está húmedo en esta hembra, ¡sí! Mi cuerpo arde incombustiblemente.

Soy el instrumento de la vida y de la muerte.

El placer es inmenso mientras desgarramos nuestra ropa y nuestra carne. Mientras nuestras bocas y nuestras lenguas saborean los cuerpos.

¡Sorbos de placer!

Estoy en un laberinto.

Sus calles se llaman Dolor y Placer.

La oscuridad es total. Camino despacio. En silencio.

La brisa me acaricia. Es agradable.

—¿Quién está ahí? —soy yo el que pregunta.

Nadie quiere hablarme. Sólo sonidos silenciosos.

—¿Dónde estás? —vuelvo a ser yo el que pregunta.

Ni yo ni nadie responde. Pero sé que no estoy solo.

—¿Por qué no te acercas?

Nadie hace caso a mi sugerencia.

—Aquí te esperaré.

La bestia está en el oscuro callejón.

No me mira directamente, desvía su mirada hacia otro lado.

—¿Quién eres?

Aún no me responde. Medita su respuesta:

—Yo soy el Buen Pastor.

Sé que miente.

—Mientes.

Sabemos que es verdad.

—¿Quién eres?

Se lo piensa.

—Sé que no eres quien dice ser. ¿Eres acaso uno de sus sirvientes?

—Sí.

—¿Cuál?

Y el silencio vuelve a reinar.

Se están haciendo largas estas pausas antes de sus respuestas.

—¿Quién eres?

—Mas te valiera no conocer mi pasado.

—No me importa —respondo a la voz que es como un eco.

—Yo sirvo a todos los Amos. No sirvo a ninguno. Ellos me desprecian. Yo sólo busco mi satisfacción. Ellos me ignoran.

Ya no sé si miente o si dice la verdad.

—¿Quién soy? ¿Dónde estoy?

—Tu alma, moldeada por los demás, influida por los profetas, títeres de los Amos, es su alimento. Os crían, pastoreados por sus sacerdotes en la Tierra, para que engordéis en su religión, y cojáis ese sabor característico que a cada uno tanto le gusta. Y cuando la muerte viene a buscaros, cada Amo se nutre de las almas que ha cultivado.

—¿Y tú?

—Yo también soy un devorador, sin tantas preocupaciones culinarias. Soy un can Cerbero de los Amos. Persigo a los parásitos y cuido del rebaño.

—¿Qué va a ser de mí?

¡Qué va a ser de mí! Cierro los ojos aterrizado, esperando a que salte y me desgarre la garganta y despedace mi cuerpo para robarme mi alma. Sin embargo, nada pasa.

Aguento inquieto a que se produzca la salvación de la muerte, mi muerte...

—Cuida de mi rebaño. Yo también necesito ayuda.

Y la realidad se resquebraja.

La resaca...

...siento como si mi cabeza fuese un tambor golpeado hasta reventar.

Gradualmente, tomo conciencia de mí mismo, de mi cuerpo, de mi interior...

Es extraño que me sienta así. Una sensación de repugnancia se ha instalado en mi vientre. Las tripas se revuelven. Mientras, me voy olvidando del sueño tan extraño y tan real que he tenido. Abro los ojos. Sigue la noche. Estoy tumbado en la fría hierba, que me cala. A mi lado, duerme la mujer con la que me he desahogado. Evito mirarla de nuevo. Estoy avergonzado de mí mismo, de mi falta de control sobre la situación.

Me incorporo. La pierna vuelve a doler; está llena de cloasmas. Estoy completamente desnudo; los fragmentos de mi ropa están tirados por el suelo. Hay una brisa fresca, pero no siento frío. Es algo psicológico. Siento que voy a vomitar.

Me alejo de ella, apoyándome en otro árbol, y vomito. Su corteza es arrugada y mi vómito sabe ácido.

Me siento asombrosamente mal. Mis tripas quieren salir de mi cuerpo a través de mi boca. Siento que mi vida es la mierda con la que se tropieza otra vez. Sufro

bruscas contracciones. El dolor acampa en la base de mi cráneo. Entreabro los ojos. He vomitado encima de alguien.

Me aparto con una creciente culpabilidad. Temo lo que el tipo pueda hacerme ahora. Mientras estoy tan débil. Sigue ahí tumbado; sin moverse. Me acerco un poco. No se mueve. Lo toco con la pierna sana. No se mueve. El olor de mi vómito me provoca arcadas. Vuelvo a apartarme. Qué asco siento. Será mejor que me largue de aquí. Me vendrá bien andar.

Con la oscuridad no reconozco las calles. Me siento perdido; desorientado. Me da la impresión de que la noche no va a acabar nunca. Otra vez siento los ruidos de mis tripas. Estoy como líquido por dentro. Y siento ganas de cagar. No me apetece hacerlo y tendré que hacerlo. Aquí parece que no hay nadie. Es una calle muy oscura. La presión en mi interior se dispara... y no la puedo contener.

Qué alivio. Pero sigo desnudo, y sin nada con lo que poder limpiarme. Tengo el glande irritado, todo rojizo. Pobre cosita mía.

Al seguir las luces he llegado de nuevo a la plaza. Las hogueras se están apagando por sí solas, sin nadie que les dé de comer. No veo a nadie. Se han ido todos. ¿Dónde? La afrodisiaca carne...

Encuentro trozos de ropa en el suelo. ¿Qué hace ahí tirada? Me acerco hasta la charca. Deseo darme un baño. La piedra sigue ahí, con el animal muerto. El agua está oscura. Me refresco la cara con el chorro que mana de la fuente. Y tras la cara, el resto de la piel.

Sigo sin sentir el frío. Eso, supongo, es peligroso. Debo estar enfermo. Mas bien debo seguir enfermo. Muy enfermo. Empeoro. La evacuación me ha sentado muy bien. Ahora me siento muy ligero. Miro al cielo. ¡Qué hermoso está, todo lleno de estrellas! Pero, ¿dónde está la luna? Se ha movido desde la última vez que la vi. ¡Qué bonita es! Me gustaría estar dando saltos en su blanca superficie.

Hay luz en el ayuntamiento. Allí, donde la pared que no es, veo al fondo un marco de luz. Como puedo, me arreglo con los harapos que encontré. Tengo que ponerme presentable.

Camino hacia la puerta de la torre. Me paso las uñas por los dientes, sacándolas llenas de algo. Me las limpio con la lengua, tragándome los restos.

Crepita la madera. Estoy frente a la puerta de la torre. Forcejeo un rato. Cerrada. ¿Para que nadie entre o para que nadie salga? La curiosidad me atrapa. Miro hacia arriba. Parece relativamente fácil trepar por este muro, agarrándome a los resquicios entre las piedras, hasta la pared sin pared.

Manos a la obra. No es tan fácil. Subo un par de piedras. Polvo que se levanta donde toco a la pared. Subo... y ya estoy en la mitad de mi trayecto. Qué loco debo de estar. Más de lo que siempre creí. Más de lo que el doctor sospecha. Más que todos los demás. ¡Qué egocéntrico me he vuelto! Quizás será mejor bajar. Me arrepiento de estar aquí. El cansancio me inunda. Casi resbalo. El corazón empieza a latirme con fuerza. Un sudor resbala por mi frente. Tengo los dedos molidos, hechos polvo. Venga, sigue subiendo. Avanzo lentamente. Otro. Otro y otro. Trepo lentamente, tramo a tramo. El cuerpo me pesa. Deseo olvidarme de todo esto, dejarme caer sin remordimientos al

vacío. Una repentina visión del animal estrellándose contra la piedra me da fuerzas para seguir. Un poco más... y ya he avanzado sólo un poco más. Un último esfuerzo, ¡ánimo! Venga que ya llego. ¡Ya llego! Alargo el brazo por el borde; después el otro, siempre resoplando. Lo más difícil va a ser incorporar mi cuerpo. Un esfuerzo. Vale la pena. Quedan por último mis piernas, pero ya estoy seguro. Expulso el aire con alivio, quedando tumbado en esta posición.

Abro los ojos de golpe.

Me estaba quedando dormido. Termino de incorporarme; desde aquí se ve toda la plaza, con sus fuegos apagándose, con la charca sucia y el animal destripado. Miro justo hacia abajo. No parece tan alto. Podría tirarme, dejarme caer contra la charca...

Me doy la vuelta. Al fondo, al lado de la esquina derecha, hay un agujero que hace las veces de puerta. Es de allí de donde sale la luz. Me acerco sigilosamente. No quiero llamar la atención. Se oyen risas. Ya no me parece tan buena idea haber subido hasta aquí.

Me apoyo contra la pared. Me agacho. Asomo ligeramente la cabeza por el umbral. Hay una gran hoguera en el medio de la habitación. En el fondo del cuarto, está Áxel, está Xavier, ¿qué hace con ellos?, está el tipo grande, un tipejo más, y cuatro mujeres jóvenes más. Todos están completamente desnudos. Todos están completamente borrachos. Sólo el tipejo, que se le nota mayor, duerme; los demás comen y beben y ríen, sobre todo beben.

Siento un ruido a mi lado, ¡me han descubierto! Permanezco inmóvil. No, falsa alarma. Tienen a un macho cuadrúpedo al lado de la puerta, atado y amordazado. No sabía que tuviesen otro. Me está mirando con ojos de cordero degollado. Ni caso le hago. Aparto mi cabeza del umbral, y me retiro hacia la esquina izquierda, al lado contrario de donde está la puerta, entre las sombras, donde nadie pueda saber de mí. Confío en que me ignoren. Me acurruco, sintiendo que necesito protección. Añoro mi cama calentita en el hospital. Empiezo a marearme de nuevo.

¡Pasos!

Me encojo aún más, arropado por las sombras. Alguien sale del cuarto que, por cierto, tenía un agujero en el techo para dejar salir el humo. Vaya trivialidad en la que me pongo a pensar cuando pueden descubrirme.

Es el gordo el que sale. Su piel es oscura. Se dirige hacia la pared sin pared. Deberían haber hecho un balcón, en vez de dejarla así, que parece inacabada. Parece que está vigilando el exterior, comprobando si todos se han ido ya.

¿Pero qué hace ahora? No lo advino. Entonces, un ruido líquido. Está orinando. Me imagino al chorro fragmentándose en el aire, estrellándose contra la calma superficie de la charca, produciendo ondas que crecen y crecen...

Debo de estar muy grave. Me toco la frente. Caliente y sudorosa. Si el tiempo es lo que nos mata, contemplar a alguien es ver como se muere.

El gordo ha acabado. Se sacude su colgajo, y vuelve a entrar en la sala de la que ha venido, ignorándome; su miembro se columpiaba sin gracia al compás de sus piernas. Tenía la barriga manchada. Patético.

—¡Qué frío hace! —dice al cruzar la puerta.

—¡Si tú lo dices sí que debe de hacer frío! —dice Áxel, y todos estallan en sonoras carcajadas.

—¿Cuándo lo tiramos? —a mis oídos llega esta vez la voz de Xavier, tanto tiempo sin oírla...

—Paciencia,... —le responden, pero no consigo discernir lo que le siguen diciendo. Lo sospechaba, sabía que lo tirarían. Será divertido volver a verlo. Será cruel.

Ahora se han puesto a cantar con alegría. El ritmo de la canción me suena conocido:

—¡Arrójate al vacío dando vueltas, no te preocupes que pronto pasará...! ¡Arrójate al vacío dando vueltas, no te preocupes que pronto pasará...!

¿Qué ocurrirá si descubren que estoy aquí, espíandolos? Debería bajar y largarme; sí. ¡Pero no me apetece levantarme de aquí! Estoy desganado. Ellos siguen cantando, y esta nueva canción no la conozco. Los ignoro. Vuelvo a preguntarme qué está haciendo Xavier con ellos. Puede que sea por méritos propios, aunque sigue resultándome extraño. Los párpados me siguen pesando, cada vez con mayor intensidad. Tengo los ojos medio cerrados y, vaya, ¡esto es tan agradable!

Despierto bruscamente.

Ignoro cuánto tiempo ha pasado. Espero que hayan sido unos pocos minutos. El amanecer sigue haciéndose esperar. Dentro parece haberse acabado el barullo.

Tengo la garganta seca. Voy a tener que entrar para beber algo.

Asomo la cabeza, y me siento estúpido. ¿Por qué habría de sentir vergüenza? Están todos dormidos. ¿Deberé entrar? Entro. No notan mi presencia. Siguen durmiendo, abrazándose mutuamente al amparo del calor del fuego. Hay varias bandejas esparcidas por el suelo, descuidadamente. En ellas estarían los manjares que ahora se descomponen en sus vientres.

El viejo ronca débilmente, con su lengua pringosa asomando. Todas las botellas que veo desperdigadas, todas, están vacías. Se lo han bebido todo. No han dejado nada para mí. La decepción conduce al enfado. Voy a marcharme cuando distingo algo al otro lado de la habitación, alejado del fuego. Una caja entera llena de botellas.

¡Bebida!, pienso, y me acerco con decisión. Cojo una y la levanto. Con esta luz se ve verde-azulada. Voy a abrirla cuando noto algo familiar en ella. Me friego los ojos con el dorso de la mano. No puede ser: ¡Son las botellas de la cabaña! ¿¡Qué están haciendo aquí!?

Me doy la vuelta. Ellos han estado bebiendo de esta porquería. ¡Cómo es posible que Xavier no les advirtiese! La situación se complica. Aquí pasa algo más raro aún de lo que pensaba. De lo que piensa el doctor. De lo que creo que piensa el doctor.

Tengo que largarme. Avanzo hasta el umbral de la puerta, pero noto una presencia extraña sobre mí. Los otros duermen todavía, recostados contra la pared; entonces, ¿qué? Levanto la vista. Recuerdo que el techo me había llamado la atención. Tenía un boquete que hacía de chimenea.

Dos ojos verdes de pupila vertical me contemplan desde allí. Se me hiela la sangre. Un escalofrío me recorre, lentamente, desde la base de mi columna, arriba, arriba, hasta que, al fin, muere chisporroteando en la base de mi cabeza.

No son sólo dos. Hay más. Desde que llegué siempre han estado ahí. Esperando.

Soy incapaz de moverme. El tiempo se congela. Las llamas del fuego se ralentizan. Mi pulso se acelera. Los sonidos desaparecen; sólo escucho los que están dentro de mí. Y mientras abandono la cordura las figuras fantasmales elevan el vuelo y se convierten en la oscuridad de la noche aleteante sobre mi cabeza.

El viejo me ha visto.

Tiene entreabiertos los ojos, con el ceño fruncido. Ha estado espiándome silenciosamente. No deben enterarse de que he estado aquí.

Me abalanzo sobre él antes de que reaccione. Mi primer impulso es agarrar su cuello y apretar. Ahora sí tiene los ojos totalmente abiertos. Demasiado cansado como para poder impedir que separe ligeramente su cabeza de la pared. Demasiado borracho como para poder arañarme cuando se la estampo contra la pared. Ahora sus ojos están blancos.

La mujer parece desperezarse. Joven, pero, ¿cómo están contigo con lo fea de cara que eres? Alargo la mano al suelo y recojo un largo cuchillo con el que le corto la yugular. Áxel, que está a su lado abrazándola, recibe la sangre que mana y abre soñolientamente los ojos ante la sensación del calor rojo en su piel, para recibir un puñetazo que le revienta la nariz mientras con la otra mano coloco en posición el cuchillo para hundírselo un par de veces en su barriga. Quiere gritar pero se ha quedado sin aire. La sangre que me salpica está llena de lujuria.

Maldición. El ruido despierta a los otros. Será porque estoy gritando. Me abalanzo sobre Xavier por cuestiones tácticas. Está casi de pie. Patada en los testículos. Patada en la cabeza. Ya no tengo el cuchillo en la mano; así es más divertido. Ellas chillan, y su voz suena ronca.

Intento rematar a Xavier, pero sólo consigo que caiga inconsciente en mis brazos. De un giro de cadera lo arrojo al suelo.

Una mujer se ha incorporado y agarra un cuchillo. De un bofetón, lo suelta, y de otro golpe le parto el cuello. A poco me sabéis. Debe ser cosa de la adrenalina.

Quedan dos mujeres histéricas y un gordo que empieza a desperezarse aún. Una intenta huir y se cae, presa del terror. Algo viene hacia mí a mi espalda. Es Xavier, con la confusión pintada en su cara. Cojo un palo medio quemado y se lo clavo en el abdomen, donde se hunde con facilidad. La piel empieza a picarme.

El gordo está chillando como un cerdo, incapaz de levantarse. Con otro palo le golpeo la cabeza. El palo se rompe. Le doy una repentina patada en la cabeza, con la base de los dedos del pie, saliendo su cabeza rebotada hacia atrás, contra la dureza de la fría pared. La cadena de sonidos me divierte.

No estallo en carcajadas porque las chicas que faltan se han ido. Huelo su miedo. Hay una puerta por la que se sube hasta aquí. Bajo las escaleras que hay tras ella. Sí, ahí están, intentando abrir la puerta para escapar al exterior. No son capaces de desbloquearla, las fuerzas les fallan. Y hoy no me apetece perseguirlas a través de las calles.

Notan mi presencia; y sus estúpidos chillidos resuenan en mis oídos en un intento ensordecedor...

La cabeza me duele horribilmente. Estoy muy cansado. Tengo magulladuras por todo el cuerpo, y no sé cómo me las hice. Recuerdo vagamente los cuerpos deshechos, y yo sobre ellos, asegurándome que no se levantarían jamás. Incluso ahora, mientras cruzo las calles, no me creo lo que pienso que acabo de hacer. Quizás sólo haya sido un sueño y realmente estoy durmiendo en el bosque, bajo el árbol, al lado de la mujer.

Y sigo sin creérmelo mientras llego a casa.

Si el doctor se entera, no sé que pensaré de mí. No es culpa mía. Dónde se torcerían las cosas, me pregunto, para que acabasen así.

Me balanceo entre las calles, dejándome arrastrar.
 Mi instinto me lleva de nuevo al que considero mi hogar.
 Entro sin llamar. No hay luz. A tientas voy.
 Mi cabeza es un torbellino en cuya vorágine está el vacío.
 Moriré cuando deje de ser yo mismo, y eso sucede a cada instante.
 Esta noche salí pensando que me encontraría con algo malo. Y me encontré conmigo mismo.
 Mis brazos me guían en la oscuridad.

Me vendría bien agua fría para calmar la piel y borrar mis recuerdos. Ducharme y relajarme.
 Algo malo hice. El dolor existe.
 ¡Hay tantas formas de morir!; pero sólo moriré de una.
 Me tumbo en la cama. Mis músculos no dan para más. Duelen si pienso en ellos.
 ¿Y ahora qué?
 Una desilusión paranoica gira en mis tobillos, subiendo, subiendo, hasta perderse en mi cabeza.

He asesinado.
 He asesinado. Ha habido cuerpos destrozados.
 ¿Y qué? Ellos no me importan nada.
 Es cuestión de supervivencia.
 ¿O sólo fue un mal sueño?
 Menuda catarsis.
 Silencio.
 El mundo está ralentizado. La realidad está deformada. Alterada.
 Siento un vacío que me llena.
 Antes de que sea yo reclamado...
 Debo...
 ¡...no quiero amanecer muerto!
 Me dejo caer en la oscuridad de mis sueños.
 Me pierdo en ellos.
 Mañana, hoy mismo, algún día...
 ...despertaré.
 Despertaré...
 ...en ningún lugar.

La noche puede ser eterna si no se vuelven a abrir los ojos.

Escrito desde septiembre de 1993 hasta mayo de 1999.

Su primera parte, de septiembre de 1993, es la fusión de un largo sueño y unas ideas que tenía. Apoyándome en otras ideas y sueños, empecé a reescribirla, añadiendo la segunda parte. Quitó el final original, que quedó como opción para el cuento completo. Además, tenía

en mente otros posibles finales, y no sabía por cuál decidirme. Dejé que las cosas siguieran su curso.

Hubo momentos en los que temí que mi personaje se quedase cojo, o se muriese antes de tiempo. Una noche, en un frenesí literario, el protagonista ignoró todos mis designios, tomó las riendas y se rebeló, construyendo su propio destino.

Tiempo después volví a reescribirla otra vez, cambiando su estilo, quedando completa en marzo de 1997. Y, por fin, en mayo de 1999, afilé sus detalles, dándolo por terminado.

Contiene elementos que, o bien estaban formándose independientemente en otros lugares y dejaron aquí sus huellas, o bien fueron el punto de partida para otros nuevos.

Comentario del 20/05/1999:

Cuando se cuenta una historia, siempre se hace en pasado; lógico, pues si se puede contar es que ya ha ocurrido.

Todo lo que ocurre ocurre en el presente, y queda con nosotros como pasado. Los recuerdos son trozos del pasado. Pero los recuerdos no son inmutables; son maleables. Y cuando recordamos, podemos hacerlo en presente, reviviéndolos.

A veces, los recuerdos están llenos de lagunas; otras, están llenos de situaciones irreales que son falsas; otras, creemos que son falsos pero son reales; otras...

El cuento está escrito en presente, pero si intentamos recordarlo todo ocurre en el pasado, y los recuerdos que tenemos están algo cambiados.

¿*¡Qué hago aquí!?*; comentario del 9/11/1999:

Durante el tiempo que duró su gestación, hubo momentos en que me obsesionó; pero, visto retrospectivamente, ¿de qué se puede decir que trata?

Vivimos en el presente, y todo él se transforma automáticamente en pasado, perdido e inaccesible, siendo nada más que recuerdos. Pero los recuerdos no son inmutables, y están condicionados por los filtros con los que interpretamos y construimos la realidad (los sentidos, el lenguaje, la experiencia propia y la ajena...), y todo es posible de tergiversar y alterar, voluntaria e involuntariamente. Estamos condicionados por ellos, y a veces nos preguntamos: ¿acaso está loco el mundo?, ¿es que nada tiene sentido?

En el cuento, nada parece real, pero quizás lo es, aunque falle la coherencia. Después de todo, uno tampoco es coherente, y está lleno de contradicciones. Los dos personajes principales, inadaptados, egocéntricos y paranoicos, arañan cada uno aspectos de la realidad con su lógicas difusas. Desde dentro no se puede explicar, porque no hay explicación posible; hay que salir fuera del esquema, cambiar la perspectiva. El doctor lo intenta, usando el raciocinio; el narrador, confuso, perdido y despreocupado, lo inventa, llegando al misticismo a través de la locura.

Cristales en la arena

Fragmentos de un cuaderno

Dime

Dime, porque primero te digo yo a ti, y si yo hablé primero por lo menos espero que me respondas.

Dime, decía, porque mi memoria todavía conserva las ideas, antes de que se agote y se seque.

Dime, termino, porque todo lo que ha comenzado suele tener un final, y todo final suele ser el principio de algo.

Dime, te pregunto, dime, háblame, contéstame, respóndeme, pero no permanezcas callado mientras pronuncio las palabras.

(2/02/1998.)

Mi corazón late por ti

Si te dijese *Mi corazón late por ti*, te reirías de mí y harías que se parase. Me moriría lentamente.

Así que te diré: *Mi corazón late por ti*.

(25/02/1999.)

Lloverá

Me levanté esta mañana. Miré al cielo, y las nubes me dijeron:

—Lloverá.

Miré a los pájaros, y sus alas me dijeron:

—Va a llover.

Sentí el aire fresco a mi alrededor, y me dijo:

—Hola.

Y me marché de casa sin paraguas.

(Posterior a *Cercenador...*, pero anterior a enero de 1997.)

¿Tienes una hermana?

—¿Tienes una hermana?

—Sí; pero no es culpa mía: Es de mis padres.

(Durante F.P.)

Ya falta menos

—Ya falta menos, ánimo.

—Sí, pero antes no estaba tan cansado.

(24/08/2000.)

Pregunta personal

—¿Puedo hacerte una pregunta personal?

—Dime.

—¿Cómo te llamas?

(Marzo de 2001.)

El monstruo que habita en mí

He visto al monstruo que habita en mí. Es tan horroroso... que rompí el espejo inmediatamente. Pero él vive en mí, y aunque rompa todos los espejos seguirá conmigo....Siempre quedarán los espejos de los ojos, en los que siempre me reflejaré... también tendré que romper esos espejos... pero eso es lo que quiere el monstruo: matar gente... ¿Seré uno con el monstruo?, ¿somos ya uno solo?

(25/06/1999.)

La puerta abierta

He dejado la puerta abierta. Sé que vendrá a por mí... y lo deseo. Sí, lo temo y lo deseo. Vendrá... y no hay impedimentos. Estaré encogido en el suelo, temblando, ante lo irremediable; deseando no estar allí, no en ese momento. Quiero que todo pase, y entonces estaré tranquilo y feliz. Sí, quiero que todo pase... pero durará. Durará y me enteraré mientras dure; durante cada instante, lo sentiré en cada fragmento infinitesimal de mi cuerpo, odiándolo, esperando a que termine, acumulando rabia... y sufriendo hasta que por fin termine... liberándome...

(20/07/2000.)

La metáfora de los superhéroes

Los superhéroes de los tebeos son una metáfora del pene: Tienen un estado normal, de todos los días; y después se transforman, cambian, a un estado con superpoderes, con el que logran grandes hazañas y reconocimiento. Se visten ineludiblemente con un traje completo muy ajustado, que les oculta el rostro; claramente se refiere al preservativo.

(29/10/2000.)

Fruta madura

Profesor: —Ya no me necesitas, ya eres lo bastante maduro.

Alumno: —Sí, pero la fruta madura, si se abandona, se pudre.

(11/12/2000.)

Querer, ofrecer

—Nunca quieres lo que te ofrezco.

—Nunca me ofreces lo que quiero.

(Finales de 2000.)

Picor

—¡Oh!; me pica el punto G.

(26/01/2001.)

Muros

Un muro, quizás demasiado alto, se eleva ante mí. Como él, muchos otros han caído. Como otros, dice ser diferente, y promete ser el mejor.

Me río para mis adentros de su ingenuidad, y preparo las herramientas.

No mucho después, ha caído, desplomándose con violencia. Pero yo ya estoy lejos, buscando el siguiente desafío.

(Durante F.P.)

Pienso que existo

Yo sé que existo. Pero si no existiese no podría saberlo, y si lo sé es que debo existir. Pienso que existo, creo que existo. ¿Y todos los demás? Ellos son sólo actores de una comedia, de un drama, de una tragedia. Yo soy el actor invitado, el protagonista en las sombras, el único que existe realmente. Todos los demás son meras apariencias inexistentes: Sus sentimientos son sólo fingidos; son muy buenos actores. Pero... ¿sabrán ellos lo que en verdad son? Quizá no, quizá yo no sea más que uno de ellos en el interminable acto de la vida. ¿Quién será el protagonista? ¿Ha nacido ya ese personaje? Todo es una gigantesca película de seres que viven y mueren, desapareciendo. Yo soy sólo uno de ellos, un actor secundario al que tarde o temprano se le acabará el papel...

(Durante F.P.)

Mi princesa

—¿Por qué me llamas Princesa?

—Porque puedes ser mi Reina.

—¿Por qué escupes?

—Porque nada más verte se me hace la boca agua.

—¡Qué ojos tan bonitos!

—Es porque no paran de mirarte.

(Verano de 1997.)

Homosexual

Ella: —¿Eres homosexual?

Él: —No; pero si tú fueses un chico, sí.

(Junio o julio de 2001.)

Virgen

—¿Eres virgen?

—Acuéstate conmigo y lo sabrás.

(5/07/2001.)

Dolor de cabeza

—Me duele la cabeza...

—¿Ya estás practicando para cuando te cases?

(Finales de 2000.)

¿Homosexual?

Militar heterosexual: —¿Eres maricón?

El militar dudoso: —Si soy o no maricón a ti no te afecta, pues tú no me gustas.

(Lo que quiso decir: —No sé de qué te preocupas, con lo feo que eres...)

(Durante la mili, a finales de 1998.)

Rubias o morenas

—¿Cómo las prefieres, rubias o morenas?

—¡Huy!, qué pregunta más superficial.

—Sí, ya, pero dime, ¿cómo te gustan?

—Si quisiera responderte superficialmente, te diría que pelirrojas; si quisiera decirte la verdad, te diría naturales.

(Verano de 2000, pero es de antes.)

El miedo

El miedo está presente como una escolopendra. Trepa por tu columna vertebral, desde tu coxis hasta tu cuello, subiendo lentamente por tu espalda, electrizante. Está vivo, piensa por sí mismo, y desea tu dolor. Todas sus patas tocan los puntos de tu cuerpo, perforándolos como agujas envenenadas. No son cosquillas lo que sientes. Trepa y, una vez en tu cuello, con sus mandíbulas en la base de tu cráneo, se para, y muerde con saña. Dolor. Y sangre. Él se alimenta mientras tú te mueres. Te sorbe el espíritu, y crece y se hincha mientras tú te encoges y arrugas. Chupa, y mastica también, arrancándote pedazos de carne viva y palpitante. Te destroza hasta penetrar en tus nervios, quemándolos lentamente. La calma es su mayor virtud. Deseas que termine de una vez, que vomite sus ácidos estomacales y te descomponga ya, sin demora. Pero no hay piedad ni reposo. Crece hasta tal punto que su peso te aplasta, y

caes, asfixiantemente. Sabes que te lleva al límite, aunque en el último segundo para. Respiras con alivio. Sientes como, lentamente, se retira. Su peso te libera. Él te mira una vez más, y después, te corta una pierna. Luego, tras esperar a que te acostumbres al nuevo dolor, la otra. Y luego un brazo, y luego el otro. Y después sí se va, lejos, dejándote indefenso. Pero en ti ha dejado sus huevos, para que sus crías prueben su ferocidad innata, justo antes de que mueras. Justo antes de que creas que ya no puede haber más dolor.

(24/12/1997.)

El recuerdo del pasado

El pasado es sólo un vago recuerdo. Pero, ¿recuerdas correctamente el pasado?, es decir, la realidad que ya ha sido, o es todo una mera ilusión, distorsionada por el recuerdo.

Supones, aceptas por verdad que lo que recuerdas, así ha sido. Y para confirmarlo, presentas más y más pruebas, que son sólo otros recuerdos. De seguir así, el pasado sería una mera ilusión, un pasatiempo creado para simplificar la vida.

Para ello, están los medios para conservarlo artificialmente, y querer evitar su irremediable pérdida.

Pero, ¿estás seguro se que eso es una fiel transcripción de lo que ha ocurrido? Recuerdas que sí, recuerdas...

Todo puede ser una traición.

Y cuando acabes de leer esto, será para ti un vago recuerdo...

¿Lo leíste realmente, o es una mala pasada de la memoria?

(Durante F.P.)

Cuidar el aspecto

—¡Cuida un poco tu aspecto, hombre; si no nunca tendrás una novia!

—Es que a mí no me interesan las mujeres superficiales.

(18/08/2000.)

Sobre dos patas

Camina sobre dos patas, creyendo que así correrá más cuando vaya despacio.

Se privó de branquias, para así poder bucear en lo más abismal.

Se priva de las alas, creyendo que volará y nadará entre las nubes.

Se niega protección, para así poder protegerse.

Niega las negaciones, para así poder afirmarse en la afirmación.

Intenta lo imposible para lograr lo posible.

Dejadle: Después de todo, sólo es un ser humano.

(Durante F.P.)

Artista afortunado

Hablando sobre un artista famoso, que a su edad sigue triunfando:

—Mira a ése, qué afortunado: Siempre ha hecho lo que le ha dado gana.

—Fíjate mejor en lo afortunado que es: Sus gustos cambiantes siempre han coincidido con un amplio público.

(30/04/2002.)

¿Cuál es el último libro que has leído?

—¿Cuál es el último libro que has leído?

—Pues... no lo sé. De todas formas, no creo que un sólo libro resulte representativo de todas mis lecturas. Puede coincidir que hubiese decidido cambiar de temática, o que me hubieran recomendado alguno... puede que incluso no me gustara, que estuviese en desacuerdo con lo allí expresado. La pregunta que me hace usted parece sugerir que leo poco, por lo que el último libro será representativo y lo recordaré perfectamente, dadas las muchas horas dedicadas. Como ya dije, no recuerdo el último, pero le diré qué estoy leyendo ahora: Un libro de astronomía, otro de paleontología, otro de filosofía y uno más histórico. Y no resultan correctamente representativos de mis lecturas.

(Durante 2002.)

Tras el bautismo

—Tras el bautismo, mato a los bebés: Así me aseguro de que van directos al cielo, sin ningún tipo de pecado, santos.

(24/11/2002.)

Solución para los hambrientos

Dijo el insensible: —Esa gente de esos países, que siempre se está muriendo de hambre, ¿por qué no se dan muerto de una vez? Están siempre sufriendo, padeciendo, agonizando y ¡hala!, a tener hijos e hijas. Me parece que habría que ayudarlos a que se muriesen de una vez, ¿no crees? Se acabaría el problema para siempre. No habría nadie llorando, llenos de moscas, enfermos. ¡Qué solución más fácil!

(04/12/2002.)

Mejor persona

¿Quién es mejor persona, el ateo que es buena persona, o el cristiano que es buena persona porque si es mala Dios lo castigará con el Infierno?

(29/04/2003.)

Elegante

—¡Qué elegante vienes! ¿No te estarás volviendo gay?

(06/06/2003.)

Más allá del infinito

Me río de vuestro Dios infinito: ¡El mío es transfinito!

(5/09/2003.)

Escatología

No debo ser el primero en notarlo, pero ¿no es realmente curioso que la palabra *escatología* se refiera tanto a la mierda como a la religión?

(13/09/2003.)

Sin pi

—Si pi no soy nada —dijo el redondo cero.

(29/01/2004.)

Redacción con palabras fijas

Deberes: Escribir un redacción que contenga las palabras P_1 , P_2 , P_3 y P_4 .

Respuesta: Tengo que escribir una redacción con las palabras P_1 , P_2 , P_3 y P_4 ; pero como ya las he escrito, ya he cumplido. Puedo pasar, entonces, a escribir lo que quiero, libre de esas ataduras.

(24/03/2004.)

Libre

—¿De qué religión eres?

—¿Yo? —yo soy ateo, así que le respondí:— Yo soy ¡libre!

(Julio de 2005.)

Despertando

Una vez me despierto, y no sé que es lo que me ha despertado. Mientras pienso en ello, empiezo a captar que el despertador está sonando...

Otra vez suena el despertador y yo lo escucho, y me doy cuenta de lo que es, y me digo que no puede ser, que no puede ser que me quieran despertar porque yo ya estoy despierto... Y termino por despertarme de verdad.

(Quizá durante la universidad.)

Al extremo de mis vértebras

Correr y correr, más lejos. Más. Hay una desazón en mi cabeza que gira y ya no gira, plantada al extremo de mis vértebras, donde empieza mi cabeza. Y sé que no soy yo, que está dentro de mí pero que no soy yo. Qué duda. Ni siquiera me creo. A mí mismo.

(Ídem.)

Mi mejor amigo es una marca registrada.

El otro día encontró el capullo de un gusano que estaba en trance de metamorfosearse en mariposa. Impulsado por la curiosidad, seccionó longitudinalmente el susodicho envoltorio, obteniendo de esa forma dos medios gusanos. Todavía se podían

identificar sus órganos vitales, con los conductos encargados del transporte de fluidos vitales. Era una buena oportunidad de aprender anatomía, por eso me llamó.

Cuando llegué, le pregunté qué estaba haciendo con aquel plátano diseccionado.

Cuando llega a casa, después de trabajar duramente tras pegarse un madrugón, casi no tiene fuerzas para comer. Para ello, se le prepara comida blanda, papillas. Lo consideraría humillante si tuviese tiempo para pensar.

Tras ello, sale de la cocina y se deja caer en el primer sitio que encuentra, que siempre resulta ser el sofá del salón. Pronto es encendido el televisor por otras personas, y se ve obligado a absorber todo lo que le echan. Es incapaz de evitarlo. Y mientras los demás se relevan delante de la pantalla, él sigue sin inmutarse. Medio adormilado.

Cuando cae la noche, una frugal cena y a dormir, que mañana hay que volver a madrugar. Y vuelve a sonar el despertador, ahora que empezaba a recuperarse. Y vuelta al mismo monótono círculo. Ahora es sólo un número entre varios millones. En caso de que desaparezca, no se notará. Otro más para el hoyo.

Y es que ahora, él es sólo un periférico más de esta inútil sociedad.

Ansioso por adquirir fama, decidió hacer lo que hacen los pintores famosos: Ensuciar un lienzo, y luego venderlo por varios millones. Entonces, cogió un trapo, no demasiado blanco, lo salpicó mientras hacía ejercicios gimnásticos, y tuvo su propia obra de arte.

Para finalizar, faltaba el toque maestro: El título. Un genio, un artista, debe poner nombres geniales. Tras toda la noche meditándolo, y ensayando estrambóticas firmas para garrapatearlas en las esquinas del cuadro, se le ocurrió un nombre muy adecuado para aquel amalgama de colores y formas: *Tonto el que lo compre*.

(Durante F.P. y siguientes años.)

La vida me resbala

Ignoro las palabras porque me aturden en mi aburrimiento. Sin sentido permanezco sentado y con las ideas perdidas. No estoy deprimido; o tal vez sí. No me importa, en mi tristeza. El que me dé igual me da igual. Quizás es somnolencia. O quizás es ese su efecto. Parpadeo lentamente. Estoy mejor con los ojos cerrados. O sólo con el izquierdo cerrado, y el derecho mirando hacia la mitad de la nariz. Es extraño y a la vez apacible; con un lado como desconectado, evadido. Estoy falto de motivación, no tengo ganas de nada. La vida me resbala. Tengo ya los ojos algo humedecidos. Estaría mejor durmiendo; pero sería incapaz de dormir, permanecería en un estado intermedio en el que el tiempo se descompensa. Deseo marchar, salir y despejarme y no tener que aguantar la voz monótona y sin altibajos del tipo de turno. Lágrimas acumuladas empiezan a resbalar, muy lentamente, por mi mejilla, sintiéndolas en toda su intensidad. Las elimino con la mano, y me siento, no miserable, sino incomprendido e ignorado.

¿Qué me está pasando? El profesor habla y habla, repitiendo mis recuerdos de forma tergiversada. Miro el reloj de la pared. Reconozco su forma, sus números y sus

agujas, pero soy incapaz de interpretar qué mensaje quiere transmitirme. ¡El tiempo pasa tan lentamente! Desearía que se acercase la noche.

Hay un delgado límite entre la consciencia, y el estado de ensoñación hacia el que inexorablemente me dirijo, sin prisa, pero inevitablemente. Me voy perdiendo dentro de mí, disolviendo mi ser en un entorno más amplio y homogéneo, y por tanto, más pacífico y calmado. Calma. Esa falsa calma que me rodea. Es irreal. Me deshago y me dirijo a ese estado, que sería de agradecer en otro momento, pero en éste no. Es un lastre que me arrastra hacia las profundidades.

(7/06/1997.)

La vida pasa a mi lado

Hay un agujero que no se llena, por mucho que intente escapar de él y por mucho que ignore que me está perforando, que me está devorando con sus garras destrozadas por la enfermedad, y hay un algo además que me mira y yo sé que me da igual, que lo conozco y que siempre me será familiar aunque puede que ya no sea el mismo de antes, pero no importa demasiado el que pasen estas cosas y ¡ja!, la vida pasa a mi lado y no la saludo, debería saludarla y ver lo líquida que es y echar un trago de esa vida tan líquida.

Un día pasa y pasa otro día. Voy andando de un lado para otro y pienso que no es difícil seguir así, que este equilibrio congelado es una ilusión mantenida por una cantidad impresionante de gente a la que le conviene que siga todo así. Quiero cambiarme de cara igual que me cambio de ropa, pero seguir desnudo en el mundo, entero por dentro y por fuera, como una boca sangrante y adorada por los dientes. Deseo esa cosa que tengo a un lado y no sé identificar y, ¿qué tal tú por aquí? Yo estoy estupendamente y me siento como creciendo.

Joder, qué cabreo tengo algunas veces, que chorros de ira y furor se pasean por las autopistas de mi piel, qué fácil sería darles rienda suelta y no pensar en las consecuencias inmediatas. Bien. Sangre, eso es lo que quiero tener, y trozos de carne de otros decorando la habitación, tanto en el suelo como en las paredes y en el techo, aunque, menudo chollo el hacerlo y cuanto voy a disfrutar matando.

Es fácil fastidiar al prójimo: Basta con coger a dos y grapar la oreja de uno con la oreja de otro, en cualquier posición relativa. No somos nada, lo soy todo para mí.

(Anterior a *Una vez me sentí así.*)

Repartir y recibir

El mundo es injusto. Yo, desde pequeño, he sido honrado, justo. Eso lo simbolizaré diciendo que yo repartía. Sí, yo de pequeño repartía a todo el mundo. ¿Qué conseguía con ello? Que se aprovecharan de mí. Cogían lo mío. Me lo robaban. Entonces el mundo era injusto.

Pero ahora, ya casi no reparto. Sólo a los amigos que comparten conmigo. Respecto a los demás, que nunca dan, si no que buscan quitar, les trato de la misma forma. Ellos roban, yo también. Ahora el mundo sí es justo.

(Que alguien me salve.)

(Quizá durante la universidad.)

Locos

¿Están locos los escritores, que le hablan a un papel?
 ¿Están locos los lectores, que esperan que un papel les hable?

(20/11/2000.)

Detrás

—Me dijeron que andas detrás de Sofia.
 —Sí; ...siempre que ella camine delante.

(Entre el fin de 2000 y el inicio de 2001.)

Entrenar

El alumno musculoso se entera de que el alumno que saca mejores notas va a un gimnasio:

—Pues yo nunca entreno y mira qué músculos...
 —Pues yo apenas estudio y saco más nota que tú...

(De F.P.)

En la matriz

Decepción. Decepcionante.

La vida pulula a mi alrededor, mientras el vacío se apodera de mi alma. Me siento líquido, derritiéndome en este calor infernal que hacer hervir la sangre que mana de las heridas de los que ya han empezado.

Doy un paso adelante; avanzo con dificultad, pero debo seguir. Nada deberá interrumpir la larga marcha que debo recorrer, pero lo hará. La jornada será dura: Unos cuantos ya han caído; pero aún quedan muchos dispuestos a todo. A lo que sea. Con tal de alcanzar el destino.

El ácido disuelve mis entrañas. Algo me impide continuar. La puerta, abierta aún, expulsa a los que ya no regresarán....millones de vidas perdidas casi en vano.

Y la canción sigue sonando. Elige, a derecha o a izquierda. Pero recuerda que ambas no tienen salida.

Retrocedo asqueado. Se están matando, unos a otros, con tal de ir por buen camino. El olor empieza a sentirse, y les hace enloquecer, y nos hace enloquecer.

Su cálido abrazo, intranquilo y apremiante, nos da fuerzas para seguir, nos incita a seguir, a traspasar el umbral.

Sí, lo intentaré. Conseguiré alcanzar la cima para luego descender en el profundo abismo del que brota toda sabiduría.

El conocimiento me absorberá. La vida clama, y no la defraudaré.

(Imagino que durante F.P.)

Nada

Como podéis ver, nada hay interesante.
 Esos sonidos muertos nada significan.

¡Calla! Nada digas, nada importa.

La nada se apoderará de tu vacío, y nada serás; de la nada vienes, y en la nada, en nada te convertirás.

No creáis que no sé lo que creéis pensar. Creéis que algo puede ser interesante, pero os equivocáis. Nada es fascinante. Nada es eterno.

Nada es lo que aparenta, nada es cierto. Nada está poseído de esa virtud que rellena lo irrellenable.

Creéis saber algo anormal, algo que cumple con lo que nadie pretende afirmar.

Eres nada, nada tienes, y nada perderás si lo pierdes todo.

Niega la nada, y algo serás.

Pero entonces, no serás nada.

(Pero recuerda: Nada es eterno.)

(Ídem.)

Zumbar y picar

Vuelve a zumbar alrededor de mi cabeza.

Un zumbido que viene y se va. Se acerca y se aleja, incansablemente, para buscar mi agotamiento hasta la extenuación.

Desea picarme. Hundir su pico en mi cálido interior y sorber el jugo de mis entrañas. Para absorber mi vida.

Le atrae mi calor, mi fuego interno. Que no se atreva. Lo abrasaré y se convertirá en la ceniza de la que brotará el polvo, esparcido por el viento.

Dolor. Ha entrado en mí. Ahora es él quien me abrasa. Supera mis limitaciones, y me domina. No puedo aplastar su voluntad.

Estoy humillada. Tengo que doblegarme, pero no rendirme. Tendrá que descansar, tendrá que relajar su atención.

Para entonces, estoy preparada. Será mi turno. Romperé las reglas sobre su cuerpo, y su inmundicia me salpicará. Quedaré marcada para siempre con el recuerdo del odio.

Pero viva.

(Ídem.)

El fin de la música

Oigo sonar la canción. Siento su armonía refrescar mi interior. Es agradable. Es apacible. Es bueno. Me recuerda la felicidad de los primeros días, esa tranquila felicidad que no se interrumpe.

Su ritmo flota a mi alrededor, elevándome. Floto inconsistentemente. Pero llega a su fin...

Es amargo conocer la derrota, sufrirla paso a paso, derrumbarse sin esperanzas...

Pero..., aunque nunca más la vuelva a sentir, aunque nunca más sienta la vida, siempre tendré el consuelo de haberla tenido muy dentro de mí.

Aunque me desvanezca en la nada.

Aunque sea nada.

(Ídem.)

Irse

Hoy no ha llovido, mala señal.

El cielo se despeja, malos presagios.

La comida escasea, el mundo se apaga.

Los que creen en la salvación rezan nombres poderosos, murmurándolos.

Los que esperan el milagro se duermen sin sueños.

Los que piensan en la muerte se comen unos a otros.

Nosotros seguiremos acechando, vigilando.

La huida se acerca, el viaje está preparado.

Surcaremos los cielos en busca de otra dimensión, donde se pueda respirar el aire, donde nadie lo posea todo y el agua inunde las grietas.

Los que podemos escapar, escaparemos.

No seguiremos padeciendo las epidemias que nos reducen.

No sufriremos las consecuencias de las acciones de otros.

No escatimaremos esfuerzos por huir, escapar de aquí (nos refugiaremos en la vida).

No nos arrastrará la corriente hasta el mar de la perdición.

No nos atenazarán las devoradoras.

Lucharemos contra corriente, remontando las nubes.

Sobreviviremos.

(Ídem.)

Desgarrar y salpicar

¿Qué será de los que han dejado correr la vida sin propósito alguno, perdiendo el tiempo, muriendo a cada instante?

Las entrañas se descomponen mansamente y sin parar.

Escribir en pocas líneas lo que siento, tarea por menos imprevisible e imposible.

Un día de estos te compraré uno, ¿cuál te gusta más? Lamento que no puedas estar aquí para verlo.

El pesimismo que invade y pervierte, el terror que no cesa de preocupar, el sol que ya no volverá a salir...

Cariño, ¿dónde estás escondido? Hoy me toca desgarrar tu carne y salpicar la tierra con tu sangre. ¿Aún no me has dado tu dirección?

Pobre criatura que sueña que será algo más de lo que ya es o de lo que ha sido. Inútil seguir permaneciendo rígido. En vano.

¡Infeliz! Yo seré el que culmine tu amarga existencia, lo quieras o no.

(Ídem.)

Pide un traslado

No me has saludado todavía. Eso no es normal en ti. Creo que este trabajo te está afectando, demasiado trato íntimo con los clientes. ¿No recuerdas lo que nos dijeron?, nada de intimidad con ellos. No mezclar el placer con los negocios.

Me parece que no me escuchas. ¡Oye!, es a ti al que hablo, ¿es que nuestra amistad ya no significa nada? Hazme caso, abandona este empleo, búscate otro acorde con tu estilo. Tienes un gran porvenir con tus conocimientos y experiencia...

¡Mejor!, pide un traslado. He oído que hay plazas libres en París. Yo nunca he estado allí, soy demasiado viejo para adaptarme..., pero tú eres joven y fuerte. Si quieres, te ayudaré a financiarte el viaje, y ya me lo pagarás...

Bueno, la hora ha llegado. Tenemos jornada doble, ¡paga doble! Eso no parece afectarte... ¡Anima esa cara, hombre!, que ser verdugo, en estos tiempos, es una profesión muy rentable, ¡con futuro!

(Ídem.)

Pesadamente

No he conocido a nadie más que pudiera pensar lo mismo que yo pienso pesadamente, cada vez que lo pienso se me nublan los ojos y no puedo respirar con normalidad y la noche mientras tanto cae pesadamente, mientras soy un ser casi inerte que no se refleja en el sentir del cosmos, una pulga que se reproduce sin pensar en las consecuencias, sin pensar en la trascendencia de sus actos ciegos, sin pensar que está haciendo historia, como el ente anónimo que no tiene más propósito que el de seguir existiendo por un tiempo determinado y pensar que es un ser individual, y no es nada, menos que nada. Oh, si hubiese algo que pudiera apagar la sed que tengo.

(Ídem.)

El porqué

¿Qué es peor, saber cuándo vas a morir, o dónde? Así, a simple vista, parece mejor lo segundo, porque parece evitable. Pero, no te creas. Puede ser algo así como morir en los brazos de alguien, como tu mejor amigo o tu peor enemigo.

Sin duda, generalizando, lo primero es lo más deprimente, pero al menos puedes disponer de tu vida. Despedirte, evitar los planes a largo plazo, dejarlo todo atado y bien atado.

También es siniestro saber cómo vas a dejar este mundo. Lo que más aterroriza no es la muerte en sí, como hecho, sino las circunstancias que la rodean. En pocas palabras, la forma.

Si te dieran a escoger, ¿cuál? el dilema es mortal. ¿Cuándo, cómo o dónde? Si dices cuándo, ¿y si es en breves momentos...? Si dices dónde, ¿y si es aquí...? ¿Y si pides cómo?, ¿torturado, tal vez...? Lo más deseable parece no conocer esos pormenores de tu existencia.

Vale, ¿y si te dijese el porqué? El misterioso, inquietante motivo por el que todos tenemos que rendir tributo...

Preferible no saberlo, porque, quizás, nos quitaría las ganas de vivir...

(Ídem.)

Supongamos

Supongamos, sólo por suponer, que suponemos que no suponemos nada; por lo que si seguimos suponiendo, por lógica, acabaremos poniéndonos un supositorio. Y como un supositorio no se come, no sé cómo como si no tengo hambre; y aunque sigamos adelante y nos perdamos pues no sabemos a dónde vamos, seguiremos suponiendo que nos suponemos un supositorio.

Lo lógico es que no sigamos adelante, porque seguimos sin conocer el camino y el guía nos llevará al manicomio; porque sin suponer nada, supondrán que si no nos ponen entre rejas, intentaremos suponernos en el culo de alguna persona. Y como supongo que guarradas de este estilo están censuradas, nos censarán y contarán hasta cien.

Y si no estudias ciencias, ¡cias!, de la leche que nos pegan quedaremos tan blancos que dirán que somos lechosos, y en el lecho, la leche que... Supongo que suponéis que ordeñamos. Pero no es así. Hace falta un ordeñador personal para hacerlo, porque computarlo es muy caro, y puedes pillar el sida, que sí da.

Y sigamos encadenando las palabras, aunque la esclavitud no sea muy buena, y eso sea mortal para los que lo padecen. Por cierto, ¿tienes el sida? Es que tienes una cara de muerto callado como aquel muerto que estaba en un ataúd hecho con madera de atar lacitos. ¿Y cómo se llamaba el muerto...? ¡Ah, sí!, se llamaba por su nombre.

Qué nombre tan raro para un muerto, ¿no creéis?

En fin: Fin.

(Durante F.P.)

Acércate

Acércate un día de estos por mi casa. No es que te vaya a ofrecer mucho, pero así nos haremos compañía.

¿A qué esperas para salir de la oscuridad? ¿A qué esperas para salir de ese reflejo? Te estaré aguardando con paciencia.

(Ídem.)

Recorte

El joven huelguista de hambre, don Alí Ben Oparvo, murió la madrugada pasada, víctima de un inocuo corte de digestión.

Este esquimal, de 89 años de edad, llevaba en huelga desde el pasado día 31 del mes pasado. Hoy, 15 de marzo, 4 semanas después de su fallecimientos, se procederá a su entierro en Río de Febreiro, a las 23.30 de la mañana.

Primos y demás familia ruegan un rezo por su alma mortal.

(No, si hoy en día, el periodismo no comete faltas de ortografía...)

(Ídem.)

Problemas

Tienes un problema.

Y le dices al espejo: ¡No hay problema!

Te enfrentas a ese tipo tan sucio, y le dices:
 —¿Tienes algún problema?
 El otro se raja y achanta *escopetao*.
 Y todo machote, dices a quien pueda escucharte:
 —¡Ah!, pensaba...
 El tipejo ese vuelve con amigos...
 Te mira a los ojos con aire de superioridad...
 Y vas de suicida y de duro y le sueltas:
 —¿Algún problema?
 Y te contesta con voz muy fuerte:
 —Sí; TÚ. ¿POR QUÉ LO PREGUNTAS?
 —No, nada..., por curiosidad...
 —¡AH!; PENSABA...
 Vuelves a casa, con muchos más problemas.
 Te dices: ésto no volverá a pasar.
 Y cuando te los vuelves a encontrar...
 ...te pones todo duro delante de ellos...
 ...les miras fijamente a los ojos...
 ...pones cara de capullo y de hijoputa...
 ...y dices con voz potente:
 —SI NO ME DEJÁIS EN PAZ...
 »...se lo digo a mamá...

(Ídem.)

Vago

Si voy a hacer nada quiere decir que no voy a hacer algo. Negándolo, si digo que voy a hacer algo quiere decir que no voy a hacer nada, ¿verdad? Es decir, no hacer es una forma de hacer. Y como cuando hacemos algo nos cansamos, si queremos descansar, no hacemos nada, y por lo tanto nos cansamos. Por ello, hagamos lo que hagamos, aunque no hagamos nada, terminaremos agotadísimos.

Conclusión: ¡Qué cansada es la vida!

(Ídem.)

El sistema digestivo

—Es como el sistema digestivo: Todo lo que le dan lo convierte en mierda.

—Pero eso no es así: El sistema digestivo procesa la comida para extraerle lo *bueno* y deshacerse de lo *malo*.

(Ídem.)

Conocerme

Giré la puerta del pequeño armario, y vi mi rostro reflejado:

—Sé que no puedo decir que te conozco.

(25/02/1999.)

Presumir

—¡Bah!, si quisiera presumir te enseñaba esto.

(Fin de 1999.)

Tinta invisible

—¿Qué escribirías con tinta invisible?

—Una hoja en blanco.

(Durante F.P.)

A una isla desierta

—¿Qué te llevarías a una isla desierta?

—Todos los males del mundo.

(21/07/1999.)

Vivir

Me trajeron a este mundo y, cuando tuve uso de razón, me dijeron:

—Vive todo lo que quieras, pero antes de que mueras te enterraremos vivo.

(Diciembre de 1998.)

Terminarlos

Tengo que acabar este libro de una vez, y librarme de su peso. Los libros nunca se acaban, siempre se están retocando; pero yo quiero terminarlo para que sus cuentos dejen de llamar a las puertas de mi memoria, reclamando un poco de atención. Este terminar el libro es casi como meterlos en un ataúd y enterrarlos, para que *me* dejen descansar en paz.

Pero también me da miedo. Al dejarlo a la luz pública, me expongo a que se muestren todos sus defectos, a romper el sueño y exponerme a la cruda realidad.

(De una carta, el 10/08/2005.)

Pautas en un papel plegado

- El sentido de la vida es aumentar la entropía del Universo.

(Extraída de *Yo mismo*.)

- Si el tiempo es lo que nos mata, contemplar a alguien es ver como se muere.

(Ídem.)

- Moriré cuando deje de ser yo mismo, y eso sucede a cada instante.

(Ídem.)

- Hay muchas formas de morir, pero sólo moriré de una de ellas.
(Ídem.)
- Para tener la historia completa de alguien hay que esperar tiempo después de su muerte.
(Fecha desconocida.)
- El Destino es una excusa para la irresponsabilidad.
(Ídem.)
- La muerte es una puta porque se acuesta con todos.
(Ídem.)
- Trozo de vida éste que pasa.
(Ídem.)
- Un escritor es aquél que anota todo lo que se le ocurre, en vez de dejarlo al olvido.
(19/09/1999.)
- Si no vas a por tus miedos, tus miedos vendrán a por ti.
(De *Poco después.*)
- Soy continuamente infiel a mi verdadera novia: La Muerte.
(16/03/1999.)
- No es que no crea en Dios, es que Dios no existe.
(7/01/2000.)
- Hubo una vez que era feliz, pero todo se jodió en cuanto nació.
(2/11/2000.)
- Siento un gran vacío que me llena.
(De los tiempos de *Yo mismo.*)
- Antes de nacer maté a mi madre: Imaginad lo que puedo hacer ahora.
(28/03/1998.)
- Cada vez falta menos.
(Fecha desconocida.)
- Cuando encuentres la felicidad, el dinero que tengas será el suficiente y el necesario; cuando encuentres el dinero, la felicidad que tengas no será la suficiente ni la necesaria.
(28/03/2001.)
- El que hace algo es que espera recibir algo mayor a cambio.
(Durante F.P.)

- Eres una piedra en mi camino: Si no quiero tropezar contigo tendré que darte una patada.
(Mayo de 1997.)
- La mili no hace hombres, hace tíos salidos.
(De 1999.)
- La única forma de alcanzar la muerte es atravesar la vida.
(3/11/1999.)
- Los cuentos de terror son como cuando vas a comer carne y, al cortarla, descubres que por dentro está CRUDA.
(27/12/1999.)
- Me suicidaré, y volveré a ser lo que era antes de nacer: NADA.
(25/05/2000.)
- Quiero dormir y olvidar: Quiero morir.
(21/07/1999.)
- Sea grande o pequeña, lo mejor para follar a una mujer es la polla propia.
(4/08/2000.)
- Siempre fui un vencedor, ¿cómo iba a perder, aunque fuese la virginidad?
(24/01/2000.)
- Sólo soporto esta vida, porque sé que un día moriré.
(14/04/1998.)
- Todo cambia tras cada instante.
(De *Yo mismo*.)
- Trozo de vida éste que pasa.
(De la época de *Yo mismo*.)
- ¿Acaso crees que mientras siga vivo tendrás sus obras completa?
(De 2000.)
- ¿Y tú qué eres, sino carne cruda?
(De 2001.)
- Eres tan tonto, que no pasarías una prueba de Turing.
(28/07/2005.)
- No tengo religión: Soy libre.
(Agosto de 2005, en base a un *fragmento*.)
- Se está bien bajo mi piel.
(Fecha desconocida.)

- Todos creen que el cristal es el espejo y, sin embargo, sólo es su soporte.
(Ídem.)
- Odio la Navidad: la gente está feliz porque sí, sin más; y a mí me cuesta tanto ser feliz un día cualquiera...
(29/12/2000.)
- Algunas veces hay que forzar la inspiración, para que los sueños olvidados resurjan.
(18/04/2000.)
- Aunque no es una justificación, quiero gritar: ¡Cosas peores se han escrito, impreso, encuadernado y publicado!
(15/09/1999.)
- Es en uno de esos momentos extraños en el que uno no sabe qué escribir en que escribo esto.
(25/01/2001.)
- Cuando miramos a la persona amada, nuestra pupila está dilatada; cuando miramos a la persona que odiamos, nuestra pupila está contraída; los muertos siempre tienen la pupila dilatada.
(15/03/1998.)
- El libre albedrío significa que Dios jamás se inmiscuirá entre nosotros; ni tampoco el Diablo, los santos, los ángeles, los demonios...
(26/09/2001.)
- El pasado sólo es un recuerdo.
(Fecha desconocida.)
- El sentido de la vida es ayudar a consumir el tiempo de existencia del universo.
(Durante F.P.)
- Es decepcionante pensar que todos mis pensamientos sólo son sucesiones de chispas cerebrales; y que todo lo que escribo sólo es una sucesión de letras.
(Fecha desconocida.)
- Hacerse adulto significa que cuando hagas algo bien no va a haber nadie para felicitarte, y cuando hagas algo mal siempre habrá alguien que te lo hará saber.
(6/10/1999.)
- Hasta llegando tarde llegamos tarde.
(Durante mi segundo curso en la universidad.)
- Dios es el que tira de la cadena de nuestro tiempo; su mierda son los segundos de nuestra vida.
(Principio de 1999.)

- No te conozco, pero cuando me leas creerás conocerme. (25/02/1999.)
- Quisiera deshacerme del *nudo* que es mi pasado. (30/06/1998.)
- Si el mundo está podrido, nosotros somos la parte que más huele. (Durante F.P.)
- Si Dios quisiese acabar con el mundo, nosotros no podríamos hacer nada por evitarlo. (08/1999.)
- Soy nada, nada tengo, y nada pierdo si lo pierdo todo. (Durante F.P.)
- Soy un hombre completo: no necesito a una mujer para ser íntegro (Enero de 2000.)
- Te he dado la vida sin pedir tu opinión: No te debo nada ni me debes nada, sólo queda el compromiso. (Fecha desconocida.)
- En teoría, es prácticamente imposible prever todo lo que puede pasar en la práctica. (Ídem.)
- Primero tener y después ser. (Durante F.P.)
- Lo que se gana en experiencia, se pierde en espontaneidad. (Fecha desconocida.)
- El camino se hace más tortuoso yendo hacia atrás. (Ídem.)
- La vida es un círculo vicioso. (Ídem.)
- Perder es indispensable para ganar. (Ídem.)
- Empápate del exterior para dejar salir el interior. (Ídem.)
- Hay escritores cuyas obras, consideradas individualmente, son buenas; pero consideradas en conjunto, son malas. (17/03/1999.)

- Algunas veces me siento como si galopase montaña abajo sobre un caballo muerto.
(Febrero de 1998.)
- Lanzas una blasfemia tan grande, que hasta el silencio queda cortado al oírlo.
(22/04/1998.)
- ...antes de que mi memoria se olvide de que está fallando, antes de que mi cuerpo se olvide de que está vivo.
(8/11/1998.)
- Soy como una vela que se apaga lentamente en un mar de aguas frías.
(Fecha desconocida.)
- ¿Alguna vez has tenido que enfrentarte a una historia cuyo final no está escrito?
(De un sueño, de fecha desconocida.)
- El ser humano lleva jugando a ser dios desde que es ser humano.
(De *Romper la paradoja*.)
- Cuando hago algo bien, nadie me felicita; pero en navidad me felicitan por nada.
(2/01/2001.)
- Hacer todo lo posible para no llegar al extremo; pero si se llega, aplicar medidas drásticas.
(Fecha desconocida.)
- Cada vez falta menos.
(Ídem.)
- Los nombres son etiquetas forzosas.
(Ídem.)
- La única razón para matar es la supervivencia.
(Ídem.)
- Estás muerto en mi recuerdo
(Invierno de 1998.)
- El anonimato no deja de ser un uniforme
(Febrero de 1999.)
- El fin *debe* justificar los medios.
(Fecha desconocida.)
- Lo que no es verdad no tiene por qué ser mentira.
(Ídem.)
- Las mentiras facilitan la vida, que es otra mentira.
(Ídem.)

- Sólo se aprecia cuando falta. (Ídem.)
- Hay que depender de lo mínimo. (Ídem.)
- La vida es un problema, y la muerte su solución. (15/01/2000.)
- Yo nunca he *cometido* un pecado: Los he *disfrutado* todos. (21/03/2000.)
- El azar ha creado el presente. (Fecha desconocida.)
- Jamás le vendería mi alma a Satanás; se la regalaría directamente. (Entre diciembre de 2004 y enero de 2005.)
- Sé que, de alguna sutil forma, estoy loco. (De 2005.)

Lluvia sobre tierra quemada

Acaso perdí

Sí,
así me sentí,
acaso perdí
la inocencia otra vez.

No,
¿por qué pudo ser?,
¡maldita ocasión!,
he vuelto a perder.

¡Basta!,
lo quiero dejar,
esta depresión
me va a matar.

Pero,
si miro atrás,
hay una razón
a mi enfermedad.

Y,
llegado al fin,
con una sonrisa,
me voy a pudrir.

Adiós,
ya todo acabó,
inútil pensar
que se va a repetir.

Afuera llueve

Afuera llueve.
Las gotas se estrellan
y el chaparrón no cesa.
La negra noche
ver no deja la luna.
Y nosotros aquí dentro,
calentitos, juntos, solos...
¿Qué haremos los dos
cuando se agoten las palabras?
(El romanticismo dejará paso a la ternura,
y nuestros cuerpos se fundirán
a lo largo de varias horas.)
La respuesta nace por sí sola.

Te quiero.
Nos queremos.

Paz...
Ya todo está en silencio.
Ahora...
Tranquilidad, descanso.
Todo en calma
después de la tormenta.
Paz...

Escrito durante F.P.

¿Aún piensas en mí?

Dime si es verdad que aún piensas en mí,
si aún me echas de menos,
si te falta mi compañía, mi sonrisa,
si aún me quieres.

Dime si es así.

Las piedras tienen aristas más afiladas,
el viento sopla más frío,
la lluvia cae más fuerte,
y el invierno dura todo el año.

Dime si también es así para ti.

No tengo ganas de comer,
de beber, de dormir;
no tengo ganas de respirar,
de caminar, de mantener los ojos abiertos.

Dime si todavía merece la pena vivir.

Los libros son aburridos, la música es insípida,
¿¡por qué!?
la luz es inútil, la oscuridad también,
¿¡por qué!?

Dime si también sabes por qué.

¿¡Por qué!?

Sé muy bien por qué,
sé muy bien qué es lo que me falta.

Escrito el 20/11/2000.

Caminar

Y cuando no queda ya nada por hacer lo único es:
caminar, caminar;
largo y seguido hasta quedar agotado.
Sin pensar en otra cosa que no sea más que en:
caminar, caminar;
no tengo nada que perder,
otros han decidido mi suerte.

No importa el destino, tan sólo el camino:
caminar, caminar;
no tengo prisa por llegar,
aunque cada vez esté más cerca de ninguna parte:
caminar, caminar;
siempre se puede llegar mucho más lejos.

Caminar, caminar...

Escrito durante F.P.

Cazadores de plantas

Cuando la sangre de la tierra
 circulaba libremente,
cuando los titanes se enseñoreaban
 de sus múltiples dominios,
la semilla se depositó
 en el cálido lecho.

Y cuando tras la noche de los evos
 llegó la primavera,
nosotros,
 cazadores de plantas,
iremos más allá
 a fecundar otros mundos.

Después de *Dragón solitario*.

Cielo y tierra

Cielo y tierra,
verdes campos,
agua que salpica,
ojos que me miran,
y yo, no sé, aquí estoy,
perdido entre todos vosotros,
buscando respuestas a mis preguntas,
pesándome el cansancio en mi espalda,
y frustraciones vividas y por vivir;
deseo algo que no puedo alcanzar,
y eso ya no me preocupa.
Andar y andar,
noches y días,
frío y calor,
hasta, algún día, morir.

Escrito el 24/02/1997.

Como un viento salvaje

Más allá del tiempo y del espacio,
más allá de las sombras alargadas,
más allá de donde llega la sabiduría,
no encontraremos ni polvo.

¿Por qué buscar en el vacío?,
¿por qué perderse en lo intrínseco?,
¿para qué consumir la vida?:
vamos a seguir perdiendo.

No sé si llegaré,
no sé si podré,
quizás aún sea tarde
para tener algún motivo.

Piérdete en la oscuridad,
olvídate de tus recuerdos,
comienza de nuevo,
para volver a tropezar.

Me río de tu ira,
desprecio tus movimientos,
te golpeo hasta matarte
y salpicarme con tu sangre.

Carnes sagradas que saborear,
deseos que satisfacer,
necesidades que cumplir,
y un instinto a quien creer.

El espíritu sopla en mi cara,
como un viento salvaje,
como si nada pasase,
como si no supiese morir.

Durante una aburrida clase en la universidad.

Con una extraña fuerza

No fueron sus ojos lo que me cautivó,
ni tampoco sus labios.
(Los besé, los besé, los besé.)

No fue la curva de sus senos,
ni la de sus caderas lo que me excitó.
(La acaricié, de arriba abajo, de abajo arriba.)

No fueron sus piernas,
ni siquiera su cintura lo que me sedujo.
(Le hice el amor, hasta la extenuación.)

Lo que me atrajo de ella, irremediabilmente,
con una extraña fuerza, persuasivamente,
fue que estaba muerta.

Escrito el 23/09/2000.

Criaturas de la noche

Criaturas de la noche
que atraviesan la oscuridad,
ni a la luz de la luna
verás sus sombras cruzar.

Cazadores que acechan
y matan en silencio,
¿quién los detendrá?
Buscan carne fresca
donde hundir sus fauces,
y beber la sangre
que aún caliente mana.

Criaturas de la noche
que atraviesan la oscuridad,
siguiendo el rastro de presas
que ya no mucho vivirán.

El aire se llena de melancolía,
y el instinto aflora.

Cuidarán con ternura
 los frutos de su intimidad.
 Les enseñarán a matar,
 ...en silencio.
 Les enseñarán a amar,
 ...en silencio.
 Y cuando la luna brille
 y la sangre apague su sed,
 mirarán a las estrellas
 entonando canciones de amor,
 de tristeza y odios antiguos.

Criaturas de la noche
 que se esconden en la oscuridad,
 mientras acallan los gritos
 de quien agoniza ya.

De los primeros; escrito durante F.P.

Cuando tú ya no sirves

Cuando todo lo que tienes es lo que llevas encima
 (tu carne, tus huesos, tu sangre);
 cuando todos los que te quieren están contigo
 (tu sombra, tu hambre, tu sed);
 cuando tus sentimientos están claros
 (tu odio, tu vacío, tu desesperación);
 cuando tu vida ya no vale nada...
 (nada, nada, menos que nada);
 cuando tú ya no sirves
 (sólo para gastar aire);
 la solución es obvia
 (obvia).

Escrito el 30/10/2000.

Dragón solitario

*He sentido la llamada
y no he podido resistirme,
y no he querido resistirme.*

DEMONIO,
a la gran caza.

Yo, dragón solitario,
recorro este desierto cósmico.
Milenios hace que existo,
pero el instinto sigue empujando,
el ansia sigue quemando,
y la muerte no para de acechar
muy cerca de mí.

(...apetitosa criatura,
¿dónde, dónde estás?)

Algo por dentro me devora
y corrompe todo mi ser.

(Siento tu presencia
más allá del infinito.
Tu carne es joven,
tu espíritu inexperto.)

La búsqueda me agota,
mi ser se contamina...

Ven, ven a mí.

(Renuévame...)

Yo, que vine del abismo,
que sentí la ausencia,
y vi la sangre derramarse
fruto del egoísmo...
¡quiero purificarme!

(Sentiré tu cuerpo
correr incansable,
saciando mi sed.)

Llevo eones buscando...

Deliciosa Hembra,
¿dónde estás?

Yo, dragón solitario,
recorro este desierto cósmico.

Hembra, quiero morderte,
sentir tu sangre caliente
mojar mis fauces abiertas.

Llevo eones buscando...
deliciosa Hembra,
¿dónde estás?

El día que mataron a mi hijo

El día que mataron a mi hijo
amaneció nublado,
el sol salió a mediodía,
como si fuera un día cualquiera.

El día que mataron a mi hijo
no hubo nada distinto para comer,
no hubo una conversación especial,
ni siquiera hubo una despedida.

El día que mataron a mi hijo
trabajé mañana y tarde,
la noche cayó tranquila,
y el viento soplaba solitario.

El día que mataron a mi hijo
fue sólo otro día más,
otro día más en mi mediocre vida,
pero con algo más que contar.

Escrito el 20/07/2000.

El fin de las estelas

Yo en mi infancia
era feliz de existir.
La vida transcurría
sin preocupaciones.
Pero crecí,
fui al colegio y estudié.
Me dijeron:
Sigue estudiando,
ya habrá tiempo de trabajar.
Y me fui a la universidad.

Allí llegué,
aquí estoy;
un romántico de toda la vida,
un soñador incurable,
un poeta melancólico.

Y aprendí que
las estelas de los barcos,
¡tan bonitas!
espumeantes en su inocencia
¡tan bonitas!
que mientras te alejas
ellas van desenrollándose
¡qué bello discurrir!
son simples torbellinos,
y como simples torbellinos
¡son una pérdida de energía!

También aprendí que
la entropía
¡qué nombre tan bello!
¡qué resonancias en el paladar!
era una medida
de la degradación de la energía
y que nunca disminuye
y que todos contribuyen a inflarla.
Por tanto,
pensé yo,
¡horror de los horrores!
eso conduce a:
¡El sentido de la vida es
aumentar la entropía del universo!

Somos simples piezas
de un ajedrez colosal,
absurdo e inútil.
La depresión ya está aquí,
agotadora, agobiante, absorbente.
Y repito: ¡Horror!
Los patinadores giran y giran
en un embudo decayente,
en un abismo negro.

El suicidio está a mi lado,
me mira, me ama,
y yo no sé qué hacer.
Por favor,
que alguien me ayude.

Escrito en mayo de 1997.

El germen

¿El germen?
¡Oh, el germen!
Es un grano de arena
que nace,
que vive cuanto le place,
y luego muere.

Escrito el 3/11/1999.

El nombre de mi amada

Escribí el nombre de mi amada en la arena,
...pero el mar no lo borró.
Puse plumas formando las letras de su nombre,
...pero el viento no las arrastró.
Tallé hielo formando con su nombre una escultura,
...pero el sol no la derritió.
Será que nuestro amor es verdadero,
será que nuestro amor es para siempre.

Subió la marea y borró su nombre...
 Sopló el viento y volaron sus letras...
 Salió el sol y fundió nuestro amor...
 Será que ella no me ama,
 será que ella no sabe que la amo.

Escrito el 26/09/2000.

¿Ella me quiso?

Nunca llegué a saber si ella me quiso;
 murió, y ya nunca lo sabré.
 Yo la amaba, pero nunca se lo dije;
 murió, y ya nunca lo sabrá.

Siempre pensaba en ella, incluso durmiendo;
 murió, y sigo pensando en ella.
 Su sonrisa siempre estará conmigo;
 murió, y nunca volveré a verla.

Quizás, algún día, pueda volver a estar con ella;
 murió, y no sé qué pasará.
 Los días son más grises cada día;
 moriré, y... ojalá...

Escrito el 2/11/2000.

En las mandíbulas de la jauría

*Clean your head,
 kill your mind,
 they said with
 brainwashed pride.*

Ta-ta-ta;
 ¿uh?, ah...
 Sales de la secta
 y te metes en el bareto,
 les pides un trago,
 te arrojan el potingue;

hueles el ambiente,
hay ganas de jaleo;
la poli merodea,
queda la deuda pendiente.

Mira a esa tía,
¡qué buena está!;
fíjate en su cabeza,
¿qué crees que contendrá?

¡Mírate!,
estás hecha una mierda;
¡lávate!,
me das mucho asco;
¡desnúdate!,
no tienes ni puta idea;
¡jódete!,
¡no sirves para nada!

Pretendes hacerte invisible,
¿acaso no es verdad?,
para pasar inadvertido
entre la gente de esta ciudad.
Pero si toda la peña
de este maldito basurero
te agarra por los huevos
y no te deja respirar...
¡Vomítales en la cara
sin dejar de gritar...!

¡Hijos de puta!,
contamináis la sociedad;
¡joderos!,
sois escoria, sois basura;
¡hipócritas!,
no me importan vuestras creencias;
¡joderos!,
¡chupádmela entera!

Si tienes suficiente pasta
puedes esconderte en el psiquiatra;
te exprimirá el coco,
te dirá que vuelvas,
que no es suficiente
y aún no tienes la absolución.

¡Pero ya es demasiado tarde
para obtener el perdón!

¡Lárgate a tu choza,
enciérrate en el water,
machácatela hasta que sangre
y no pares de llorar...!
¡Expulsa a tus demonios,
tortura a tus enemigos,
extírpales la vida
exprimiéndoles los ojos...!

(Verás lo rico que está todo
si lo preparas con salsita.)

Recuerda las notas
de esta jodida canción,
no valen una mierda
pero son lo que son;
dije lo que quise,
no sé si te ofendí,
si herí tus sentimientos
¡te la volveré a repetir!

¡Jódete!,
 imbécil sin cerebro
 ni personalidad propia.
¡Jódete!,
 nunca has hecho nada
 ni por nadie ni por ti.

Sois unos hijos de puta,
lo sabéis muy bien,
¿tendrían ellas la culpa?
Pero, capullos,
¡jodeos!

Vivimos en
una sociedad de mierda,
en una mierda de sociedad;
no me importan tus ideas,
no me importan tus ideales;
¡radicalista hasta los huevos
que os voy...
 ...a explotar!

¡aaaaaah...!

¡Lárgate a tu choza,
enciérrate en el water,
machácatela hasta que sangre
y no pares de llorar...!
¡Expulsa a tus demonios,
tortura a tus enemigos,
extírpales la vida
exprimiéndoles los ojos...!

¡Aaaaaaaaaaaaaah...!
¡¡Capúm!!

(¡Jaaa...!)

(Supongo que...
te habrás enterado del...
asunto...
¿no?...)

¡Psh...!

¡Bah!

Durante F.P.

Es bonito no ser feliz

Es bonito vivir cuando no eres feliz.
Es bonito vivir cuando nadie te quiere.
Es bonito vivir cuando estás lleno de dolor.
Es bonito estar despierto cuando la vida es una mierda.
Es bonito estar dormido sabiendo que despertarás.
Es bonito no ser feliz.
¡Odio no ser feliz, por muy bonito que sea!

Escrito, quizá, durante la universidad.

Es mejor estar muerto

Es mejor estar muerto,
es mejor estar muerto.

Todo lo que tengo son
problemas.
Todo a mi alrededor
significan
problemas.

Todo lo que tengo son
problemas.
Todo a mi alrededor
significan
problemas.

Por lo tanto:
es mejor estar muerto,
es mejor estar muerto.

Pero antes:
Mataré
a los que me quieren joder,
mataré
a los que me quieren joder.

Y así
quizás no tenga que morir,
y así
quizás no tenga que morir.

Escrita el 23/11/1998. Las repeticiones se consideran indefinidas, según dicte el hecho de cantarla.

Es nada de nada

Un día cualquiera,
una vez como otra;
cero es el comienzo,
cero es el final.

No es inercia,

no es vida;
es nada de nada,
es depresión.

¿Cómo no seguir?,
¿cómo no sentir?;
la tristeza lo es todo,
el cansancio también.

Son castillos,
son nubes;
es arena,
es aire.

Escrito el 14/03/2000.

Esfera, fuego rojo

Esfera, fuego rojo, terror,
colmillo oscuro de maldición,
id al palacio de la Muerte.

Maldito terror del Eterno,
¡oh, Máta, rey de la Perdición,
traed aquí la bendita Muerte!

Traedla para matar sin error,
traedla y cerrar mi negocio,
y que el Hombre pierda su Suerte.

Poema cero, de mi infancia, de características autoimpuestas.

Esperando la lluvia

Días hace que no llueve,
días hace que mi lengua está seca.

Noches hace que mis ojos están quemados,
noches hace que no tengo lágrimas.

Días pasan y la tierra se agrieta,
días pasan y yo me muero.

Noches pasan y el calor es infernal,
noches pasan y todo se acaba para mí.

Pasa una nube y cae una gota,
pasan las nubes y cae un chaparrón.

Demasiado débil para moverme,
demasiado débil para nadar.

Así me ahogo en el torrente,
así me ahogo en el lodo.

Escrito el 7/06/2001.

Expulsados

Os han echado de vuestra tierra,
os han echado de vuestro hogar.
Debéis seguir adelante
no mirar nunca atrás.

Pero algo os detiene,
os impide continuar,
es la fuerza de los amos
que os han vuelto a expulsar.

Vayáis donde vayáis
no os podéis quedar,
es la fuerza de los amos
que os niegan la felicidad.
No podéis echar raíces,

no podéis nunca parar,
es el destino de los exiliados
que nunca se detendrá.

Pero algo os detiene,
os impide continuar,
son las puertas del Edén
que nunca se abrirán.
Es el infierno de los exiliados
que no tienen tierra
ni para los muertos enterrar.

Siempre hay algo que os para,
que os impide continuar,
(no podéis seguir)
es la fuerza de los amos
(no podéis parar)
que os han vuelto a expulsar.

(Estáis condenados.)

Durante F.P. Inicialmente titulada *Muros de contención*, pero los cambios que necesitó lo volvieron incongruente.

Hablaba de ti

Tienes la ropa mal puesta
y unos colegas esperándote.
Es de noche pero no hay estrellas
y si hay luna qué más da.
Vives en tu mundo material
y las gomas sobre el asfalto.

Hay cosas que no deberían importar
y sin embargo sí, como:
¿cuánto dinero tienes?
¿de cuánto tiempo dispones?
Menudas mentiras dices,
menudas mentiras ocurren.

Luces absurdas, mundo material
no hay estrellas, qué más da.
Un cero a la izquierda

y un puñetazo a la derecha.
Algo que tocar, algo que beber
a eso se reduce tu vida.
Mañana irás a trabajar
viajando en la resaca.
Algo que tocar, algo que beber
y si no hay luna, ¡qué más da!

Hay cosas que no deberían importar
y sin embargo importan.
Menudas mentiras dices,
menudas mentiras ocurren.
¿Cuánto dinero tienes?,
el suficiente para morir.

Arcadas en tu boca
y las gomas sobre el asfalto.
Velocidad, pasión,
todo lo que necesitas
en tu mundo material.
Un cero a la izquierda
y un puñetazo a la derecha,
y un puñetazo a la derecha.

Vives una vida vacía,
circular y repetitiva.
Luces absurdas, algo que beber.
Lávate con sudor sucio,
a eso se reduce tu vida.
Ir a trabajar, comer y dormir,
y el retrete espera por ti
y tiene forma de ataúd.

Como un globo que sube,
revienta y se cae.

Hablaba de ti,
hablaba de ti.

Interferencias

Bzzzz...
¡cht!...
 ... ¡cht-cht!...
 ...Buuu:...
 ...¡cht-Buuu!:...
 ...¡Pst-Pst!...
 ¡Pst-Pst!...
 ...¡cht!...
 ...Buuu:...
 ...¡cht-cht!...
 ...---
 Pft...
 ...
 .

Escrito a finales de 1995.

Lamias

Cuando la noche agoniza
 y el sol se prepara para salir,
 dicen que, en las montañas,
 regresan a sus guaridas
 las lamias,
 llevando entre sus fauces
 a algún niño pobre infeliz,
 al que devorarán
 ¡mientras el sol proyecta
 nuestras sombras!

¡Escucha cómo suenan sus gritos!
 mientras nos levantamos de cama,
 ¡cómo rasgan su piel!
 mientras sacamos el ganado a pastar,
 ¡ellas rompen sus huesos!
 mientras nosotros trabajamos los campos,
 y sorben su sangre
 ¡mientras secamos el sudor
 de nuestras frentes al sol!

Cuando el día agoniza
y la luna se prepara para salir,
dicen que, en las montañas,
salen de sus guaridas
las lamias,
buscando sedientas
a algún niño pobre infeliz,
que esta vez no sea
¡que esta vez no sea
a por mi propio hijo!

¡Escucha su respiración!
mientras olfatean nuestra casa,
¡sus garras arañan!
la ventana de su habitación,
¡las lágrimas resbalan!
y ya nada se puede hacer,
¡malditas alimañas!
¡maldito yo
por no poder!

¡Escucha cómo suenan sus gritos!,
hoy no me levantaré.
¡Cómo rasgan su piel!,
que pase hambre el ganado.
¡Cómo rompen sus huesos!,
mientras yo lloro todo el día.
¡Y sorben su sangre!,
¡que es la mía,
la mía, la mía!

Cuando un niño agoniza
y la sangre se prepara para salir,
dicen que, en las montañas,
se ríen de los hombres
las lamias,
escucha cómo aúllan
a la luna que ahora ya se va,
otra canción de cuna
¡justo para cuando vayas
niño a dormir!

Los dedos de la noche

Me dejo acariciar por los dedos de la noche,
 lo que trepa por la oscuridad está sobre mi cabeza,
 sus sombras son espesas, y llena el vacío de la esquina.
 No es mi enemigo, pero tampoco mi amigo.
 Algún día tendrá hambre, y mi carne lo complacerá.
 Sé que ese día llegará, pero no me preocupo.
 Y mientras me olvido de que existe el sol,
 me dejo invadir por la apacible tranquilidad de la vida.
 Rezo a algún dios olvidado para conservar la confianza,
 antes de salir al crudo mundo exterior.
 Puede que esta vez no regrese a la calidez del hogar,
 pero la hierba ahí fuera es húmeda y fresca
 y deseo alimentar el cuerpo y el espíritu.
 La carne llama a la carne, y me dejo arrastrar...
 ...deslizándome melancólicamente.

Escrito durante F.P.

Luces y sombras

Luces y sombras,
 nadie puede verte.
 Luces y sobras,
 nadie te ve.
 Puedes hacer lo que quieras,
 puedes hacer lo que quieras,
 pero recuerda:

No
 te
 pases.

Nadie quiere reprochártelo,
 todos creen en ti.
 Pero recuerda:

No
 te
 pases.

Escrito durante F.P.

Maldito espejo

No quiero que
me digas lo que tengo
yo que hacer ahora.
Sigo sin saber
el motivo por el cual
estás aún ahí,
¡de pie!,
mirándome a la cara,
como un espantapájaros.

Algunas veces, me sacas de quicio,
algunas veces, me llenas de rabia,
algunas veces, te mataría,
algunas veces..., algunas veces...

No me humilles más,
no puedo soportar
el peso de tu existencia
caer sobre mí.

Dime por qué
estás aún ahí,
¡de pie!,
mirándome a la cara,
sin nada que hacer
¡o decir!
Me llegas a dar asco,
¡no aguanto más!
Eres esa sensación que me inunda
y corrompe lo más puro de mi alma.
¡Vete de aquí
y piérdete en el infinito!

Simplemente no quiero verte
delante de mí.
Simplemente no quiero verte
delante de mí.
¡Simplemente no quiero verte
delante de mí...!

...sucia imagen destartalada.

MALDITO ESPEJO.

Mi primera canción. Durante F.P.

Mátame de nuevo

Ella:

Oh, fuiste para mí,
lo que necesité;
el árbol al que acudir,
la fuente de la que beber.

Te deslizabas a mi lado...
con tu calor.

No dejes de quererme,
no dejes de quererme nunca;
si dejas de quererme,
te mato.

Esta noche vomité
al recordar las olas que me produjiste;
quiero volver a vivirlo...
cuando desee.

Si no me quieres,
te mato;
si me quieres,
también.

Vendrás a mí
sin manos y sin pies
¡arrastrándote!,
sobre tus muñones sangrantes.

¿Es que no lo ves?:
soy la razón que mueve tus entrañas.

Si no me quieres,
te mato;
si me quieres,
también.

Él:

Sí, hazlo otra vez,

mátame de nuevo;

Ella:

Hazme sentir viva...

Él:

Besa mis ojos,
retuerce mis dedos,
¡quémame con tu presencia!

Ella:

...no pares mientras me desgarro.

Él:

Ignora mis gritos,
lame mi sangre;
todo para ti,
sólo para ti,
no lo dejes, ¡no...!

Ella:

¿Es que no lo ves?:
soy la razón que mueve tus entrañas.

Deja que la bestia muestre mis fauces
y tiembla ante ellas.

Él:

Eres el tornillo que me falta...

Ella:

...otra vuelta de tuerca
¡más!;
otro golpe donde duele.

Él:

Sí, hazlo otra vez,
mátame de nuevo.

Ella:

Hazme sentir viva...

Él:

Besa mis ojos,
retuerce mis dedos,

¡quéname con tu presencia!

Ella:

...no pares mientras me desgarro.

Él:

Sí, hazlo otra vez,
mátame de nuevo;
sí, hazlo otra vez,
mátame de nuevo.

Ella:

Deja que la bestia muestre mis fauces
y tiembla ante ellas.

Él:

Sí, hazlo otra vez,
mátame de nuevo;
sí, hazlo otra vez,
mátame de nuevo.

Ella:

Hazme sentir viva...

Él:

Besa mis ojos,
retuerce mis dedos,
¡quéname con tu presencia!

Ella:

...no pares mientras me desgarro.

Él:

Ignora mis gritos,
lame mi sangre;
todo para ti,
sólo para ti,
no lo dejes, ¡no...!

Ella:

Deja que la bestia muestre mis fauces,
y entra en ellas.

Ambos:

Hagámoslo de nuevo;

hagámoslo ahora.

Escrita el 28/03/1998.

Matemáticamente muerto

Cuando la piedra cae en el agua
y la siguiente lo hace sobre tu cabeza,
sabes que dos más dos ya no son cuatro.

Cuando tu sangre cae en el agua
y tu cuerpo sobre la arena,
intuyes que el uno va después del dos.

Cuando el aire se escapa de tu boca
y no entra otra bocanada en su lugar,
encuentras que el tres es el mayor número.

Cuando tus ojos están fijos
y una mano te los tiene que cerrar,
ves que cero dividido por cero es once.

Cuando tu carne se descompone lentamente
y las moscas ponen en ti sus huevos,
estás matemáticamente muerto.

Escrito el 21/11/2000.

Me rompieron

Me rodearon cuando estaba solo;
hablaban con superioridad.
Ignoraron todas mis respuestas.
¡Lo que querían era justicia!

Me rompieron brazos, me rompieron piernas,
a mi cabeza también hicieron saltar.
Me rompieron brazos, me rompieron piernas,
y en mi cabeza ya no pude estar.

Hacía mucho frío tirado en el barro,
incapaz de mover el cuerpo que me habían dejado.
Sabía que iba a morir.
¡Y el sol allá arriba riéndose de mí!

Me rompieron brazos, me rompieron piernas,
a mi cabeza también hicieron saltar.
Me rompieron brazos, me rompieron piernas,
y en mi cabeza todo era oscuridad.

Cuando se demostró que yo no lo había hecho,
no vinieron a pedirme perdón.
Sentado y con ruedas soy incapaz de llorar.
¡Quizás algún día pueda olvidar!

Posterior a *Cercenador...*, pero antes de enero de 1997.

Pagar la deuda

Hola, dijeron.
Tienes una deuda que pagar, dijeron.
No tengo nada, dije.
¡Pues pagarás con tu dolor!, dijeron.

Y me cortaron las uñas, los dedos,
 las muñecas, los codos;
y me cortaron las uñas, los dedos,
 los talones, las rodillas;
y me cortaron los huevos,
 la polla, los pezones;
y me cortaron las orejas,
 la nariz, la lengua.

¿Aún no tienes bastante?, dijeron.
¿Sigues sin querer pagar?, dijeron.
Hggg..., dije.
¡Pues pagarás con tu dolor!, dijeron.

Y me quemaron el pelo, el pecho,
 la espalda, el culo;
y me rompieron los brazos,
 las piernas, las costillas;
y me sacaron los dientes,

los ojos, la sangre;
¡y me arrancaron,
me extirparon, me amputaron la vida!

Qué pena, dijeron.
Qué pena que se acabó, dijeron.
Silencio, nada dije.
Adiós, dijeron.

Y se posaron las moscas,
y pusieron sus huevos,
y salieron sus larvas,
¡y me comieron entero!

Escrito el 7/02/2001.

Palabras en una piedra

Una vez leí estas palabras
esculpidas en una piedra,
pero ahora son sólo polvo
esparcido por la tierra,
sin poder para, ni siquiera,
murmurar algo al oído,
y todos dicen que es inútil,
que la verdad ya se ha perdido...

Pero,
si es que otros han llegado
a alcanzar lo inimaginable
es que nosotros, también,
algún día podríamos
acercarnos hasta ella.

Y si no,
no por ello el mundo dejará de girar
alrededor de una ilusión
que pronto se extinguirá...
con tiempo suficiente
como para buscar otra salida,
y encontrar un nuevo camino
que nos lleve hasta ella.

Porque ya hay ya
demasiadas cosas por las que llorar;
y aunque piense que
lo que he dicho ha sido en vano
como aquellas palabras
esculpidas en una piedra
y que ya nadie recordará...
nadie recordará...
(nada)

No dejes que
la vida se te escape,
piensa que en un momento
todo quedará en nada.

No, no dejes que
la vida se te escape,
piensa que en un momento
todo quedará en nada.

El primer párrafo se me ocurrió paseando; estaba en F.P.

Pequeñas alimañas

Eres una pequeña alimaña,
mi pequeña alimaña;
pero a mí no me importa,
mi pequeña alimaña,
porque yo no soy nada más
que otra pequeña alimaña.

Vivimos en un bosque,
todo lleno de árboles;
paseamos entre la hierba,
toda de color verde;
y somos tan felices
como dos pequeñas alimañas.

Nos refugiamos en un agujero,
abrazándonos uno a otro,
como dos pequeñas alimañas;
pues tú y yo,
mi pequeña alimaña,

no somos nada más que
dos pequeñas alimañas
felices.

Escrito el 30/11/2000.

Perseguido

Aunque no te dejes coger, te cogerán.

Están a tu alrededor, a plena luz
y en la profundidad de las sombras.

Están contigo incluso cuando estás solo.

Están esperando a que bajes la guardia,
a que te despistes por un segundo,
a que desfallezcas por el cansancio.

Aunque te dejes coger, te torturarán.

Eres culpables, aunque seas inocente
y esté libre de pecado.

Eres el chivo expiatorio, la víctima necesaria.
Eres ya el nido del dolor.

Aunque intentes matarte, te lo impedirán.

Tu vida ya no es tuya, es suya,
y harán con ella lo que quieran.

Le sacarán más dolor del que hayas imaginado,
más sangre de la que puedas tener,
más agonía de la que puedas soportar sin enloquecer.

Aunque confieses, no te perdonarán.

Aunque te arrepientas, no te dejarán morir,
ni tampoco pararás de sufrir.

Aunque exista Dios, no te salvarás.

Escrito el 29/05/2001.

Profeta entre árboles muertos

Soy un profeta entre árboles muertos,
soy una araña bajo la multitud,
soy una gota en el desierto,
soy un niño en decrepitud.

*El tiempo pasa, las cosas cambian,
hace sol, sólo veo sombras,
vuelve la arena, el agua se agota,
llega el olvido, ya no siento dolor.*

Alguien ha cerrado las puertas,
Y yo cansado de esperar,
He perdido mi único turno,
Y no podré volver a empezar...

*El tiempo pasa, las cosas cambian,
hace sol, sólo veo sombras,
vuelve la arena, el agua se agota,
llega el olvido, ya no siento dolor.*

Fecha desconocida: no sé si fue durante F.P. o durante la universidad.

¿Puedes recordar?

¿Puedes recordar
cuando juntos estábamos
y corríamos de aquí para allá?
Nada detenía
nuestra curiosidad.
Explorábamos el mundo
y descubríamos el universo.
¡Todo era tan desconocido
y tan maravilloso!

¿Qué fue de aquellos días
en que tú y yo
no teníamos secretos?
Al crecer perdimos
la inocencia de la juventud.

¡Cuánto añoro aquella época!
Pero todavía podemos recordar,
y vivir,
aquellos tiempos de amor.
Ojalá el tiempo se detenga
y podamos seguir disfrutando
el uno de el otro.

Escrito durante F.P.

¿Qué ocurre?

¿Qué ocurre cuando desoyes la llamada?,
¿qué ocurre cuando ignoras los gritos?

¿Qué ocurre cuando te escondes bajo las mantas?,
¿qué ocurre con la agonía que clama por ti?

¿Qué ocurre mientras la voz se apaga?,
¿qué ocurre mientras el dolor aún no cesa?

¿Qué ocurre mientras pasan los minutos?,
¿qué ocurre hasta que la muerte llega?

¿Qué ocurre cuando se impone el silencio?,
¿qué ocurre cuando la vida se perdió?

¿Y qué importa, mientras no sepan
que tú no ayudaste al paciente?

Escrito el 6/02/2001.

Que rujan los volcanes

Que rujan los volcanes
y escupan su lava:
Ella ya no me quiere.

Que se rompa el cielo
y caigan sus pedazos:
Dijo que me amaría siempre.

Que tiemble la tierra
y se hunda en el mar:
De nada me sirve sin ella.

Algún día del otoño de 1997.

Quebraron mis alas

Quebraron mis alas,
el viento las robó.
Temblaron mis garras,
la muerte se acercó.
Sentí todo el miedo,
que se puede sentir.
Un frío en los huesos,
más no quiero sufrir.
El aliento perdido,
en un grito sin fin.
El futuro hundido,
en un suelo ruin.

Ideado paseando, el 21/12/1999.

¡Quién pudiera ser pájaro!

¡Quién pudiera ser pájaro!
Hay un destello de luz en sus alas,
una libertad aparente ciega,
un sabor fresco y húmedo.

Vientos a favor, dejarse llevar,
corrientes que te zarandean,
planear sin esfuerzo,
caída libre, arriba y abajo.

¡Tristes criaturas las de la superficie!
condenadas a moverse apoyadas
siempre en dos dimensiones
mientras nosotros podemos
ir donde queramos
¡volando!

Escrito en enero de 1997.

Quiero

Quiero:
dados de carne,
poco hechos,
calientes,
jugosos,
ajo,
perejil,
patatas fritas,
gordas,
alargadas,
blandas,
huevos,
yema líquida,
lechuga,
aceite de oliva,
pan,
y nada de sal.

Quiero:

zumos
de melocotón.

Quiero:
alguien
con quien
compartirlos.

Escrito el 12/12/2000. Le extirpé este trozo:

Quiero:
bocadillo
de anchoas,
saladas,
con plátano.

Rodando montaña abajo

Caen rodando las piedras montaña abajo
(girando, rebotando),
hundiéndose en el río
(salpicando, perdiéndose).

Mientras yo miro abajo
y me digo:
¡Lánzate tú también
y terminemos con esto!

Y caigo rodando montaña abajo
(girando, golpeándome),
hundiéndome en el río
(salpicando, ahogándome).

Mientras yo miro arriba
y me digo:
¡Socorro,
que pare la agonía!

Escrito el 30/05/2001.

Somos títeres

Títeres, somos títeres,
¿quién, quién maneja los hilos?
Títeres, somos títeres,
¿quién, quién cortará las cuerdas?

Títeres, títeres, somos títeres,
si no nos moviesen,
¿qué haríamos con nuestro tiempo?
Títeres, títeres, somos títeres,
sin nuestras cuerdas,
¿qué haríamos con nuestras vidas?

Títeres, somos títeres,
¿cuándo acabará la función?
Títeres, somos títeres,
¿cuándo caerá el telón?

Escrito el 14/12/2000.

Tormentas de arena

Tormentas de arena me cegaban,
mas yo la seguía amando.
Vientos ensordecedores me zarandeaban,
mas yo la seguía amando.

Mis pies se hundían en la arena,
mis ojos estaban llenos de lágrimas,
era imposible seguir respirando,
mas mi pensamiento estaba con ella.

Tormentas de arena como piedras,
mas yo la seguía amando.
Vientos terriblemente fuertes,
mas yo la seguía amando.

Me ahogaba lentamente,
masticando granos y polvo,
era imposible respirar,
mas mi pensamiento estaba con ella.

Tormentas de arena brutales sobre las dunas,
mas yo la seguía amando.
Vientos que me alejaban de donde quisiera ir,
mas yo la seguía amando.

Café en el suelo,
tosiendo boca abajo,
encogido en mí mismo,
mas mi pensamiento estaba con ella.

Tormentas de arena y vientos salvajes,
mas yo la seguía amando.
Tormentas de arena y vientos salvajes,
mas yo la seguía amando.

Tormentas de arena y vientos salvajes,
mas yo no pude seguir amándola,
porque mi vida se me escapó.

Escrito el 14/11/2000.

Tristes ojos

Lo veo en tus ojos:
Están llenos de lágrimas,
tristes lágrimas que resbalan
por esas amadas mejillas.

Lo veo en tus ojos:
Tienes la tez pálida
y suspiras melancólicamente,
con la mirada perdida.

Está en tus ojos:
La enfermedad te atrapó
y no te quiere soltar.

Tristes ojos que estarán
para siempre cerrados,
nunca una sonrisa podrán
dar a quien los amó.

Tristes ojos que están

ya para siempre ciegos.

Escrito el 3/02/1997.

Vete, perdedor

Vete, perdedor, a llorar tu derrota.
Las fuerzas te han abandonado en el camino,
flaqueas a cada paso que das,
el sudor corre por tu piel, en vano;
incapaz de ver el camino, te pierdes.
No encontrarás el regreso a casa,
no tendrás a nadie que te eche de menos.
Dejarás de ser, sin más,
sin importar gran cosa.

Escrito durante F.P.

Yo siempre perderé

Gane quien gane yo siempre perderé,
gane quien gane yo siempre perderé,
y eso no me hace ninguna ilusión.

Sé que el reparto ha sido justo
pero a mí
no me ha tocado nada.

Y sigo aquí,
entre toda esta miseria descomunal,
entre toda esta miseria descomunal.

Tan sólo es hacer como si nada,
tan sólo es dejarse llevar.

Algo... se quema en tu casa,
algo... se pudre en tu vientre.

(Puede que haya sido sólo un error
pero yo no lo permitiré.)

Arrójate al vacío dando vueltas
no te preocupes que pronto pasará.

Arrójate al vacío dando vueltas
no te preocupes que pronto pasará.

Y otra vez...

(¡...te estrellarás!)

Aparece parcialmente en *Yo mismo*.

